

ENTRE CULTURA(S) Y CIBERCULTUR@(S)

INCURSIONES Y OTROS
DERROTEROS NO LINEALES



Jorge A. González

COLECCIÓN
DEBATE Y
REFLEXIÓN

Jorge A. González Sánchez

Licenciado en Comunicación, Maestro en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Iberoamericana, en la Ciudad de México. Inició su trabajo en investigación de las culturas contemporáneas en un contexto rural en México entre 1976 y 1981. Crea para el CONACULTA el Sistema Nacional de Información Cultural (1991).

Es miembro regular de la International Sociological Association, de la Complex Systems Society, la Asociación Latinoamericana de Investigadores de Comunicación y la Academia Mexicana de Ciencias.

Ha sido distinguido por distintas universidades e instituciones científicas

Su obra ha sido traducida al inglés, italiano, francés, catalán, galego, portugués y alemán. Publicó *De la cultura a la Cibercultur@* (La Plata, Argentina, EDULP, 2007) y con Amozurrutia y Maass *Cibercultur@ e iniciación en la Investigación* (México, UNAM (2015). y en Brasil *Entre cultura(s) e cibercultur@ (s). Incurções e outras rotas não lineares*, Sao Paulo, 2012.

ENTRE CULTURA(S) Y CIBERCULTUR@(S)
Incursiones y otros derroteros no lineales

Comité editorial

Maya Victoria Aguiluz Ibargüen
Norma Blazquez Graf
Ana María Cetto Kramis
Diana Margarita Favela Gavia
José Guadalupe Gandarilla Salgado
Elke Koppen Prubmann
Rogelio López Torres
Mauricio Sánchez Menchero
Isauro Uribe Pineda

Entre cultura(s) y cibercultur@(s)

Incursiones y otros derroteros no lineales

Jorge A. González



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS EN CIENCIAS Y HUMANIDADES
MÉXICO, 2015

Primera edición: 2003, Universidad Iberoamericana, México
Segunda edición: 2007, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Primera edición electrónica: 2015

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades
Torre II de Humanidades 4º piso
Circuito Escolar, Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510, México, D. F.
www.ceiich.unam.mx

Diseño de portada: Amanali María Cornejo Vázquez

ISBN 978-607-02-6670-6

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización previa por escrito de los titulares de los derechos patrimoniales.

ÍNDICE



Palabras a la edición mexicana de <i>Entre cultura(s) y cibercultur@(s)</i>	9
Prólogo <i>Ricercare a cuatro voces</i>	15
Introducción	33
Redes y sistemas de información (o el sueño de Prometeo sin cadenas)	53
La voluntad de tejer: análisis cultural, Frentes Culturales y redes de futuro.	75
De la pila hasta el océano. Comunicación y estudios de la cultura en México	95
Pensar la cultura (en tiempo de vacas <i>muy</i> flacas).	129
<i>Convergencias paralelas</i> . Desafíos, desamores, desatinos entre antropología y comunicación	139
Frentes Culturales: para una comprensión <i>dialógica</i> de las culturas contemporáneas	169
Cibercultur@ y Sociocibernética. Ideas para una reflexión conjunta en paralelo	201

Cibercultur@ y diseño de políticas culturales	237
Cibercultur@ como estrategia de <i>comunicación compleja</i> desde la periferia	263
Digitalizados por decreto: cibercultur@ o inclusión forzada en América Latina	279
Cibercultur@ y migración intercultural. Cinco trazos para un proyecto	307
Pantallas vemos, sociedades no sabemos	325
Bibliografía general	339

PALABRAS A LA EDICIÓN MEXICANA
DE *ENTRE CULTURA(S) Y CIBERCULTUR@(S)*



A Mónica

Ha pasado ante nuestros ojos y nuestros corazones los tres primeros lustros del siglo XXI. Los que nacimos en el siglo pasado hemos podido vivir muchos cambios, decenas y decenas de guerras y conflictos, el renacimiento de algunas naciones y el desvanecimiento de otras, la liberación de pueblos enteros y el sometimiento de otros. Hemos vivido también la inconciente degradación de la naturaleza por la ambición y la ceguera de intereses económicos y razones geopolíticas a todas las escalas. Casi nada original. Diferentes generaciones vivieron en aquel siglo XX el principio y el fin de muchos *mundos* y entre ellos experimentaron también diversas mutaciones en la estructura de la vida cotidiana que trajeron consigo la aparición, imposición y establecimiento posterior de diversas tecnologías. Unas de ellas buenas para mejorar la salud, otras excelentes para hacer la guerra y la destrucción masiva de la especie humana y muchas otras más. También vivimos el surgimiento de tecnologías que aceleraron la velocidad de distribución de la información y las imágenes, primero con la radio y después con la televisión que implicaron monumentales esfuerzos y resultados en la edición controlada de flujos por primera vez a escala verdaderamente *mundial*.¹

Presenciamos y vivimos el advenimiento de las tecnologías digitales con las computadoras y la red de Internet (Maass y González, 2005) que todavía a pesar de su distribución y acceso desigual, como ha sido el caso todas las “viejas” tecnologías, han contribuido a remodelar las maneras de documentar las informaciones, a establecer novedosas for-

¹ Es el caso del programa *Our World* realizado el 25 de junio de 1967 que aprovechando la primicia de la conexión construida en 1966 entre Europa y Asia fue visto por más de 400 millones de personas en 31 países. Ver <https://www.youtube.com/watch?v=0H9IhSJ6ZjA>

mas de narrar y generar imágenes, así como otras más recientes para compilar, procesar, explotar y controlar vastísimas cantidades de datos que ya están en la nube y tienen el potencial de ser significativos para diversos fines. Tales cambios y constantes reacomodos trajeron necesariamente una serie de ajustes y tensiones en las *formas de ver el mundo y la vida* de las sociedades.

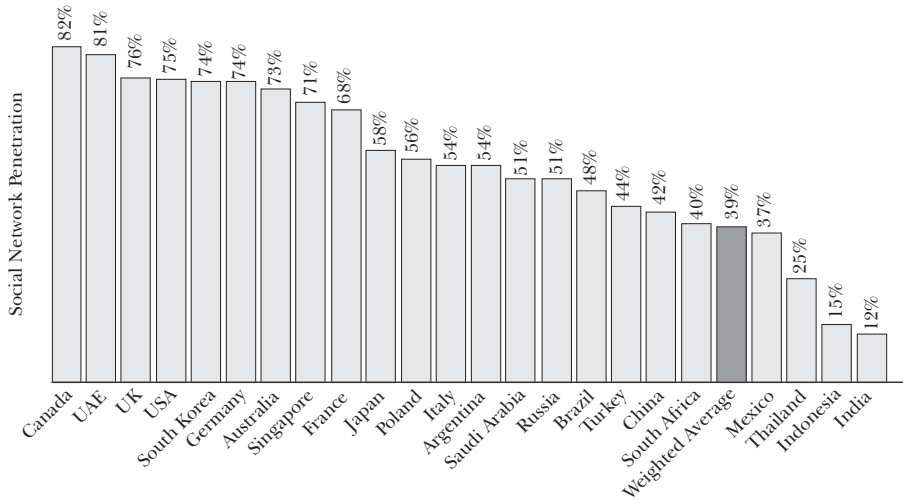
Esos cambios mostraron con el tiempo el núcleo de sus procesos de **permanencia** (algunos elementos y relaciones se mantuvieron idénticas), sus procesos de **cambio** (algunas cosas se modificaron) y también aparecieron **nuevas relaciones y elementos** que han sido (y continúan siendo) el objeto de estudio científico de la cultura centrado en los procesos de organización del mundo desde el punto de vista de la creación, distribución y recreación de representaciones: la *dimensión simbólica* de la existencia humana.

Sabemos que nuestra especie, como ninguna otra, es característica en tanto que es productora y procesadora permanente de *representaciones* mediante el ejercicio de su capacidad simbólica, es decir, de su habilitación bio-psico-social para abstraer y coordinarse mediante complejos tejidos de significantes que componen signos, señales, textos, y generan enjambres de discursos, hablados y operados en la acción. Con toda claridad y rigor Jean Piaget (1969) nos mostró que las acciones humanas que llamamos conocimiento provienen de una matriz de procesos inseparables que se *interdefinen* simultáneamente en el tejido de las redes neurológicas, en las relaciones sociales y en las configuraciones de la psique. Las estructuras que garantizan la integración de esas capacidades biológicas, cognitivas y sociales siguen en evolución mediadas por dispositivos tecnológicos complejos y que muestran una tendencia deliberada a la miniaturización (Frazier, Warrington y Friedrich, 1995): lo que antes requería de toda una habitación acondicionada y aislada, hoy lo tenemos al alcance de la mano y con un poder exponencialmente más grande para consultar, recuperar, procesar, almacenar y conectar.

Es por ejemplo el caso de las plataformas de servicio de redes sociales (Facebook, Twitter, LinkedIn, Orkut, etc.) usadas por miles de millones de personas (ver figura 1) que como nunca antes pueden estar en un tipo de contacto “virtual” con otros, formar comunidades estéticas, promocionar su imagen, hacer campañas de activismo, coordinarse en movimientos sociales, incluso para actividades delictivas.

No es preciso recordarnos que la realidad virtual y la comunicación sincrónica y asincrónica generan *el mismo tipo* de reacciones orgánicas.

Figura 1. Penetración de Plataformas de Redes Sociales por países, Enero 2014



Source: Global Web Index.

Por ejemplo, Brasil, Rusia, Alemania tienen más líneas de teléfonos celulares que habitantes y México no está lejos de ello. Sin embargo, esto no significa que todos los habitantes de esos países tengan al menos una línea de conexión, especialmente en los menos desarrollados. El desigual acceso y operatividad de la tecnología “a la mano” todavía está lejos de seguir un patrón de distribución menos dispar, tanto al interior de los países como a escala mundial. Con toda legitimidad, podemos entonces preguntarnos: ¿cómo se está modificando la relación entre lo que Del Río y Vázquez (2003) llaman el *cerebro interno* y el *cerebro externo*?

No es sorprendente que la distribución del cableado de la red de redes por todo el mundo reproduzca la misma desigualdad estructural en la apropiación de riqueza y la oferta de oportunidades para crecer. Una visión geopolítica de la red nos muestra amplias zonas del mundo en su calidad de tecnológicamente dependientes de los grandes nodos. El mensaje debe ser muy claro: a pesar de las estensas y dóciles posiciones tecnofílicas, “la tecnología” por sí sola, por más “social” o “inteligente” que nos la presenten, **no va nunca a resolver** esas desigualdades históricas, antes bien, si no actuamos *desde el sur profundo*, puede eternizarlas.

Algunas de ellas apuntan a la organización misma de la sociedad a escala mundial (la composición y estructura del “cerebro externo”) y otras a procesos cognitivo-culturales claramente imbricados que conforman la distribución social de las disposiciones cognitivas que facilitan o impiden el uso potenciador de dichas tecnologías. Ambas son resultado del poder que ejerce ese *vector tecnológico*.

Asimismo, los dispositivos que se invocan genéricamente como TIC’s (tecnologías de información y comunicación) y sus usos sociales no pueden entenderse separadas de dos condiciones.

Por un lado, como cualquier tecnología en la historia, no se pueden entender fuera del tejido de la estructura de relaciones objetivas que configura e *in-forma* los lugares sociales desde los que se consigue la creación, el desarrollo y el acceso (o no a ellas) y desde luego si eso sucede antes, después o jamás en el tiempo.

Por otro lado, sabemos que en la construcción de la dimensión simbólica de toda sociedad humana se encuentran entretejidos tres procesos específicos con características y cualidades desarrolladas por nuestra especie. A saber, la información, la comunicación y el conocimiento.

La capacidad de abstracción y pensamiento relacional que construyen cualquier pensamiento sistémico hacen posible relacionarnos con el mundo y las experiencias de éste, a través de la construcción, cultivo y objetivaciones de **información**.

A diferencia de las sociedades animales que solo operan sógnicamente cuando se *presenta* directamente el estímulo, la sociedad humana, con todas sus amplias variedades opera además *re-presentando*, es decir, *metabolizando*, modelando y modulando los eventos, las cosas, los fenómenos que pueden no estar presentes, anclados en el pasado o proyectados en el futuro. Por eso mismo los humanos desarrollamos una memoria como narrativa del pasado y tenemos también la posibilidad de diseñar estrategias, invocar y proyectar mundos posibles, escenarios futuros que orienten la acción y le den sentido al presente y espesor al porvenir.

Los macacos no tienen historia, los perros no creen en Dios y parece ser que solo los humanos desarrollamos formas sofisticadas, plenamente metalingüísticas de erotismo.

Ello nos sumerge en una cotidianidad tanto *presentacional* como representacional/simbólica construida mediante complejas configuraciones de información.

Pero toda esa capacidad *elementalmente humana* de construir información para sobrevivir y dotar de sentido a esa sobrevivencia, solo

puede darse dentro de contextos concretos de relaciones dentro de las que *coordinamos nuestras acciones*. Por eso en este texto entiendo a la **comunicación** no solo como intercambio de información o generación y negociaciones de sentido, sino como una capacidad para la coordinación de acciones mediada, sea por *reacciones bioquímicas* (que compartimos con otros animales), ya sea por *signos y lenguajes* (que operan diestramente frente a la “presentación” del estímulo, que compartimos con muchas otras especies) o bien por *textos complejos*, construidos como metalenguajes, que constituyen la materialidad de los hilos simbólicos de toda *cultura*. Entender la cultura ha sido siempre una empresa multidisciplinaria que requiere de claras convergencias entretejidas para conseguir tal fin.

La historia, la economía política, la sociología, la antropología, la semiótica, la psicología, las neurociencias, la biología moderna y un largo etcétera tienen voz en una trama de entrecruzamientos.

Una parte de los materiales seleccionados en este libro se dedica a esta tarea.

Con las modulaciones de estos años de tránsito entre el siglo XX y el siglo XXI, los marcos interpretativos de estos procesos han debido ser ampliados, pero especialmente en esta relación compleja entre las tecnologías y la sociedad este texto sostiene que toda tecnología de información (I) y comunicación (C) es simultáneamente una **tecnología de conocimiento (@)**.

Si no se asumen estas dos dimensiones con sus relaciones interdefinibles en la construcción de conocimiento, entendido éste como el proceso tanto individual como social de mutación entre estructuras cognitivas *menos diferenciantes* hacia otras *más diferenciantes*, esas tecnologías se convierten en tecnologías de desconocimiento.

Es por esta razón que la evocada tríada de la constitución del universo simbólico, no puede ser separada, salvo por motivos de análisis, en el cabal entendimiento científico de esta dimensión simbólica de la existencia social.

En varias partes, el texto también sostiene que esas tres capacidades pueden desarrollarse, pueden “cultivarse” para lograr ganar mayores grados de autodeterminación frente a problemas concretos, específicos y que han sido concebidos como alejados de una posible solución basada en el conocimiento.

A esto le llamo *cibercultur@*, porque lejos de designar el “universo de las computadoras”, el vocablo *ciber* refiere a la capacidad de dirigir,

de gobernarse, de construir salidas inteligentes frente a problemas en apariencia insalvables.

La arroba (@) por su figura similar a un caracol, a un bucle de retroalimentación positiva, me sirve (se verá más adelante) para delinear el interés por estas modulaciones recientes relacionadas con las tecnologías digitales y la comunicación mediada por computadoras frente al desarrollo de formas creativas de cognición colectiva.

De ninguna forma creo que esto sea una panacea para enfrentar el futuro que ya nos rebasa y se nos escapa por todos lados. Solo aspiro a ayudar en la recolocación de una teoría y una práctica que permita enfrentar estos retos que tanto en México como en Brasil y en toda la geopolítica contemporánea, son y continuarán siendo absolutamente estratégicos.

PRÓLOGO

RICERCARE
A CUATRO VOCES

Jesús Galindo Cáceres

José Amozurrutia

Margarita Maass

Javier Maisterrena

LA CULTURA COMO COARTADA Y COMO HILO CONDUCTOR.
DEL SENTIDO DEL OFICIO FRENTE A UNA TRAYECTORIA
DE VIDA DE INVESTIGACIÓN



*Jesús Galindo**

Somos, el autor y yo, parte de una generación que nació en la academia pensando en la cultura. Este hecho no es casual y falta mucho tiempo para tener la perspectiva suficiente para entender mejor qué fue lo que pasó. Quizás fue tan sólo un accidente. Tal vez un síntoma estructural. Los que seguimos aquí lo vivimos en una y otra forma, y en muchos momentos en ambas. Hacer el relato de esta fascinación es una crónica del final del siglo veinte y sus antecedentes. Podríamos afirmar que fuimos parte de un movimiento casi universal que llegó hasta nuestras lejanas playas escolares y en el cual nos incluimos con pasión y convicción. Fueron tiempos, los setenta, del regreso del determinismo económico y político hacia la recuperación de los sujetos y sus condiciones de construcción social desde algún lugar interior. Ese mismo mensaje en la botella nos asombró diciendo que el interior está en el exterior, y el exterior en el interior. También fuimos herederos inmediatos de la resaca del mítico sesenta y ocho. Muchas preguntas, una buena herencia, pocas respuestas, un compromiso que teníamos que asumir. Y así pasó el tiempo, la primera juventud se fue transformando en rutinas que llamamos oficio y, al pasar el siglo, todo parece distinto, y al mismo tiempo sigue igual. Nuestros mayores nos enseñaron lo que quisieron, nosotros aprendimos lo que pudimos. Y ahora de nuevo la situación se repite. ¿Qué diremos a los nuevos jóvenes?, ¿qué aprenderán de nosotros? El texto que ahora presento es un poco la historia de esta trayectoria, una novela de aventuras cifrada en un lenguaje para iniciados, y no tanto. Una biografía generacional sobre aspiraciones, limitaciones, impulsos, descubrimientos y olvidos.

El texto de Jorge González no es un libro escrito con una misma intención de principio a fin. No lo es en el sentido en que se escribe un texto con un esquema inicial que se va desplegando desde las primeras páginas hasta las últimas como una forma única concentrada en una vocación total. No, no es el caso, algo como lo que sucede entre una novela y una colección de relatos. Pero hay un punto en que una novela es en cierto sentido una reunión

* Grupo hacia una Ingeniería en Comunicación Social-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

feliz de múltiples fragmentos casi independientes, y en que una colección de relatos tiene tal afinidad que aparece como una unidad coherente. ¿Cuál será este caso?

Eso lo decidirá el lector. Pero antes de eso, este prólogo le ayudará a tomar alguna decisión. En la bibliografía del autor aparecen dos libros en que ha pretendido reunir materiales escritos y publicados en ciertas épocas. Empieza a escribir en los años setenta, y pronto intenta un libro que muestre su trabajo un poco antes de la mitad de los ochenta: *Cultura(s)*. Su segundo intento, *Más culturas*, retoma el primer texto incluyéndolo en uno mayor, ya en plenos años noventa. Y ahora tenemos este tercer libro que parte de donde se quedó el anterior hasta casi el momento actual. Esto nos hace suponer que habrá un cuarto. Y el asunto es que es necesario mirar al conjunto para encontrar el lugar del presente libro en la trayectoria de trabajo de Jorge González.

Siempre la cultura. Todo empezó en la Universidad Iberoamericana en los cursos de Gilberto Giménez, en la convocatoria a mirar las condiciones de conformación del sentido. El referente era de los grandes, la religión y su contexto inmediato, lo popular, enmarcado en un constructo que parecía nombrar todo, la cultura. De ahí surge quizás lo más elemental en un estudioso de lo que sea: la convicción de que el objeto es importante, muy importante para la vida, para vivir la vida, para convivir en ella. Eran tiempos de Althusser y Gramsci, pero también del análisis del discurso y la semiótica, de la Epistemología de las ciencias sociales y del trabajo con sectores subalternos. Esta deuda se mira con claridad en el texto sobre los Frentes Culturales.

De la Sociología de la Cultura y la Educación popular sigue la ambición del programa racional teórico. El autor que alimenta esta necesidad es Pierre Bourdieu. Con él transita de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco a la Universidad de Colima. Los Frentes Culturales son el concepto con el que concluye su educación formal en la tesis de doctorado. Siguen años de exploración desde la religiosidad popular rumbo a la cultura popular con mayúsculas, la que está asociada con los medios de comunicación, con la televisión y las telenovelas, en particular. El primer texto colector ya es una huella. Siguen los tiempos del Programa de estudios sobre las culturas contemporáneas.

En Colima se construye una utopía académica de relaciones horizontales y trabajo en redes que culmina en la apropiación del Seminario de estudios sobre la cultura, el lugar de construcción conceptual-metodológica del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, del modelo de trabajo y estrategia del programa cultura.

El gran programa de investigación FOCYP —Formación de Ofertas Culturales y sus Públicos— es el corazón de esta etapa de trabajo. Así que primero la formación entre la Ibero y la UAM, como estudiante y como profesor, y luego el ensayo de un programa de investigación en Colima, hasta la propuesta de un gran programa de investigación nacional en el CNCA. Siempre la cultura.

En la última parte de su trabajo en Colima se ocupa de lo que hoy es su objeto privilegiado: las tecnologías de información y comunicación. Mirar al país en su composición cultural vía FOCYP, con la carga teórica de sus antecedentes en Gramsci y sus consecuentes en Bourdieu, más todo lo que fue conociendo a partir de sus lecturas y, sobre todo, de sus viajes y contactos personales con investigadores extranjeros, lo llevó como conclusión a la visión del gran detonador cultural de nuestro tiempo, la tecnología. Ahí queda el segundo texto colector, y se abre el tiempo de la reflexión y la escritura que llevan a este tercer libro.

Aunque parece el regreso al principio y el cierre de un ciclo, los últimos años en la Universidad Iberoamericana, después de casi veinte en Colima, lo han llevado a nuevas preguntas y a reconsiderar viejas respuestas. Ese es el tono general de este libro, una puesta en escena de los argumentos de la primera y la segunda época apuntados hacia nuevos horizontes. El libro se titula con nombres como “cibercultura” y “complejidad”. Pero ese no es el contenido manifiesto aún; más bien lo que aparecen son sospechas, indicios, nuevos hilos de la madeja. Y lo que queda claro es que hay un movimiento de un momento en que la cultura es mirada como un encuentro entre la sociología y la antropología con nuevos objetos y preguntas propios de un campo emergente, el que nombra poco a poco la comunicología, hacia una configuración de conocimiento que se plantea referentes conceptuales transdisciplinarios, con las ciencias cognitivas (Maturana), la teoría del caos (Prigogine) y la perspectiva de la complejidad (Wallerstein). Con lo cual se requiere de un tiempo por venir de reflexión y maduración en lo individual y en lo colectivo, que promete nuevas y mejores luces para nombrar y comprender lo que sucede hoy en el mundo de la información y la comunicación, frente a lo que estaba nombrado sólo como cultura e historia.

El libro aparece, entonces, como un gran ajuste de cuentas con el pasado del propio autor y su generación. Autores, maestros y compañeros desfilan por los textos como cómplices de una acción, la del oficio de nombrar y entender. Y Jorge González se regodea en la mirada reconstructiva de asuntos y situaciones que traen al escenario las sombras ahora iluminadas de lo que se discutía hace treinta, veinte o diez años. Y en este espectáculo tienen su lugar el marxismo, las ciencias de la comunicación, la sociología de la cultura, la antropología, el mundo académico mexicano, los próceres de la ciencia en situaciones de pobreza e inercia institucionales. Y en este baile se da tiempo para convocar a la revolución académica, a la renovación de estructuras y de pautas de construcción del conocimiento. Y aún le quedan unos momentos para filosofar y teorizar sobre la cultura, la comunicación y la información, realizando en todo este entramado una actualización de su categoría amada de los Frentes Culturales, ahora con aires de complejidad y constructivismo.

Miremos desde este contexto los textos. Unos son ponencias, otros, un ensayo histórico-crítico, un juego de palabras, un ensayo analítico, una propuesta teórica ambiciosa de corte muy personal, su regreso al concepto de los Frentes Culturales más de quince años después. En ese ejercicio de editor, de curador de los cuadros escénicos de la galería de imágenes del libro, el autor decide ponerlos en este orden, y de ahí se deriva una disposición que sí es lineal, pero que puede alterarse simplemente con una sugerencia a lo Cortázar: decida usted al azar por cuál capítulo inicia su lectura, sabiendo que esa decisión será clave para su comprensión de todo el libro. Así, por ejemplo, puede iniciar por el texto más denso, por el más constructivo o por el más sintético. ¿Cuál camino le parece más atractivo? ¿Cuál podría ser el hilo conductor? La búsqueda conceptual de una mirada culturoológica. Tal vez este sea el eje constructor. Si bien el texto presenta muchas situaciones reconocibles del mundo académico, de la vida social mexicana, de la investigación y sus condiciones ecológicas, lo que es más claro es la ambición de nombrar con autoridad, con consistencia, con orden, con aparato conceptual. Son muchos años de mirar a la cultura y de mirar a la mirada que la mira. El autor necesita mostrar el progreso logrado, la evolución experimentada, la claridad adquirida. Nombrar a la cultura partiendo de las bases de su propia formación, editando, montando nuevos ejercicios analíticos.

De ahí que el texto ejemplar es el que parte del concepto de hegemonía de los setenta y llega a la perspectiva de complejidad de los noventa. El ensayo es no dejar fuera lo aprendido, no desaprender en el sentido de renunciar a lo interiorizado, sino complejizar; mover el aparato constructivo marxista hacia lo sistémico, lo cognitivo, lo complejo. Como uranio enriquecido, los conceptos del pasado vuelven con otro rostro y en una nueva matriz de sentido.

Y, por último, una observación más. La experiencia de investigación no sólo alteró los enunciados sobre la cultura, también alteró las condiciones de enunciación. La cultura de investigación es la primera forma cultural que recibe el impacto del movimiento de estos treinta años. Se investiga la cultura en cierta forma cultural y, al enriquecer esa forma, se mira a la cultura distinto, aparecen otras. Y ese es el curso actual de los acontecimientos. Mirar a la cultura ha cambiado a Jorge González, nos ha cambiado a los miembros de su generación, nos ha modificado a todos los que hemos llegado hasta aquí, en nuestra manera de trabajar, de interactuar, de percibir, de emprender, de juzgar. ¿Qué sigue?, ¿qué efecto tendrá en los que ahora nos miran como sus mayores, sus maestros? Ese, quizás, sea el centro de lo que aparecerá en principio en el cuarto libro recolector de estas historias, el que sigue.

DE LOS FRENTES CULTURALES A LA CIBERCULTUR@:
APROXIMACIÓN *NO LINEAL* A JORGE A. GONZÁLEZ



José A. Amozurrutia

Conocí a Jorge alumbrándole con una lámpara de mano un pedazo de tierra. A escasos centímetros de profundidad habría que enmendar la tubería que alimentaría de agua a su casa, en los alrededores de la ciudad de Colima. Tres familias de amigos habíamos hecho un viaje de doce horas para llegar a ella y donde hospedaría a quince “defeños ultra urbanos” ávidos de mar. Pero al llegar por la noche, no había luz ni agua. A la luz la esperaríamos, pero al agua no. “Voy a ver si reparo la tubería...”, había dicho, y yo sin conocerlo todavía, salvo en la penumbra de su casa, le dije que lo acompañaba, con tal de no seguir con los llantos infames de tanto niño y humaredas de cigarro de los amigos del viaje. A los diez minutos de carretera, antes de bajarnos del coche me dijo: “creo que es por ahí...”, nos estacionamos al lado del camino y anduvimos unos 10 metros en la oscuridad llena de grillos y estrellas: Jorge encontró el lugar preciso por la humedad. “Ahí está...”, dijo, y empezó a escarbar... Cuando quise meter la mano para ayudarle puse la lámpara sobre su cara y entonces lo vi por primera vez: “hola ¿cómo te llamas?”: “Jorge, ¿y tú?” “José... ¡estás volado!... déjame ayudarte...” y traté de cavar más para ayudarle a reparar el hoyo de la tubería de plástico que conduciría agua a su casa. La envolvió diestramente con tela adhesiva. Entonces supe que era de los aventureros prácticos que resolvían problemas imposibles para muchos.

Regresamos a su casa, y ya con luz y agua, descubrí un piano. Sin pedir permiso empecé a tocar en medio de la algarabía de niños y adultos ávidos de comer, y me di cuenta de que no solo yo me evadía escuchando a Bach, sino que a mi lado ya estaba Jorge escuchando atentamente. Muy pronto pasamos a los Beatles y no dejamos el piano sino tres horas después, alternando uno y otro las teclas y los recuerdos, reconociendo nuestras empatías musicales, vibraciones remotas que se hacían presentes. Ambos tenemos una dosis común sagitariana —de ahí las aventuras a lo desconocido— y acuariana —para escuchar los tempos musicales y métricas de las canciones preferidas de ambos.

Cada año nos quedábamos dos o tres días en su casa y ambas familias e hijos compartíamos playas, restaurantes y paseos en la ciudad de Colima. Más o menos al quinto año de amistad, atrás de las olas serenas de una playa popular, o “del perral” como dice él, nos preguntamos qué hacía el uno y el otro

para vivir profesionalmente, y ahí empezó una nueva aventura que aún no ha terminado. Yo le compartí mi visión sistémica —por entonces me dedicaba al diseño de sistemas de información— y él su visión sociológica— que ya tenía en mente varios artículos que este libro contiene.

Primero le aprendí a comprender las problemáticas y protocolos de las técnicas de segundo orden y luego le compartí las formas de solución en la computadora. Así colaboramos juntos en la década de los noventa, desde el proyecto FOCyP (La Formación de Ofertas Culturales y sus Públicos) y en la construcción del Sistema Nacional de Información Cultural (SNIC). Jorge y Jesús Galindo fueron mis primeros amigos-maestros en el arte de la interpretación sociológica. Fue en el año 2000 que Jorge me invitó a construir el LabCOMplex en la Universidad Iberoamericana; meses después se incorporó Margarita Maass. Fue el año en que me inicié en el estudio de tiempo completo de la sociología. Con su guía y a partir de la Segunda Cibernética mantenemos un diálogo permanente multidimensional, haciendo alquimia entre contrapuntos, físicas contemporáneas, sociologías y algoritmos. Ahora que tomo distancia para leer y releer los escritos que nos ofrece en este libro, no solo reconozco al aventurero práctico que resuelve problemas imposibles, sino al creador de nuevas músicas, metodologías, frentes culturales y cibercultur@s de vital importancia para el momento que hoy vivimos, la sociedad que hoy en Latinoamérica construimos.

Durante nuestra colaboración en los proyectos FOCyP y SNIC, tuve oportunidad de participar en la construcción del primer Sistema de Información Cultural para América Latina y el Caribe (SICLaC) como proyecto prioritario del Foro de Ministros de Cultura para América Latina y el Caribe. Ahí conocí una parte de las realidades informáticas en la cultura y ámbitos sociales vinculados a ella de la gran mayoría de los países del Caribe, de Centro y Sudamérica, los desniveles, carencias y potencialidades. Veo claramente que la propuesta Cibercultur@l de Jorge González tiene gran pertinencia y amplia cabida.

Es ahí, en nuestra América Latina —y desde luego en *nuestro* México— donde está el mejor lector, el más ávido investigador para enfrentar al vector tecnológico que invade y va modificando a *su* manera, nuestras ecologías simbólicas.

La propuesta de Jorge se centra en la categoría de los *Frentes Culturales*, considerados como una “zona fronteriza entre culturas de clases y frente de batalla y arena de luchas culturales entre contendientes con recursos y contendientes desnivelados”, y en esa interfase propone una polifonía metodológica para construir “descripciones densas de las zonas de entrecruzamiento e interpenetración, la reconstrucción histórica de sus trayectorias y la caracterización de los procesos de cambio...”. Esta zona de creación de sentido, la va desarrollando a la luz de la emergencia de las nuevas perspectivas conceptuales del siglo y la reconfigura en una *octava superior*, en una nueva dimensión no lineal, como

una zona de atención y análisis entre nuestras ecologías simbólicas complejas y los efectos complicados del vector tecnológico globalizado.

Con las nuevas frecuencias conceptuales de un lenguaje rico en *armónicos* de la perspectiva de la cibercultur@, Jorge delimita más finamente esas zonas de entrecruzamiento e interpenetración de los procesos del cambio social. Las redefine a la luz de un lenguaje polifónico y del desarrollo tecnológico del nuevo milenio —y esto es lo medular— las enmarca dentro de una metodología que integra el desarrollo de las culturas de información, comunicación y conocimiento, como una nueva propuesta, así lo veo, de “convergencia de conocimiento”. En esta propuesta —descrita en Cibercultur@ y Sociocibernética, Jorge dialoga con una perspectiva de vanguardia sociológica muy semejante, pero generada en dominios muy distantes a los latinoamericanos: la Sociocibernética. Como miembro especial en los años noventa del Comité de Investigación (RC51) de dicha vertiente de vanguardia sociológica, matiza y enmarca la figura de Arturo Rosenblueth en dicho artículo como vital presencia latinoamericana en el contexto de origen de la *primera cibernética*.

Desde la conceptualización y desarrollo progresivo de la cibercultur@, Jorge nos invita a enriquecer la voluntad de *tejer redes de futuro*. Desde las experiencias que nos narra del proyecto FOCyP fortalece la conceptualización de las *Comunidades Emergentes de Conocimiento*, y ensancha las posibilidades para ampliar el camino que construye proyectos entre comunidades de investigación latinoamericana. El lector juzgará si es la cibercultur@ un camino posible para los nuevos rumbos de la sociología en Latinoamérica y el Caribe, y si a partir de ella es posible gestar una nueva estrategia para fortalecer nuestras ecologías simbólicas ante el embate del vector tecnológico dominante y entonces, desarrollar nuestros propios grados de autodeterminación. Ello implica iniciar la lectura de algún capítulo —cualquiera del libro, ahí seguramente encontrará el lector una veta que lo conduzca al siguiente capítulo y no dudo que continuará su lectura para retejer y tejer nuevas redes de conocimiento e intercambio de experiencias dentro de nuestras ecologías latinoamericanas.

CIBERCULTUR@: UNA PROPUESTA PARA ENFRENTAR
UNA REALIDAD QUE SE MIRA COMPLEJA



Margarita Maass

Si la sociedad, vista desde una perspectiva sistémica, puede entenderse actualmente como una complejidad organizada, que tiene que ver con la sofisticación y diversificación alrededor del mundo, de su dimensión simbólica, y de los procesos económicos, políticos, sociales y culturales, la cibercultur@ se presenta como una propuesta para enfrentar esta realidad que se mira ininteligible. El mundo contemporáneo está cambiando en todos los órdenes y ello obliga a pensar, repensarnos y relacionarnos de una manera diferente, mucho más reflexiva, colectiva, horizontal, *nosotrificada*, autodeterminante, amorosa, no lineal, incluyente, tolerante, diversificada. En una palabra: de una manera *compleja*.

¿Cómo enfrentar, analizar y operar socialmente en esta nueva realidad compleja? Jorge González, nos presenta una propuesta vista desde varias entradas: la *cibercultur@*.

Desde la introducción y a lo largo del texto, el autor va incorporando por distintos caminos, al rico concepto y multidimensional perspectiva que encierra esta confusa palabra. Desde la propuesta de *Frentes Culturales*, hasta las relaciones con la *sociocibernética*, el autor nos invita a investigar y desarrollar cibercultur@ bajo una serie de implicaciones.

Necesitamos “pensar y hacer”, pensarnos y construir-nos, bajo una nueva lógica de sistemas complejos y desde una nueva perspectiva. El conocer y el hacer en la complejidad involucra nuevas formas de análisis con nuevas formas de síntesis articuladas en distintos niveles. La cibercultur@ nos invita a tener una diferente actitud frente a la construcción del conocimiento científico. Como dice Pablo González-Casanova: “no podemos seguir haciendo generalizaciones, dando explicaciones, formulando predicciones, proponiendo planes de lucha y organización o estrategias para la creación de un “mundo nuevo” o de “un hombre nuevo” aplicando sólo los métodos y razonamientos que usábamos antes de la aparición y aplicación de los sistemas complejos, autorregulados y adaptativos. Muchos de los métodos anteriores siguen teniendo pleno valor, pero en cualquier caso, requieren ser acotados por los del pensar-hacer complejo”. (González-Casanova, 2005:99).

La advertencia parece ser muy clara: en estos tiempos, ninguna construcción teórica se puede entender o realizar sin atender los procesos de interde-

finición o interacción de las relaciones y de los conjuntos de relaciones en los que aparecen y a las que dan lugar. Paradójicamente estas relaciones pueden ser de ensamble, de acoplamiento o de enfrentamiento y lucha. Relaciones de diálogo y negociación o de cooptación y represión. Algunas veces excluyentes o bien combinadas. Relaciones de dominio, de apropiación, de represión, de explotación y de mediación. De ahí la complejidad de la *nueva* realidad, o de los nuevos modos en los que tenemos que comprenderla. Bajo la perspectiva que propone Jorge González, el sujeto o el grupo social se redefine hacia una construcción colectiva. La redefinición más significativa es la que se da en las relaciones determinadas por los elementos y determinantes para los mismos. Un grupo social no se explica sin la relación entre los sujetos que lo componen, sin la relación con otros de distintas edades, género o generación o clase social. Tener conciencia de ello nos permite comprender el comportamiento de la complejidad organizada.

Cultura de Información, de comunicación y de conocimiento son palabras clave no solamente en el texto, sino en la manera compleja de repensarnos y de “hacer” en el mundo.

Otro elemento central de la propuesta de nuestro autor, tiene que ver con los frentes culturales para repensar y comprender de manera dialógica y horizontal la trayectoria, la composición y configuración de las culturas contemporáneas, especialmente desde la periferia de este sistema-mundo. Las redes sociales son la estrategia. Comunidades excluidas que emergen desde lugares desplazados, como resultado de una voluntad de tejer y tejerse. Reconstruirse socialmente y de manera colectiva. En esta Latinoamérica Latina del siglo XXI, con una presencia tecnológica apabullante en el que la diversidad cultural que nos caracteriza se hace más patente y evidente, y donde las condiciones históricas nos colocan en las zonas “menos privilegiadas” del mundo, la perspectiva de la cibercultur@ facilita el análisis y la comprensión de las nuevas realidades, los nuevos lenguajes y la pluralidad de las prácticas culturales. De ello se habla también en este texto.

Invito pues, al lector, a que entre a estas páginas que, sin duda, le abrirán nuevos horizontes y la posibilidad de imaginar mundos posibles.

DESDE ABAJO Y A LA IZQUIERDA



Javier Maisterrena*

El libro que nos comparte Jorge González me hace imaginar como un álbum de fotografías que muestra la trayectoria o el andar de quien nos lo comparte y en él podemos ver el transitar del tiempo, su ruta y sus desafíos. Marca las épocas, sus procesos, sus encuentros, sus discusiones. Al mismo tiempo es un libro de sueños que nos muestra sus deseos que nos comparte e invita por construir el mundo de una manera nosótrica-cibercultur@l responsablemente.

El libro de entrada ofrece muchas libertades como el hecho de poder escoger el capítulo por el que se quiere empezar como propone Chucho Galindo en el primer prólogo. Si bien cada capítulo elabora su propio argumento, atrás de ellos, o posiblemente enfrente de ellos —no sé—, se puede observar el proyecto, los sueños y las utopías de trabajos horizontales y trabajos en redes que nuestro autor quiere ver y ha intentado construir transformados en *topías*. El libro es bello, inquietante e invitante a compartir eso: proyectos, sueños y utopías. En mi caso, debo decirlo, entré al *aleteo* y tuve la fortuna de sentir y vibrar la grande amistad y afecto que irradia Jorge: vivencia que pueden confirmar todos aquellos que hemos tenido la oportunidad de conocerlo.

Quizás —el objetivo es la invitación hacia esa nueva hegemonía que viene proponiendo en la lucha de *Frentes Culturales*. Algo semejante y coincidente con la hegemonía que han estado construyendo los zapatistas en Chiapas, México, en América Latina y en el mundo. Otra coincidencia con los zapatistas es que éste libro también es una especie de espejo donde podemos mirarnos y reconocernos a nosotros mismos en la construcción del conocimiento cultural.

El autor plantea que hay muchas cibercultur@(s) de ahí que subraya su plural.¹ En la diversidad está la riqueza. Esta propuesta problematiza y se opone a la idea de que el mundo, cada vez se organiza y opera más como si fuera UN solo mundo, articulado con los flujos de capitales, de personas, de información

* El Colegio de San Luis.

¹ En adelante omitiré las comillas para las citas de ideas y frases que plantea Jorge A. González a lo largo del texto y que retomaré para este escrito, una razón es a partir del conocimiento distribuido que sustenta el planteamiento de que el conocimiento es de todos y ya es de “nosotros, otro porque es prólogo del mismo libro que se va a leer y otro para no hacer la lectura engorrosa.

de imágenes que nos empujan a tod@s a vivir en un mundo crecientemente globalizado y probablemente más desigual. Todo se manifiesta y replica gracias a un soporte tecnológico de información y conexiones desigualmente y disparejamente distribuido. Constantemente busca alternativas posibles a ese planteamiento dominante y pretendidamente unidireccional que se comporta —dice el autor— como un vector, como una fuerza con dirección y dimensión. Con ella, continúa, se hacen cosas, se tejen significados y se hacen hacer cosas a otros. Comenta que desde una perspectiva biológica comunicarse no es sólo intercambiar significados, sino coordinar acciones. Con base en ese referente apunta su propuesta. El texto está inmerso en la acción articulada con una lucha a la cual nos invita a participar insistentemente y con urgencia.

Coincido con Jorge de que a pesar de las migajas que deja la tecnología enfocada en el sentido unidireccional del capital y sus intereses, con las computadoras podemos contribuir a transformar el mundo en otro *donde quepan muchos mundos*, como los zapatistas lo han demostrado. La ventaja que ha tenido esta nueva tecnología ha sido la aparición de redes de comunidades emergentes de comunicación con una vocación de conocer y diseñar mundos posibles.

El eje en el que se apoya es el de la mirada que mira a la mirada que mira al objeto: la reflexividad. Con la reflexividad establece una dimensión ética que lo acompañará en todo el texto pero no se hará total ni plenamente explícita, sólo se vislumbra cuando alude a lo ecológico (no reducido a lo que tiene que ver con la naturaleza) y cuando plantea y diferencia entre el uso crítico de aplicación clínica y no clínica de diferentes paquetes tecnológicos. Otro aporte existencial es su preocupación por la construcción del *nosotros*. Esa construcción la sitúa entre identidad y cultura para volvernos un nosotros, entre la domesticación del presente y la presente domesticación; acudir al límite fuera de lo dado establecido y abrir las rendijas de las utopías para construir lo imposible a partir de la memoria de lo que hemos sido y pudimos y podemos ser en la construcción de muchos mundos posibles en lugar de un único mundo como nos intentan imponer.

Como dice el autor, “la cultura es un verbo que se conjuga —necesariamente— en plural”. Próximo a la antropología, defiende la diversidad que —dice— si se aprovecha, *nutre*; la uniformidad, si nos alcanza, *empobrece*. Aquí parece que la disyuntiva que muestra está entre la desigualdad (y la dominación) y el encuentro creativo de todos en la diferencia; como dicen los zapatistas, en un *arco iris* de todos los colores.

Visualiza a la cultura como arena que está en constante confrontación, lucha y frontera, donde se definen las memorias, las necesidades, los valores, los desafíos, los significados, las identidades y los sentidos y por lo tanto los futuros y los presentes, los sueños y las utopías. En esa arena se dan los Frentes Culturales. La propuesta detrás de la perspectiva de los Frentes Culturales es

que aquello que hoy experimentamos como obvio, normal, eterno, etc., descubramos que es el resultado de diversas series de confrontaciones.

Por un lado están la desigualdad que se manifiesta en la exclusión entre los que saben que sentido tiene y los que ni sentido tiene lo que saben, en relación con el despojo de la riqueza generada en el país y las condiciones de su producción capitalista de explotación, despojo, desprecio y represión. Todos y cada uno de nosotros somos co-responsables de la construcción de futuro del país-continente-mundo que, como postula el autor, con la nariz, la cabeza y el corazón metidos en el fondo del estercolero que hemos ayudado a formar, jamás podremos hacer de la mierda putrefacta, abono fertilizador. Pero lo cierto es que se puede hacer de la mierda abono, y los que podemos hacerlo somos “nosotros”, que como los zapatistas, tenemos que identificar cómo, mediante la investigación y el desarrollo de cibercultura@ (con arroba). Una afirmación que reitera Jorge es que no se puede separar la *forma de organizarnos* para generar conocimiento del *conocimiento* mismo, ni tampoco del uso que le damos al conocimiento: Si no podemos controlar los *usos sociales* del conocimiento que generamos entonces tampoco podemos *controlar* el conocimiento, reitera. En su discurso nos invita entonces a rediseñar la forma en *cómo nos organizamos* para construir y distribuir el conocimiento.

La propuesta recomienda la interconexión y la consistencia frente al poder instituido y formula un tipo de relación directamente proporcional entre conectividad y consistencia por un lado y autodeterminación y autonomía, por el otro, estrechamente articuladas con la construcción del *nosotros*. Coincidimos con él, que las universidades son ahora espacios para *aprender a distinguir quién manda*. Y, por lo tanto, para saber *verse como los que mandan*, que desde luego no es el *mandar obedeciendo* de los zapatistas como atinadamente precisa. Las formas de organización del conocimiento en las universidades y centros académicos de investigación son muy verticales, conservadoras y autoritarias. En las universidades muchas veces no sabemos para qué ni para quién sirve lo que hacemos, precisamente el uso anteriormente aludido. Todo sigue la lógica y los intereses del capital: plantas de investigadores reducidas y concentradas en las metrópolis, desconectados por no decir asépticos de su contexto social.

Por otra parte, plantea una apropiación del biotiempo colectivo e individual de la sociedad, la temporalidad de todos. Invita a ser responsables del manejo de nuestro propio biotiempo del cual en ocasiones ni siquiera nos damos cuenta que es manejado. La cantidad de biotiempo que las tecnologías de información y comunicación demandan es alta y al otorgárselo acríticamente, desorganizados, aislados y dispersos, nos colocamos en una relación desnivelada con voluntades y vectores que no vemos, pero que pautan y cuadrículan desde afuera nuestro acontecer.

Jorge González coincide con Bonfil y denuncia el colonizador que llevamos dentro. Nuestra mente es un territorio ocupado que debemos desocupar,

escuchando y relacionándonos *nosótricamente*. Afirma que no hemos aprendido a pensar, lo cual creo, es nuestro principal desafío.

La tarea a la cual nos invita, consiste en conocernos desde dentro y elaborar proyectos desde dentro con autodeterminación. Queremos —dice— ayudar a formar nodos de *comunidades emergentes de investigación* y para ello *hay que tocar la forma en como nos organizamos para generar conocimiento*. Se trata de aprovechar las diferencias en diálogo, horizontalidad y participativamente, como la forma de jugar juegos infinitos para que todos podamos estar perpetuamente jugando.

Nos comparte su experiencia de la creación de una red que conformó para investigación y nos describe como se desarrolló el proyecto FOCyP. Primero en oposición al centralismo buscando un descentramiento; segundo, en oposición a la verticalidad institucional de las universidades y centros de investigación con base en redes horizontales. Considero que él permanece y sigue en esa misma lucha. Propone como alternativa la estructura en red, la cual permite que cada comunidad emergente tenga acceso no sólo a su propia información, sino a la totalidad de datos que el estudio vaya generando.

A semejanza de los zapatistas que se aventuraron a la guerra porque la amenaza de muerte como etnia la tenían desde tiempo atrás, Jorge nos desafía, que si no somos capaces de darnos a la tarea de transformar desde abajo y hacia los lados las formas de organización del saber especializado, de incrementar nuestra cultura de información, tal y como pasó con los dinosaurios, vamos a desaparecer. Es decir, o actuamos en red colectiva y horizontalmente desde abajo y con los de abajo o corremos el riesgo de morir. Es tiempo de reaccionar. El conocimiento lo tenemos que crear juntos y horizontalmente o no lo construiremos, lo mismo que las condiciones de utilización del conocimiento que generamos, La alternativa que va proponiendo es la construcción de las Comunidades Emergentes de Conocimiento Local, creación que permite la confluencia de varios de los desafíos planteados en el texto, congruente con la construcción de futuros desde abajo y a los lados. Nuestro autor propone que los *emergentes* procesos sociohistóricos, no se pueden reducir solamente a los medios tecnológicos, pero tampoco se pueden entender sin ellos. La tecnología ha contribuido a descubrir la fragilidad de las estructuras verticales y lineales para la construcción del conocimiento.

Alude a una *bifurcación sistémica*, lo que significa que muy pequeñas acciones de grupos aquí y allá, pueden cambiar los vectores y las formas institucionales en direcciones radicalmente diferentes, idea articulada con la metáfora del aleteo de una mariposa que pueden desatar un huracán. Esto cabe subrayarlo con la responsabilidad histórica de cada uno de nosotros: Que asumamos la autoría y consecuencias de nuestro propio y *nosótrico* aleteo para identificar el sentido del huracán.

Para ello apremia, “necesitamos —nos urge— más y mejores *comunidades (verdaderamente horizontales) de producción y comunicación simbólica* conectadas

por vínculos físicos, materiales y digitales de afecto, solidaridad, juego y trabajo, que sean capaces de aprovechar en sus propios términos esta insolencia de mundos posibles de las tecnologías inteligentes. Insiste, nunca podrá cambiar el conocimiento que producimos, si no cambiamos las formas en que nos arreglamos para hacerlo y distribuirlo, para discutirlo y compartirlo. Es necesaria, dice, *la formación histórica de los sistemas de soportes materiales* de cómo se fueron formando las coordenadas del imaginario en nuestros pueblos, ciudades, regiones, países, continentes y mundo, para no seguir haciendo monografía tras monografía, reporte tras reporte, tesis tras tesis, aislados unos de otros y sin el espesor de una mirada suficientemente histórica y estructural que nos muestre los *procesos de estructuración* de nuestras global-localizadas instituciones (instituidas e instituyentes) que generan y reparten el sentido. Necesitamos —dice— recuperar la memoria de cómo hemos cambiado en la vida social y cultural y cuál sentido han tomado esos cambios.

Esa es, a mi ver, la búsqueda y desafío que continúa González y a aquello a lo que nos invita vivencialmente. Propone romper con la verticalidad, con una visión “interiorina» limitada, cerrada, e invita a pensar y crear con otros para hacernos un mundo más ancho y más humano *donde quepan muchos mundos*. Un mundo donde la diversidad no sea una amenaza, sino una oportunidad para crecer en conjunto. En ese tenor nos comparte su sueño: Quizás por la vía de las redes horizontales, transdisciplinarias, rizomáticas, afectivas y efectivas, a lo mejor, como dice el dicho, “¡se nos hace chiquito el mar para echarnos un buche!”.

Necesitamos darnos prisa para relacionarnos horizontalmente con la gente del campo y de todos lados, campesinos e indígenas, excluidos en general de estos espacios y tendencialmente despojados de sus tierras e historias. Para ello propone una reflexividad crítica con quienes producen el conocimiento en red como investigación participativa para empoderar y autodeterminar a los agentes sociales y a los propios investigadores.

Necesitamos una reconstrucción dialógica de nuestra memoria colectiva, de nuestros más queridos sueños y expectativas, necesitamos construir un conocimiento reflexivo de nuestro propio sentido común.

Fundamenta su propuesta de coordinación de acciones con la experiencia de las comunidades indígenas. El desarrollo de un sistema de relaciones sociales comunitarias de colaboración mutua y de alta dialogicidad ha sido la condición para poder sobrevivir en condiciones de marginalidad y explotación violenta durante más de cinco siglos. El mundo se apropia por la acción, las cosas nos significan en función de lo que podemos hacer con ellas. Justo en la misma dirección que nos proponen las comunidades zapatistas del Sureste mexicano, que cansadas de ser ignoradas y explotadas durante siglos, saben que *sólo preguntando, andamos*.

Este es precisamente el sentido del desarrollo de ciberkultur@, queremos dialogar para aprender a *sentir hondo, muy hondo y a pensar alto, muy alto*.

Ciberkultur@ significa construir dialógicamente toda técnica ligada al espíritu, a la reflexividad construida y compartida dentro de redes horizontales de inteligencia distribuida en permanente movimiento y crecimiento.

Pienso que la ciberkultur@ es entendida como la capacidad emergente para dirigir y coordinar el movimiento de colectivos sociales utilizando la información, el conocimiento y la comunicación potenciados por las tecnologías.

En síntesis, desde mi perspectiva, Jorge propone construir Comunidades Emergentes de Investigación y Comunidades Emergentes de Conocimiento Local mutuamente articuladas para el conocimiento y solución de problemas desde abajo y a los lados, horizontales, que tengan a la ciberkultur@ como objeto de estudio y como valor de desarrollo vivencial en permanente reflexividad crítica. Ciberkultur@ como medio para la construcción de otros mundos *donde quepan muchos mundos*, en donde el que manda, manda obedeciendo y para todos, todo, para nosotros nada, en una pluralidad y diversidad del *arco iris* del nosotros.

INTRODUCCIÓN



A la memoria dialógica de
Carlos Lenkersdorf y Luis del Valle

La palabra “cibercultura” es un neologismo españolizado que conjuga dos términos casi igualmente polisémicos. Por una parte, el prefijo “Cyber” viene de *Kubernetes*, que en griego designa a la persona que gobierna, guía o conduce y pilotea una nave. También, a quien está en control de algo. Los verbos *controlar*, *gobernar* y *conducir* remiten a contextos diversos, pero en este caso son ampliamente complementarios. Y, por otra parte, “Cultura”, que tiene que ver, en latín, con el *cultivo*, el desarrollo productivo de la tierra, y que con el tiempo fue adquiriendo el significado agregado de todo el *universo de las representaciones* del mundo y de la vida. La cultura expresa las múltiples y contradictorias vidas del sentido y el sentido de todas las vidas. Esa *segunda naturaleza* plena de símbolos, textos y meta-textos que la especie humana genera para sobrevivir en sociedad. *Cyber* tiene, entonces, cuando menos, dos acepciones: la del control y la de la conducción. *Cultura* también: la del cultivo y la de las significaciones. Estoy hablando de una expresión polinómica y polisémica de, al menos, cuatro elementos, cuatro fuerzas que tiran cada una para su lado.

¿Qué significa, entonces, *cibercultura*?

Precisamente, para enfatizar una perspectiva no lineal, multidimensional, por su condición de *concepto abierto* que solamente puede ser entendido en su relación sistémica con otros conceptos (Bourdieu y Wacquant, 1992), es que por ahora usaremos “cibercultura” para designar y evocar, primeramente, una zona de interés teórica y práctica de la vida social.

Desde luego que no existe una sola forma de entender a la “cibercultura”, compuesta de múltiples procesos que, en movimiento constante y no siempre acumulativo ni de desarrollo lineal, retan de nueva cuenta la inteligencia y la acción de múltiples formas y estilos (Galindo, 2006; Piscitelli; 1994, Levy, 2007).

Es ese el sentido en el título del uso de la palabra “cibercultur@(s)” en plural, sentido que hereda de su concepto antecesor y componente señalado, la(s) cultura(s) (González, 1986; González 1994a). La *cultura* comienza a tener estatuto de cientificidad a fines del siglo XIX, y sirve para designar las diferencias entre las costumbres de las metrópolis y los “pueblos primitivos” (eufemismo para designar zonas colonizadas objeto de intensa explotación), respecto a la sociedad occidental y moderna. Si bien al principio el concepto tuvo un feliz arranque, los varios desenlaces que cerraron el siglo XX y abrieron el XXI me dejan con la sensación de que los fenómenos de la diversidad de sus modos de ser y hacer, hace mucho tiempo que se complejizaron de manera impredecible e inimaginable. “Cultura” e “identidad”, como otros conceptos de las disciplinas decimonónicas, fueron pensados y aplicados para domesticar una serie de realidades emergentes que retaban al pensamiento y a la acción de ese tiempo (Giménez, 2006 y 2007). Sin embargo, aquellas realidades no sólo han cambiado en la historia, sino que la frecuencia, el grado y la intensidad de mutaciones que han sufrido han venido a mellar poco a poco el poder heurístico que tuvo el concepto originario. Lo que se esbozaba apenas al inicio del siglo XX, y que venía de las polvaredas colonialistas del siglo XIX, en estos tiempos ya es una realidad absolutamente contundente. El mundo cada vez se organiza y opera más *como si fuera* un solo mundo, pero en muchos sentidos, no lo es.

Las conexiones que ahora actúan y se viven eran impensables e improbables en aquellos tiempos. Hoy los flujos de capitales, de personas, de información y de imágenes nos empujan a todos a vivir un mundo forzosamente globalizante y por supuesto, más desigual. El papel y la relevancia de esos flujos en el siglo XXI tienen un lugar decisivo en la definición y delimitación práctica de una realidad altamente compleja que se ha denominado, desde distintas perspectivas, “economía-mundo” (Wallerstein, 1979, 1984), “cuarto mundo capitalista” (Fossaert, 1994: 450-451) o “sociedad post-industrial” (Bell, 1994: 12-13). Estos flujos transformadores de la historia serían impensables sin un soporte tecnológico especializado en información y conexiones

y que se despliegue de manera dispareja por todas las regiones del mundo (Castells, 1999).

Si tomamos provisionalmente la criticada metáfora del *centro-periferia* para entender la sociedad desde una perspectiva mundial, tenemos una imagen de altísima concentración de tecnologías y conocimientos en el “centro” y, consecuentemente, una bajísima disponibilidad y acceso en las zonas periféricas.

Sin embargo, esta topología del sistema-mundo no es así de nítida y tal vez convenga más pensar su configuración como una red de flujos. Así podemos entender que en países considerados “centrales” —por ejemplo, el llamado *Grupo de los ocho* [G8]— perviven, en su interior, múltiples “periferias” de miseria. Por otra parte, tenemos que en los países “periféricos” operan nodos vitalmente interconectados del “centro”.

El “centro”, a la manera de las culturas y las identidades nítidas y claras, *se descentró* en forma de redes que no respetan fronteras ni naciones.

Hay otras metáforas como “norte global” y “sur global” (De Souza, 2012) que tampoco nos acercan mejor a esta dinámica de transformaciones que desembocan en el siglo XXI. Concedamos que las tecnologías “facilitan” la vida, pero siempre tendremos que preguntarnos ¿cuáles de ellas? ¿para quiénes? ¿con qué costo?

Es claro que no se han repartido todas, ni han sido para todos, ni todos están pagando el mismo costo de “ser tecnologizados” desde fuera y desde arriba (Ver Capítulo 10). Las consecuencias y diversas configuraciones históricas de este proceso han sido estudiadas y documentadas, precisamente por su potencial para mejorar o empeorar la vida. No se puede estudiar una innovación tecnológica sin encargarse de sus consecuencias en la estructura de las relaciones sociales (Rogers y Shoemaker, 1974: 311-335).

El proceso de desarrollo y difusión de la tecnología en el espacio social se comporta —y se ha comportado siempre en la historia— como un *vector*, es decir, como una fuerza con orientación, con origen y destinos. Es una fuerza con magnitud, porque con ella se hacen cosas, se tejen significados y *se hace hacer cosas a otros*. Esta magnitud depende no sólo de la especificidad técnica del invento o del dispositivo, sino del entorno social en el que se desarrolla, se arraiga o se adapta (Márquez, 2002:34). Este contexto de relaciones sociales puede hacer que un desarrollo tecnológico en un lugar sea simplemente una herramienta

más de uso restringido para facilitar operaciones prácticas. Pero el mismo desarrollo, en otro entorno o sistema socio-técnico, bien puede desencadenar una completa revolución en las formas de producirse, organizarse y representarse a sí mismas de las sociedades concretas. Este fue el caso de inventos como el estribo, la brújula, la navegación con quilla, la pólvora, el cañón, el papel, la imprenta y otros más, que en Oriente —y muy especialmente en China— se conocieron y usaron cientos de años antes que en Occidente, pero al ser implantados en el espacio social de la Europa Romana y Medieval transformaron por completo la vida económica, social, política y cultural de las sociedades que ahí se desarrollaban (Needham, 1954; García, 2000).

Cuando se producen las condiciones en las que diferentes inventos se convierten en un *vector tecnológico*, sabemos que siguen siempre una dirección, tienen una zona de origen y un espectro de destinos, usos y consecuencias sociales tan desiguales como posibles. Los conocimientos y las estructuras organizacionales que se necesitan para generar nuevo saber —que a su vez producen diversas tecnologías— en su gran mayoría se originan, viven, se almacenan y se distribuyen en una zona dispersa que, por efecto de la acumulación de energía social, se erige en una red de *nodos centrales* del Sistema-Mundo. Una parte de su fuerza unitaria, reside en su dispersión.

Por ello, desde el inicio de los procesos de colonización en México y América Latina, hemos estado ligados a ese sistema mundial de manera desventajosa, no por incapacidad natural de generación de tecnologías o conocimientos, sino por efecto de la división social del trabajo, por relaciones históricas de fuerza y poder de imposición a escala mundial. La relación entre desarrollo tecnológico y poder político tiene en México un ejemplo paradigmático con las consecuencias de los así llamados *Tratados de Bucareli* (1923), en los que, para que los Estados Unidos de América reconocieran el gobierno de Álvaro Obregón, al parecer una de las condiciones fue el acuerdo —no escrito— de inhibir las actividades de invención tecnológica y científica durante varias décadas.¹ Con ello, varios desarrollos originales perdieron apoyo o simplemente no fueron

¹ En la redacción de los acuerdos “de amistad” propuesta por los Estados Unidos, hay dos artículos que dado el desnivel de inversión en desarrollo tecnológico que existía entre ambos países y la posición de fuerza ejercida sobre el gobierno mexicano, resultan casi leoninos. Ver González, Manuel (1939), especialmente los artículos V y XIII, pp.397-398 y p. 402 respectivamente. Varios historiadores mexicanos señalan como una “leyenda urbana” a dichos acuerdos. Cfr. Serrano (2012).

priorizados para darles continuidad, como sucedió en el caso de la avanzada industria aeronáutica mexicana de principios del siglo XX.

Al mismo tiempo, sabemos que, para 1928, sobre un total de 600 empresas industriales en los Estados Unidos de América, más de la mitad tenían la investigación entre una de sus prioridades. Algunas (7%) ya tenían laboratorios de pruebas, y más de cien colaboraban en algún grado en procesos de investigación (Serres, 1997: 728).

En estas condiciones, con un país desgastado y en plena reorganización después de la lucha revolucionaria, resultaba completamente desbalanceado pactar un tratado de “libre acceso y desgravación de todas las patentes y las importaciones manufacturadas” y, desde luego, en detrimento del desarrollo de una masa crítica de generadores de saber y tecnologías locales. Este “espíritu” ventajoso unilateral de los acuerdos de 1923 sigue presente en el Tratado de Libre Comercio para América del Norte, firmado en 1994 y como consecuencia, en la reforma energética de 2014: en las condiciones estructurales que tenemos, ese tipo de apertura no presagia mayor autodeterminación.

Pero dejemos para otro espacio un mejor análisis de esa historia ancestral entre tecnologías, poder y saber. Me conformo con señalar este antecedente binacional que precede a las novedades que tenemos que enfrentar a casi un siglo de distancia.

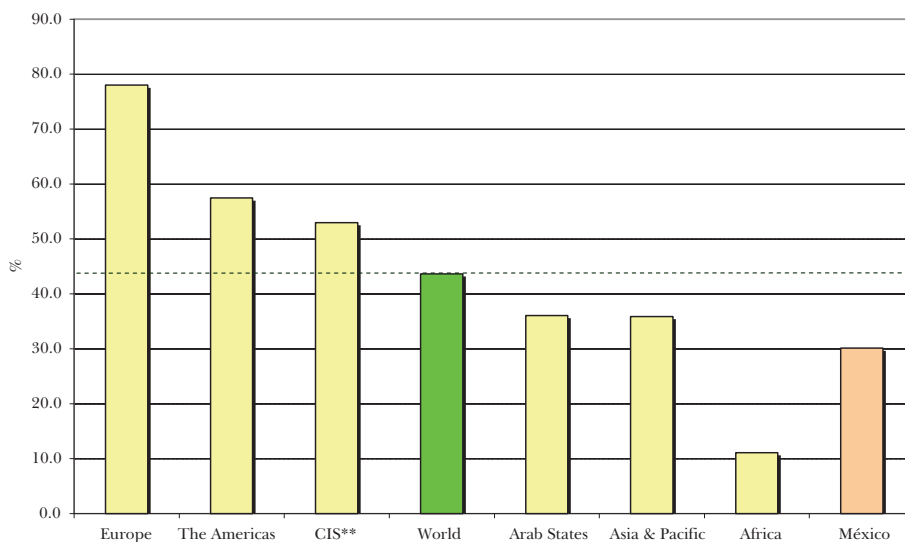
Nuevas realidades, nuevo lenguaje, nuevas acciones

Todas las tecnologías —y especialmente las relativas al procesamiento, transmisión y modulación de la información— siguen con toda claridad este patrón vectorial.

En la figura 2 se pueden observar algunas cifras del proceso de estructuración desigual que a escala mundial ha generado este vector.

En estas condiciones estructurales e históricas, amplias zonas geográficas han iniciado su proceso de equipamiento y aproximación a diversos soportes tecnológicos, especialmente a la red de Internet, pero al mismo tiempo, enormes contingentes de la población mundial están fuera de la estructura de distribución de las *disposiciones cognitivas* que se requieren para operar —a su favor— las modernas tecnologías llamadas “de información y comunicación”. Sin embargo, para el año 2000 algunas zonas de la “periferia” —como El Ghazala en Túnez y Gauteng en Sudáfrica— ya calificaban como ejes de creciente desarrollo

Figura 1. Porcentaje de hogares con acceso a Internet por región y México (2014)



Las regiones están basadas en la ITU BDT Regions, ver: <http://www.itu.int/en/ITU-D/Statistics/Pages/definitions/regions.aspx>
 Nota: * Estimado ** Commonwealth of Independent States

Fuente: ITU World Telecommunication/ICT Indicators database

tecnológico. Parece ser una constante de estas modulaciones inducidas que cada vez *más personas* tienen acceso a *más información a menor costo*.

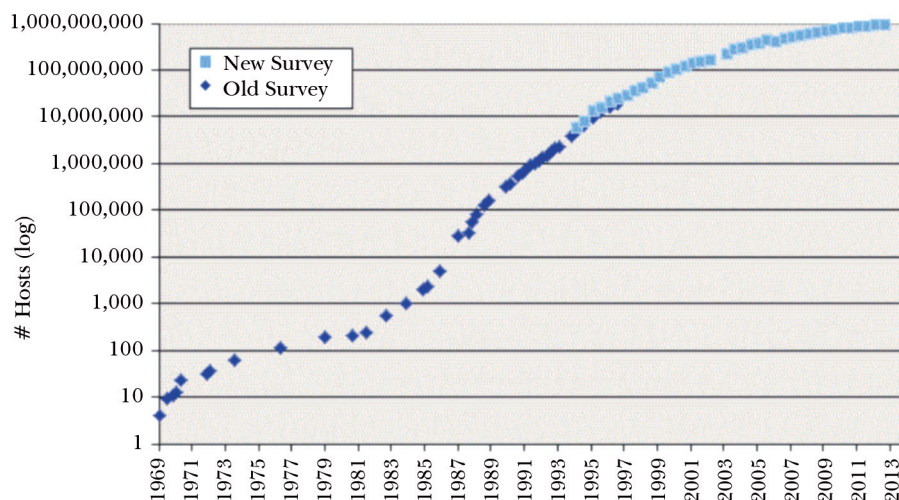
Los problemas derivados de esa *hiper-información* (Ford, 2002) apenas se comienzan a vislumbrar, pero es un hecho que no basta tener acceso a los dispositivos, sino que además se requiere generar y organizar un profundo cambio cultural respecto a las ventajas de utilizar los mismos.²

Ese cambio ya está ocurriendo, y su velocidad aumenta exponencialmente por todo el mundo (y desde luego por estos rincones del mundo mexicanamente modulado).³ Hoy tenemos una situación de

² El Informe de Desarrollo Humano (PNUD-Chile, 2006) concluye que el uso masivo del celular, la televisión, la computación y el Internet no producirán un salto cualitativo hacia el desarrollo humano si, al mismo tiempo, no se crean las condiciones que permitan ponerlas al servicio de los fines de la sociedad.

³ Una crónica de experiencias de este vector en México está en Malvido (1999). Ver Kossick (2003) para los intentos de actualizar el ejercicio de gobierno en México con la era digital.

Figura 2. Crecimiento logarítmico de Internet en el tiempo.



convergencia divergente de este vector tecnológico ligado con la información, pues por una parte crece el acceso y por la otra se reducen los costos. Por ejemplo, en el año de 1995 había menos de 20 millones de usuarios de Internet en el mundo. A fines del año 2000 ya se conectaban más de 400 millones, para 2006 la cifra de conectados pasa de los mil millones. Eso equivale a una multiplicación por cincuenta en sólo 10 años. En 1970, el costo de transferencia de datos era cercano a los 150 mil dólares americanos. Treinta años más tarde, transmitir la misma cantidad de información costaba un poco más de diez centavos de dólar (UNDP, 2001: 32).

Dadas estas velocidades, tenemos obligatoriamente que preguntarnos cómo están interactuando las *ecologías simbólicas* de las diferentes regiones y rincones de todo el mundo frente a fuerza de las *tecnologías digitales* y la *comunicación mediada por computadoras* que cada día están más presentes en todas las esferas de la vida cotidiana?

Las tecnologías que en el pasado *reformatearon* el mundo conocido —tales como la imprenta que ayuda a terminar con el medioevo, y la máquina de vapor que potencia la revolución industrial— requerían, para su control, de un conocimiento técnico muy poco distribuido socialmente. Debido a su operación digital (Terceiro y Matías, 2001), con las computadoras sucede algo muy diferente, pues el saber sobre “los

listados de órdenes que le permiten a una computadora procesar datos o enviar mensajes son programas que pueden ser desarrollados por una amplia comunidad mundial de no iniciados en el campo formal de la ingeniería de software” (Márquez, 2002: 5).

Esto ya lo señalaba con mucha anticipación Alberto Cirese (1986), cuando comparaba el tipo de controles que se ejercían sobre los obreros en las fábricas de la era industrial para evitar que se robaran las herramientas a la salida de la jornada, con el *saber necesario* para intervenir o memorizar un programa cibernético que mueve la maquinaria o controla los procesos industriales. El acceso a las instrucciones y algoritmos de un software básico no es un objeto, sino información que no puede ser registrada o vigilada del mismo modo que unas pinzas o un martillo; por tanto, los controles de su propiedad y acceso son infinitamente diferentes y más frágiles, y las habilidades para identificarla, manejarla, procesarla y utilizarla se vuelven un frente estratégico. Todo el enorme negocio de la llamada “piratería” se basa en esta cualidad informacional.

El pasaje entre la forma social *cultura* y la forma social *cibercultura* implica una reformulación y recreación de la manera en que se relacionan los sistemas de información y los sistemas de comunicación con los conceptos de comunidad y sociedad, como lo ha venido planteando de manera clara Jesús Galindo (2006). Para nosotros implica el paso posible de una *sociedad de comunicación* hacia una *red de comunidades emergentes de comunicación* que suponen un amplio oficio en cultura de información. Implica, desde luego, una vocación diferente y abierta de conocer y diseñar mundos posibles.

Entre estas dos dimensiones interconectadas es que deseo entender la *forma cibercultura* que también puede ser *desarrollada*.

La cibercultura puede entenderse, si seguimos a Jesús Galindo (2006), como una “forma social de asociación, de percepción y tecnología de información y comunicación”. Asociación, percepción y tecnologías que intento acotar en dos áreas entrelazadas, una que apunta al *conocimiento* de esa triple relación y otra, *al desarrollo y rediseño posible* de esas relaciones entre información, conocimiento y comunicación.

Por una parte, la *cibercultura* —entendida de forma pragmática y provisional⁴ como un **objeto de estudio**— la ubico en la trama de relaciones múltiples y complejas de las poblaciones humanas con todo su

⁴ Para una caracterización de estos conceptos, ver Jorge González (2002). Para otros usos del término, véase David Silver (2000), en David Gauntlett (ed.) (2000).

entorno social y *noológico* en devenir, es decir, sus *ecologías simbólicas* confrontadas en diferentes momentos y procesos (adaptación, rechazo, auto-producción, adopción, interacción como auxiliar o como plataforma generativa)⁵ con las *tecnologías digitales* (dispositivos, procesos y representaciones que implican información codificada electrónicamente en dígitos) y con la *comunicación mediada por computadoras* que a su vez abarca también una variada y creciente gama de procesos, posibilidades, plataformas y representaciones de lo social.

Por otra parte, *cibercultur@*, (con arroba) la voy a entender como un estratégico **valor de desarrollo** que se concreta en el rediseño de tres *culturas/cultivos* de nuestras habilidades prácticas y representaciones sobre la información, el conocimiento y la comunicación (Galindo, 2002).

Cultura/cultivo de Información

Las concepciones, habilidades y destrezas que tenemos para organizar técnicamente codificadas, nuestras experiencias del mundo, conforman los límites de una cultura de información sin la cual la vida social entre humanos no puede existir. Desde el lenguaje hasta las religiones y los metalenguajes más complejos, codificar, organizar, sistematizar y procesar las experiencias de la vida y del mundo son centrales en toda cultura humana existida o existente. Este libro a lo largo de sus capítulos, sostiene que la explicitación documentada y reflexiva de las clases de sistemas de información que configuran este tipo básico de cultura es progresible, es compartible, construible y aprendible. Se puede **cultivar**. *Desarrollar cibercultur@* requiere necesariamente que se incrementen de manera sustantiva estas capacidades para operar creativamente con la información, para poder construir y afirmar las diferencias, las culturas y las identidades.

Cultura/cultivo de Comunicación

Los recursos, las capacidades y las herramientas para suscitar, contemplar, establecer, mantener, transformar y transfigurar los vínculos entre diferentes componentes humanos, con los respectivos sistemas

⁵ Ver al respecto, Jorge González (1999a).

de información que los delimitan, configuran los principios básicos de toda **cultura de comunicación**. Desarrollar *cibercultur@* implica, necesariamente, intervenir de forma abierta y específica sobre las habilidades para que al menos dos diferentes sistemas de información puedan superarse dialógica y dialécticamente al construir formas de vinculación superiores a la suma de sus diferencias.

Esta es otra capacidad elementalmente humana y de vocación decididamente ecológica, en el sentido que se realiza al establecer vínculos productivos del ser social en devenir con todo su entorno físico, biológico, psíquico y social. Cultivar y desarrollar **cultura de comunicación** implica siempre una actitud abierta y horizontal para poder suscitar la diferencias que no se resuelven con el canal tecnológico, sino cuando modificamos la relación social que desbalancea y naturaliza las diferencias en desigualdades. “*Ero asoro ma gbesi*” es una expresión luminosa que en lengua Yoruba se usa para nombrar lo que en español entendemos como “radio”, y su significado es: “la cosa que se la pasa hablando sin esperar a que le respondan”.⁶

Lo que en la primera expresión se deja ver como un canal técnico o un aparato, en la otra lengua deja visible la relación social que toda tecnología inviste.

Cultura/cultivo de Conocimiento

Entre los sistemas de información y los sistemas de comunicación para su transformación como realidades operantes —como haces de experiencias vivenciadas y la posibilidad de desarrollar ambas las culturas/cultivos de información y comunicación— media la **cultura de investigación y conocimiento**.

Su cultivo nutre la necesidad de conocer en detalle, tanto en los niveles fenomenológicos de superficie o de primer orden (intra-objetuales), como en los niveles de las relaciones estructurales de segundo orden (inter-objetuales). Sin ese doble conocimiento preciso y documentado, cualquier proyecto de transformación y crecimiento generativo de nuevas formas sociales de convivencia pierde sustento y condiciones de factibilidad.

⁶ Agradezco a John Downing (1982) la referencia de esta expresión.

Estas dos primeras formas imbricadas de conocimiento generan sistemas de información *ad hoc* en los que diferentes observables son organizados. Mediante ello, hacen posible un ulterior orden de conocimientos que precisa un conjunto de relaciones de tercer orden (trans-objetuales), mediante los que podemos intervenir y rediseñar reflexivamente la deriva de los sistemas.

Este es el nivel de las tecnologías de intervención dialéctica, socio-analíticas y propiamente socio-cibernéticas (Ver Capítulo 7), en las que la reflexividad compleja (“la *mirada que mira* a la *mirada que mira* al objeto”) de los actores involucrados se vuelve el combustible necesario para generar nuevos escenarios posibles de interacción y convivencia social. Desarrollar *cibercultur@* requiere, por necesidad, una cultura/cultivo de investigación y conocimiento que sea capaz de aprehender y ejercitar el uso crítico y la aplicación *clínica* y no *cínica* de diferentes paquetes tecnológicos (Galindo, 1996). Conviene pensar así lo que suele reducirse a la “aplicación de una técnica”, porque toda técnica es la configuración procedimental de una serie de supuestos conceptuales y epistémicos del recorte de realidad que generan.

En síntesis, entender la(s) *cibercultur@*(s) como valor de desarrollo para el autoempoderamiento colectivo, implica establecer formas de organización específicas donde convergen y se potencian tres clases complementarias de lo que hemos llamado *culturas/cultivo*: la relativa a la información, la que toca a la comunicación y la referida al conocimiento.

Para este objetivo, el diálogo multi-disciplinar que suponen las perspectivas agrupables dentro del amplio espectro de los sistemas complejos (García, 2006), la socio-cibernética (Geyer, 1995) y las ciencias cognitivas aparecen como un elemento sustancial en la configuración de nuevos metalenguajes y conceptos para nombrar de mejor modo las viejas realidades actuantes, las nuevas realidades emergentes y los posibles mundos que hoy, como nunca, podemos ser capaces de crear y recrear de formas menos estáticas, más fluidas, menos rígidas, más incluyentes, más diversas.

Estos esfuerzos de pensar el mundo de manera más abierta y rica nos permitirán ver mejor algunas de las realidades que ya vivíamos y, al mismo tiempo, precisar mejor los procesos emergentes que nos retan y confrontan el futuro que hace rato ya llegó.

De las incursiones y materiales incluidos

Esta edición contiene doce textos, que como en la edición anterior,⁷ pueden ser abordados tanto de manera no lineal como lineal. El objetivo es presentar el proceso de transición de una trayectoria dedicada durante más de tres décadas al estudio de los procesos culturales que hace las cuentas con esta modulación de dichos procesos con la vasta y compleja acción global del vector tecnológico y las ecologías simbólicas.

Diversas *incursiones no lineales*, de idas y vueltas, de tropiezos y avances, de aperturas y cierres variados en escenarios que apuntan a esa transición entre la categoría de los Frentes Culturales y el Desarrollo de Ciberkultur@.

El conjunto de textos incluidos se pueden dividir en diversos senderos que se bifurcan y se reencuentran, unas veces por accidente y otras por terquedad.

En cuatro de ellos intento hacer miradas *de la mirada que mira* y ha mirado estos escenarios de problemas. Otros dos textos son más propuestas que revisiones donde intento mostrar algunos caminos que me permitieron avanzar en el entendimiento del estudio de las culturas contemporáneas en México y América Latina.

Otros tres trabajan ya de manera específica con la conceptualización y la historia de los estudios más directamente relacionados con una perspectiva emanada de la ciberkultur@: la sociocibernética como una rama de frontera de la sociología internacional, el diseño y evaluación de las políticas culturales y de nuevo en la línea de las propuestas, perfila la KC@ como estrategia de comunicación compleja desde la periferia del sistema mundo. Esta segunda edición incluye tres textos adicionales dedicados al estudio de la digitalización inducida, al deseable desarrollo de comunidades emergentes de conocimiento en el proceso migratorio y al papel de las *pantallas* en la reconfiguración de las culturas, los sistemas y las ecologías de información, comunicación y conocimiento contemporáneos. En cuanto a los formatos, también me decidí por lo disparejo. Deliberadamente todos pueden ser leídos en cualquier orden y ritmo. Acompaña al final una bibliografía general en la que se encuentran todas las referencias hechas de cada capítulo.

⁷ Publicada por la Editorial de La Universidad de La Plata, Argentina en 2008.

1) “Redes y sistemas de información (o el sueño de Prometeo sin cadenas)” está basado en la transcripción verbatim de una conferencia que ha sido publicada y traducida al gallego como “Redes e sistemas de información (ou o soño de Prometeo sen cadeas)” por el Consello de Cultura Galega de España. En él, trato de motivar de manera documentada sobre la importancia estratégica de desarrollar sistemas de información, de investigación y de comunicación que nos ayuden a reducir la colonialista tendencia de ser comúnmente nombrados y procesados por otros. Una de las ideas centrales señala que *las formas de organización que nos damos para conocer se inscriben en el producto del conocimiento mismo*. Por todo ello, enfatizo aquí la opción estratégica de *construir redes de comunidades emergentes de investigación*, como una forma alterna de crear una masa crítica de investigadores y conocimientos específicos sistematizados sobre nuestras propias entrañas y ecosistemas socio-simbólicos. Esta idea estará presente de manera recursiva en muchos de los párrafos de varios de los textos que componen el libro.

2) “La voluntad de tejer: análisis cultural, Frentes Culturales y redes de futuro” fue escrito para conversar dentro del campo anglosajón interesado por los desarrollos con algunos autores latinoamericanos (García Canclini, Martín Barbero, Renato Ortiz y Jorge A. González) que se habían ocupado más detenidamente de la cultura. El tono y la intención del trabajo intentaron ser críticos y polémicos respecto al oficio y al referente de los estudios de estos temas en América Latina y México. Ahí enfatizo la idea del desbalance estructural y las costumbres intelectuales más comunes, y sostengo que no conducen a la creación de una *masa crítica de comunidades de investigación* y por lo mismo, sin querer queriendo, colaboramos a eternizar nuestra propia condición de subalternidad en el campo científico y tecnológico. Seguimos sin darnos cuenta de que no nos damos cuenta.

3) “De la pila hasta el océano. Comunicación y estudios de la cultura en México” intenta responder una serie de interrogantes sobre algunas zonas de entrecruzamientos de la cultura y la comunicación como objetos de estudio en el país. El título indica un movimiento de una situación de *control* preciso de un fluido (la pila bautismal) hacia otra completamente distinta, en la que el agua regresa en forma de maremoto. La metáfora se extiende a la comunicación como objeto de estudio y de un ejercicio profesional que atestigua cómo *la técnica* sometió inclementemente y sin aspavientos, al “espíritu”.

4) “Pensar la cultura (en tiempo de vacas *muy* flacas)” es un divertimento sobre el concepto de cultura(s) y está deliberadamente escrito casi como una conversación que incluyo, en parte, por el estilo en que fue formateado y, en parte, por la temática y las ideas que pretenden abrir y evocar algunas cuestiones y dimensiones que me parecen claves cuando pensamos en estas novedosas condiciones a la(s) cultura(s).⁸

5) “Convergencias paralelas. Desafíos, desamores, desatinos entre antropología y comunicación”, planteo algunas preguntas que desde la comunicación se podrían hacer hacia la antropología. Presento algunas propuestas para caracterizar estos procesos emergentes en la historia y una serie de ideas para entender los procesos de comunicación de manera un poco más compleja, es decir, más multidimensional, más en movimiento, menos desconectada de ecologías igualmente complejas. El desfase entre las carreras “clásicas” y legitimadas (como la antropología) y la emergencia cuasi-oncológica de la comunicación, en vez de marcar un repliegue hacia la anatémización de un campo emergente que necesariamente interconecta las antes separadas disciplinas decimonónicas, bien podría dinamizar la estructura misma del campo de las ciencias socio-históricas.

6) En “Frentes Culturales: para una comprensión dialógica de las culturas contemporáneas”, retomo la categoría con la que he venido trabajando desde 1982 en diversos análisis y estudios de las culturas en México. Más que un concepto nuevo, esta perspectiva me ha ayudado a diseñar un marco metodológico y teórico para entender algunas de las dinámicas de la cultura de estos y otros tiempos. Desde su inicio, la categoría fue planteada como un espacio de interfase entre diferentes culturas en tensión y lucha por la definición de los sentidos más elementales de la vida humana. Con el tiempo y las experiencias de trabajo en red, fuimos descubriendo que la complejidad relativa de la propuesta persigue, además, el objetivo de servir como sistema de reflexividad para empoderar a los colectivos de investigación que lo desarrollan. El desarrollo de la categoría implica la intervención en los modos de organización para la creación de conocimientos y un grado de reflexividad de segundo orden muy importante.

7) “Sociocibernética y Cibercultur@: perspectivas, promesas y retos de diálogos interdisciplinarios” es un trabajo que aborda por

⁸ Cfr. su versión sonora en https://www.youtube.com/watch?v=myVvebEgCR0&list=PLop-TLnyHY21Yg_SD9Cf3NkCDwPcccW0I&index=1

un lado algunas notas históricas sobre la fundación de la primera y la segunda cibernéticas, ambas perspectivas claves en la conformación de lo que hoy llamamos sociocibernética.⁹ La primera versión completa del trabajo de Wiener (1948) fue pensado y escrito totalmente en la Ciudad de México como fruto de la colaboración del matemático con el neurofisiólogo mexicano Arturo Rosenblueth, en buena parte como resultado del trabajo dialógico y experimental que ambos sostuvieron hacia fines de los años cuarentas. El texto expone algunos de los conceptos clave que comparte el desarrollo teórico y empírico de cibercultur@ con una convergencia entre la teoría general de sistemas, los sistemas complejos, las ciencias cognitivas y un espectro de observables que poco a poco se han ido delimitando. Nuevamente planteo las dimensiones en las que entiendo la cibercultur@ como objeto de estudio y como valor de desarrollo social. Una versión de este texto fue publicado en España bajo la coordinación de Chaime Marcuello (2006) dentro de la primera publicación que se hace directamente en español de esta nueva rama de un pensamiento sociológico abierto al diálogo con importantes innovaciones con las que arranca el inicio del siglo XXI.

8) “Cibercultur@ y diseño de políticas culturales” es un texto inédito producto de la transcripción de una conferencia para trabajadores y funcionarios del Ministerio de Cultura de Colombia cuando iniciábamos el LabCOMplex y con él, avanzábamos en un primer proyecto de investigación y desarrollo de KC@ aplicado para diseñar y evaluar políticas de fomento a la creación artística en México. Lo incluyo como un ejemplo de las posibilidades de aplicación en políticas públicas de la perspectiva propuesta. Sin el cambio y el cultivo novedoso y abierto de la información, la comunicación y el conocimiento, dadas las condiciones actuales, la vía para facilitar un más amplio y participativo en el mundo de la cultura, se vuelve mucho más trabajosa.

9) “Cibercultur@ como estrategia de comunicación compleja desde la periferia” plantea la necesidad de armar una estrategia que permita no sólo resistir mejor, sino retrotraer algunos de los efectos más visibles del vector tecnológico en las ecologías simbólicas de las sociedades periféricas o en desarrollo. Al final, se exponen brevemente la estructura conceptual y las líneas de investigación del LabCOMplex desde su fun-

⁹ Ver el sitio de este comité de investigación reconocido apenas hace poco más de una década como parte de la sociología contemporánea en <http://sociocybernetics.unizar.es/>

dación, precisamente como una estrategia de comunicación compleja, de donde toma su nombre.

10) “Digitalizados por decreto: cibercultur@ o inclusión forzada en América Latina” es el reporte y discusión del papel sumiso de los gobiernos de los eufemísticamente llamados “*developing countries*” frente a las políticas mundiales de imposición, no solo de protocolos tecnológicos, sino de las formas de acceso y contenidos a la red mundial de Internet.

11) “Cibercultur@ y migración intercultural. Cinco trazos para un proyecto”, es el resultado de una reflexión frente a los enormes problemas que esta modulación del sistema mundial conoce como migración. Enormes flujos de personas cuya energía social es consumida de manera compulsiva por los grandes polos atractores de la economía-mundo, precisamente aquellos desde los que nos llega la orientación del vector tecnológico. En este texto planteo la total diferencia de condiciones de encuentro entre los migrantes aislados, desconectados, desinformados, despojados y muchos otros etcéteras, frente a economías que no podrían subsistir ni acumular, con la posibilidad de desarrollar comunidades emergentes de conocimiento local sobre su condición (porque se vive y se sufre como una situación límite con costos o beneficios muy altos, tanto en los lugares de expulsión como en los de recepción). La construcción de redes y el recurso de generar sus propios sistemas de información y comunicación como bases para el conocimiento y el empoderamiento de estos contingentes aislados e individualizados con la posibilidad de operar como redes inteligentes a favor de sus propios intereses.

12) “Pantallas vemos, sociedades no sabemos” es un texto que interroga una de las dimensiones de la interacción del vector tecnológico —las pantallas— con la cultura de información, de comunicación y de conocimiento de las sociedades. Cada día es más extraño mirar personas que no estén viajando, trabajando, jugando, conversando, discutiendo, investigando frente a dispositivos diferentes que tienen una pantalla como interfaz. El texto indica la necesidad de estudiar a fondo esa casi omnipresente condición con la que en pocas décadas millones y millones de personas interactúan, mediadas por pantallas.

Este *texto de textos* muestra el desarrollo y la evolución del trabajo conceptual, histórico y empírico de mi propia trayectoria científica. Desde agosto de 1982 en que la categoría de los Frentes Culturales fue presentada en el X Congreso Mundial de Sociología hasta los últimos avances en lo que llamo la investigación y desarrollo de cibercultur@

han pasado 32 años de trabajo ininterrumpido en el espacio de cinco instituciones mexicanas (Universidad Iberoamericana, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Universidad de Colima, Universidad Nacional Autónoma de México) y estancias académicas en el extranjero (Universidad Complutense de Madrid, Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad de Texas-Austin, Universidad de Copenhague, Universidad Metodista de Sao Paulo y decenas de conferencias y visitas de investigación en América Latina, Europa).

Marca también una transición, un deseo y un compromiso de estudiar los procesos de constitución de la hegemonía, del poder simbólico, en escalas cercanas a la vida cotidiana, al desarrollo de comunidades emergentes de conocimiento, empoderadas y capaces de redefinir los términos de su propia condición y destino histórico.

Quisiera anticipar dos advertencias conceptuales.

1) Los Frentes Culturales NO son una teoría de la “recepción” en comunicación, como en algunos casos ha sido clasificada, sino un esfuerzo más complejo de observar las características, las estructuras y los procesos de la constitución de las relaciones sociales desde el punto de vista de la producción simbólica. La consecución de los fines de dicha propuesta teórica y metodológica depende de la conformación de comunidades emergentes de conocimiento, con participación multidisciplinaria pero con la mira de generar conocimiento transversal sobre los equilibrios precarios que nos dotan de todas las certezas.

2) El desarrollo de cibercultur@ (→KC@) NO significa la aceptación acrítica de la moda tecnológica, sino el compromiso constructivo y dialógico para potenciar el conocimiento como arma estratégica para el desarrollo de nuevas formas de organización, de referencias y de saberes frente a problemas concretos y socialmente desafiantes.

El paso de FC a →KC@ es el paso de los intentos de descripción, objetivación y explicación plausible del conocimiento científico sobre los procesos culturales, a la acción colectiva e inteligente para propiciar un frente cultural.

Acompañantes de navegación y otras marejadas

Como siempre, los caminos nunca se andan en solitario, aunque a veces lo parezca. En estos textos resuenan las conversaciones, las ayudas, los comentarios, los abucheos y los apoyos amorosos e inclementes de

muchas personas: Xosé López, Noé Jitrik, Philip Schlesinger, Nancy Morris, Thomas Tufte, Laura Sánchez, Raúl Fuentes, Octavio Islas, Gely Bautista, Omar Hernández, Karla Covarrubias, Joe Straubhaar, John Downing, Martha Fuentes, Anita Pantin, Manolo Callahan, James Lull, Rossana Reguillo, Chaime Marcuello, Jesús Galindo, José Amozurrutia, Margarita Maass, Florencia Saintout, José Carlos Lozano, Javier Maisterrrena, Haydée García, Daniel Bertaux, Pablo del Río, Paulina Fernández Christlieb, Antonio Paoli, Cicilia Krohling Peruzzo, Viviana Valdés, Jenny Sámano, Lucía Barragán, y más recientemente, Paco Ledesma.

Muchas discusiones, ideas, sugerencias y hospitalidades recibí en su momento de Alberto Cirese[†], Henry Trueba[†], Aníbal Ford[†], Daniel Cazés[†], Carlos Lenkersdorf[†] y Rolando García[†] que por ahora ya no están con nosotros. Grande su ausencia, solo tan grande como el compromiso de continuar retribuyendo la generosidad y claridad aprendida con ellos.

A todas y todos los que me acompañaron para poder vislumbrar el umbral, mi más cumplido agradecimiento y redoblada solidaridad. Ideas, herramientas, teorías, nuevas historias y personas en el pasado y en el presente me acompañan ahora en el proceso.

Este texto de textos es como un portal. Se puede entrar desde cualquiera de sus puertas. Muchos conceptos se espejean entre ellos, lo que permitirá abordarlo desde cualquiera de ellos y seguir con las ideas básicas. Es también la objetivación de un pasaje entre el estudio de una realidad plural a otra realidad más compleja, más heterogénea pero también más conectada, más veloz, más fugaz, más impuesta, más dócilmente aceptada, y al mismo tiempo más retadora en nuestra capacidad de organizarnos para que la vida sea buena. Eso acarreará necesariamente un cambio, un ajuste en esa eterna trenza que da posibilidad de ser a nuestras ecologías simbólicas: la información, la comunicación y el cocimiento. No podremos dejarlo al azar. Se puede rediseñar, se puede re-ingenierar, se puede ajustar.

Con toda certeza, en los meandros virtuales del “ciberespacio” y de la comunicación mediada por computadoras, en la más rigurosa reflexión teórica, en los trabajos empíricos y en el placer de compartir con otros, sueños y tiempos intensos, si algo permanece es el hecho de que el corazón y la vida misma siguen latiendo.

Ahí nos encontraremos con la canija y lúdica voluntad de seguirnos tejiendo juntos y para ello es preciso crear las estructuras adecuadas para escucharnos y conversar.

Parece ser un hecho que el veneno más efectivo para roer este orden social impuesto que separa, ensordece y enmudece, es conversar. Conversemos pues.

Jorge A. González
Ciudad de México, Enero de 2015

REDES Y SISTEMAS DE INFORMACIÓN
(O EL SUEÑO DE PROMETEO SIN CADENAS)



Lo que diremos ahora nos alegra por una parte y nos preocupa por otra. Es algo que va en sintonía con las dos anteriores presentaciones.* De lo que hablaremos es de que no se puede separar la *forma de organizarnos* para generar conocimiento, del *conocimiento* mismo. Sostenemos que no se puede decir: “¡yo solamente *descubrí* la fisión nuclear (es decir, la forma de romper átomos para liberar una enorme cantidad de energía), pero no tiré la bomba atómica! No sé quién la tiró. Yo nada más hice este descubrimiento”.

Desde la perspectiva que proponemos, resulta que, si no podemos controlar los *usos sociales* del conocimiento que generamos, entonces tampoco podemos *controlar* el conocimiento (Morin, 1995). Haremos también una referencia a los estudiantes que están en nuestras universidades y que alguna vez parecieron, como nos cantaba el músico argentino León Giecco, “esperanzas caminantes”.

Pero, ¿qué sucede en la Universidad cuando, después de cuatro años de “estudios”, miramos a los ojos de esas “esperanzas caminantes” o comparamos las fotos de la época de su ingreso con las fotos de su egreso? Es impresionante constatar el deterioro generalizado que ha habido ahí y que no es sólo por el paso de los años. ¿Dónde quedó el fuego? ¿Dónde quedó la vida? ¿Dónde quedaron las ideas? ¿Quién sabe dónde? Parece que asistimos a un proceso de desenergetización, de depresión y desactivación de los sitios donde se metaboliza profesionalmente la vida y sus avatares mediante reflexión activa y acción reflexiva.

Sostenemos que, si no cambiamos *desde dentro* en las universidades donde generamos (donde deberíamos y podríamos generar) conocimiento, amplias regiones del país, vastas zonas del mundo, quedarán y seguirán quedando —para siempre— *excluidas* del bienestar, de los

* Conferencia dentro del Coloquio “Comunicación para el Desarrollo Local”, organizado por el Consello de Cultura de la Xunta de Galicia, en Santiago de Compostela, en mayo de 2001.

medios para tener una vida digna y con calidad expansiva, como lo han estado desde la noche de los tiempos.

Esta es, sin duda, la parte preocupante. Pero también creemos que no todo está perdido y que se pueden hacer todavía muchas cosas: podemos crecer en calidad de conocimientos y, sobre todo, podemos organizarnos mucho mejor si somos capaces de tocar y rediseñar *la forma en que nos organizamos* para construir el conocimiento.

Hay una constante que nos parece importante en la historia de la humanidad: mientras menos conectividad —es decir, menos *vínculos*— y menos *consistencia* —es decir, menos coincidencias y pobre elaboración sobre el *para qué* están vinculados— tienen los elementos de un sistema, más fácilmente generan (¡piden!) la intervención de un poder superior que les *in-forme* desde afuera.

Hablo de un tipo de relación directamente proporcional entre conectividad y consistencia, por un lado, y autodeterminación y autonomía, por el otro.

Hay también una constante social que hemos convertido en un verdadero mito que tiene efectos inmovilizantes, porque las definiciones que nos hacemos de nuestra realidad, aunque sean inventadas o infundadas, míticas pues, son absolutamente *reales* en sus consecuencias. Y es el *mito* de pensar que la “estructura” o el “sistema” simple y fatalmente nos abrumba, nos domina sin posibilidad de salida. Sin embargo, el mejor de los análisis sociales nos muestra que hombres y mujeres somos diestros en la generación y producción de esas estructuras (Giddens, 1989) que nos cambian la mirada, que transforman a nuestros estudiantes, de “esperanzas caminantes”, en deshechos y desazones arrastrantes. Parece ser que las universidades se volvieron, desde hace mucho tiempo, espacios no para simplemente aprender, sino para aprender a distinguir quién manda. Pero los estudiantes, ellos y ellas, no son tontos y se vuelven verdaderos expertos en hacer trabajos *a quien corresponda*: “a este maestro le gusta mucho la historia, hay que ponerle mucho de historia y le damos por su lado”, o bien, “esta maestra es muy dicharachera, le ponemos entonces algún chistorete y la complacemos”.

Pero, me pregunto, ¿cuándo vienen *sus ideas*? Poco a poco constatamos que no hay mucho sitio ni incubadoras para sus ideas, ni en la sociedad ni en las universidades. En muchos casos, las universidades *ralentan* esa energía. Los jóvenes llegan (¡cuando llegan!) con muchas experiencias e ideas para elaborar y documentar, para evaluar y suscribir o abandonar, pero las universidades, en vez de potenciarles las

habilidades para sistematizar y generar conocimientos necesarios, las destrezas para comunicarse efectivamente entre muchos diferentes, los frenan al premiar la complacencia o les fomentan descaradamente un tipo de prostitución intelectual que empuja a que se vendan al mejor postor (¡hay que adaptarse al “mercado”!) y a que hagan trabajos “a quien corresponda”. Es entonces cuando se realiza ese aprendizaje social de saber *verse como los que mandan* o saber *distinguir quiénes son los que mandan*. Sin duda, esta es también una habilidad que se incorpora, pero tenemos muy severas dudas de que ella colabore a mejorar el estado de las cosas de este *mundo mundial*. Pero desde luego que tampoco aprenden *a mandar obedeciendo*¹ (como nos confronta el movimiento zapatista), porque, para obedecer, hay que aprender a escuchar.

Y, para hacer posible que “vengan sus ideas”, se requiere intervenir *la forma* de una forma de organización que —sin verla— nos condena a repetir el destino atrás evocado y agudizado en las zonas periféricas del sistema-mundo.

Pero el mundo cambia y ha cambiado; y todo parece indicar que seguirá cambiando por la acción de las mujeres y los hombres concretos. Pero, ¿hacia dónde? ¿quién dirige la flecha del cambio? ¿cuáles son los costos de cambiar de un estado de cosas a otro? ¿quién paga los costos?

De la famosa *Era de la Información* (o cuando el futuro —hace rato— ya nos alcanzó)

En pleno siglo veintiuno, a lo largo y ancho del *mundo-mundial*, en sus múltiples e intrincadas regiones y plurales vecindarios, constatamos una serie de cambios y mutaciones que le están transformando, de manera desigual y desincronizada, la vida toda al planeta y sus habitantes.

En esta llamada “sociedad de la información”, a diferencia de otras formas anteriores de organizar la vida en el mundo, la generación de conocimiento e información es absolutamente vital para su desarrollo y supervivencia (Castells, 1999a). Las tecnologías digitales y la comunicación mediada por computadoras han tenido, ciertamente, un papel protagónico en este nuevo mundo que se convulsiona y desarrolla en una especie de revolución digital que nos pone frente a retos muy com-

¹ (EZLN, 1994).

plejos, como lo hizo en la historia la revolución industrial (Terceiro y Matías, 2001).

Y como el desarrollo se parece mucho a un vector, es decir, a una fuerza con dirección, desde la forma en que se genera hasta el derrotero que navega tienen, desde luego, sus propias consecuencias.

Prescindible o no prescindible, *is that the real question?*

Se puede fácilmente constatar una aguda separación inducida por la dirección de ese vector entre dos grandes categorías de individuos. Los individuos *auto programables*, que son indispensables para esta nueva forma de organización del sistema mundial porque son flexibles y creativos, y los individuos *programables*, que operan como terminales inertes o *tontas* (como se les llama en el lenguaje informático) y como “partes” o “componentes” sustituibles, rígidos, que pueden ser prescindibles (¡hasta étnicamente!) para la producción y, por supuesto, para el consumo de los bienes, para la generación e interpretación de versiones del mundo.

La clave para discernir entre ser *prescindible* o ser *imprescindible* es justo su capacidad para generar conocimiento y para procesar información de manera inteligente, es decir, flexible, recursiva, abierta. Son estos agentes los que generan los saberes necesarios para diseñar y programar los saberes, las memorias, los mundos posibles y los presentes de aquellos otros. Así nomás. Si echamos un vistazo a la estructura de la distribución mundial de los *imprescindibles* (Wallerstein, 1979; Fossaert, 2001), veremos que se concentran en algunas economías y zonas del planeta que forman un núcleo central que decide, programa y se beneficia en términos materiales, económicos, políticos y simbólicos del multi-cacareado proceso de globalización.

Del otro lado, ligados estructural e históricamente (e igualmente globalizados pero del lado “equivocado”), encontramos diversas versiones y niveles de lo que podemos llamar sin pena, metafóricamente, “perrolandia”, vastas zonas donde pulula, habita, se reproduce y muere el perral.*

Esas zonas periféricas también están “globalizadas”, y es ahí donde lo que se globalizó es el mismo tipo de excluidos, de pobres y de condi-

* Conjunto indiscriminado de perros callejeros sin linaje, sin rostro, sin nombre, sin historia, sin memoria, sin futuro, prescindibles.

ciones que los acompañan. A ese “otro” lado, en la famosa globalización, le tocó que le globalizaran la miseria: uno constata el mismo tipo de miserables y pobres comerciando el mismo tipo de baratijas “globales” en las esquinas y las calles, las favelas, las villas miseria, cartolandas y —global, al fin y al cabo— en algunas de las mismísimas entrañas de las economías centrales. Pero no hay poder que se ejerza sin resistencias múltiples. ¿Qué pasó, si no, el 1º de enero de 1994 en México cuando entra en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y desde la selva Lacandona (zona que en muchos sentidos se “congeló” en las condiciones del siglo XVI) surge un movimiento desde el mundo indígena (por definición, histórica componente centenario y folklórico del perral) que dice: “¡Ya basta!?”² Somos mexicanos, somos indios y queremos seguir siendo indios y mexicanos, pero con dignidad. Y no nos vamos a dejar desaparecer. Nunca más un México y un mundo sin nosotros”?

Es decir, el día que inicia legalmente un proceso de reorganización mundial para dar un salto hacia el nuevo milenio, unos extraños seres a todas luces *retrasados* del vector del desarrollo se niegan a ser prescindibles, a dejar —como siempre— de ser considerados en el progreso a costa de que renuncien a ser lo que han sido y son.

Se produce un verdadero shock, una sacudida realmente importante. Pero este no es un grito aislado e inaudible: de repente, el perral se las agencia y se prepara para utilizar los medios más modernos y las tecnologías más avanzadas a su servicio, para decir su palabra y convocar a otros para recuperar la dignidad. Sin la estrategia de procesamiento y manejo de información y la profusa construcción distribuida de conocimientos sobre ellos mismos y su vínculo con el *mundo-mundial*, estos rebeldes reacios a ser globalizados hubieran sido aplastados sin más esfuerzo. Es claro que para ellos —los *programables*— y, por supuesto, para sus fallidos y sorprendidos *programadores*, en buen castellano, *globalizarse* significaba, simplemente, *desaparecer*. Otras formas “globalizadas” de resistencia las tenemos con los movimientos organizados de los sin tierra, homeless, squatters, okupas y globalofóbicos varios.

Y quizás poca gente sabe que una de las regiones más estudiadas de México es precisamente el estado de Chiapas, que por sus recursos naturales inmensos, por su variedad de composición étnica, ha servido como “laboratorio” de prácticas de numerosas tesis de doctorado e

² <http://www.ezln.org/>.

investigaciones de las que —en Chiapas y en todo México— nadie (¡o poquísimos!) sabe nada. El conocimiento de esa región y sus pueblos con sus costumbres *vive* clasificado en algunas universidades del primer mundo. Como muchas otras regiones de *perrolandia global*, esta zona siempre ha sido estudiada desde afuera. Sociedades *in-formadas*, conocidas, narradas, dichas, contadas siempre desde fuera. Siempre, desde la noche de los tiempos, nos han dicho cómo somos, cómo no somos y qué debemos ser. Pero, ¿por qué pueden hacer eso? ¿a qué responde esto?

Nos parece que responde a una *distribución desigual de la inteligencia*.

Distribución sociohistórica o “don natural”: ¿cuál es la *inteligencia*?

La inteligencia no tiene nada que ver con una medida o un don individual. Siempre está distribuida. Por supuesto que no hay *inteligencia distribuida* (Salomón, 1993) sin individuos, pero nuestra inteligencia (nuestra capacidad para resolver con eficacia diversos problemas) no está localizada en la cabeza de cada cual, sino que siempre está distribuida en los objetos que manipulamos, en las relaciones que mantenemos y en las interacciones lingüísticas que generamos. Objetos, relaciones e interacciones dependen, a su vez, de tres tipos de fuerza que vienen del entorno cultural, de la situación local y de la condición personal de los individuos. La distribución social (a escala mundial) de la inteligencia y la trayectoria de ese proceso deja zonas vacías y vaciadas de conocimiento que tienen una “vocación” casi natural de ser *dichas*, comunidades que son dichas, narradas, contadas, vividas y explicadas *desde fuera*.

Y no hablamos sólo de pueblos y naciones *contadas*. También podemos hablar de un género *contado desde afuera*: las mujeres, en la historia, han sido contadas, narradas, vividas desde fuera. Sin lugar a dudas, habitamos un mundo en mucho definido y organizado —sin saberlo o sin cuestionarlo— de manera masculina, en el que la diferencia de género significa de inmediato desigualdad.

Todo aquello que nos une e identifica, lo que nos separa y nos destaca, opera como una *zona de ocupación* que se ha recompuesto a lo largo de la historia. Toda la vida nos enfrentamos, constantemente, con *territorios simbólicamente ocupados* (González J., 2001:107), en los que los

grados de autodeterminación suelen ser verdaderamente escasos, permanentemente reprimidos o de plano inexistentes en la escena pública.

¿Qué genera esto? Exclusiones a toda escala: *poverty gap*, *digital divide*, brecha informacional, brecha tecnológica que, dentro de las coordenadas normales de su definición, son —como la impagable deuda “externa” de las economías de la periferia del sistema-mundo— simplemente “eternas”.

Prometeo digital: información, investigación, comunicación

Hay una relación que también queremos plantear entre tres tipos de actividad de cultivo, desarrollo y distribución de habilidades y destrezas. Esas sí verdaderamente imprescindibles para operar en esta “nueva” sociedad. Me refiero a la relación entre *cultura de información*, *cultura de investigación* y *cultura de comunicación*, y su relación con las universidades en particular y con la vida social en general.

Después de muchos años de trabajo académico en zonas de *perrolandia* (principalmente, en México y América Latina), se puede llegar a una dolorosa conclusión: si desaparecieran de nuestras universidades sus áreas de investigación (cuando las tienen) o, incluso, si desaparecieran o “ajustaran” (para usar el eufemismo tecnócrata de moda) nuestras universidades, simplemente *no pasaría nada*.

Sin duda, algunos perderían su trabajo, su cátedra, su cubículo y tendrían que salir a buscar la vida a otra parte para “reconvertirse” productivamente en comerciantes, en subempleados, etc., pero todo indica que simplemente, en el fondo, *no pasaría nada*. Y, ¿por qué no pasaría nada? Porque tenemos una relación de *comunicación* sumamente débil y poco clara con la sociedad: las empresas, las organizaciones sociales, los partidos políticos, los gobiernos, las comunidades no tienen ni idea de para qué sirve lo que hacemos. Lo verdaderamente patético es que, muchas veces, tampoco nosotros (los universitarios, los investigadores) sabemos para qué y para quién hacemos lo que hacemos, además de para ganar puntitos en una carrera *cuasi-comercial* sin fin o para mantenerse en un trabajo gris hasta que el retiro y la pensión nos alcance.

No tener cultura de información implica, desde luego, que no sabemos —como sociedad— valorar la información. Pero tampoco sabemos producirla, generarla, manejarla, aprovecharla, cultivarla, en fin. Desde luego que no hablamos de la información periodística cotidiana, que se

podre al otro día de su novedad. Esos saberes dependen, en mucho, del lugar que tenemos y que hemos tenido en la sociedad. Y por efecto de ello estamos mejor o peor colocados frente a una distribución desigual de las habilidades y las destrezas necesarias para generar, disponer e interpretar información para conocer y conocernos. Tenemos, además de la incapacidad para comunicarnos con la sociedad y entre nosotros mismos, profundas carencias de cultura de información y cultura de investigación.

Si este rasgo lo cruzamos con el valor estratégico que en todas las dimensiones de esta llamada, también, *sociedad del conocimiento* tiene el manejo diestro de información y la generación permanente de saber, el cuadro está delineado. Enfrentamos una verdadera desventaja histórica, estructural y cognitiva, efecto de una organización mundial vertical que cristaliza y eterniza a su vez una doble desigualdad. La del *acceso a los soportes materiales* para generar conocimientos, por un lado, y, por el otro, la del *acceso a las disposiciones cognitivas* para construirlos, asimilarlos y aprovecharlos (González, 1994d).

En nuestras sociedades periféricas, las redes y formas de organización para generar conocimientos suelen ser muy verticales, conservadoras y autoritarias. Y esta es la manera “normal” para generar esos conocimientos. Y no hablamos aquí de la sociedad en general, sino de las universidades y centros de investigación de estos países y naciones que, salvo excepciones, suelen operar de maneras variadamente verticales, autoritarias, descendentes, reproductoras.

Y ello refuerza la tendencia de que, mientras menos ideas nuevas haya, mejor. Pueden pasar años de vida institucional sin que aumenten efectivamente nuestras habilidades para comunicarnos entre los propios miembros de las instituciones académicas, y, por supuesto, han pasado siglos sin mejorar su comunicación con la sociedad “extramuros” universitarios.

También a nivel del sistema mundial tenemos algunas universidades y centros (*think tanks*) que generan el conocimiento mundial *necesario*, otras muchas que nada más repiten y, cuando mucho, *aplican*, y muchísimas otras en las que nada más *enseñamos* lo que alguien dice que le dijeron que dijo el que dijo.

En los “centros” neurales de la nueva sociedad están los productores que tienen acceso a los soportes materiales (bibliotecas, laboratorios, tecnologías) y poseen las disposiciones y esquemas cognitivos para producir permanentemente conocimientos nuevos. Y, por efecto de la

organización de las relaciones sociales, se convierten y se asumen como una especie de *Senado* de la inteligencia mundial, del que nos llega y nos descende *la información y conocimiento* sobre el mundo, sobre nuestra condición en él y las interpretaciones que la acompañan.

No debe verse en esto una cerrada actitud de rechazo chauvinista a la ciencia hecha en otros lados y por otros que no seamos nosotros. Más bien, queremos describirles y mostrarles una condición de la que podemos salir o ayudar a cambiar solamente si intervenimos en el desarrollo de esas tres *culturas* mencionadas antes. Esto sucede en el nivel de los Estados, en el nivel de los países y las naciones. Sucede en el nivel de las regiones y de las etnias. Sucede, en fin, dentro del nivel del *género*.

El dilema se presenta así: ¿formamos repetidores o generadores? ¿Terminales “tontas” —prescindibles, con poca o nula autodeterminación— o bien nodos inteligentes, auto determinantes y, por lo mismo, *imprescindibles*? Pero, ¿podemos elegir? Y ¿quién, en la sociedad actual, puede crear y ganar habilidades y destrezas para generar conocimientos aterrizados en la vida práctica, para hacerla no, nada más, *más práctica*, sino *más vida*? ¿Será el tendero o el taxista que están trabajando todo el día por ahí? Difícilmente. Entonces, ¿quién? ¿el ferrocarrilero? ¿el ama de casa? ¿el señor que está en la esquina? ¿el *perral*, espontáneamente, así nomás porque sí? Lo dudo, porque no tienen ni el tiempo social ni las destrezas ni el entrenamiento ni los medios para desarrollarlo.

Como una característica biológica de la especie humana, todos *generamos* permanentemente conocimientos, por supuesto que sí, pero la división social del trabajo en el curso del tiempo ha creado *especialistas* en la generación de conocimientos, y la “novedad” es que *nosotros* somos —supuestamente— esos *especialistas*, o *deberíamos* serlo, o deberíamos, en todo caso, *poder* serlo. Pero, ¿dónde están los libros, las bibliotecas, los sistemas de información empírica, los especialistas? ¿Dónde están los soportes materiales para hacer eso?

En México, por ejemplo, hoy en día tenemos muchas universidades: chiquitas, grandotas, privadas y públicas, críticas y conservadoras, tecnológicas y humanistas. Hemos trabajado en ellas durante un buen tiempo y somos originarios de la Ciudad de México, que es el ombligo de todo el país: en ella está concentrado casi todo aquello que hace posible el conocimiento. Pero nos encontramos en un país en que hay cientos de universidades, cientos y decenas de decenas de profesores jóvenes o mayores y de estudiantes verdaderamente brillantes, pero al mismo tiempo condenados a la más alta grisura y precariedad intelectual. Por su

simple ubicación social, siempre estarán del lado de los *repetidores* de “lo que dicen que dicen que dijo el que dijo”. En ese esquema, siempre tiene que llegar la gente del “centro” para estudiarlos, para nombrarlos. Para saberse y delineararse tiene que venir la gente del “centro” (local, regional, nacional o mundial) para decir: “mírense cómo (decimos que) son”.

El problema nos parece bastante grave, porque no nos auto-percibimos como generadores potenciales y reales de información y de conocimiento. Y, por efecto de esa no-percepción, desarrollamos una muy baja autoestima intelectual. En los hechos, investigar lo que investigamos y cómo lo investigamos (icundo casi por milagro investigamos!) *no sirve para nada*. Y escuchamos a la gente común y corriente decir: “¡Ah, eres investigador! Hombre, cómo se viaja, ¿verdad? ¡qué interesante!”. Y esa percepción devaluada en la práctica, pero valorada simbólicamente, es, en mucho —me temo—, responsabilidad de la propia comunidad de investigadores, de las propias instituciones que la sociedad especializa en ese trabajo.

Pero este prejuicio social opera de modo similar en las propias universidades, en los propios Consejos de Cultura de las ciudades, en los gobiernos y en la sociedad toda: “¡Ah, investigación! Sí. Pero tú eres de sociales y humanidades, ¿no? Bueno, iten! Aquí está tu *infraestructura*, y como tú nada más escribes rollos, te debe bastar con un lápiz y un papel. ¿Quieres una computadora? ¿para qué?” Y luego, la verdad, es que nos apena constatar para qué quieren la dichosa computadora. Muchos colegas piden y exigen una computadora porque se ha vuelto casi un estigma no tener una muy potente y moderna. Pero esa computadora se utiliza en la mayoría de los casos para escribir cartas, textitos y, cuando mucho, de vez en cuando, mandar correos electrónicos. Y tantos megabytes de memoria impresionante y velocidad en gigahertz, ¿para escribir *rollitos*? No tenemos una estimación ni siquiera aproximada del nivel de sub-utilización de las sofisticadas máquinas para procesar información con las que podemos *generar* (iporque para eso están diseñadas y equipadas!) configuraciones de información a las que jamás tendríamos acceso trabajando a mano en un tiempo de vida. Contradicción: tenemos las máquinas, pero no sabemos cómo sacarles el máximo de rentabilidad para nuestros propios fines. Esta relación entre Universidad y sociedad está, tradicional y desdichadamente, llena de desprecio del *perral* por parte de la Universidad.

Y algunas otras veces, la universidad se llena de romanticismo y populismo barato: “el perral tiene la razón, porque es *perral*”. Y en am-

bos casos operan con una gran ineficiencia, ignorancia profunda pero acorazada de “fama” (sólo fama) y, las más de las veces, llenas de un tipo de soberbia e impotencia a la vez. Sí. Muchas contradicciones que tejen una relación que nos parece esquizofrénica con la sociedad. “Si los desaparecen, pues que los desaparezcan”. “Les pagan con los impuestos de toda la gente y si desaparecen, pues, ni modo. Que los metan a trabajar en otra cosa”. Cotidiana y dolorosamente constatamos que, cuando hay que recortar presupuestos, ¿en qué se recortan? Fácil: en investigación, y especialmente en los parientes pobres de la investigación, que son las humanidades y las ciencias sociales. Nos quejamos, gritamos, pero ¿qué más sabemos hacer aparte de tirar rollos *ex-post-facto*, “a toro pasado”? ¿Qué más, aparte de tirar buenos o regulares rollos? ¿Cómo estamos preparando a nuestra gente para ser rolleros? ¿Qué sabemos hacer? *Leer fotocopias*. De repente, ni libros leemos (porque no hay o porque no tenemos hábito de leer o ambas cosas).

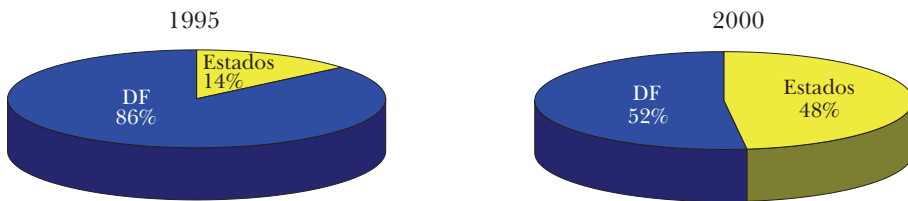
Cultura de fotocopias, *meta-meta-meta fotocopias*: fotocopia de la fotocopia de la fotocopia. Y, ¿qué más sabemos hacer? Hacemos un uso *clínico*, pero no un uso *clínico* de lo que podemos aprender en la Universidad, y al salir no sabemos hacer muchas cosas que deberíamos saber hacer. Pero sí sabemos hacer algo socialmente útil: aprendimos perfectamente a *distinguir quién manda*. Por supuesto, estamos haciendo referencia a un libro de *metodología* de Lewis Carroll que se llama *Alicia a través del espejo* (Carroll, 1998), que nos muestra un “diálogo” entre Humpty Dumpty —un huevo humanizado— y Alicia. Pero, en ese “diálogo”, cada vez que interactúa con Alicia, este huevo parlante cambia a su capricho las palabras y sus significados. Alicia, que es muy práctica, le dice: “no te entiendo, no te entiendo”. Y Humpty Dumpty, desde su posición encima de un muro, le contesta con soberbia: “No hace falta que me entiendas, se trata de que entiendas quién manda”.³

Desdichadamente, mucha de la formación que hacemos en las universidades para “generar” conocimiento es muy parecida a esta escena: aprender cómo *pasar* la asignatura, aprender a darle gusto a quien le corresponda ejercer poder sobre nosotros y hacer como que hacemos lo que debemos hacer.

Hace años así estaba distribuida en el espacio la generación de conocimiento en México.

³ “Who’s the master”.

Figura 1. Concentración de investigadores en México



Fuente: Conacyt, 1995 y 2001

Esta es la concentración de investigadores reconocidos oficialmente en dos períodos en el país. Somos más de ciento diez millones de habitantes y en 1995 sólo el 14% trabajaba fuera de la ciudad de México, el 86% estaba en el “centro”. En cinco años, ese porcentaje de megaconcentración parece disminuir a casi la mitad. La zona metropolitana de la ciudad de México concentra al 20% de la población total. Si bien la cantidad de investigadores fuera del centro aumentó, las nuevas cifras relativas apenas registran un milésimo de punto de avance.

Lo que definitivamente no ha cambiado es la forma de organizarse para generar conocimiento.

Los investigadores *reconocidos* en México alcanzan a la fecha un ínfimo porcentaje de la población nacional, y para la sección de Ciencias Sociales y Humanidades ello se reduce a la quinta parte. La relación es de poco más o menos 15 mil “profesionales de la reflexividad” para ciento doce millones de habitantes. En los últimos años, como podemos constatarlo, ése número ha tendido a aumentar, pero estamos todavía muy lejos de lograr una masa crítica significativa para transformar la estructura de producción de conocimientos. Una política científica de Estado, sigue sin aparecer en el horizonte de los partidos y las instituciones del Estado mexicano.

Aquí hay más datos: somos muchísimos los mexicanos que no leemos nada y además no podemos comprar libros, así que las ediciones son, por tanto, muy pequeñas, tienen circulación restringida, existen escasas revistas científicas en el área, tenemos una cultura académica que ya hemos contado cómo es y, por supuesto, no tenemos una *masa crítica* de lectores, un mínimo estimulado de personas que esté leyendo como parte de su vida cotidiana.

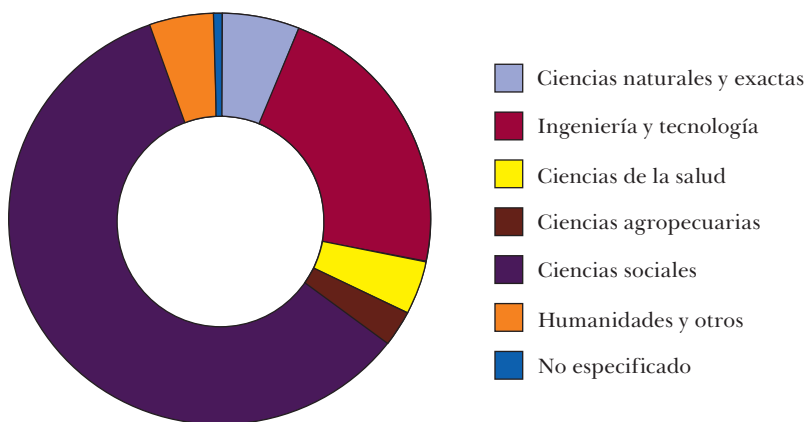
Cuadro 1. Proporción de especialistas en el conocimiento por año y en relación a la población de México (1995-2005)*

	Total					% por área					% relativo a la Población				
	1995	2000	2005	1995	2000	2005	1995	2000	2005	1995	2000	2005	1995	2000	2005
Ciencias Sociales y Humanidades	1545	2004	3420	26,3	27,6	28,2	0,001	0,001	0,002	0,003	0,003	0,003	0,002	0,002	0,003
Resto de las áreas científicas	4334	5248	8676	73,7	72,4	71,8	0,005	0,005	0,005	0,005	0,007	0,007	0,005	0,005	0,007
Todas las áreas científicas	5879	7252	12096	100	100	100	0,006	0,006	0,007	0,007	0,01	0,01	0,007	0,007	0,01

Fuente: Conacyt, 1995, 2000 y 2005

* N.B. al 2015. El porcentaje relativo a la población está en 0.016%

Figura 2 Población Desempleada con formación académica (2007)



Fuente: anexo estadístico del Informe General del Estado de la Ciencia y la Tecnología, 2008.

Una última y patética cifra nos enseña cómo estamos en cuanto a la formación de doctores, es decir, especialistas en investigación científica: siete mil novecientos once en el año 1999. ¡Siete mil novecientos estudiantes de doctorado para cien millones de habitantes! ¡Bonita relación!

Simultáneamente, por datos oficiales sabemos que menos del 3% de la población de México llega a las universidades. De ese 3%, la mitad egresa y, de esos diezmados que egresan, muchos menos de la mitad hacen una tesis de investigación, una tesis que genere alguna información o algún conocimiento de cierta relevancia. Porque, claro, muchos profesores sostienen que los estudiantes no están todavía lo suficientemente maduros para producir conocimiento para ayudar a entender y transformar mejor el mundo y por ello más bien se dedican a hacer —como contaba una vez John Lennon, “making all his nowhere plans for nobody”—, están haciendo todas tus tesis y disertaciones para nadie, para guardarlas para el fin de los tiempos o simplemente para obtener un papel con el título. ¿Qué tenemos entonces? Una inmensa centralización que enmarca y moviliza un flujo: la gente que puede se desplaza hacia donde ve el poder, no se va a *perrolandia*. La “gente” va a donde está el billete. ¡Qué difícil es crear una facultad o un centro de investigaciones, hacerla donde antes no había nada!

Creatividades no vemos, corazones no sabemos

Por muchos motivos, tenemos una gran pobreza heurística. La creatividad, tanto en el arte como en la ciencia, depende cognitivamente de dos cuestiones: de la amplitud o estrechez de un *espacio conceptual*, de un espacio de lenguaje, sin cuya ayuda simplemente no vemos lo que no podemos nombrar, y de la extensión y riqueza de un *árbol de exploración* o búsqueda. Y, a veces, ese *árbol de exploración* se parece más bien a un pobre palo de escoba. Envejecer no es tener muchos años, sino empezar a perder posibilidades de explorar. Una de las cosas más duras para nosotros es cuando vemos jovencitas y jovencitos de dieciocho años que son unos verdaderos *ancianos* mentales, porque *ya saben* de qué va todo o porque no les hace falta saberlo. Las universidades, cotidianamente, favorecen y *preman* la poca exploración y la pobreza estereotipada de un lenguaje críptico. El resultado es, en consecuencia, el desarrollo de una gran *pobreza política* para actuar de manera práctica y documentada, para percibir y decidir los cambios en función de información precisa para hacer las cosas con lo que sabemos. Y, en un ciclo vicioso, esta pobreza política nos lleva de regreso a una gran carencia de *cultura de información* y *cultura de investigación*.

¿A qué nos referimos con cultura de investigación? Hay un dicho que es muy reaccionario —sobre todo para los niños— pero dice así: “dadle a un niño (quizás debería cambiarse “niño” por “necio o necia”) un martillo y todo le parecerá digno de un martillazo”. Hablamos de que casi siempre se conoce *una sola manera* de inquirir a la realidad y nos tapamos la posibilidad de aprender diferentes modos de hacer investigación en el mundo.

No toda la realidad es *cuantificable* o se deja “contar” de cualquier manera. Y, del mismo modo, no toda la realidad es *entrevistable*, a pesar de que alguien sepa muy bien entrevistar o hacer observación etnográfica.

Entonces, ¿qué queremos hacer? Ya dijimos que esto es sólo un panorama. Pero, más bien, ¿qué es lo que *no* queremos hacer? No queremos seguir fomentando la verticalidad y el autoritarismo acorazado de cientificidad inexpugnable en el cual nuestros jóvenes estudiantes se forman. ¿Cómo se puede abordar esta cuestión de crear una actitud reflexiva que se liga con nuestras herramientas a la mano para objetivar el mundo social? ¡Ah, qué bonito se dice! Pero sin *cultura de investigación* no podemos volver nuestras herramientas para objetivar el mundo social

sobre nosotros mismos, para conocer nuestro modo de “conocer”, sobre nuestro propio oficio para así desmenuzar cómo estamos generando conocimiento.

Lo que queremos hacer es ayudar a formar nodos de *comunidades emergentes de investigación*. ¿Y eso para qué? Para formar *redes*. Para formar *redes de comunidades emergentes* que tengan estrechos vínculos, estrecho contacto, relaciones de colaboración, relaciones de apoyo y, por supuesto, que tengan sus nodos, sus individuos, sus unidades, en estimulación constante.

Estamos hablando de que *hay que tocar la forma en que nos organizamos para generar conocimiento*, porque se puede ser muy democrático y muy dialéctico y muy todo lo que quieran, pero en los hechos no somos capaces de objetivar nuestra invisible manera de organizarnos para conocer, que se asemeja a una especie de estructura de *Zigurat*, donde hay un gran iniciado, miembro de una especie de Sanedrín de la inteligencia, tres o cuatro apóstoles y cien esclavos que son los que levantan los datos. “Yo no me mancho las manos con datos, yo vengo a interpretar”, como si fuera un cantante. “Vengo a interpretar la información”.

Pero la información es privada, la información es restringida, la información sirve para que nos doctoremos y qué más... Y ¿nuestra sociedad? ¿qué pasa con ella? Porque, además, hablamos muy distinto del modo en que se entiende la gente común. Y cuando no nos entienden decimos: “Si no me entienden, es que son tontos”. El costo de esta ceguera a la forma en que nos organizamos para “conocer” nuestro mundo y nuestro lugar en él nos parece verdaderamente muy alto: una cultura de información plana y estrecha, una cultura vertical y autoritaria de investigación, y ambas acorazadas de una profunda cultura de incomunicación que, de hecho, anula los posibles beneficios de lo que hacemos. Pero la vida sigue y la gente seguirá hablando.

La experiencia del proyecto FOCYP y el tejido de redes horizontales⁴

¿Qué queremos hacer? Pues, colaborar en la formación de investigadores, de más personas que se interesan desde cualquier disciplina o

⁴ FOCYP refiere al proyecto de investigación que se reporta en “La voluntad de tejer” de Jorge González, incluido en este volumen, y al programa informático con los resultados de cartografías culturales que proyectamos durante la conferencia.

trabajo por desarrollar conocimientos sobre su propio entorno simbólico local. Pero al mismo tiempo ligados con procesos globales de distribución de inteligencia. Queremos hacer redes de generación de información descriptiva, exploratoria, actualizada, histórica y de sentido público. Y ¿eso qué quiere decir y para qué lo queremos? Simple: para *aumentar la masa crítica* de generadores de información cultural sustantiva. Aumentar significativamente el número y la dispersión espacial de personas y grupos suficientemente preparados (es decir, con las habilidades y las destrezas básicas adquiridas) y suficientemente motivados para responsabilizarse —en una estructura de red— de esta tarea que de alguna manera ha sido expropiada o nunca se ha asumido a fondo en las sociedades dominadas en las escalas mundial, nacional y local. Queremos aumentar el *conocimiento* fundado sobre la cultura en México, pero “México” es, en realidad, muchos “Méxicos”. La conocida “Revolución mexicana” es, en verdad, la integración compleja de muchas “revolucioncitas” locales. Hay muchas cosas que pasaron, que se taparon y que no están todavía muy claras, sobre todo si todo se sigue haciendo conocimiento de manera “ombliuista”, centralizada y heterodeterminada.

Dos historias detrás de las cifras

Para lograr eso es preciso entender que lo más inadecuado para poder describir una práctica cultural es un porcentaje a secas (aunque eso les encante a los políticos). “El 60% de los mexicanos no lee libros”. De acuerdo, pero ¿y eso qué? “El 80% va al cine”, y ¿qué más? Es inadecuado no porque esté mal de origen producir y usar los porcentajes y las encuestas, sino porque *toda práctica cultural tiene una doble historicidad* que la explica y la determina: una historicidad fundamental que está centrada en la trayectoria de los *soportes materiales* que garantizan que esa determinada práctica o esos discursos o esas actitudes puedan generarse. No es posible que haya católicos sin templos, sin curas, sin seminarios, sin alguien que imparta y sancione los sacramentos. No es posible que haya lectores sin escritores, sin libros, sin bibliotecas y sin casas editoriales.

Y esta historia material no se deja apresar con las cifras puntuales. Hay que reconstruirla mediante sistemas de información y contarla, recrearla, darle visibilidad científica.

Por otra parte, tenemos otra historia que tampoco aparece en las estadísticas comunes y es la historia de las *disposiciones incorporadas*, la historia de la distribución, desarrollo y apropiación de los esquemas simbólicos mínimos para percibir, valorar y escoger determinada práctica cultural y no otra.

Para *ser* lector o para *ser* católico o para *ser* educando, si no tenemos esos esquemas, que están desigualmente desarrollados, distribuidos y apropiados, simplemente no percibimos ese producto o práctica cultural. No somos parte de *su público*.

Si alguien nos mostrara la Catedral de Santiago de Compostela, pero nouviésemos ni idea de ella ni tampoco trajéramos una guía o algo que nos ayudase a comprender mejor lo que nos muestran, es muy probable que después de pasar por el Pórtico de Gracia dos fueran nuestras actitudes: una, la de entrar a *asolear las muelas*: “¡oh, la magnificencia!”, entonces compraríamos una postal y diríamos “miren, yo estuve en Santiago”. No entendimos nada, ni sabemos nada, sólo que es muy grandota, muy antigua y muy bonita, porque no tenemos las disposiciones adecuadas para degustarla e incorporarla a nuestra experiencia vital.

Otra cosa sería si alguien nos llevara y nos proporcionara más y mejores elementos que solo nuestro pobre o rico sentido común, podríamos entender y asimilar lo que vemos y sentimos un poco más densamente y menos *mensamente*.

Cuando hablamos de “densidad” nos referimos a una visión que nos permite identificar una pluralidad de relaciones. Sin ella, desarrollamos sin más la *mensidad*⁵ frente a la inmensidad. Entonces, una *práctica cultural* puede ser más provechosamente entendida como el *entrecruzamiento de dos historias*, de dos trayectorias que en ella convergen: la de los equipamientos o *soportes materiales* de la cultura y la de las *disposiciones cognitivas* que se han desarrollado y distribuido de manera desigual entre las personas, los espacios y los tiempos sociales.

Una es la historia de las instituciones, agentes y prácticas especializadas en la producción, preservación y difusión profesional de representaciones del mundo. Otra es la historia de cómo *nos fuimos haciendo*, paulatinamente, *público* de las instituciones culturales; porque los públicos *no nacen*, se construyen, se van haciendo en el curso del tiempo.

⁵ Un *menso* es el que, ante un guiño, no distingue entre un tic, un ligue o una basurita en el ojo. Alguien que tiene poca capacidad para discernir y, por lo tanto, aplana su propia visión y experiencia de las cosas.

Una mirada estrábica por triplicado

“Esquizofrenia” dijimos hace un rato para hablar de la incapacidad de hacernos preguntas desde nuestra propia especificidad como sociedades y culturas al investigar. Por ejemplo, cuando en 1985 iniciamos en México el proyecto de la relación entre telenovelas y sociedad, teníamos varias décadas de fabricar y ver telenovelas, pero en *todas* las universidades mexicanas no había ni un solo estudio más o menos digno sobre ello. Simplemente, se limitaban a decir —sin fundamento sólido alguno— que eran “una mierda”, “tele-basura, ¡qué asco!”, pero nadie sabía cuántas personas las veían y, mucho menos, qué hacían con ellas en su vida cotidiana. De hecho, las empresas de televisión y las de publicidad sabían más de ese fenómeno cultural que las instituciones que, se supone, están especializadas en volver entendible el mundo: las universidades. Una triple mirada, a la vez sociocéntrica (sólo vale lo que nuestra clase social decide que vale: “eso es de pobres”), *etnocéntrica* (sólo vale lo que dicta la cultura europea y occidental: “eso es de mal gusto”), y, al fin, una mirada *androcéntrica* o *falocéntrica* (sólo lo que se define masculinamente, es bueno: “porque *eso* es de mujeres”). Y, sin embargo, a pesar de la triple ceguera académica, cada vez había más público de telenovelas, y quince mil personas sólo en la ciudad de México trabajaban en esos momentos en la producción de dicho género. ¿Qué sabíamos de eso? Nada, en realidad. Pero con el triple prejuicio ya lo sabíamos *todo*: “Televisa, la ITT, la Xerox, el imperialismo cultural son los malos”. ¿Las telenovelas? pura *enajenación*. ¿La gente que las ve? *enajenados*. Listo, ya está, ¿qué más queremos saber si ya lo sabíamos desde antes de investigar?

Y ¿para qué le preguntamos a la gente, si nosotros decimos cómo es la gente o la ignoramos de plano? ¿Cuántas historias del cine hay en México? Varias en las que tenemos la historia de las películas mexicanas y algunas historias de algunos directores y actores mexicanos. Pero, ¿cuántas historias de los públicos? ¿cómo creció la asistencia y se desarrolló el gusto por el cine en diferentes espacios y tiempos? ¿cómo se *volvieron público* del cine sus abuelos en Galicia? y ¿qué diferencias y semejanzas tienen con el mismo proceso en México?

No se sabe, y difícilmente se sabrá sin contar con sistemas de información y sistemas de investigación. Porque ese público invisible es la gente sin historia, es el *perral*. “¡Que ladre, pues! Nosotros nada más hacemos la historia de bronce, la historia de las estatuas magníficas y memorables”. Suena horrible, pero lo es todavía más.

Y al respecto de la invisibilidad científica de otras categorías, hubo un error involuntario de traducción de nuestra charla en el resumen publicado del programa, y donde dice “materias” debe decir *matrias*. Una cosa es la patria y otra es la *matria*, la que está pegadita a ti, tu *matria*, tu identidad territorial básica. ¿Y quién estudia las *matrias*? En México tuvo que ser el hoy historiador Don Luis González, quien, dentro de El Colegio de México —una de las importantes instituciones fundadas por el exilio español—, formado en una tradición de historiografía positivista (lo que cuenta es el documento), se decide a “historiar” su pueblo natal. “¿Cómo que su pueblo? ¿quién hay *importante* en su pueblo? Además, ¡lo hace usando información de parientes suyos! ¡Contaminó *la verdad*!, ¡contaminó la objetividad!”. ¡Herejía pura! A este investigador le costó varios años lograr que en el medio científico fuera aceptada otra forma de hacer historia fijada en dimensiones locales, y con ello abrió un boquete en la historiografía mexicana para empezar a trabajar historias regionales. No historia única *Patria*, sino historias *matrias*, las del terruño querido (González L. 1984).

Porque esa gente que no aparece en *La Historia*, ni siquiera de telón de fondo, suele ser la que produce desde abajo, en la sombra, este país, estos países y estas naciones. Y el problema es que de esa parte de la vida y de la historia de nuestros propios pueblos sabemos muy poco o casi nada. No tienen visibilidad científica. Y a los universitarios les corresponde asumir —al menos al inicio— esta responsabilidad de aprender a *saber para ganar grados de autodeterminación*, para hacer el mundo más ancho, donde puedan caber muchos otros mundos.

¿Por qué queremos hacer redes? Porque queremos aumentar la masa crítica de generadores de información, porque queremos dignificar el oficio de investigar, porque queremos que los estudiantes y los profesores conectemos y seamos capaces de poner a nuestro servicio, al de nuestra inteligencia y nuestro espíritu las tecnologías digitales y de información (y no al revés, como suele suceder). Queremos, además, aprender a generar *autoestima intelectual*, porque entonces las tesis, los trabajitos y las reflexiones podrán ser cada vez mejores. ¿Qué puede suceder? Que podríamos generar estudios comparativos que antes simplemente no se podían hacer entre Guadalajara y León y México y Colima y Tijuana. Antes no se podía porque no teníamos sistemas de información básica de los procesos culturales. No decimos que se pueda todo ahora, pero estamos empezando en muchas partes por lo menos a darnos cuenta de lo mucho que no nos damos cuenta.

Hacia una cultura de comunicación

En resumen, esta charla ha pretendido señalar la prioridad estratégica de desarrollar sistemas de información cultural propios, fundados *en y para* la construcción de conocimientos orientados de manera distinta a como los hemos vivido vastas zonas del mundo. Dijimos que es posible *intervenir* para reorientarlas a partir de los intereses y perspectivas de aquellas zonas del mundo en las que no se ha considerado necesario hacerlo. Y en el caso de que así hubiera sido, tampoco se ha cultivado una actitud permanente de búsqueda documentada de nuevas soluciones y respuestas para elaborar, metabolizar e *intervenir* sobre las experiencias de la vida y del mundo desde perspectivas más cercanas a nuestras características de diferencia que hemos aprendido a vivir, no como diferencias, sino como desigualdades. Desigual es la distribución y el acceso a los soportes materiales de la cultura. Desigual es el desarrollo y la apropiación de las disposiciones cognitivas para degustar y asimilar la cultura. Dijimos que la desigualdad cabalga de la mano de una forma vertical y autoritaria de organizarnos para conocer, que no vemos porque con ella vemos y ella misma no nos deja darnos cuenta de que no nos hemos dado cuenta.

En especial, en las universidades no se desarrollan de manera suficientemente extendida las habilidades ni las destrezas para aprender a diseñar y operar *sistemas de información*. Quizás se piensa erróneamente que eso corresponde sólo a los informáticos. Menuda confusión.

Por otra parte, por primera vez en la historia, el acceso a las máquinas de información es cada vez más amplio y difundido, pero tampoco hemos desarrollado suficientemente una *cultura de investigación* que nos ayude a nutrir permanentemente las herramientas de los sistemas de información, que nos ayude a identificar *problemas prácticos* de la vida y del mundo social y a ser capaces de convertirlos en *problemas de investigación*. Nuestras herramientas heurísticas son pocas, pobres y ciegas a otras posibilidades. Las dos primeras carencias nos colocan y perpetúan en una situación dependiente y periférica, poco flexible y, por ello mismo, *prescindible* dentro de la nueva forma social de la era de la información. Pero estas culturas de información y de investigación podrían ser desarrolladas sólo a condición de arriesgarnos al desarrollo de otra de nuestras más importantes carencias. Tampoco tenemos una *cultura de comunicación*. Y eso es posiblemente más grave. Hemos aprendido —a fuerza de acatar la razón del más fuerte— a voltear solamente para arriba o para abajo, y no sabemos voltear a los lados. Prácticamente en

ninguna de las más de cien carreras de moda que giran alrededor de la comunicación en México se enseña y se cultiva una cultura de aprender a comunicarse para aprender a crecer *con* los otros, no *sobre* los otros. Una cultura que siempre busca ser horizontal, dialógica y participativa.

Esa *cultura de comunicación* brilla por su ausencia, y con esa ausencia nos condenamos a mantener un lugar subalterno que nos ha sido asignado en la historia y que se nos traduce de inmediato en una autoestima intelectual muy baja y siempre dependiente, siempre decadente.

Pero ¿de donde más va a desarrollarse? Si no se desarrolla a partir de las universidades en una comunicación permanente con la sociedad, difícilmente se podrá lograr. Y así, una estrategia para perpetuar la dominación parece muy clara y nítida: *desactivar* las universidades y centros de investigación y, con ello, reducir aún más los grados de autodeterminación que como sociedad y culturas nos urge ganar y adquirir.

Con ello se impide el desarrollo de una verdadera masa crítica de generadores de información e investigación que sea capaz de desarrollar, apropiarse y distribuirse las necesidades y las capacidades de todos los diferentes de manera horizontal. No se trata de arrasar las diferencias, sino, por el contrario, de cambiar la organización que *nos usa* con nuestra amnesia, ignorancia y destreza para diseñar otra que podamos *usar* y someterla para *suscitar* las diferencias, para *contemplantas* con detalle y para poder *producir* plataformas dialógicas construyentes de espacios más amplios, de elaboraciones a un tiempo más llenas de detalle y de perspectiva.

Creemos que es importante modificar e intervenir *la forma como nos organizamos para generar conocimiento*, y que, efectivamente, esa forma no se puede separar del conocimiento mismo. Lo que queremos hacer es rediseñar de manera horizontal y participativa la forma en que jugamos el juego de conocer.

Y, como bien decía J. P. Carse, hay dos tipos de juegos: los *juegos finitos*, en los que se trata siempre de ganar —como el fútbol, donde, al terminar, alguien gana y alguien pierde—, y los *juegos infinitos*, en los que el objetivo del juego no es ganar, sino generar las condiciones para que todos podamos seguir jugando.

La palabra está en las universidades y en sus comunidades académicas en diálogo creativo. El reto está planteado y los medios tecnológicos están, por primera vez en la historia, al alcance para que al organizarnos y desarrollar estas tres culturas de información, de investigación y de comunicación, podamos realistamente someter toda la técnica que decidamos al espíritu que tejemos y podemos seguir tejiendo.

LA VOLUNTAD DE TEJER: ANÁLISIS CULTURAL,
FRENTE CULTURALES Y REDES DE FUTURO



*“Yequene cenca quimiztlacahuia yn Diablo
ynaquique conmatiznequi yn tleyn ychtacachioalo
anoço ychtaca nemiliztli anoço yn tleyn tepanchioaz” **

Fray Andrés de Olmos, 1553

*“En los juegos infinitos, el juego se trata
no de ganar, sino de crear las condiciones
para poder seguir jugando”*

John P. Carse

Los análisis de la cultura de América Latina tienen un variado y múltiple origen, así como también un desarrollo plural y desigual. En casi todos los países se han desarrollado, en mayor o menor medida, esfuerzos sobre estas cuestiones; sin embargo, para este trabajo nos sería imposible dar cuenta, al menos aproximada, del desarrollo de estos estudios en el área. Y no nos es posible conocer en detalle la situación por tres cuestiones que están en el centro de toda nuestra reflexión: la falta de información, la falta de difusión y la falta de conexión. Sólo vemos una pequeña punta del iceberg, pero ¿hay algo así como un “iceberg”? El mundo académico conoce una pequeñísima parte de los esfuerzos que se hacen en esta región del mundo por volver inteligible nuestras sociedades, sus procesos, sus cambios y permanencias desde el punto de vista de la cultura (González, 1994a). Sin embargo, las carencias atrás mencionadas forman parte sustantiva de la estructura de estos estudios y uno de los obstáculos más importantes para revertir la situación.

* “Por fin mucho engaña el Diablo a aquellos que quieren saber cómo están hechas las cosas secretas, o aun conocer acaso el secreto de la vida, o acaso las cosas que ocurrirán más tarde”. (De Olmos, 1990: 18-19)

Este trabajo tiene tres partes. La primera tratará de esbozar una panorámica de las condiciones de construcción de los conocimientos no *sobre* sino *desde* la perspectiva de la cultura (González, 1996: 45-49). La segunda parte presenta de manera autocrítica el desarrollo de la línea de trabajo de los Frentes Culturales, que, iniciada en 1976, ha tenido diversos frutos y tropiezos. Por último, presentaremos algunas de las características y efectos de la perspectiva anterior que actualmente se desarrollan en todo el país e inicia en colaboración con otras partes de América Latina. Por estas razones, la visión que presentaremos es necesariamente parcial e incompleta, pero servirá para ilustrar la problemática que queremos abordar en este seminario.

Las condiciones de construcción de los conocimientos

Existe una cultura de base, un discurso social compartido de nuestras sociedades que desde la vida cotidiana y el sentido común continúa como forma de relación con la realidad, incluso dentro del campo del pensamiento que se quiere científico.

Por los efectos de una colonización larga y generalizada, tendemos a mirarnos como quisieran vernos los colonizadores: despreciamos lo propio y admiramos lo ajeno, desarrollamos una muy baja autoestima, tenemos poca disciplina, mucha imitación y, más peligrosamente, poca imaginación. Así podemos revisar, por ejemplo, los trabajos y las tesis que sobre el tema se han hecho en México en, por lo menos, la segunda mitad de este siglo, y veremos casi siempre el predominio y la importación —muchas veces acrítica— de autores, de teorías, de métodos y técnicas, que como principal valor tienen en común ser extranjeros. Los desfiles de referencias, planteamientos y “análisis” de acuerdo a las modas que se dicten en las capitales del pensamiento de turno —Europa primero, es decir, España, Francia, Gran Bretaña, Italia; los Estados Unidos después, con Chicago, New York, Berkeley— están a la orden del día.

El punto no está, desde luego, en rechazar toda aportación extranjera con un chovinismo vestido de charro con aspiraciones científicas autóctonas, sino en el modo en que los sistemas de creación de conocimientos entre América Latina y el resto del mundo se han acoplado, en el tipo de estructuras locales y regionales que han generado y las dinámicas que dentro de ellas se verifican.

Sucede que existimos dentro del mapamundi del conocimiento precisamente en sus orillas, en los suburbios,¹ lo cual no es tan extraño y quizás tampoco muy problemático, pero el verdadero problema me parece que reside en la importación acrítica de las preguntas que nos podemos hacer sobre nuestras complejas y plurales realidades. Por efecto de esta inercia colonial, a fines del siglo XX muchas veces nos seguimos mirando con los ojos de los de afuera, y esa situación objetiva nos ha llevado a serias consecuencias, en la medida en que la importación se ha extendido de las bibliografías a los marcos epistémicos (Piaget y García, 1982; González, 1994a: 338). Nos ha costado mucho esfuerzo tratar de generar las preguntas pertinentes para el desciframiento e interpretación densa de nuestras realidades y el consecuente desarrollo de una perspectiva que nos permita desarrollarnos dentro de las peculiares características del acoplamiento estructural (Maturana y Varela, 1990; Varela, Thompson y Rosch, 1992) que nuestros incipientes sistemas científicos en América Latina mantienen con el exterior.

La Pirámide Azteca de los tueritos

“En tierra de ciegos, el tuerto es rey”, dice un conocido refrán, y esa es prácticamente la única salida que nos permitimos: los primeros en leer y traducir a “los de afuera” se convierten por ese mismo hecho en los sucedáneos y legítimos representantes de los verdaderos pensadores. El público académico (todavía escaso, poco informado, no cosmopolita, desconectado) de inmediato les otorga un capital de reconocimiento, y a partir de ahí su permanencia y supervivencia dentro del campo local estará fundada en llegar primero al nuevo libro de moda o en aplicar las novedades a situaciones locales. Su labor de divulgación será indiscutible. A veces esto se mezcla con críticas interesantes, pero a veces sólo se les cambia el nombre a los conceptos. Las condiciones objetivas de este fenómeno residen principalmente en una estructura vertical, piramidal a imagen y semejanza de los sistemas europeos y anglosajones, en los que, sin embargo, sí existe (al menos relativa-

¹ Y como en los mismos suburbios de las capitales de América Latina faltan los servicios de drenaje, pavimento, electricidad, limpieza, etc., la comparación entre los servicios y equipamientos del campo académico (bibliotecas, talentos, instituciones, financiamientos, investigadores, becas, etc.) ha seguido un desarrollo al menos paralelo.

mente) un “mercado” para el desarrollo y uso social de estos estudios. Damos algunas cifras para delinear el perfil de ese “mercado” en el que somos productores.

En nuestras sociedades, es el sector público el que apoya cerca del 90% de la investigación que se hace. El sector privado, más atento a los movimientos del Dow Jones, simplemente no invierte en este rubro. Tenemos, desde 1968, una crisis profunda política y económica que con la situación descrita podremos, sin dificultad, imaginar los “ajustes” y el peso social que el sector ha sufrido.

Así, en México (y nos parece que en buena parte de América Latina) ese “mercado” interno es sumamente débil, aleatorio, tiene poca consolidación institucional y graves problemas de coordinación, de circulación, de mantenimiento y, desde luego, de reproducción. Al mismo tiempo, los estudios y sus publicaciones tienen de hecho poca resonancia dentro de los sistemas educativos. En México, menos del 3% de la población total llega a los estudios superiores, y eso representa sólo el 15% del total de la población entre 20 y 24 años (1.36 de un total de 91 millones: el 1,5% de la población).

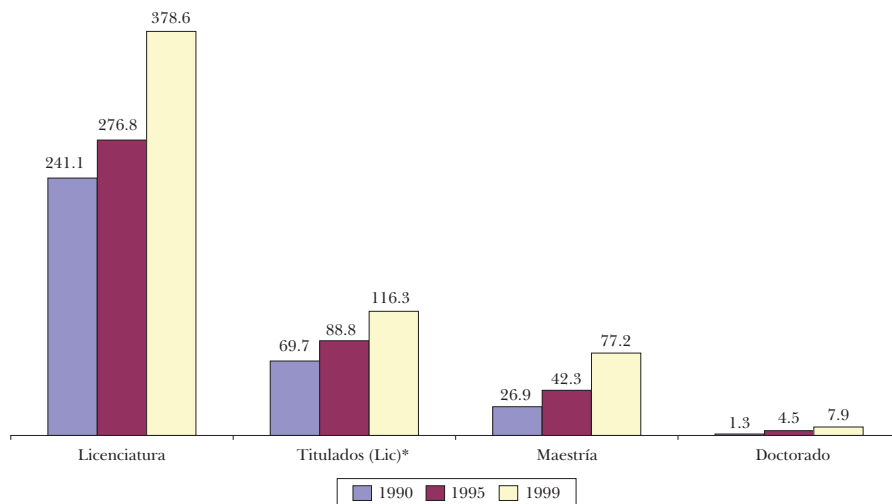
La formación de productores y público potencial

Un aspecto estructural de la pirámide está precisamente en la población que se encuentra en el sistema de educación superior del país. La Figura 1 nos da una clara relación de las proporciones: sólo el 0,004% de los mexicanos se entrena de manera formal en la producción general de conocimientos.

Del total de los investigadores reconocidos, un bajo porcentaje reside y trabaja fuera de la Ciudad de México y tan sólo una institución, la Universidad Nacional, concentra el 32% del total del país. La reproducción fractal (Gleick, 1998; Hall, 1992) del modelo de concentración vertical y descendente de la sociedad hace que la pirámide de los investigadores se superponga a la pirámide de las ciudades.

La cantidad de personas que compra libros o consulta bibliotecas con regularidad es muy baja; la mitad de los mexicanos no compró ni un solo libro en un año y las ediciones de mayor demanda tienen cuando mucho dos mil ejemplares y una circulación muy restringida (González y Chávez, 1996). Las revistas reconocidas por la comunidad científica

Figura 1. México: Población escolar inscrita (en miles)



* Los titulados corresponden a Licenciatura en los años 1991, 1995 y 1998

Fuente: ANUIES, 1995 y 2001

mexicana para las ciencias sociales y humanidades son 18, y de ellas sólo dos tratan sistemáticamente la problemática de la cultura.²

Dentro de este marco también se puede comprender mejor la necesidad de los investigadores de vincularse al extranjero para, correlativa y progresivamente, desvincularse de los movimientos y flujos de las configuraciones culturales que se entretajan en su propia sociedad.³ Es también conocido el descuido de los académicos respecto a múltiples procesos culturales que no han sido legitimados por alguien fuerte en el campo internacional.⁴ La situación externa no es mejor. Una com-

² Me refiero en especial a *Estudios sobre las culturas contemporáneas* y a *Comunicación y sociedad*, ambas, no por casualidad, realizadas fuera de la Ciudad de México.

³ Los criterios para entrar en el ranking de los investigadores reconocidos exigen tener difusión en el extranjero y apariciones constantes en el Citation Index. Sin embargo, ello logra hacer aún más pequeña la punta de la pirámide; porque ello no depende solamente de la calidad de los trabajos, sino de las relaciones o capital social de los científicos con las comunidades internacionales.

⁴ Este es, por ejemplo, el caso del estudio de la relación de la sociedad mexicana con las telenovelas, que después de casi 40 años de producción y construcción de un público no había, prácticamente, merecido ni un solo estudio documentado. Véase González (1998) y los demás textos sobre telenovelas en González (1994c)

paración con los Estados Unidos de América resulta patética (De los Santos, 1995). Estamos completamente fuera del “mercado” cuando en las compilaciones internacionales sólo 3,8% de 1200 referencias y uno sobre 43 autores son de origen (o al menos su apellido) latinoamericano (Grossberg, *et al.*, 1992).

Fragmentos de un manojo de pobreza en busca de paradigma...

En fin, nuestra práctica científica está llena de prejuicios y múltiples pobreza.

A) Primeramente, dentro de las propias comunidades de investigadores, padecemos un *prejuicio “cientificista”* respecto del carácter de la ciencia y de los científicos. Conviene aclarar el alcance del término. Sólo la ciencia “dura” es “ciencia” y el estudio de la cultura pertenece —según esta visión— por su carácter paradójico, móvil, discontinuo, al terreno de la especulación, en la medida en que no se ejecuta bajo el rigor del método científico. Bien o mal, este prejuicio cada vez se erosiona más y deja atrás los estudios que optaban por el rigor (esta vez, *mortis*) del análisis sobre información generalmente cuantitativa. El bando contrario clama por la libertad hermenéutica, que fluye sin más desde la sensibilidad y experiencia del autor que navega a placer por mares especulativos de información *cualitativa*.

B) *Pobreza teórica*. A fuerza de la importación acrítica de ideas interesantes, se genera un panorama incompleto. Esas ideas indigestas resultan parciales y validadas sólo por la moda, y, desafortunadamente, una vez pasada la euforia, se deja la presa y se cambia de objeto.

C) *Pobreza estratégica*. De manera congruente con la actitud teórica anterior, el nivel estratégico de la metodología se suele confundir con la mera aplicación de los métodos y a veces incluso con las técnicas, por lo que se producen aproximaciones planas y muchas veces unidimensionales. Al renunciar de manera implícita (por estilo personal, por elegancia, por omisión o por excesiva modestia) o bien explícita (porque no es necesario) a este nivel, se renuncia sin más al efectivo ejercicio del oficio de hacer inteligible el mundo dentro de las convenciones de una comunidad y también al desarrollo mismo del oficio.

D) *Pobreza táctica*. La revisión de los arsenales técnicos de los estudiosos de las ciencias sociales en México (y, entre ellos, los dedicados al estudio de la cultura) muestra una enorme y estereotipada pobreza que

sin duda está ligada a dicha renuncia. Desfiles interminables de estudios por encuestas que hacen un uso superficial de la estadística, variadas etnografías ricas en descripción y pobres en perspectiva, decenas de estudios semiológicos cruelmente semi-lógicos, algunos usos de pruebas proyectivas, pero el panorama general muestra una imaginación acorazada en la costumbre. Pocos, muy pocos estudios que intenten una aproximación compleja, digna precisamente de la complejidad que se pretende describir, analizar, interpretar.

E) *Pobreza informativa*. Por supuesto, todo ello nos aporta datos de segunda o tercera mano, poco elaborados y menos analizados. Al mismo tiempo, esta pobreza se liga con la pobre información “oficial” sobre procesos culturales. Saben más las agencias de publicidad y de mercadotecnia que las instituciones especializadas en el conocimiento. Nadamos dentro de una gran incultura de la información: no somos capaces de generarla ni de usarla y, por lo mismo, tampoco de valorarla.

F) *Pobreza crítica*. Poca o nula crítica sistemática, muchas “glosas” y referencias cruzadas (“te cito, me citas; te invito, me invitas”). Si algo no convence, la vía no es criticar para crecer, sino más bien ignorar para no comprometerse (no citar, no invitar, no reconocer, etc.).

Característica de espacios sociales con sociedades domésticas, carentes de una sólida esfera pública, todavía nos falta practicar en América Latina un ejercicio sano de distinción entre la crítica a un trabajo y la crítica *ad hominem*.

G) *Pobreza epistemológica*. Nuestra débil tradición, sin un desarrollo teórico suficiente y fundado en nuestros propios procesos, ávido de imaginación estratégica, atascado en tácticas estereotipadas, acostumbrado al dato fácil de segunda mano, seducido por la glosa en vez de la crítica, no puede tampoco volver sus instrumentos de objetivación para objetivarse a sí misma.

Al importar nada menos que las cuestiones *preguntables*, nos condenamos a una ceguera perniciosa de marcos epistémicos y nos alejamos de toda posibilidad de reflexión de segundo orden, conocer el conocer (Maturana y Varela, 1990).

Excelente escenario para el harakiri de cualquier desarrollo autónomo y efectivamente aportador de las interpretaciones y explicaciones que necesitamos para comprender nuestros procesos culturales y nuestro propio lugar en el sistema mundial de producción cultural (Fossaert, 1994).

H) *Pobreza política*. Como una consecuencia de todo lo anterior, nuestros análisis de la sociedad desde la cultura padecen incapacidad de tocar con la sociedad y sus procesos. Es como si se tratara de un síndrome de esquizofrenia que impide conectar con las realidades y con los actores plurales de nuestro entorno. Cerrado en idiolectos sólo para insiders, al fomentar la competencia entre elites de iniciados, nuestro campo se dedica a una especie de reproducción de las cúpulas, pero su ejercicio, su composición y trayectoria no ha aumentado significativamente la masa crítica de productores ni demandantes de la información.

En suma, además de las constricciones estructurales mencionadas, hemos estado confrontando objetos complejos con herramientas claramente insuficientes. Los estudios más conocidos y difundidos tienen un excesivo énfasis en la descripción de los fenómenos (Giménez, 1994: 42), y aunque dan pistas interesantes para seguir, carecen de una teorización que permita no sólo tejer elegantemente, sino de manera más sutil.

En términos estrictamente cognoscitivos, tenemos muchas descripciones sugerentes, pero un débil nivel de explicación que se encaja en una carencia de metodología explícita, compartible y validable. Dentro de estas condiciones, podemos con justeza preguntar: ¿vale la pena analizarnos como sociedades complejas desde la perspectiva de nuestras culturas?, ¿podremos hacerlo?, ¿cómo salir del cerco?

Frentes Culturales: una perspectiva autocrítica

Cómplice y participante en varias maneras del panorama trazado, un breve repaso sobre nuestra propia experiencia nos puede dar quizás alguna luz sobre el tema. Desde 1976, en la Universidad Iberoamericana comenzamos a estudiar la sociedad mexicana haciéndole preguntas *desde la cultura*, primero en comunidades campesinas en su relación cultural con la sociedad mayor (González, 1978 y 1980) y luego en el estudio de la formación y caracterización de una cultura de la sierra como *habitus* de clase (González, 1990). En medio de estos dos primeros estudios, en la Universidad Metropolitana-Xochimilco y dentro de la carrera de comunicación, un grupo de colegas abrimos en 1980 un espacio especialmente dedicado a este tipo de análisis: el área de investigación en “Comunicación, hegemonía y culturas subalternas” que subsistió en plena actividad durante más de diez años.

No fueron los intercambios científicos, es decir, la propia dinámica del campo, sino una perturbación externa —la represión militar en América del Sur— que mediante redes de amigos y conocidos nos puso en contacto directo con colegas de sólida formación que vinieron a refrescar el ya de por sí viciado ambiente del campo científico mexicano de mediados de los setentas, pleno de certezas de corte positivista o bien de corte llamado “crítico”. Con ellos llegaron a México otras bibliografías, autores, perspectivas y problemáticas que influyeron definitivamente en la reorientación de los temas de investigación y, a su vez, fueron influidos por las diversas tradiciones y corrientes que se desarrollaban en México.

Fue precisamente en 1982 cuando, al revisar críticamente los análisis anteriores, nos dimos cuenta de que las categorías que habíamos utilizado desde 1976 —especialmente en las perspectivas de Gramsci, Cirese, Bourdieu y Fossaert (hegemonía, subalternidad, desniveles internos de cultura, habitus de clase, lógicas de producción)— si bien habían colocado mucho más precisamente la cuestión del análisis cultural al tratar de pensar las especificidades de la sociedad mexicana, mostraban varias lagunas, sobre todo de orden metodológico.⁵ De aquí proviene la propuesta de trabajo de los Frentes Culturales en la que, desde 1982, nos planteamos para trabajar de modo inicial con algunos procesos de religiosidad en santuarios, las ferias urbanas y la vasta experiencia cultural mexicana con el melodrama en los medios de difusión.⁶ Todos estos fenómenos tienen el carácter marcadamente transclasista.⁷

La categoría de los Frentes Culturales sirve como herramienta metodológica y teórica para ayudarnos a pensar y a investigar empíricamente los modos históricos, estructurales y cotidianos en los que se construye una urdimbre de relaciones de hegemonía en una sociedad

⁵ Es, sin duda, a Gilberto Giménez a quien hay que reconocerle la difusión pionera en México del pensamiento de estos autores y su influencia en la formación de investigadores sobre estos temas (Giménez, 1976, 1977 y 1980).

⁶ Mi texto *Más(+) Cultura(s)* (1994), contiene el recorrido de diez años de los estudios sobre esta concepción.

⁷ El término viene de Cirese, quien, al confrontar la visión de Gramsci con la de Croce sobre lo popular, enriquece la visión vertical y clasista gramsciana, con una perspectiva de cortes transversales que abre la posibilidad teórica de pensar la subjetividad y de no reducir a “intereses de clase” procesos como el arte, las perspectivas de género, los movimientos ecologistas, etc. (Cirese, 1983 y 1986).

determinada. El término deliberadamente polisémico de “frentes” se utiliza con un doble sentido.

- a) Como zonas fronterizas (fronteras porosas y móviles) entre culturas de clases y grupos socialmente diferentes.
- b) Como frentes de batallas, arenas de luchas culturales entre contendientes con recursos y contingentes desnivelados. En cuanto a su especificidad, los frentes nos describen haces de relaciones sociales no necesariamente especializadas en las que, desde el punto de vista de la construcción cotidiana de los sentidos de la vida y del mundo, se elaboran las formas de lo evidente, lo necesario, los valores y las identidades plurales. Justo lo que nos puede unir a “todos”.

En tanto que zonas fronterizas, la perspectiva de los Frentes Culturales normalmente nos deja observar formas simbólicas y prácticas sociales que por efecto de múltiples operaciones (económicas, políticas y especialmente culturales) se han convertido con el tiempo en obvias, comunes y compartibles entre agentes socialmente muy distintos. Por aquí, esta perspectiva nos hace poner el acento contrario a las interpretaciones de la cultura como creación exclusiva de distinciones. No se puede estudiar la hegemonía sólo a partir de las diferencias. Para que se pueda dar una relación social de articulación compleja del consenso y la autoridad, se tiene necesariamente que fundar sobre al menos algunos elementos comunes. La historia de la subordinación y dominación del pensamiento mágico en Inglaterra (Thomas, 1984), de la alfabetización de Europa (Muchemleud, 1976) y de la colonización del nuevo mundo (Gruzinski, 1991) nos da ejemplos estimulantes sobre la emergencia de estos procesos como luchas estratégicas y a veces encarnizadas (y no sólo simbólicas) por el establecimiento de una dirección “intelectual y moral” de la sociedad conseguido por un bloque de agentes sociales más o menos sólidamente aliados.

En ese proceso de la destrucción de ciertas formas culturales pre-existentes y otras emergentes, se vio entrelazado con la delimitación simbólica de “zonas francas” en las que las formas comunes fueron amalgamadas a base de un trabajo específicamente cultural, signico, cognitivo y, por supuesto, colectivo.

En tanto frentes de lucha, la categoría nos empuja a tratar de hacer observables las múltiples escaramuzas y “combates” propiamente

simbólicos que se han tenido que librar (y se libran) entre contingentes desiguales en cuanto a poder y recursos para ser capaces de componer y recomponer los sentidos compartidos de lo “necesario” para vivir, de lo que “vale” en la vida y del “quiénes somos” en este mundo. Ahí donde encontramos techos de significantes compartidos entre agentes sociales diferenciados, subyace un proceso histórico de múltiples luchas simbólicas que, al hacerse observables mediante una estrategia metodológica compleja (Morin, 1995), nos indican de qué está hecha y cómo ha sido negociada (ciertamente, en desiguales circunstancias) la relación social que llamamos hegemonía. Por ello, el análisis de la cultura desde los frentes culturales nos obliga a una polifonía metodológica que nos proporcione:

- a) Descripciones densas del estado actual de esas zonas de entrecruzamiento e interpenetración, a todo título fractales, y de los agentes sociales involucrados y presentes en ellas.⁸
- b) Una reconstrucción histórica de las trayectorias que han desembocado en este fenómeno, en las que ocupan un destacado lugar las resistencias, las “rendiciones”, las negociaciones y las escaramuzas específicamente simbólicas y culturales de los contendientes.
- c) Una caracterización de los procesos de cambio, transmisión y reconstitución de los propios contendientes.
- d) Una descripción semiótica de la especificidad de dichos procesos.

Todo esto es impensable si se usa una sola técnica o una aproximación metodológica rígida, prefijada. Pero también es inviable sin una base de información documental, cartográfica, oral, antropológica, censal, etc., que nos pueda dar, al menos, algunas pistas sobre los derroteros de las trayectorias que queremos hacer observables. Asimismo, se percibe que esta tarea enfrentada de manera individual o aislada, es simplemente un despropósito. El estudio de la cultura desde los frentes culturales, requiere, por necesidad, de un equipo multidisciplinario.

⁸ En este apartado nos está siendo de gran utilidad el diálogo fecundo con la perspectiva antropológica llamada EoE, *Ethnography of Empowerment*, que, más centrada en procesos educativos, ha generado una interesante tradición en el estudio de los procesos de subordinación (disempowerment) de las minorías hispanas y asiáticas en los Estados Unidos (Trueba y Delgado-Gaytán, 1991; Suarez-Orozco, 1995).

El panorama en este caso es bastante deprimente, pues tales configuraciones y bancos de información no existen, no están disponibles o están dispersos e inconexos.⁹ Como país colonizado, uno de nuestros rasgos sigue siendo el descuido y el desprecio de los “súbditos” (o sea, casi todos) hacia la información. En los diferentes estudios empíricos realizados en aquella década (1982-1991), esta necesidad científica se fue uniendo cada vez más a la necesidad estratégica de trabajar en redes horizontales para poder aumentar la masa crítica de generadores y usuarios de información sobre las dinámicas culturales del México contemporáneo. Frente a una cultura profunda y capilarmente autoritaria, concordante con lo que Galindo (1996) llama acertadamente sociedad de información que favorece y premia la concentración y las relaciones de autoridad de pocos sobre los muchos, esta nos pareció una salida plausible. Ese fue el sentido del Programa Cultura y del más reciente trabajo de investigación que como comunidad de investigación nos ha ocupado: la formación de las ofertas culturales y sus públicos en México, siglo XX (cartografías, genealogías y prácticas culturales), que llamamos proyecto FOCYP.¹⁰

Un antecedente: el Programa Cultura

Para mediados de los años ochentas, con un grupo de colegas que también estaban terminando la formación doctoral, fundamos en la Universidad de Colima el Programa Cultura, como espacio de documentación y análisis permanente de las dinámicas de la cultura en el país.¹¹

⁹ El objetivo del Sistema Nacional de Información Cultural que desde 1990 aportó el Seminario de Estudios de la Cultura es, precisamente, compilar, generar y difundir lo más ampliamente posible información sobre cultura en México. Su diseño ha sido retomado por el SICLAC (Sistema de Información Cultural de Latinoamérica y el Caribe) como proyecto del Foro de Ministros de Educación y Cultura de América Latina, (Cfr. Amozurrutia, 1994).

¹⁰ En la primera fase este trabajo, permitió conectarnos en una estructura de red a más de 140 investigadores en diez ciudades. Dos años después de haber recibido el último apoyo económico oficial, nuestra red no sólo no se diluyó, sino que las comunidades locales de investigación han crecido en número y en espacio. Actualmente, estamos en conexión con casi el doble de ciudades y cerca de 250 investigadores.

¹¹ Programa Cultura (Programa de Estudios sobre las culturas contemporáneas), Centro de Investigaciones Sociales, Universidad de Colima, 1985. Nuestro Programa se plantea, desde su fundación, la creación de redes de investigadores en permanente formación, la creación de sistemas de información de escalas diferentes para monitorear los procesos culturales, un sistema

Concentrados inicialmente en tres áreas (industrias culturales, cultura urbana y frentes culturales), los estudios sobre religión y comunicación popular, las identidades culturales de barrio, las ferias y rituales, la memoria colectiva y cultura urbana y, finalmente, el melodrama televisivo (González, 1994a; Galindo, 1994b), ocuparon nuestra atención durante cerca de diez años, pero la apuesta no sólo se hacía por la producción de conocimientos. En esa década, también se quiso apostar por la transformación de algunas de las condiciones de producción de esos conocimientos. Pero eso lleva más tiempo.

En las condiciones campales y extra campales de México, que apuntan y consagran un esquema de altísima concentración de los equipamientos, los fondos y las habilidades para estudiar la cultura, la estrategia fue el descentramiento (distanciarse de las catedrales, individuales e institucionales, del saber) y la obstinada necesidad de tejer redes horizontales, en el punto en el que nuestra historia cultural sólo dejaba espacio para las vías convencionales, para la rígida verticalidad de las instituciones: enorme inversión de energía para quedar bien hacia arriba y, al mismo tiempo, vigilar hacia abajo para hacer lo que la institución quiere.¹² Los perfiles del campo científico guardan una especie de homología estructural con las factorías,¹³ donde no sólo se le expropiaban los medios de producción al trabajador, sino la propiedad de sus condiciones de trabajo y de vida. Existen cientos de casos de gente trabajando en instituciones donde, debido a problemas de política e intereses internos, o bien porque “nunca hay fondos”, pasan años languideciendo, debilitándose, enmoheciéndose sin hacer y sin dejar hacer.¹⁴ La perspectiva horizontal y lateral del pensamiento y la organización en red no sólo

de publicaciones en red (Estudios sobre las culturas contemporáneas) y un sistema de producción en medios (radio, video y, recientemente, internet), todos ellos nutridos por el sistema de investigación de áreas prioritarias.

¹² “Los tejedores de redes y las instituciones”. Entrevista con Jesús Galindo (Programa Cultura) por Gabriela Olivares del diario Zeta, Tijuana, 15 a 21 de marzo de 1996.

¹³ En uno de los más importantes centros de investigación del país, localizado fuera de la ciudad de México, se ha llegado al límite de prohibir la reuniones internas que no estén sancionadas por la institución.

¹⁴ Como se ve, esto es precisamente el caldo de cultivo de los “reyes tuertos” que devoran presupuestos, concentran bibliografías, acumulan relaciones movilizantes, publican sin cesar, declaran en calidad de “expertos” frente a los medios, etc. Y así se convierten en los nuevos sacerdotes de la ciencia, por lo que ser citado en alguno de sus trabajos o declaraciones abre la vía a la punta del zigurat y, recíprocamente, citar sus trabajos u opiniones (aun cuando no vengan al caso o hayan sido dichas por otros mucho antes) se vuelve la condición de posibilidad de ser consagrado.

permite la generación de conocimientos, sino, además, contribuye a inyectar energía creadora a las propias instituciones. En buena parte, el “FOCYP” (González, 1994b) ha sido, desde 1993, una aventura para formar equipos transdisciplinarios de investigación, para aumentar la cultura de la información y para recuperar la memoria de este siglo del desarrollo de la cultura en México.

El proyecto FOCYP

Nuestro proyecto tiene tres áreas de trabajo que giran alrededor de ocho campos culturales que han sido determinantes en el desarrollo cultural de México en el presente siglo: la religión, la educación, la salud, el arte, la edición (los medios) y el ocio.¹⁵

Completan la lista, la cultura alimentaria y la cultura del consumo de mercancías que, si bien no tienen el mismo grado de especialización que los anteriores, son vitales para comprender los procesos de cambio de la sociedad mexicana.

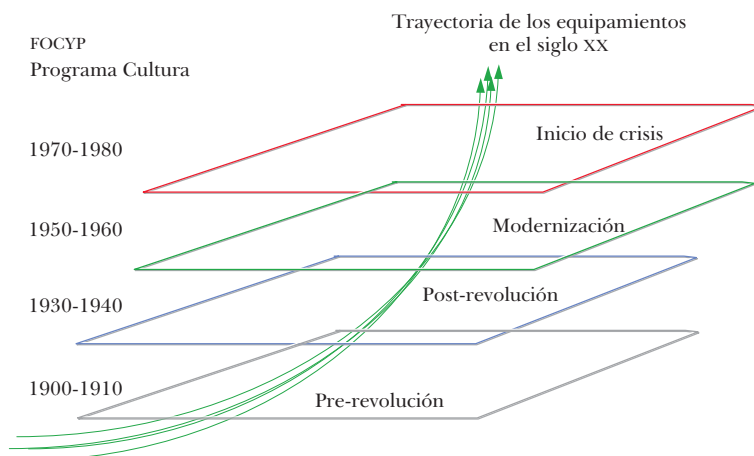
Estos ocho “campos” forman la columna vertebral de la investigación en sus tres áreas.

a) Los equipamientos culturales

Esta área se pregunta por la formación de los equipamientos y ofertas culturales de esos ocho campos. Los campos culturales son definibles como sistemas dinámicos de posiciones y fuerzas. Una manera de volver visible su dinámica es precisamente a través de su presencia relativa por la vía de los equipamientos e instituciones en los que se forman sus especialistas (sacerdotes, médicos, editores, artistas, maestros, etc.), en los que se atiende y se inculcan sus modulaciones especializadas del sentido y en los que se legitima (o no) la práctica de las “clientelas” (fieles, enfermos, lectores, alumnos, aficionados, etc.), y mediante los que se ponen en circulación una serie de productos culturales especializados.

¹⁵ El concepto como lo usa Bourdieu designa los espacios sociales (instituciones, agentes y prácticas) que la división social del trabajo ha especializado en la creación, preservación y difusión del sentido. Ver Bourdieu, 1995 y Calhoun, et al., 1993.

Figura 2. Trayectorias de equipamientos

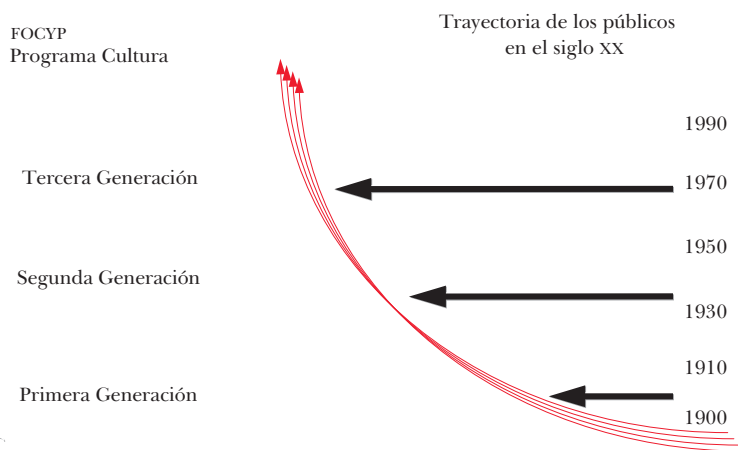


Suponemos que la consolidación y expansión (o retracción) de un campo particular y su presencia diferencial en el tejido urbano a través de instalaciones y productos especializados se relacionan. Por ello, estamos construyendo cartografías culturales para observar las trayectorias e interrelaciones de los equipamientos culturales durante cuatro períodos del siglo en un conjunto de ciudades de todas las regiones del país (González, 1995a) (ver figura 2).

b) Los públicos de la cultura

Esta área se centra en la formación de los públicos y clientelas de estos campos. Aquí suponemos que cualquier agente se convierte en público de determinado campo cultural, sólo si ha incorporado (embodied) las disposiciones que le permiten percibir, distinguir, evaluar y “preferir” los productos culturales específicos de tal campo. Los públicos de la cultura no “nacen”, pero se “hacen”. Suponemos que esas trayectorias también son orientadas desde la educación familiar básica y se van modulando y modelando en el curso de las interacciones con las instituciones de los campos y con las redes ideológicas de convivencia. Por ello, en esta parte, la investigación ha generado, mediante el método de la historia oral, historias de familias en las que observamos las diferentes trayecto-

Figura 3. Trayectorias de los públicos



rias sociales (ocupacionales, espaciales, conyugales y educativas) a través de, por lo menos, tres generaciones (ver figura 3). Con esta técnica, y a través de cada red familiar, podemos objetivar decenas de trayectorias “exitosas” y “fallidas” (siempre con respecto a diferentes campos) de cada familia (González, 1995b), y, de manera complementaria, con la técnica de historias de vida, podemos profundizar en la reflexividad de los actores frente a su propia trayectoria individual y familiar (Galindo, 1994a).¹⁶

c) Los públicos frente a las ofertas y equipamientos: sus prácticas y hábitos culturales

Nuestra tercera área del proyecto opera con una encuesta sobre hábitos y prácticas culturales en la que, mediante un cuestionario aplicado a una muestra con validez nacional y regional, obtuvimos una visión descriptiva, cuantitativa y extensa del modo en que actualmente los

¹⁶ En las historias de familias no aplica el criterio de representatividad estadística de la unidad familiar considerada. Nuestras familias no son representativas (ni pueden serlo) de la totalidad, pero aplicando un principio holográfico al procedimiento de construcción, nos proponemos elaborar la representación estructural de cada familia, lo que nos permite “leer” a través de estas historias la totalidad de los procesos sociales y su eficacia en las estructuras cotidianas.

mexicanos se relacionan con los ocho campos referidos. Ello equivaldría a una descripción de las intersecciones de ambas trayectorias referidas. Es decir, tratar de observar la forma en que las estructuras objetivantes de la cultura se hacen cuerpo, lo exterior se hace interioridad y cómo esa matriz de disposiciones incorporadas es la que está detrás de la lógica de concertación de todas las prácticas. A pesar de procesar en ella información de tres generaciones y tener una batería compleja de reactivos, con esta encuesta sólo podemos aspirar a describir algunas tendencias y a agrupar o desagrupar algunas informaciones que nos son de gran utilidad para el conocimiento del terreno y del patrón de relación de los públicos con las ocho ofertas culturales elegidas (González y Chávez, 1996).

Los primeros resultados tienen un corte “clásico”, en la medida en que sólo nos propusimos una serie de configuraciones de información descriptiva. En los siguientes análisis nos aplicamos a un tratamiento heurístico y abductivo (Ford, 1994) de la misma información. La tarea es, precisamente, explorar múltiples conjeturas y posibilidades con no demasiadas certezas, en vez de deducir o forzar acomodos “prescritos” y previsibles de la información o declarar elegantes conclusiones.

Redes: pensar lateral y organizar horizontal

Estos avances sólo fueron posibles al trabajarse en una red en la que, más que grandes investigadores reconocidos y formados, participaron muchos buscadores con distintas formaciones, edades, géneros y habilidades. Uno de los principales resultados del trabajo ha sido el aumento de la autoestima de las comunidades emergentes de investigación, que comienzan a construir un respeto por esta actividad al mismo tiempo que son los agentes generadores y responsables de su propia información.¹⁷ La estructura en red permite que cada comunidad emergente tenga acceso no sólo a su propia información, sino a la totalidad de datos que el estudio vaya generando. Sin embargo, la situación no es idílica. También nos enfrentamos, obviamente, a la desigual distribución de

¹⁷ El proyecto generó un número considerable de tesis, disertaciones, artículos, libros, publicaciones, monografías, nuevos proyectos académicos, videos sobre historias de familias y una serie nacional de video sobre los públicos del cine durante los primeros cien años de su presencia en México, en cada una de las comunidades de investigación.

las habilidades y los recursos para poder disfrutar (analizar, divulgar, compartir, etc.) de la información. Las disposiciones que subyacen a las habilidades científicas, por supuesto —nuestro propio estudio lo muestra con toda claridad— están repartidas de manera desbalanceada. Frente a ello, la organización en red contrapone un proceso de formación reticular en el que se comparten talleres y seminarios permanentes a lo largo y ancho de toda la red que tienden a fomentar la apropiación de esas habilidades y la generación de nuevas. Con múltiples carencias, frente a la falta de presupuestos oficiales, nos decidimos por sumar pequeñas miserias. La experiencia continúa y no son pocas las instituciones que ya se han refrescado con la energía de estas pequeñas comunidades emergentes de investigación.

En este sentido, todos los análisis concretos desde la perspectiva de los frentes culturales y de la composición de la cultura nacional y regional de México comienzan a adquirir mucho más sentido. No sólo para escribir libros y aparecer citados en el Hit Parade del mundo académico, sino para ejercer a todo título la función de reflexividad sobre la vida social cotidiana que el oficio de investigar entraña.

Analizar la cultura en México (y el panorama es similar al que tenemos en América Latina) se ha vuelto, entonces, una cuestión tan estratégica como pagar una deuda externa que ya se volvió eterna, ensanchar la vida democrática de un país que no acaba de pasar de una cultura oral a una cultura selectiva de medios de difusión colectiva y que flota en una cultura cotidianamente autoritaria, que se descompone entre las mentiras y la corrupción, entre la violencia y la rapiña.¹⁸

Enfrentamos la posibilidad de convertirnos en ciudadanos para dejar de ser súbditos, con todos los riesgos de incertidumbre y azar que ello implica. Se trata de ganar terreno en reflexividad individual, colectiva, social, en la que por ahora nuestra experiencia nos dicta obediencia, acatamiento, dependencia y sumisión. Si el análisis de la cultura no puede darnos herramientas para deconstruir este escenario y otros aún más terroríficos que ya se nos anuncian con el advenimiento del cuarto sistema-mundo capitalista (Fossaert, 1994) —que excluye en nuestro país, de un sólo corte, a más de 40 millones de pobres extremos

¹⁸ La relación entre los lectores de periódicos con los públicos de la radio y la televisión en México es abismal: el 28% de los mexicanos lee diariamente los periódicos; uno de cada dos hogares está inscrito en algún videoclub y nueve de cada diez personas oye la radio y ve televisión (González y Chávez, 1996: 113).

y en el mundo a muchos más— y no somos capaces no sólo de analizar elegantemente, como si estuviéramos en alguna de las capitales del saber mundial, sino de darnos a la tarea de transformar desde abajo y hacia los lados las formas de organización del saber especializado, de incrementar nuestra cultura de la información, tal y como pasó con los dinosaurios, vamos a desaparecer. Vamos a desaprovechar la primera (y quizás única) oportunidad de utilizar la tecnología que genera el primer medio de comunicación inteligente en la historia de la humanidad, la infraestructura que puede terminar con el emisor único y los millones de receptores callados, la primera vez que se crea una tecnología de participación horizontal: el mundo interconectado de Internet y la red de redes (Landow, 1995; Negroponte, 1996; Piscitelli, 1995) que, del mismo modo que los medios electrónicos convencionales, acarrea transformaciones cognitivas que por ahora sólo son proyecto, conjetura, indicio, pero que sólo con la acción estratégica social y colectiva pueden ser orientadas en una dirección verdaderamente horizontal.

Hemos expuesto algunos perfiles de la estructura de construcción de los conocimientos de México en la actualidad. El cuadro parece repetirse en toda América Latina. Altísima concentración de los recursos y los equipamientos. A ello debe agregarse la actitud acrítica con la que el campo de estudios se reproduce. Hicimos alusión a una serie de pobreza características de la situación que desemboca, finalmente, en la importación de los marcos epistémicos que, a su vez, “permiten” los temas y los modos de abordaje que tienen “factibilidad” en nuestro débil mercado. Además, el acoplamiento de las estructuras locales de generación de conocimientos con las del mercado internacional nos muestra una existencia marginal y episódica. Las razones obviamente no son ni incapacidad “tropical” ni perspectivas raciales o de tipo “racional”. Las propiedades que presenta nuestro sistema de conocimientos no son naturales, sino debidas a su posición y a su deriva en el tiempo. Así nos tocó entrar en el juego. Las reglas marcan hoy en día una relación desfavorable en el conjunto. Dentro de los países de América Latina, esas mismas reglas asumidas de manera acrítica (lo que supone su conocimiento cínico y no clínico) conducen a la sacralización de personalidades que con trabajos logran entrar en el elenco de las figuras: el idioma, la manera de escribir, la bibliografía y su modo de ser referida operan una especie de filtro selectivo. Sólo los mejor colocados dentro de nuestros países lograrán destacar en el escenario mundial. Sin embargo, ello no necesariamente trae consigo

un crecimiento significativo de la masa crítica de generadores y usuarios críticos de información sobre los procesos que nos constituyen como identidades móviles, puntiformes, desplazadas. El trabajo propone una perspectiva de organización horizontal de comunidades emergentes de investigación que desde hace años aparece como una de las vías que pueden permitir un desarrollo sustentable de los estudios y análisis de la cultura. La perspectiva analítica de los Frentes Culturales, que tras un largo recorrido ha desembocado en la propuesta de un sistema de información cultural (en el cual la propuesta de organizarnos para generar generosamente, que implica el proyecto FOCYP, tiene un papel muy importante) con sentido público, abierto y participativo, se desplaza hacia el conocimiento de las propias formas y estructuras de construcción de los análisis sobre la cultura en América Latina, y en especial en México. Así, aquellos que no son capaces de controlar las condiciones de utilización del conocimiento que generan, tampoco son capaces de controlar las condiciones cognitivas de su propio conocimiento.

Los sistemas de conocimientos de América Latina y México podrán aspirar a un futuro más abierto, sólo si nos ocupamos efectivamente en abrirlo. La formación de tejedores de redes parece ser una vía productiva.

Los verdaderos retos apenas se dejan mirar. La moneda está en el aire, el partido ya comenzó y las comunidades emergentes de investigación se debaten entre el figurar en el escenario mundial, aprender a pertenecer dignamente a la academia regional, nacional, internacional, o bien inventarse en una práctica riesgosa el oficio artesanal de tejedores de redes.

El futuro hace rato que ya comenzó.

DE LA PILA HASTA EL OCÉANO.
COMUNICACIÓN Y ESTUDIOS DE LA CULTURA EN MÉXICO



**Una pareja desapareja: los estudios sobre
comunicación y cultura**

Paradójico y contrastante. Dos conceptos hechos para pensar realidades de tiempos diferentes —una del colonialismo del siglo XIX y la otra del surgimiento de los modernos medios de difusión en el siglo XX— enfrentan serios problemas para pensar el siglo XXI.

La cultura le pone cercas al sentido por un territorio; la comunicación las excede y pone precisamente en entredicho. Ambas, cultura y comunicación, *son* (y mediante ellas *somos*) en el lenguaje, en el universo de los símbolos. Una de las más importantes transformaciones sociales de este fin de siglo se deriva de la aparición en el mundo de estructuras socio-históricas especializadas en la *edición* organizacional y tecnológicamente mediada de la dimensión simbólica de la realidad.

Meta-campo que nombra, narra, muestra y atraviesa transversalmente todos los campos de producción cultural, se vuelve la parte más activa y poderosa de esa transición. La comunicación tecnológicamente mediada se convirtió, en el correr del siglo XX, en el vector más importante del terreno simbólico, precisamente por su capacidad de *editar*, de *pegar y despegar*, *unir y desunir* complejos sistemas de signos, y por su presencia y trabajo transversal. El trabajo de los llamados “medios” crea profesiones inéditas en prestigio, en poder y en habilidades, remodela puestos profesionales que confeccionan las formas simbólicas con eficacia productiva, pero a costa de una reflexividad empobrecida.

Una gran parte de la modernidad desigual y chimuela de estos tiempos, ha sido potenciada por los medios de difusión y, por ello se convirtieron en los objetos privilegiados de deseo para trabajar, para estudiar y reflexionar. Con los medios vive el poder, y el poder seduce con sólo mirarlo.

Con algunos años de retraso, desde la Universidad —espacio de la reflexividad entrenada— se pretende generar un tipo de intelectual expansivo que comprenda para mejor manejar esa fuerza, pero desde unas estructuras de generación de conocimientos predominantemente verticales. Manipuladores profesionales del sentido, los “periodistas” han estudiado la comunicación con la propia deformación de su oficio: dotar discrecionalmente de visibilidad/mediada a los actores sociales o a los eventos, los conceptos y las agendas de investigación. Con ello se han ido formando versiones simplistas, mutiladas y unidimensionales de una realidad cada vez más y más compleja y móvil.

Pero sabemos que todo pensamiento mutilante genera acciones igualmente mutilantes, y este es un fin de siglo de un sistema que se bifurca, cruje, se parte y difícilmente aguantará más perturbaciones.

Este trabajo pretende ubicar el surgimiento y algunos desarrollos de los estudios sobre comunicación en México y tratará de mostrar algunas de las múltiples y plurales dimensiones (entre ellas, la cultura) que hacen tan compleja una realidad terca que se ha negado a ser domesticada con herramientas simples; una realidad que no quiere ni puede ser editada en versión *light* y recortada en el tiempo para su *mejor* difusión.

Se tratará de mostrar cómo esta relación es un frente estratégico que requiere un acercamiento, cuando menos igual de complejo, menos mutilante, que nos permita pensar con más densidad e imaginación para actuar de manera más creativa y menos desventajosa a la entrada del siglo XXI.

Nace una estrella: la comunicación como objeto y profesión

Los estudios sobre lo que ahora suele llamarse genéricamente *comunicación* tienen su origen en México dentro de la carrera profesional de Ciencias de la Comunicación que se abre por primera vez como proyecto en la Universidad Iberoamericana (UIA) en 1960 (Benassini, 1994). Esta iniciativa se realiza a casi cuarenta años de la aparición de la primera radiodifusora y una década después del surgimiento formal de la industria de la televisión en el país.

Como es bien conocido, en México, como en otras partes del mundo, las primeras empresas fuertes relacionadas con los medios electrónicos se

fundaron sobre experiencias y capitales familiares ligados previamente al *negocio* de la radiodifusión y la prensa, entre otras actividades económicas (Cremoux, 1974, y Arredondo y Sánchez, 1986).

De este modo, con el concurso de una clara voluntad política del Estado y los intereses de diferentes grupos de empresarios, la sociedad mexicana tuvo que comenzar a convivir con una nueva realidad: la modulación electrónica, redundante, cotidiana y tenaz de sus valores, sus imágenes, sus ideas, sus proyectos (Story, 1990). Tuvo que aprender a convivir con un espejo electrónico muy sofisticado que introducía modalidades hasta entonces inéditas en el uso social del tiempo, del espacio y en la gestión y goce de los múltiples flujos de las formas simbólicas (Thompson, 1998: 58-60).

El halo de importancia *mágica*, de curiosidad y atractivo público que ya rodeaba al cine, a la radio y al mundo del disco, fue potenciado con la aparición de la televisión por medio de una liga inmediata y “natural” (naturalmente construida por diferentes fuerzas sociohistóricas) con el creciente y competitivo mercado nacional de mitad de siglo. Un mercado en proceso de ampliación que era el único respiro de una sociedad hetero-organizada desde arriba en el terreno de lo político y sin ninguna participación posible que no viniera codificada desde “arriba” (Monsivaís y Bonfil, 1994: 88).

Los así llamados *medios* fundan su negocio en *complacer* y *agradar* a vastos sectores sociales con poder adquisitivo o en vías de acceder a él, y por ello mismo se construyen como empresas en busca de ganancias. Estas empresas, para poder “complacer” mejor, debían invertir cuantiosos recursos en sus producciones. No se puede —jamás se ha podido— dentro de las condiciones dominantes del desarrollo del sistema mundial, entrar en el negocio de la radio y la televisión a jugar como amateur. Su desenvolvimiento genera y requiere organizaciones profesionales verdaderamente complejas (Czarniwaska, 1992).

Las alianzas y pugnas entre grupos, la monopolización de los talentos, las agrupaciones sindicales, las cámaras empresariales y otros variados agentes especializados dentro de ese poblado escenario en plena explosión demográfica desataron una feroz competencia por la creación y control de las estructuras de relevo y de los flujos de retroacción dentro de ese mundo —mundo siempre industrial— del cine, las revistas, los discos, la televisión, el cómic, la prensa, el teatro, el deporte, la radio, en fin, diversas y desiguales luchas por el manejo y

gestión del universo en expansión que se formaba del *espectáculo* y el *ocio* —precisamente— como *negocio*.¹

Estas empresas comenzaron a potenciar exponencialmente un rasgo que caracteriza a todas las modernas industrias culturales, cuya operación simbólica más relevante consiste en otorgar discrecionalmente *visibilidad* a ciertos agentes sociales (los políticos, las estrellas, los notables y los bonitos).

Al hacer esta *edición*, envían a la sombra a otros grandes sectores de la sociedad.² Precisamente aquellos a los que la Revolución Mexicana había dotado de cierta existencia social a través de medios menos abarcadores y tecnológicamente menos sofisticados como la novela, la crónica, los museos, pero sobre todo con el proyecto ideológico y plástico del muralismo, más apto para una sociedad en su mayoría analfabeta que salía de la etapa revolucionaria (Bonfil, 1990: 90).³ Ese proceso de

¹ Aquí se ubica la lucha y posterior asimilación (por fusión) de XHGC Canal 5 y de XHTV Canal 4 en Telesistema Mexicano, bajo la dominancia de los capitales de la familia Azcárraga, Alemán y O’Farrill en el inicio de la televisión mexicana. Todavía no se ha escrito un trabajo crítico que trate sobre los procesos de sindicalización interna y las redes que se tejieron y tejen con los otros sindicatos del espectáculo, principalmente músicos, actores y técnicos.

² Resulta un caso interesante y no analizado en detalle, la forma en que los actuales medios electrónicos audiovisuales construyen la *visibilidad social* de los “pobres” culturales y sociales. En el mensaje mediático y publicitario contemporáneo, no se representa la diversidad pluriétnica de México. Los negros, los indios y los que se ven como ellos (los “feos”) los mestizos, que tienen piel morena, baja estatura, vientre, caderas y busto abultados, pelo hirsuto negro, labios gruesos, ojos rasgados, cutis grasoso, gestualidad “sin clase”, maneras poco refinadas y una larga fila de etcéteras, sólo aparecen en la televisión para fines de burla o escarnio de su *condición cómica*, o bien como objeto de campañas de salud o de altruismo hechas *para* ellos. La inmensa mayoría de aquellos personajes a los que los medios electrónicos y la publicidad dotan de visibilidad pública son “bonitos”: rubios, ojos claros, esbeltos, limpios, elegantes, elocuentes y modernos. Sin embargo, recientemente han aparecido programas del tipo de los reality shows mezclados con la nota roja, donde los personajes consentidos de la desgracia pública y la comisión de delitos son precisamente los olvidados de la publicidad. Para una discusión sobre la visibilidad y las nuevas formas de vida pública, véase Thompson, John B. (1998: 147-148).

³ Sin embargo, de manera sutil —nos indica el autor— los indios que hoy valen son precisamente los de antes. No hay lugar para el indio actual. Por ello resulta de mucho interés la forma en que el movimiento guerrillero del Ejército Zapatista de Liberación Nacional que en 1994 se levanta contra el gobierno mexicano se construyó una imagen virtual, precisamente usando los mismos medios que les negaban la existencia. Las palabras del Sub-comandante Insurgente Marcos lo señalaban así en su informe del 23/02/94 frente a la prensa internacional y nacional:

[...] venimos a buscar a la patria. La patria que nos había olvidado en el último rincón del país; el rincón más solitario, el más pobre, el más sucio, el peor. Venimos a preguntarle a la patria ¿por qué nos dejó ahí tantos y tantos años? ¿Por qué nos dejó ahí con tantas muertes?

visibilidad tecnológicamente construida se comenzó a ejercer montado sobre sistemas jerárquicos de clasificación y marcación —no mediáticos, sino intersticialmente sociales— de *status* y de *situs* disponibles o deseables en esa sociedad mexicana.⁴

La modulación de los valores, las necesidades y las identidades —transclasisistas— que podría unir o amalgamar simbólicamente a la gran diversidad de componentes del espacio social de México, adquiriría con este hecho un acelerado proceso de mutaciones significativas (Cfr. González, 1994a: 21-87).⁵

Así, a menos de treinta años del fin de esa guerra, las estructuras organizacionales y tecnológicas del ocio⁶ dentro de la potente y milagrosa economía mexicana de los cincuenta “decidieron” confeccionarnos una auto-imagen (heteroconstruida de modo vertical y sin prácticamente ninguna forma de oposición o réplica directa) menos ranchera, menos india, más adaptada al *mundo moderno* dentro del cual, después de siglos de alejamiento y por obra del *milagro* de la tecnología electrónica, nuestra sociedad reclamaba su propio sitio. Tanto en la rentabilidad económica, como en el diseño de esa imagen simbólica, las empresas de publicidad tuvieron (y tienen) un papel decisivo (Bernal Sahagún, 1974).

Y queremos preguntarle otra vez, a través de ustedes, ¿por qué es necesario matar y morir para que ustedes, y a través de ustedes, todo el mundo, escuchen a Ramona —que está aquí— decir cosas tan terribles como que las mujeres indígenas quieren vivir, quieren estudiar, quieren hospitales, quieren medicinas, quieren escuelas, quieren alimento, quieren respeto, quieren justicia, quieren dignidad? ¿Por qué es necesario matar y morir para que pueda venir Ramona y puedan ustedes poner atención a lo que ella dice? (EZLN, 1994:164)

La cuidadosa *edición* de los indios dentro de la ideología del Estado mexicano se comenzó a realizar por los liberales mexicanos desde el siglo XIX. Los únicos indios de los que se podría estar orgulloso y sobre los que se podría basar la “nueva raza” son los del pasado. Los indios presentes, marginados, existentes, deberían desaparecer por ser representantes de una alteridad atrasada a superar, ni integrables ni racionales. Cfr. Reyes Heróles (1982: 579-581).

⁴ Por *status* entendemos la posición clasificada relativa en términos de reconocimiento del prestigio de un agente dentro de una estructura social determinada y jerarquizada (director, gerente, técnico, secretaria, empleado...). Llamamos *situs* a una estructura de posiciones otorgadora de status y delimitada según el tipo de actividad social específica que desempeña (industria pesada, gobierno, magisterio, comercio, agricultura, alimentación). Cfr. Littlejohn, James (1975: 62).

⁵ Esta definición “mediática” de construcciones simbólicas transclasisistas genera diferentes espacios de tensiones y luchas históricas permanentes y a la vez intermitentes que hemos llamado Frentes culturales.

⁶ Para un acercamiento metodológico y empírico al estudio de esta actividad social en México, Cfr. González, Jorge A. (1995a: 148-149).

Complejidad creciente y complicidad crujiente: poderes de aquí, de allá y de mucho más allá

Esta moderna, selectiva y editada versión de los agentes sociales en México no pudo haber sido lograda —ni siquiera imaginada— sin una relación estrecha con las estructuras legítimas del poder. Las ligas entre la industria televisiva y los poderes del Estado mexicano a través de diferentes estructuras, y en especial las del partido de la revolución institucionalizada, tanto a nivel nacional como local y regional, contribuyen a agregar más líneas a la configuración de fuerzas de esta realidad.⁷ En la esfera de la vida diaria, en las familias, en las redes sociales y grupos básicos, se mira también la eficacia de estos medios en la constitución de nuevos cuerpos, de nuevos sujetos (Foucault, 1978: 137-146).⁸

Ambos poderes micro y macro que actúan en la enorme variedad de formas nacientes de la vida urbana se potencian para convertir la televisión y el campo de fuerzas simbólicas que genera en el punto imaginario, en el centro virtual de convergencia de los procesos culturales en general y del campo del espectáculo en especial.⁹

En una sociedad en muchos sentidos pre-moderna, la construcción socio-histórica de esa centralidad implicó ciertamente estrategias económicas y de imposición política; pero fueron (y siguen siendo) por igual importantes las tensiones y las estrategias situacionales de los enfrentamientos culturales que se producen en México, no sólo dentro de los campos de la edición y del ocio, sino mucho más ampliamente dentro de un espacio público restringido —en lo político y en lo simbólico— donde se modelan y modulan día con día formaciones discursivas, definiciones y visibilidades diversas sobre el amor y el odio, el éxito y el fracaso, el bien y el mal, los esposos y los amantes, lo digno y lo indigno, etc. Todos

⁷ El desarrollo de la *época de oro* del cine mexicano y la radiodifusión comercial coinciden con el afianzamiento del Estado en su fase corporativista. Sobre el Poder y los medios se ha escrito mucho, pero con grandes carencias analíticas, por lo común ancladas en meras descripciones anecdóticas incapaces de dotarnos de una red significativa de relaciones complejas dentro de la que podamos comprender más densamente este importante proceso. Véase, por ejemplo, los trabajos reunidos en el número monográfico: Autores Varios, “El Estado y la televisión”, *Nueva Política*, Vol. 1, Núm. 3, Jul-Sept, 1976.

⁸ Para una introducción a la obra de este autor; véase Oscar Martiarena (1995: 331 y ss.)

⁹ Para una rica reflexión de la relación entre televisión y poder; véase Raymundo Mier y Mabel Piccini (1987: 236-344). Ver la telenovela como *columna vertebral* dentro del campo del espectáculo en Jorge A. González (1994c).

ellos forman parte de una compleja configuración de repertorios de elementos culturales transclasistas, sobre los que se ha luchado y se lucha en múltiples fronteras interconectadas y arenas conflictivas por definir la orientación y el sentido de ese vector determinante de la amplitud o estrechez de la vida en su dimensión simbólica.

Un paso al más allá: espirales complejas

Pero ahí no terminaba el panorama, porque esta entrada a una modernidad selectiva y desbalanceada agregó otra trenza más de hilos a esta ya de por sí abigarrada madeja. Una dimensión que excedía las fronteras territoriales de la nación, formada por todos los vínculos crecientes de empresarios y empresas locales con otro tipo de entidades, a saber, las empresas meta, *hiper*, *trans*, *multi*, *extra ultranacionales* gestoras y controladoras de un mercado mundial del ocio y de la ficción. Una dimensión ulterior compuesta por una verdadera urdimbre tejida y destejida por los flujos mundiales de la reestructuración del capitalismo que orienta de forma *extraterritorial* los intereses y negociaciones políticas y económicas que están detrás, adentro y enfrente de la diversión hecha pantalla y al alcance de cualquier bolsillo, en cualquier hogar territorialmente localizado. Todos estos procesos se dejan mirar mejor si los colocamos dentro de una compleja matriz histórica de transformaciones a escala planetaria que en este último tramo del siglo, de manera simultánea, afectan al capitalismo en tanto que sistema social, a un modo de desarrollo crecientemente “informativo” y a las tecnologías de información como potentes instrumentos de trabajo (Castells, 1994).¹⁰

En breve, la creación de la primera carrera de comunicación coincide con el desarrollo y la constatación de una realidad plural, móvil, mutante, multidimensional de la cultura tecnológicamente mediada, que resultaba ser lo suficientemente compleja como para dejar con pocas e insuficientes respuestas y alternativas al único sustrato de formación

¹⁰ Esta “nueva” dimensión es la que se recorta en el nivel de la *economía-mundo*. Cfr. Wallerstein, I (1979). Dentro de las perspectivas excesivamente descriptivas, Cfr. Armand Mattelart (1974). La importancia creciente de la información como área estratégica de la economía mundial, así como sus procesos de desregulación, acarrear, según Schiller, una “apropiación corporativa de la expresión pública” que, sin embargo, está muy lejos de operar de la forma como él lo plantea en el nivel de la vida cotidiana de los “expropiados”. Cfr. Herbert Schiller (1993: 151 y ss.). Una excelente crítica a Schiller está en Aníbal Ford (1994: 195-204).

que existía previamente: las tradicionales escuelas para la formación de periodistas.

Lucha libre en los andadores del libre-mercado: los rudos se nos volvieron técnicos y la técnica sometió al espíritu

Frente al auge casi obscuro de las tecnologías de información y sus ligas con el poder y la economía, la Universidad Iberoamericana apuesta por “la técnica sometida al espíritu”, mediante una formación humanista que forme un “nuevo tipo de intelectual” capaz de dirigir y orientar el uso reflexivo y atento de “la técnica”, no sólo hacia fines mercantiles o de poder. Algo de la enorme complejidad de la tarea intelectual que merecía esta realidad quizás se percibía en el diseño de aquellos primeros planes de estudio en los que, al son de la frase “si es materia, la llevamos”, los nuevos intelectuales (que someterían la técnica al espíritu) solían decir al enfrentarse a decenas de materias de filosofía, economía, psicología, historia, ética, sociología, literatura, expresión corporal, locución, fotografía, radio, televisión, cine, publicidad y algunas teorías (bastante incipientes) sobre el proceso de comunicación.

El modelo inicial fue rápidamente adoptado y adaptado por unas cuantas universidades. Sin embargo, por varios factores, después de 1974 se desató una avalancha de opciones para estudiar “la carrera del futuro”. Así se fueron creando muchas otras carreras más hasta conformar actualmente una plétora imprecisa e impresionante que ya rebasa la centena por todas las regiones del país.¹¹

¹¹ Nos parece que es en 1974 cuando esta profesión adquiere una “visibilidad” creciente por efecto del *Encuentro Mundial de Comunicación*, organizado por Televisa en Acapulco. Ahí desfilaron todo tipo de *super-novas* del mundo académico (Eco, Schramm, MacLuhan) y del espectáculo (Cantinflas, Pelé, Zabludowsky), aunado a una exposición de los más recientes avances en tecnologías de información. Ese evento tuvo una asistencia muy nutrida que incluyó a cientos de estudiantes y periodistas. Televisa cubrió profusamente el evento en todos los medios. Así, la “comunicación” se puso definitivamente *de moda*. Año en que se abre la carrera en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, con un perfil para crear “estrategas de la comunicación”, con énfasis en la investigación, análisis y crítica de las dimensiones políticas, económicas y semiológicas del proceso. Igualmente importante es la labor de asociación, en ese año, de las diez escuelas de comunicación más importantes que derivó en la creación del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC), en junio de 1976. Destacamos la importancia del Centro de Documentación que el mismo Consejo inicia y que constituye la más completa base documental sobre la disciplina. La creación de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, en 1979, marca también este paso en el campo de lo emergente a lo instituyente.

En un abrir y cerrar de ojos, del proyecto reflexivo se pasó, sin más, al proyecto adaptativo, y las carreras universitarias —salvo contadas excepciones— se volvieron una suerte de centros de capacitación profesional (y, por supuesto, ideológica) para el trabajo —especialmente irreflexivo— en los medios. La *técnica* comenzaba a someter, sutil pero decididamente, al *espíritu* (es decir, la reflexividad entrenada), y, al parecer, éste comenzó a su vez a acomodarse dócil e irreflexivamente a los requerimientos y caprichos de aquella.

Este desplazamiento se daba por la demanda creciente de una profesión nueva muy estrechamente ligada con los medios tecnológicos (sobre todo, la televisión) y su glamorosa circunstancia.

Urgía hacer guiones, comerciales, programas, noticiarios, películas, promocionales, audiovisuales y boletines adaptados al *momentum* de expansión del mercado. Los “creadores” y repartidores de la tecno-visibilidad se producían en serie, igual que sus prejuicios acorazados del poder de “hacer visibles a los invisibles”.¹² La reflexividad prometida, esperada, necesaria, había perdido, antes del primer round, todo el futuro.

La comunicación *justifica* los medios (o el sueño de Nicolás <Maquiavelo>)

Con el escenario esbozado, me parece que al menos dos fuerzas enmarcan el arranque y despegue de los estudios sobre comunicación en México.

De un lado, la concentración (casi exclusiva) en el fenómeno —absolutamente simplificado— de los medios electrónicos como el espacio privilegiado, “natural”, de trabajo y operación de ese nuevo profesionalista, frente a la muy poco práctica actividad reflexiva o especulativa, en un mercado que se robustecía día con día y por ello demandaba menos filosofía y más técnica.

La sociedad —acá reducida a un sector dinámico del mercado— demandaba más acción efectiva aunada con las *in-mediatas* ganancias simbólicas —ese *no sé qué*— que otorga el reconocimiento público y social a la visibilidad mediática que redoblabla otras ventajas concretas a la vez políticas y económicas. Había demasiado que hacer y no mucho tiempo para conocer. Eso no es negocio. No por caso, son académicos

¹² Cfr. el interesante debate que inicia Pierre Bourdieu (1996: 25) y la respuesta del productor Daniel Schneidermann en *Le Monde Diplomatique*, Mayo de 1996, p. 21. Bourdieu (1998b).

anglosajones los primeros que hacen estudios empíricos sobre el campo de la comunicación (ya para entonces perfectamente reducido a *los medios*) en México.

Por ese mismo efecto, cuando se enseñaba o hacía *investigación de la comunicación*, el interés estaba poco diferenciado del mercado: ¿cómo afecta (mejor) este mundo de la información (los contenidos, los colores, las secuencias, las narraciones) a los receptores-clientes? ¿Cómo saber si nuestro producto está siendo aceptable por nuestro público?

Por el otro lado, esa primera operación de reducción condujo a la institución progresiva de un pensamiento simplista, es decir, generalmente unidimensional, secuencial, con horizontes muy estrechos y con preguntas poco plausibles para el tipo de complejidad que se enfrentaba.

Algunos intentos de trabajo son tan puntuales que pierden una perspectiva holística, menos episódica. Otros —más audaces— se esforzaron en *interpretar* velozmente *la comunicación* (ahora reducida a una semiosis circular), pero sin los rieles de la compleja construcción metodológica que el fenómeno requería. Una evaluación reflexiva reciente, fruto de más de diez años de trabajo etnográfico en todo México, nos plantea que hoy en día en nuestro país “el comportamiento de los públicos y las audiencias se funde con el de los electores y los creyentes, así como consumidores y espectadores. Todo pasa por la información; la política y la economía dependen de ella, la religión y el espectáculo también. La nueva sociedad está informatizada y México forma parte, voluntaria e involuntariamente de esa nueva sociedad”. Sin embargo, “esta complejidad del mundo social no fue objeto del campo académico más que en forma selectiva” (Galindo y Luna (coords.), 1995: 13-44).

¡Aquí no pasa nada! (a no ser que pase cuando está pasando)

Pero tampoco la comunicación corrió con suerte dentro del campo académico.

Filósofos, historiadores, sociólogos, antropólogos, sicólogos, politólogos y toda suerte de *etceterólogos*, encerrados en consagrados lenguajes planos, decimonónicos, y en problemáticas “verdaderamente importantes”, contemplaban desde lejos, con desdén, cuando no con burla o temor, los torpes esfuerzos de los que estudiaban la comunicación para confrontar una realidad cotidiana completamente diferente por la presencia de nuevos vectores simbólicos: una cultura inundada

de comics, radionovelas, telenovelas, cine de mucho llorar, noticieros, chistes y demás “excrecencias” que, sin embargo, *construyeron* como público fiel a millones de mexicanos. No sólo los dejaron solos (tanto a los estudiosos como a los mexicanos), sino que además los descalificaron por diferencia. Escasa o nula atención tuvieron (y tienen) estos fenómenos emergentes de la complejidad ligada a la información, a un objeto que no siempre es objeto y a veces parece flujo, pero siempre está en permanente movimiento. Demasiado desafío para el pensamiento lleno de rigor (*mortis*) de las disciplinas de los investigadores y encargados de financiar la creación de conocimientos “urgentes” en el país. Siguieron estudiando a México *como si no hubiera pasado nada* con las enormes transformaciones del mundo *de* la información y del mundo *por* la información. Sólo algunos tráfugas de la academia con profunda sensibilidad e inteligencia advirtieron el maremoto y comenzaron a caracterizarlo, incluso con humor.¹³

**¡Vámonos a las carreras! *De lo perdido, lo que aparezca*
(aunque es mejor que *nomás parezca*)**

A contrapelo de las opiniones de los académicos “externos” (o sea, los científicos únicos y verdaderos) sobre la insignificancia de esta realidad y a pesar de los tumbos con poco rumbo que los estudiosos de la comunicación daban, el número de estudiantes y escuelas de comunicación en México pronto dejó de corresponder al número de trabajos reflexivos que nos aportaran configuraciones más densas (es decir, ricas en relaciones) y menos mensas (monolíticas y reduccionistas). Este crecimiento se puede ubicar como parte de la expansión del Sistema Educativo Nacional, que pasó de atender a 78.000 alumnos en 1960, a más de un millón cien mil en 1992. En 32 años, el número total de estudiantes de licenciatura se multiplicó catorce veces y las instituciones de educación superior pasaron en el mismo período de 50 a 372.

¹³ De entre ellos, destaca Carlos Monsiváis con todo y su respetable y pública abominación por los “comunicólogos” y rollos que les acompañan. Su situación es peculiar en más de un sentido, porque su reflexión sobre los medios y el mundo de la comunicación siempre ha estado ligada con una práctica militante muy crítica y al mismo tiempo con su participación activa en los medios, en diálogo y trabajo productivo junto con los profesionales (caricaturistas, cantantes, bailarinas y una larga fila de etcéteras). Otros intelectuales que reconvirtieron más tardíamente sus intereses y capitales disciplinares ahora están en la cima del hit parade de los estudios sobre comunicación en América Latina. Poco a poco, el diálogo negado se ha vuelto precisamente la agenda a discutir.

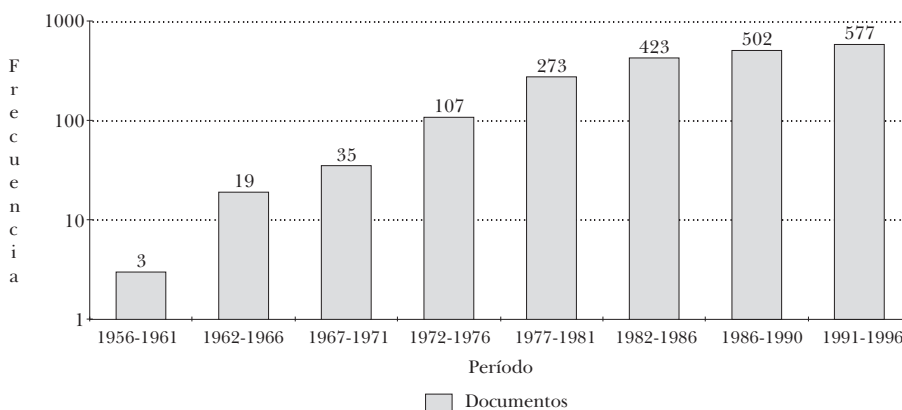
Otro rasgo de este incremento es la creciente “feminización” de algunas carreras. Entre ellas destaca particularmente la de comunicación.¹⁴ En ese mismo período, tan sólo las instituciones que ofrecen carreras de comunicación se multiplicaron por cien y los estudiantes pasaron de unas decenas a decenas de miles, mientras que las carreras de sociología comenzaron a extinguirse por exceso de politización y por una excesiva falta de imaginación e inteligencia.

Las de antropología, más ligadas a la demanda fija de ciertos nichos estatales (INAH, INI), entraron en un período de letargo.

Con todo esto, el naciente campo tarda treinta años en alcanzar una producción más o menos constante de documentos que analizan de alguna manera la compleja situación.

La figura 1 nos muestra la trayectoria de la producción de escritos sobre comunicación agrupada por lustros a lo largo de los primeros cuarenta años.

Figura 1. Comunicación: producción académica (1956-1996)



Fuente: Elaboración del autor con base en datos de Raúl Fuentes Navarro.¹⁵

¹⁴ Esta feminización en términos duros del propio sistema masculinamente orientado significa una “devaluación” de las carreras y todo lo que les rodea. Para las cifras del crecimiento, véase Autores Varios, *Anuario estadístico. Licenciatura en Universidades e Institutos Tecnológicos*, México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, 1994, p. 24.

¹⁵ Raúl Fuentes Navarro (1988 y 1996). Agradecemos a RFN su ayuda a través de una comunicación personal para completar con sus estimaciones fundadas los datos de esta figura para los años de 1995 y 1996.

La composición interna por temas o tópicos de las barras de esta figura nos da una abrumadora presencia (6 de cada 10) de los escritos sobre los medios, y de entre ellos la mayor parte son sobre la prensa y la televisión (Fuentes, 1988: 21 y 55).¹⁶ El arranque de la producción de conocimientos en esta área comenzó siendo hecho por periodistas, filósofos, sacerdotes, abogados. Tiempo después, frente a este trabajo más bien especulativo y basado en fuentes secundarias, se le opuso una tradición empírica de investigación cuantitativa, muy ligada a las preocupaciones por la medición de la conducta de las audiencias de los medios. Los análisis de *contenido* de los mensajes y los análisis de los *efectos* de los medios en los receptores marcaron un importante hito. Por primera vez, se abrían especialidades de investigación de la comunicación en algunas carreras, pues también la investigación mercadotécnica se volvió un recurso, cuando menos retórico, para la planeación y la toma de decisiones de las empresas y sus oficinas de comunicación. Había, por fin, una definición (positivista) más científica que especulativa de la reflexión. *La técnica*, ahora acorazada de rigor “científico”, se impuso una vez más sobre el espíritu. Este (es decir, la reflexividad entrenada) podría *sugerir* hipótesis, pero la última palabra la tendrían las evidencias, los datos, los hechos, es decir, la contundente realidad medida y por todos tan “obviamente” percibida, una vez habiendo sido *descubierta*, develada. Se acumulaban cientos de estudios sobre los *efectos* de la televisión en diversos sectores de la sociedad. Gran alarde y rigor técnico, pero muy poco trabajo de atribución de sentido, de interpretación de lo que le estaba sucediendo a la sociedad mexicana. Y seguíamos, además, dependientes de los “verdaderos” avances de la Ciencia que, por supuesto, no se hacían en México, sino predominantemente en algunas universidades extranjeras: Stanford, Michigan, Columbia, Chicago y otras.

Encontronazo con *lo otro*: grillos vemos, corazones y saberes no sabemos

Sin embargo, no por el efecto de reducción de esta perspectiva, la situación dejaba de ser compleja en grado creciente. La certeza de que los avances y modos de preguntarse de la *Communication research* (de acá,

¹⁶ Un análisis más completo y detallado de esta característica lo encontramos en el texto del mismo autor (1991: 35 y 55).

de Petatiux) no alcanzaba para describir, interpretar y explicar nuestra realidad, eso formó el caldo de cultivo para que algunos académicos se comenzaran a preguntar por *lo otro*, es decir, el *otro inmenso universo* dentro del cual el trabajo simbólico de los *medios* (o sea, “la comunicación”) se desarrollaba. Eso que a veces llamaban “variables intervinientes” y que se refería —nada más— a las estructuras de poder, las ideologías, la economía, el lenguaje, las clases sociales. Con esto se ensanchaba un poco más el horizonte y se desarrollaban dos vertientes. Una más relacionada con una crítica política, cuya misión primera era desenmascarar o denunciar la *no inocencia* de la así reconocida *ciencia de la comunicación* —y sus objetos consentidos, los “medios”— en la perpetuación de las relaciones de dominación. Posición crítica que desea participar en el debate por un nuevo orden informativo mundial y en la garantía del derecho a la información. Aquí, los estudios sobre las llamadas estructuras de poder, igual que las lecturas de los contenidos ideológicos y latentes de los mensajes de las transnacionales, desplazaron poco a poco a los tradicionales y pulcros estudios cuantificadores, en su mayoría por medio de encuestas. Nuevos autores con nuevas perspectivas y marcos analíticos, grupos de intelectuales que llegaron de Sudamérica y que estaban formados más cerca de una tradición europea (en especial, francesa) tomaron en México una especie de vanguardia militante contra el “funcionalismo” “norteamericano” y todo lo que olierá a ello.

De repente —así nomás, casi porque sí— en algunas escuelas se cambiaron las escalas de medición de actitudes por toda suerte de *lecturas ideológicas*, generalmente carentes de método y de rigor, muy emocionantes y, al menos en aquel momento, políticamente *correctas*: ¿Merton? ¡Está *superado*!¹⁷

El hacer sometido al saber y el saber pegadito con la vida común, de gente igualmente común

Entre los intersticios de este espacio bi-dimensional y muchas veces maniqueo dominado por una u otra perspectiva, según la institución,

¹⁷ Desde la UAM-X, la revista *Comunicación y Cultura* jugó un notable papel, hasta su cierre en 1986, en la publicación de dimensiones olvidadas por la investigación “clásica” de la comunicación. También la UNAM destacó como otro polo de esta vanguardia crítica. Tiempos en que a algunos avergonzaba decir que estudiaron en la Ibero. Fundamentalismo y culpa a veces se acompañan.

crecía poco a poco otra vertiente que estaba más interesada en hacer una crítica reflexiva del tipo de preguntas que formaban el marco epistémico de los estudios positivistas/cuantitativistas y denunciistas/semiológicos de la comunicación.

Esta posición alterna se daba más orientada a revisar las herramientas que utilizamos para ver y “no ver” selectivamente ciertas actitudes, hechos, agentes y procesos, que habían sufrido (y a veces lo siguen haciendo) una especie de efecto de *scotoma* científico. Este término designa el proceso por el cual ciertos autores, ideas, procesos, teorías, trabajos, se precipitan de manera inconsciente dentro de una densa *zona ciega* donde ya no llega la visión del campo (Sacks, 1995: 150-155). Muy ocupados en el rigor (mortis) de la ciencia de la comunicación y en la “indigenización” (o, de plano, adopción dogmática) de problemáticas extranjeras por ese tiempo de moda, esos dos polos de los estudios de comunicación habían obnubilado —¿scotomizado?— nada más y nada menos que a la mismísima sociedad mexicana “realmente existente” y sus comunes y corrientes procesos culturales cotidianos. Por esta razón, la reflexión se hallaba siempre retrasada de los movimientos, los ritmos y reacomodos que eran significativos en la vida de la gente, y se persistía ciega y tercamente en confeccionarles bonitas interpretaciones *ex-post-facto*, o sea, “a toro pasado”.

Los procesos de religiosidad popular, de la música, de las fiestas, de la cultura urbana, de los movimientos sociales y su relación con algunos productos mediáticos comenzaron a aparecer en el escenario desde la óptica del análisis de la contraposición entre las culturas llamadas populares (o sea, “el pueblo”) y la cultura hegemónica (o sea, ¿de los que no eran pueblo?).¹⁸

Aparecía, finalmente, de manera explícita, esa dimensión *otra* que *indudablemente* era muy, pero muy “nuestra”.¹⁹ La influencia de los

¹⁸ El melodrama televisivo mexicano, vivo en diferentes formatos desde 1950, por efectos de esa sobre ideologización, hasta 1985 no había merecido un solo estudio académico. Durante tres décadas de hacerse “pueblo”, las telenovelas no existieron ni para Tirios ni Troyanos. Cfr. Jorge A. González (comp.) (1998).

¹⁹ En 1980 se forma el área de investigación *Comunicación, hegemonía y culturas subalternas* en el Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-X. Esta Universidad —con la migración forzada de valiosos académicos sudamericanos que tuvieron la oportunidad de colaborar en este proyecto académico, unida al otro numeroso contingente, en su mayoría compuesto por jóvenes egresados de comunicación de la UIA, quienes fundaron la carrera de comunicación en la UAM-X— para entonces se había convertido en un importante centro de difusión del pensamiento

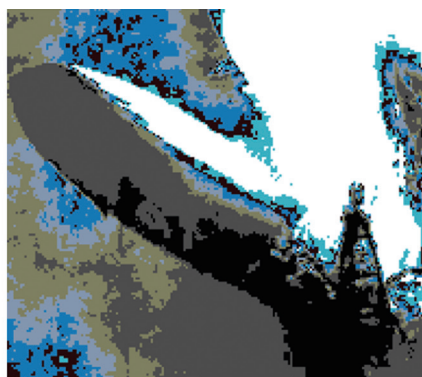
trabajos de Gramsci y los post-gramscianos, en especial de Alberto M. Cirese (1976), se hizo sentir y se intentó una forma diferente de estudiar la comunicación desde sus relaciones con el universo de la cultura, con una actitud de conocimiento menos concentrada sobre los *medios* aislados y más atenta a la sociedad y su tejido tensional en cuanto universo de *significación* en el que los *medios* operan y hacen sentido.²⁰

Punto de flotación: duros que se hunden en el mar y blandos que estallan en el aire²¹



Titanic

Considerado in-hundible, se hundió en su primer viaje en 1912



Hindenburg

Lleno de hidrógeno para flotar, estalló en el aire en 1937

Permítasenos, para efectos argumentativos una caricaturización más: una buena parte de la investigación de comunicación realizada en estos 37 años, por un lado, rezuma empirismo y “descriptivismo” y, por el otro, destila especulación y “melatismo”, con fines ya sean *humanistas*, *mercantiles*, o bien *revolucionarios*. Al moverse dentro de estos dos ejes extremos, se desarrolla dentro de ese campo una aguda *caquexia meto-*

crítico sobre la comunicación y su relación con la cultura no sólo en México, sino probablemente en toda América Latina.

²⁰ Un uso de estas ideas está en Jorge A. González (1978 y 1990).

²¹ Valga la metáfora para referirnos a problemas de *flotación*. Unos se hunden (es decir, no flotan lo suficiente) por rígidos, duros y pesados, mientras que otros, para poder flotar mucho en el aire, se rellenan de un gas que finalmente los hace explotar y dejan dramáticamente de flotar.

dológica acompañada de una acusada *escualidez técnica*. A veces se dan mezclas y cruzamientos entre ambas.

**Contar (medibles magnitudes):
por los mares de la tranquilidad**

Esta última se verifica con el uso y aplicación, por lo general estereotipado y empobrecedor, que las ciencias sociales —y todavía peor cuando se estudia la comunicación— hacen de los dispositivos para formalizar información y para construir observables diferenciados que llamamos *técnicas*. Cuando se opta por aproximaciones cuantitativas, el uso que se hace de una potente herramienta analítica y de formalización como la estadística descriptiva suele ser excesivamente descriptivo y nulamente analítico. Frente a tales estudios, tenemos que *soplarnos* un verdadero desfile de porcentajes y cuadros con frecuencias generales y a veces con cruces de variables, que, de repente, sin más, disparan al autor hacia una interpretación que, al no haber efectuado un análisis mínimamente riguroso, no puede aprovechar las bondades efectivas de la técnica y del tratamiento de la información que su uso comporta. Es común asistir al naufragio de estos intentos que deciden ser *científicos* por medio de la “objetiva” apariencia de los cuadros y de series indigestas de datos —pretendidamente— *duros*. No lo son, pero *parecen* científicos.

**Contar (cuentos verosímiles):
por los cielos de la elegancia**

Pero no todo es contar y presentar números “contundentes”. Con la moda de las visiones “cualitativas”, la investigación en comunicación cruzada con la cultura tampoco ha ganado mucho, pues desde este extremo se lanzan verdaderos saltos mortales de interpretaciones “basadas”, a su vez, en otras interpretaciones, igualmente carentes de análisis y de rigor en la construcción del propio observable mediante el que se quiere fundar la investigación. En estos intentos, algunos de los naufragios celestes residen en que son “demasiado” interpretativos y a veces *semiológicos* en su pirotecnia, pero desafortunadamente excesivamente *semi-lógicos* en su armazón; volitivamente etnográficos, pero sin la necesaria vigilancia del ojo que observa al ojo del etnógrafo que observa (Cfr. Cirese, 1992:

205-232).²² Sin embargo, todos buscan ser “políticamente correctos” para ser aceptados en un *campo* que ha vivido durante mucho tiempo —a imagen y semejanza de los medios— de autofabricarse *totems* o *super-novas* para su adoración. Con ello posponen indefinidamente el crecimiento crítico de su propio oficio.²³

La carencia endémica de marcos metodológicos en la mayor parte de las investigaciones sociales, sobre todo las que se refieren a la comunicación, nos ha llevado a un callejón sin salida: vivimos en el subdesarrollo importador que, al impedirnos la reflexión epistemológica que esa construcción de marcos estratégicos requiere, nos impide un verdadero desarrollo teórico aterrizado en las propias particularidades de nuestra sociedad.

De miradas sobre miradas y algunos amoríos *imposibles*

Estas y otras limitaciones están siendo reconocidas poco a poco por los mismos investigadores, y de esa actitud reflexiva se han generado los trabajos ya mencionados de Raúl Fuentes, que colocan —como en ningún otro campo de conocimiento— los fundamentos de una urgente y más precisa *historia de los estudios del área*. Con mucha dificultad podremos encontrar el nivel de sistematización de la casi totalidad de la producción académica de una disciplina.²⁴ A ello debemos agregar los esfuerzos de Jesús Galindo de la Universidad de Colima con José Lameiras del Colegio de Michoacán, por confrontar la antropología con la comunicación en uno de los más significativos acercamientos y diálogos transdisciplinarios entre ambas perspectivas que comienzan a percibirse

²² Para una crítica en la propia tradición anglosajona a los Cultural Studies y su afán de ser “*políticamente correctos*”, Cfr. James Lull (1997: 55-71).

²³ Con poco o ningún interés en generar una *masa crítica* de nuevos investigadores, los autores de moda escriben para colegas e interlocutores nacionales o extranjeros y así se aferran a la estructura vertical y autoritaria que les permite decir casi *cualquier* cosa con la seguridad de que será aplaudida y glosada en foros y publicaciones. Cfr. Jorge A. González (1997b).

²⁴ En un sentido crítico, habría que revisar varias de las categorías que este autor propone para organizar su material. Algunos rasgos que omite su análisis son muy significativos, como el *género*. Otros aspectos aparecen sobrestimados, como el número de publicaciones, que el compara sin considerar los desniveles de cada publicación: formato, profundidad, extensión, influencia en la bibliografía del campo y en las agendas de los temas de investigación. Sin embargo, aunque no lo presenta en su texto, la base de información que construyó permitiría su ajuste sin grandes problemas.

como necesariamente ligadas: “en los últimos tiempos el diálogo se ha iniciado, lo empezaron los comunicólogos en su afán de búsqueda, ahora los no tan soberbios especialistas en ciencias sociales les reconocen en parte su trabajo” (Galindo y Lameiras (eds.), 1994: 37). Bajo el auspicio del CONEICC, de nuevo Jesús Galindo —ahora con Carlos Luna— hace un balance de la formación del campo de estudios con las voces de algunos de los fundadores en diálogo con nuevas generaciones. La forma en que Galindo sintetiza la discusión en 30 ideas fuerza también nos parece un avance inédito de reflexividad sobre los pasos andados y las ideas para poder mirar el trayecto y la perspectiva (Galindo y Luna, 1995: 97 y ss.). Otros textos que plantean una revisión del estado de la cuestión son los de varios autores coordinados por Guillermo Orozco (Orozco (coord.) 1992),²⁵ y más recientemente, como muestra de lo que se trabaja, están los *Anuarios del CONEICC* coordinados por José Carlos Lozano (1994).²⁶ Estas revisiones ya están plenamente marcadas por un deslizamiento hacia la cultura que se da en la última década. Este proceso de “culturización” del campo se fue moviendo poco a poco de aquella ansiedad (plenamente insatisfecha) por estudiar simplistamente los medios, hacia los procesos de comunicación como parte de procesos culturales más amplios, con duraciones más extensas y por lo mismo con densidades completamente diferentes. De esta manera, las modas fueron cambiando y, de glosa en glosa, con una profunda ausencia de crítica se pasó de los *medios* a las *mediaciones*, luego de estas a los procesos de *hibridación*, de ahí al *consumo cultural* y más tarde a la *globalización* de las industrias y las prácticas culturales, con tan poca densidad de procesamiento y alejados de la crítica rigurosa por efecto del gran farol de “los medios” estaban puestas las condiciones para que trabajos ricos en aportaciones e ideas útiles como los de Jesús Martín Barbero (1987) y Nestor García Canclini (1990, 1993 y 1995) pasaran —sin más crítica y elaboración— a volverse palabras de moda dentro de los estudios sobre la comunicación, como décadas antes se hiciera con los trabajos de Mattelart. Dentro de todo este movimiento también se pasó de la tibia aparición de una carrera profesional al inicio de la primera mitad del siglo, a la constitución de un campo *promisorio* para el próximo milenio y así diciendo.

²⁵ Destacan sus trabajos en relación con las mediaciones en la recepción.

²⁶ Esta iniciativa finalmente ha cuajado y ya se han publicado varios anuarios más (1995, 1996 y 1997).

Ello implicaba varios retos metodológicos, pues había que salir de las recetas facilistas (cuantitativas o cualitativas) de un objeto de estudio unidimensional y obvio, congelado y precocinado, para poder acceder a la constitución de nuevos objetos de estudio, *menos menso*s, delimitados a través de relaciones causales simplistas, ahistóricas, empiristas o deductivistas, incapaces de distinguir las particularidades e interrelaciones de cada situación dentro de una perspectiva más *holística* —nunca asumida—, y *más densos*, es decir, más plenos de relaciones plausibles, movimientos y temporalidades, más sensible a las configuraciones móviles que exigen por su propia indeterminación, un acercamiento heurístico y abductivo, conjetural y abierto. Una visión más centrada en la *ecología* en la que se han producido, operan y afectan *los medios*, que en los clásicos objetos ya domesticados simplistamente de antemano (Ford, 1994). De igual modo, habría que superar el *falso problema* de una investigación que tendría que optar por estudiar con métodos “cualitativos” o “cuantitativos”, lo “micro” o lo “macro”. La *corrección política* de cada intento dependería de quiénes iban “ganando” en la punta de la pirámide, en el *hit-parade* o *top-ten* académico, pero no del desarrollo efectivo de conocimiento sobre la realidad que se quería estudiar.

La insoportable complejidad del ser y del no poder ser

La constatación de las grandes limitaciones de acercamientos simplistas a una problemática que ya estallaba en niveles de complejidad está moviendo los estudios de la comunicación desde los “medios” hacia aquellas zonas que estudiaban privilegiadamente la sociedad y la cultura. Por otra parte, la misma complejidad de los procesos de informatización creciente de las sociedades y de la omnipresencia de los dispositivos tecnológicos en la vida social ha comenzado a mover a filósofos, sociólogos, historiadores y antropólogos a hacerse preguntas más y más cercanas a la comunicación, al universo de la significación tecnológicamente mediada y construida social e históricamente.

Es, pues, la complejización de la sociedad (local, nacional, mundial) y sus propios procesos, lo que obliga a ambas perspectivas a establecer un diálogo cuyo reto está primeramente en romper las propias prenociones que lo llevaron a ni siquiera considerar el diálogo mismo y, de ahí, una vez establecido, poder pasar a la creación de una perspectiva menos centrada

en las habilidades y carencias de cada disciplina y más en la generación de *otra mirada* y otro oficio que no puede ser más que, en efecto, *transdisciplinar* y profundamente reflexivo (Morin, 1995).

¿Esto implica el germen de un *nuevo intelectual* tan atento a sí mismo y a su modo de mirar, como al objeto que mira y que, al mirarlo, reconoce que lo ordena, lo nombra, lo estructura y así *deforma* el anteriormente nítido objeto perturbado por su mirada? Me parece que sí.

Del exterior al movimiento: el Programa Cultura en el México del interior

En buena medida en 1985, en la Universidad de Colima, esta inquietud por el acercamiento entre los estudios de la comunicación y de la cultura marca el surgimiento del Programa de Estudios sobre las Culturas Contemporáneas (*El Programa Cultura*). En este Programa convergen varias experiencias de los talleres de antropología urbana de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, de los talleres de investigación en Sociología de la Cultura de la Universidad Iberoamericana y de las experiencias pioneras de relación entre comunicación y cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, todas de la Ciudad de México. En este Programa de Investigación, los estudios sobre comunicación no están centrados en los tradicionales *medios*, sino más bien se enfocan a comprender la sociedad mexicana contemporánea explícitamente *desde el punto de vista de la cultura* y, dentro de ella, el operar de los *medios*.

Un año más tarde, en 1986, aparece en Colima la revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*,²⁷ órgano de difusión de los trabajos del *Programa Cultura*, en la que se plantea de manera explícita y programática el complejo vínculo entre la sociedad, la comunicación, la tecnología, las organizaciones, la cultura y los movimientos sociales. Trabajos sobre memoria colectiva, identidades plurales, etnicidad, ciencia cognitiva, telenovelas, antropología cultural, políticas culturales, fiestas, ferias y otros temas que no aparecían unidos anteriormente, vieron la luz junto con una sección permanente y especial para discutir cuestiones metodológicas de construcción de los objetos de estudio. Tanto Jesús Galindo como Jorge A. González, ambos egresados de la Universidad

²⁷ <http://www.culturascontemporaneas.com>

Iberoamericana y con una formación académica trans-disciplinar (comunicación, antropología, sociología, epistemología, lingüística, filosofía, cibernética), manifiestan en su trabajo una explícita inquietud por la construcción teórica y metodológica de los emergentes objetos de estudio que se recortan en esta relación entre *cultura y comunicación*.²⁸ Los desarrollos de ambos autores apuntan actualmente a otros derroteros en curso de exploración (cibercultura, ciencias cognitivas, especialmente promoción de cultura de investigación). Los frutos de toda una nueva generación que afina sus miradas en el México de hoy ya comienzan a verse.²⁹

El énfasis desde la creación del Programa Cultura en la necesidad de crear y participar en la promoción de *redes de investigadores* en que se relacionen de manera horizontal marca igualmente el compromiso de la concepción atrás mencionada: para transformar el conocimiento, hay que tocar las estructuras verticales que lo organizan y lo generan, que lo acumulan en élites de iniciados y lo restringen a centros urbanos obesos por su altísima concentración de casi todo (bibliotecas, intelectuales, publicaciones, equipamientos y ofertas culturales, organismos de decisión, poder político y económico). También concentra problemas derivados por la misma hipertrofia de energía (basura, violencia, polución, corrupción...). Más recientemente, ahí se da una alta concentración de *servidores*, nodos de la red de redes, mientras que la “hermosa provincia”, “el interior del país” (lugar común muy socorrido que convierte por ese

²⁸ Sobre la formación del Programa Cultura, Cfr. Jorge A. González (1997d). Un ejercicio reflexivo poco común puede verse en Jesús Galindo (1993: 11-34). En Jesús Galindo (1994b: 114) se muestran de manera sintética parte de los resultados del trabajo de campo de más de diez años en decenas de ciudades de México, y en él Galindo coloca en un destacado lugar estratégico el campo de la información. Una propuesta de estudio para las industrias culturales, y en especial para las telenovelas mexicanas como objeto complejo, puede consultarse en Jorge A. González (1994c). Mencionamos también a Gabriel González Molina, co-fundador del Programa y el primero en investigar etnográficamente la producción de noticias ligada a la cultura de los profesionales de la prensa televisiva en México. Cfr. sus trabajos en Raúl Fuentes, op. cit. Desde luego, este esfuerzo no fue miel sobre hojuelas ni la “panacea” que a veces, por el énfasis coyuntural y la propia actitud irreverente de sus fundadores (Galindo y González), parece imponerse de modo soberbio y poco empático sobre las otras opciones y vías.

²⁹ Es el caso en Colima de Lupita Chávez (metodología, música y telenovelas), Ana Uribe (telenovelas, carisma y televisión), Karla Covarrubias (telenovelas y cambio religioso), Gely Bautista (migración y género), Anajose Cuevas (familia, cine y artesanos), Irma Alcaraz (familia, género y migración), Irma Rodríguez (cultura alimentaria, ofertas culturales y televisión), Ángel Carrillo (tecnología y educación).

hecho a la Ciudad de México en el *exterior*), también acumula brutal y diferencialmente un abundante muestrario de carencias.³⁰

Contactos extra-*exteriorinos* del tercer tipo

Una experiencia cercana por localizarse igualmente fuera del *exterior* (la Ciudad de México), pero concentrada desde una perspectiva documentada y crítica a la vez en la problemática de los *medios*, es generada en 1987 en el CEIC de la Universidad de Guadalajara, por un grupo de investigadores (Enrique Sánchez Ruiz, Pablo Arredondo, Francisco Aceves, y recientemente Guillermo Orozco). En esa misma ciudad, es de resaltar el trabajo de los colegas del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, especialmente Carlos Corrales, Raúl Fuentes, Carlos Luna, Rossana Reguillo, Cristina Romo, Rosa Esther Juárez y otros.³¹

La tarea quasi-arqueológica atrás citada de Raúl Fuentes sobre la producción académica del campo destaca no sólo por su originalidad y rigor, sino por su alta calidad y estratégica aparición.

Por otra parte, sobresale también la audacia metodológica y teórica de Rossana Reguillo, en especial por su tesonera actitud de inconformidad y trabajo, aunada a un excelente oficio de comunicadora y una sensibilidad de género acorazada de rigor científico flexible que la han convertido poco a poco en una referencia de liderazgo intelectual de este campo dentro y fuera de México. El campo de la comunicación está inmensamente poblado por mujeres y, de manera paradójica, no suele darle visibilidad a la labor reflexiva de las mismas. Dichas condiciones conforman otra área de reflexión importante, dado que este campo todavía no es capaz de generar sostenidamente una masa crítica

³⁰ Para documentar los niveles de concentración, Jorge A González y Guadalupe Chávez (1996) y una configuración visual en el módulo *cartografías* del programa informático FOCyP®.

³¹ La revista de este Centro de investigaciones, *Comunicación y sociedad*, se define como especializada en el área de la comunicación social, aunque recientemente se nota en ella un deslizamiento hacia una problematización más amplia —más cercana a los estudios de la *cultura*— de su mismo campo de especialización. Debe destacarse a Sánchez Ruiz como uno de los pocos investigadores que con formación empírica ha intentado diferentes aproximaciones a la complejidad reconocida de la realidad a estudiar. Este autor mantiene una posición “dura” frente al objeto de estudio que centra en los medios, Enrique Sánchez Ruíz (1991). El ITESO produce la revista *Renglones*. Cfr. Bibliografía en R. Fuentes (1996).

de productores de conocimiento, pero de cuando en cuando genera “garbanzos de a kilo”.

Nuevos trabajos se realizan ahora en varias de las unidades del ITESM (Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey), especialmente por el grupo de trabajo de José Carlos Lozano (Monterrey), Marilú Casas (Cuernavaca), Octavio Islas y Fernando Gutiérrez (Estado de México), que por primera vez, después de décadas de operación orientada hacia el mercado de trabajo, logra hacerse un espacio profesional muy respetable de reflexión y producción sobre el tema.

Fuera del “interior”, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNAM) —en opinión de Raúl Fuentes— es quizás donde la carrera de comunicación (inicialmente era sólo *periodismo*) ha experimentado casi todas sus transformaciones, pero dentro de un ambiente ligado a una tradición más socio-política y más sensible a problemáticas comunes a Latinoamérica, en vez de estar centrada sólo en la comunicación.³² El Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-Xochimilco desde su inicio ha sido también un semillero permanente de estudios y estudiosos de la relación entre comunicación y cultura.³³ Quizás por la relativa poca consistencia del campo, el trabajo conjunto entre estas instituciones no es precisamente la norma, más bien se tiende a la inconexión y al trabajo por separado.

Otra experiencia que resulta importante mencionar es la gestión de esta relación *comunicación-cultura* del Seminario de Estudios de la Cultura (SEC), fundado en 1990 por Guillermo Bonfil como un espacio reflexivo y de promoción del conocimiento sobre este particular dentro de la compleja estructura institucional del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. En especial, destaco la colección *Pensar la Cultura*.³⁴ La

³² Comunicación personal de RFN. Destacamos los trabajos de Raúl Trejo, Fátima Fernández, Sol Robina, Delia Crovi, Cecilia Rodríguez y otros colegas. Cfr: bibliografía en R. Fuentes (1996).

³³ En particular, los trabajos de Javier Esteinou (pionero en la formación de un Centro de Documentación que además publicaba los Cuadernos del TICOM), Mabel Piccini, Margarita Zires, Carmen de la Peza, Sarah Corona, Eduardo Andión, Rafael Castro, Raymundo Mier y otros colegas. Cfr: bibliografía en R. Fuentes, op. cit.

³⁴ El SEC, directamente desde 1990, ha apoyado la formación de nuevos investigadores en estas áreas cuyas ideas comienzan a cobrar difusión e importancia. De entre ellos destacamos a Raúl Fuentes, René de la Torre y Rossana Reguillo (Guadalajara), Héctor Gómez (León), Carmen de la Peza (DF), Ricardo Morales (Tijuana), Ana Uribe (Colima) Lucina Jiménez (DF), entre otros, que trabajan las relaciones entre movimientos sociales, formas de comunicación y cultura urbana, biografías radiofónicas, el bolero, la formación de ofertas culturales en la frontera, la historia cultural

creación del *Sistema Nacional de Información Cultural* en 1991 fue uno de los proyectos sustantivos del SEC y mostró una sensibilidad estatal atenta a los procesos de generación, sistematización y consulta pública de información sobre procesos culturales (González, J., 1994b). Al desaparecer el seminario, su función de fomento a estudios sobre la cultura pasó a una de las áreas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

De carencias, prospectivas, agendas y varios retos pendientes

Por todo este desarrollo profundamente desigual, los retos para comprender la complejidad que la propia historia ha generado se perfilan, efectivamente, monumentales. Me parece que, a pesar de avances e intentos varios, seguimos encerrados en una incapacidad para entender la compleja trama de vectores (tecnológicos, simbólicos, cognitivos, sociales) que se intertejen en las relaciones entre comunicación y cultura. En más de un sentido, si bien en estos años se puede perfectamente notar la importancia creciente que la *comunicación* (como práctica, como profesión y como objeto de estudio) ha tenido en la segunda mitad del siglo XX, todo indica que en los propios procesos de *globalización* económica y de *mundialización* o internacionalización de las formas culturales dentro de los que asistimos al parto del siguiente milenio, tales procesos son decididamente estratégicos.³⁵ Aunque también debemos notar de inmediato las fáciles caricaturas de la supuesta “macdonalización” o “cocacolización” del mundo, tesis —en mucho, superficiales e irrelevantes— que implican una creencia creciente e infundada en una suerte de “occidentalización” forzada por la globalización de los mercados en el mundo que no considera seriamente las especificidades y los diversos procesos de adopción y adaptación que se realizan en los códigos propios de las culturas de cada región y nación, marcadas por una estructura de reparto y de posiciones desiguales en la escala mundial (Huntingtón, 2000; Featherstone, 1990; Hannerz, 1996).

de los medios en el occidente, la dimensión simbólica de las religiones no católicas en México y la reflexión sobre el campo académico de la comunicación y los públicos del teatro. La colección *Pensar la Cultura* está diseñada sobre este entrecruzamiento de los campos.

³⁵ Y no solamente por cuestiones económicas o de flujos culturales, sino que es *estratégico* —como adecuadamente lo plantea Jesús Galindo— precisamente por las posibilidades que abre para la construcción de formas sociales hasta entonces inéditas, como las comunidades virtuales de comunicación.

A tales procesos de comunicación, la relevancia no les viene sólo porque se hallen envueltos en un poderoso sector económico hijo de la “globalidad”, sino, sobre todo, por ser componentes claves del terreno de la lucha por la modulación simbólica de la realidad, por ser un escenario estratégico y tensional para la construcción de mundos posibles, por ser un factor decisivo en disputa en los procesos de “visibilidad” (o invisibilidad) social de las diferentes clases, grupos y estilos de vida de una sociedad, de las diferentes etnias y países del mundo, de las diferentes actividades y prácticas sociales existentes (Thompson J., 1998: 119-148; Chaney, 1996).

***Born to be wired: World Wide Web para unos
y World Wide Wait para muchos.***

La configuración contemporánea de esta función simbólica es tan inseparable de las tecnologías de comunicación contemporáneas, como ahora entendemos la relación entre *software* y *hardware*. Del mismo modo, las propias urdimbres y redes neuronales, así como las habilidades ligadas a la cognición humana, se han ajustado y se reajustan de maneras inéditas, respecto tanto de las tecnologías —especialmente, las de información “inteligentes”— como de los nuevos procesos sociales y su vida efectiva observable panópticamente desde lo local, lo regional y lo global (Vigotsky, 1995, y Litwin, 1995).

Esos nuevos o, mejor dicho, *emergentes* procesos *sociohistóricos* no se pueden reducir solamente a los medios tecnológicos, pero tampoco se pueden entender sin ellos.

No sólo participamos —de manera *desigual* por la propia colocación dentro de un espacio social multidimensional en cualquiera de las escalas de observación que se elijan— de un mundo de *flujos de información plenos de sensaciones* a través de canales cada vez más veloces y más anchos en ciertas partes y más lentos y estrechos en otras. Estamos envueltos en nuestro tiempo/espacio en una transición múltiple, espiral, a veces ascendente, a veces regresiva, a veces críptica, no secuencial ni unilineal de flujos de información/sensaciones que delinearán una *senso-semiófera* oscilante entre al menos tres esferas intrincadamente tejidas y superpuestas por todas partes, pero especial y abigarradamente en las zonas explotadas del sistema-mundo. Una *logosfera* emanada del desarrollo y difusión decantada desde la aparición y difusión de la escritura

en la sociedad como soporte material del pensamiento; una *grafosfera* ligada a la consolidación y uso generalizado, a partir del siglo XVI, de la imprenta y la prensa escrita que otorga una dimensión industrial a la esfera anterior y la modula en una dirección institucional y mercantil inédita; y una *videoesfera* potenciada muy en particular por el surgimiento y consolidación de la tecnología de mediación audiovisual (Debray, 1991, citado en Cortés, 1997: 32).

Dicha *senso-semiosfera* es lugar cotidiano y efectivo de la *lucha por la visibilidad* que los medios electrónicos primero y los actuales desarrollos multimedia después crean y recrean de manera continua, post-industrial, creciente dentro de las diferentes e interpenetradas esferas de vida pública de las sociedades. Por supuesto, la dirección de esta estructura de fuerzas movilizantes puede tender —como sus dos antecesoras co-presentes— a reforzar los procesos de *exclusión* de los agentes sociales que la división social del trabajo ya antes había tenido a bien excluir, si no media la *acción social organizada* en movimiento expansivo e incluyente que le tuerza ese rumbo. Este es un escenario característico de lo que Galindo llama *sociedades de información*, que son configuradas por estructuras más bien rígidas de organización y relación entre sus actores, a quienes verticalmente se les impone guías de comportamiento y se les inhibe la iniciativa y la creatividad. “[En ellas] sólo una parte del mundo social tiene libertad e iniciativa de actividad creativa, el resto del mundo se somete, se subordina a lo que la parte privilegiada propone y controla. La información para la creación social solo fluye en un sentido” (Galindo, 1996: 9: 23 y 1998a).

Mundos *un-plugged*, redes *un-wired*

Por todo ello es que los actuales y crecientes desarrollos de las tecnologías de comunicación que convergen se anudan y se gatillan de modo casi infinito en la red de redes o *internet* son también un terreno crucial de lucha, en parte por el *acceso* y en parte por la *conectividad*. No basta tener una computadora disponible. Se requiere *estar conectado* para poder aprovechar esta impredecible y en muchos casos in-controlable tecnología. Muchos desarrollos han hecho falta para que la red mundial de comunicaciones (*www*) pueda ser posible y esté en un proceso de expansión geométrica (selectiva en el tiempo, el espacio y en el acceso a la misma tecnología) por *todo* el mundo.

Los optimistas como Negroponte o Bill Gates piensan que “en este punto de la historia, es difícil imaginar que nuestro mundo altamente estructurado y centralista se conformará como un planeta lleno de móviles comunidades conectadas física y digitalmente” (Negroponte, 1997: 208 y Gates, 1997). Las sorprendentes máquinas de información conectadas para la comunicación virtual y toda su tecnología de inmediatez y miniaturización permiten pensar nuevos escenarios, nuevos mundos posibles, pero la sociedad no puede dar el salto requerido hacia una *cibercultura*, sino a través de una serie de transiciones (Piscitelli, 1995).

Textos cerrados, gramáticas privadas, ¿hipertextos públicos y abiertos?

El universo inmediato y mediado de la cultura se construye a *dominancia textual*, basada en configuraciones de sentido del mundo más bien rígidas y prefijadas que dotan a todos de las “correctas interpretaciones” del mundo y de la vida. Después de múltiples desarrollos y luchas, la sociedad desarrolla sobre esa base “textual” una especie de zona restringida de *cultura a dominancia gramatical*, que permite a algunos generar meta-textos creativos y originales, opuestos a la unidimensionalidad de la cultura textual, pero reducto exclusivo (y excluyente) para algunos pocos iniciados (ilos vértices de las pirámides!) que conocen las reglas y códigos para *crear* más allá de lo que “debe ser”. El escenario ideal para la sociedad del control: muchos que saben *leer la sociedad* “correctamente” (y corregir por ellos mismos a los que no lo hacen así) y muy pocos que saben *escribir en ella*, es decir, regular, narrar, codificar, re-escribir, e incluso crear e inventar mundos posibles. En el espacio social de los especialistas del sentido se generan los artistas y los científicos, pero también los tecnócratas y los manipuladores profesionales.

Es hasta el desarrollo tecnológico del *hipertexto* que se rompen (semántica, semiótica y pragmáticamente) las cadenas discursivas y cognitivas que impedían al lector volverse autor, porque por primera vez (en su lectura multipolar, multilineal, no secuencial, abierta e iterativa) *es el lector quien puede decidir*, en tiempo real, *cómo se va a desplazar* en el sistema y quién puede elegir el método y los principios de *cómo buscar* la información necesaria para *hacer sentido* (Landow, 1995: 222 y Sélter, 1991).

Así se ha garantizado el paso de la rígida y unidimensional cárcel de la única posible y evidente “realidad-real” que la *ciencia*, desde el siglo XVII al XIX, se abocó a descubrir de manera exclusiva y excluyente de otras formas de conocer, hacia otros modos de entender la(s) realidad(es) que las ciencias cognitivas en todas las ramas del conocimiento convergente, la cibernética reflexiva de segundo orden, y el llamado *paradigma de la complejidad* nos ayudan a generar una visión que tiende a ser holística, más interconectada y crecientemente *ecológica* —no reducida a “lo verde”— del mundo. La posibilidad (todavía muy desigual) de visitar, confeccionar y habitar *mundos virtuales* a través de la tecnología es ahora *tan real* como la mismísima *realidad* (Pimientel y Teixeira, 1993). Para el cerebro, fisiológicamente no parece haber diferencia alguna entre la *ficción* y la *realidad*, entre el ensueño y la vigilia. Sus operaciones estructurales son gatilladas por una u otra fuente, pero no están *determinadas* por ninguna de ellas. Estos recientes desarrollos de la biología del conocimiento y los sistemas autopoieticos siguen retando todo nuestro aprendizaje anterior sobre el conocer y sobre cómo conocer el conocer (Maturana, 1995 y 1996). Los efectos de esta potencialidad de la tecnología de fines de siglo y de milenio han tenido a bien volver descaradamente *inoperantes* muchas de las categorías con las que pensábamos el mundo. Y de pasada, descubren la fragilidad de las estructuras verticales y lineales para la construcción del conocimiento.

Necesitamos, por tanto, no sólo otras categorías nuevas, sino *mejores preguntas* que generen otras configuraciones de sentido e información para construir el saber que requerimos para dar ese salto, ahora que por fin *es posible*. Pero, ¿qué tan *probable*?

Los tiempos no están para festejar, pero resulta muy interesante la convergencia del desarrollo de la tecnología de hipertexto (o multimedia) y las estimaciones del comportamiento estructural del sistema mundial. Wallerstein sostiene que, debido a una serie de fluctuaciones que aportan desequilibrios sin precedente a la organización misma del sistema-mundo, “estamos una vez más viendo la decadencia de un sistema histórico, comparable a la decadencia de sistema feudal en Europa hace 500-600 años. ¿Qué va a suceder? La respuesta es que no podemos saber con seguridad. Estamos en una **bifurcación sistémica**, lo que significa que muy pequeñas acciones de grupos aquí y allá pueden cambiar los vectores y las formas institucionales en direcciones radicalmente diferentes” (Wallerstein, 1996). Es precisamente un tiempo/espacio en el que las turbulencias por todas partes están sobrepasando los límites de

tolerancia de este sistema histórico. Nunca más cierto: la acción social hace la historia y el aleteo de una mariposa puede desatar procesos que generan un huracán.

Necesitamos —nos urge— más y mejores *comunidades (verdaderamente horizontales) de producción y comunicación simbólica* conectadas por vínculos físicos, materiales y digitales de afecto, solidaridad, juego y trabajo, que sean capaces de aprovechar en sus propios términos esta insolencia de mundos posibles (para unos, más remotos y menos probables que para otros) de las tecnologías inteligentes. Recordemos, nunca podrá cambiar el conocimiento que producimos si no cambiamos las formas en que nos arreglamos para hacerlo y distribuirlo, para discutirlo y compartirlo.³⁶

Cortos en circuitos, circuitos muy cortos y cortos circuitos: entre *pirámides* y *redes*

No resulta nada original decir que estamos ante un reto muy grande. De una magnitud y complejidad crecientes y que ya desde el origen mismo de los estudios se vislumbraba este escenario, si bien no idéntico, sí por lo que toca a su importancia social.

Así, ya lo mencioné antes, no podemos separar los conocimientos que se han hecho sobre la relación entre comunicación y cultura de las estructuras sociales en las que se producen. Demasiadas pirámides verticales (chiquitas y grandotas) y muy pocas redes efectivamente horizontales tienden a producir racimos de castas de iniciados carentes de un contacto crítico y emergente con los relevos generacionales de su propio campo y mucho menos con la gente común, con la sociedad. Sin mejores y más horizontales estructuras de generación y organización de los conocimientos, difícilmente veremos avances significativos en la compleja relación que nos ocupa. Sin ellas, sólo queda esperar que los iniciados se inspiren y volteen hacia abajo para difundir a cuentagotas sus “verdades” que serán citadas con fruición y deleite a la primera provocación, incluso inmotivada.

Ante este escenario, es patético corroborar el enorme atraso de las escuelas de comunicación para dotar de las herramientas reflexivas

³⁶ Para un detallado análisis del papel de las redes sociales en el uso de La Red (The Net), ver Harry Cleaver (1995).

básicas a sus estudiantes para enfrenar la realidad profesional, laboral, social y tecnológica que esta revolución cognitiva, tecnológica, profesional y social implica. Seguimos usando rígidas herramientas conceptuales aptas para el *mundo* mecánico del siglo XIX, con las que se piensa (¡se promete!) que se dejarán domesticar realidades cuánticas, *fractales*, móviles, llenas de sutiles y caóticas turbulencias que tensan la situación para entrar al siglo XXI.

Bastimento para un largo viaje. Viaje para un largo bastimento

De cualquier manera, al plantear la red de relaciones que vinculan comunicación y cultura, deberíamos primeramente ubicar la *producción cultural* dentro de la producción global de la sociedad. El lenguaje teórico y las habilidades heurísticas para comprender la sociedad han sido estereotipadas y deficientes para captarlo de modo más ecológico y menos puntual, más holístico y menos disciplinariamente rebanado. La producción “cultural” no es sino un modo de lectura al que se puede someter la totalidad de la producción social de la sociedad misma. Ese modo de lectura privilegia o filtra la producción y la organización social de las formas simbólicas en un tiempo/espacio social determinado y determinable. No hay un tercer piso o penthouse del sentido.

Muchas cuestiones quedan pendientes y aquí sólo queremos señalar algunas que nos parecen importantes.

1) Se han generado muy escasos estudios concretos sobre *la formación histórica de los sistemas de soportes materiales* (institucionales, organizacionales, tecnológicos y simbólicos) que dan sustento y perspectiva a los procesos de comunicación y cultura en cada espacio social particular.

Sin esa información básica, descriptiva, elemental, de cómo se fueron formando las coordenadas del imaginario en nuestros pueblos, ciudades, regiones, países, continentes y mundo, corremos el riesgo de seguir haciendo monografía tras monografía, reporte tras reporte, tesis tras tesis, sin el espesor de una mirada suficientemente histórica y estructural que nos muestre los *procesos de estructuración* de nuestras global-localizadas instituciones (instituidas e instituyentes) que generan y “reparten” el sentido.

Esto implica, en parte, recuperar la memoria de cómo hemos cambiado en la vida social y cultural y qué sentido han tomado esos cambios, cómo fueron orientados, quiénes pagaron el costo, cómo fue-

ron derrotados, por dónde comenzaron a perder la batalla y cómo se ganaron esas batallas en diferentes Frentes Culturales.

El diálogo y fusión creativa del estudio de la comunicación con la geografía histórica, con la historiografía moderna, con los estudios sobre el fenómeno urbano, con la historia oral y con la ecología de las poblaciones es un camino absolutamente necesario a explorar.

2) Carecemos de estudios sobre la especificidad *tecnológica* y *semiótica* a la escala de estos procesos. Generalmente se les descuida o bien se toman por obvias. Al hacerlo, nos condenamos a una interpretación contextualista o sociologista del evento que nos impide conocer el curso, la organización y la composición del proceso. O bien se nos proporcionan descripciones llenas de tecnicismos modernos y rimbombantes, pero sin conexión posible con el sentido, la creación de conocimientos y de los procesos, de cómo se *hacen cuerpo* las formaciones simbólicas con las que nos enfrentamos, con las que creamos nuevas configuraciones y con las que nos defendemos hábilmente para no cambiar.

Descuidamos con ello el estudio concreto del lenguaje y de los metalenguajes que intervienen y pautan el espacio simbólico de la relación entre comunicación y cultura. En este otro grupo de preocupaciones, las relaciones entre la telemática reflexiva, la semiótica de los mundos posibles, la propia biología del conocer, la epistemología y la teoría de los sistemas autopoieticos están entre algunos de los invitados obligados al diálogo con versiones de la construcción de la subjetividad más heurísticas que deductivas, más aptas para elaborar tejidos de conjeturas plausibles que para etiquetar.

3) Escasa atención se le ha dedicado a las particularidades cognitivas y afectivas de los procesos de recepción, apropiación, uso, consumo, lectura e interpretación de la comunicación mediada por la tecnología. No tenemos estudios sobre las formas de relación del pensamiento, la acción y la emoción, de las prácticas y de la cognición/emoción específicas que se generan constantemente y se han generado desde que aparecemos en el mundo, con toda la trayectoria de enseres, entornos, artefactos, máquinas, instructivos y recetas de comunicación con las que hemos interactuado durante toda nuestra vida, desde el telefonito con dos latas y un hilo hasta los más sofisticados juegos de video en realidad virtual (Kragh, 1994). De nuevo el diálogo, urgente, obligado, emergente entre los psicólogos, los artistas, los sociólogos, los antropólogos, los historiadores, los biólogos, los ingenieros en sistemas y, por supuesto en medio, los estudiosos de la comunicación y la cultura con la gente común y no tan común.

Salida de emergencia: no grito, no corro, no empujo... ¿Santificarse en *maremotos*?

Pareja despareja que confronta conceptos adecuados a realidades y dimensiones diferentes. Por un lado, la cultura fue pensada siempre en una relación tiempo-espacio determinado, localizada y fijada en códigos transmisibles, *textual* para todos, *gramatical* para algunos. El desarrollo precisamente de las tecnologías de información, de los canales de transmisión, de las necesidades estructurales de transformación del capitalismo mundial —ahora sí verdaderamente *mundial*— porque hoy, y no antes, gracias a las tecnologías de información puede interactuar en *tiempo real*.³⁷

Las mismas facilidades para desplazarse en el tiempo y en el espacio y los fenómenos de migración y consecuente desplazamiento espacial de enormes contingentes de seres humanos, forzada por la supervivencia elemental, han vuelto prácticamente inoperante el término *cultura* y su pariente cercana, la *identidad*. El centro de Comala es móvil. A veces está en su plaza, pero a veces también en Pomona y luego en Chicago, camino a Tijuana y Nueva York esquina con Pihuamo (González, 1997a).

Por el otro lado, el estudio de la comunicación, que comenzó en nuestro país como un suspiro nostálgico y reactivo ante un mundo que se secularizaba y se hacía cada vez más complejo ante la avalancha de las prácticas “culturales” tecnológicamente mediadas. Con una permanente crisis para encontrar su “verdadero” objeto de estudio, el estudio de la comunicación es, como nos cantaba Joaquín Pardavé, “como pila de agua bendita” a la que todos le meten la mano, pero nomás tantito. Y a todos tiene locos con su *vacilón*.³⁸

Su propia especificidad y su papel en la composición de este mundo con los sentidos desgastados y cascados, con tantas y a la vez tan enormes *diferencias* transmutadas cotidianamente en *desigualdades*, con tanta desmemoria que vuelve chiste la infamia, hace inoperante cualquier aproximación superficial, de coqueteo referencial, de glosa elegante,

³⁷ Nunca antes se vivió una crisis *globalocalizada* financiera y bursátil como las llamadas por la prensa como “efecto Tequila” y el más reciente “efecto Dragón”. Las informaciones de los movimientos del capital, los flujos mismos de esa energía social, viajan hoy a la velocidad de la luz, a lomo de *bits*.

³⁸ Pardavé, Joaquín, *Panchita. Cancionero popular mexicano*. SEP-DGCP, MÉXICO, 1987, p.53.

de lugar cómodo para mirar desde ahí el panorama, para mojarse la puntita de los dedos y conjurar a todos los demonios.

Y, de repente, la pila sólida, clara y delimitada a la entrada (o a la salida del templo, según el trayecto) se nos volvió océano que se nos mete por todas partes (con todo y albur), nos rodea, nos abarca, nos ahoga y hace rato que ya aprendimos a medio sobrevivir en él, a pesar de él, pero sin él, es decir, sin comprender ni generar una reflexividad a la medida de su magnitud y complejidad.

Para entender ese proceso de mutación estructural —de cómo una parte de los pulmones se nos volvieron branquias—, hace falta reconocer que no vamos a poder solos ni aferrados a nuestro mástil de conocimientos inamovibles o confiados en nuestra brillantez innata.

En México, además, tenemos que enfrentar el reto de estar de hecho atravesados por una cultura, una verdadera cultura de la verticalidad (no sabemos mirar más que para arriba o para abajo), de la fijación textualizada (las cosas son como son y porque *así son*, nada se puede hacer contra lo escrito), de la percepción “interiorina” limitada, cerrada (¿que no habrá sopes gordos en Copenhague?!), para darnos la oportunidad de pensar, sentir y mirar para los lados, de pensar y crear *con otros*. Desafío de hacernos el mundo más ancho y más humano, donde quepan *muchos mundos humanamente diferentes* y muchos *humanos-mundo* diferentes también. Un mundo donde la diversidad no sea una amenaza, sino una oportunidad para crecer en conjunto.

Creo que necesitamos una complejidad reticular en la organización (cognitiva, teórica, metodológica, técnica y social) para poder producir una comprensión y una interpretación a la altura (¿o a la profundidad?) de esa *otra* complejidad que se nos desplazó de los bordes de una pilita en la parroquia del pueblo a los movimientos acoplados entre la luna y el mar con todo y sus maremotos, y una vez que —de plano— ya se nos derritieron todos los polos: el norte, el sur y hasta el magnético.

Quizás por la vía de las redes horizontales, transdisciplinarias, rizomáticas, afectivas y efectivas, a lo mejor, como dice el dicho, “ise nos hace chiquito el mar para echarnos un buche!”.

Suficientes carencias, retos, pilitas, océanos y buches como para no hacer nada al respecto, como para no comenzar a tejer y seguir tejiendo con muchos otros, terca y amorosamente, las bifurcadas memorias del futuro.

PENSAR LA CULTURA
(EN TIEMPOS DE VACAS MUY FLACAS)



*A los profesionales de la esperanza,
émulos sud-orientales de William Wallace*

Esta es una reflexión que, si comenzamos por el socorrido lado de las definiciones que en el curso del tiempo se le han dado al término “cultura”, podríamos pasar varios días y gastaríamos no pocas hojas en tan peregrino intento. Este término se ha usado de formas y estilos múltiples, pero de cualquier modo que se le mire aparece siempre ligado al *saber*, al *poder*, al *querer* y al *ser*, así como a otras tantas dimensiones vinculadas a una actividad humana y social completamente elemental: la creación del sentido de la vida y del mundo, es decir, el variado, multicolor y conflictivo universo de las *interpretaciones*.

Cultura/saber

La cultura está ligada al conocimiento, al *saber*, al conocer y por ello tiene un vínculo íntimo con la información, esa configuración energética que reduce nuestro grado de incertidumbre respecto a algún evento cuando ordena (in-formar) una transmisión de señales. La información es algo que se puede *dar* y, sin embargo, no se pierde. En esta dirección, la cultura nos aparece como un *cúmulo* sedimentado de interpretaciones y al mismo tiempo como una *capacidad* para generarlas y regenerarlas que se comparte, se acumula, se transmite, se almacena, se difunde, se interpreta y se reinterpreta sin parar. Pero la información no puede generarse y transmitirse sin un soporte material, sin un vehículo que la canalice y la haga accesible a otros. La cultura tiene una dimensión *sígnica* que le da su especificidad, pero simultánea y necesariamente posee otra condición que no se cierra en la pura “signicidad”; por el contrario, la *cultura/saber* está irremediabilmente constreñida por su dimensión material.

Cultura/poder

*Todos somos iguales,
pero algunos son más iguales que otros.*

Y si en ese primer caso acusamos su virtualidad para expandirse ilimitadamente *urbi et orbi*, esta última dimensión (no sólo de pan vive el hombre, ciertamente, pero sin pan no se vive. Cirese, 1986) la liga y somete siempre a un entramado de relaciones históricas y sociales que pautan la generación, distribución y acceso de los recursos que hacen posible su existencia concreta en un lugar y en un tiempo. Por ello, la cultura tiene otro vínculo indisociable con el poder. Desde luego, la relación entre cultura y poder no implica solamente la simple posesión o el acceso a los soportes y a los productos materiales que atrás mencionamos, sino también a una estructura de repartición precisamente del *saber* y de las habilidades para aprovechar los soportes, los medios y los productos que nos sirven para que se pueda generar *más saber*. Se dice que “el que nace para maceta no pasa del corredor”, pero ello no es una condición *natural*, sino más bien *posicional*: “optar” por *ser* maceta como vocación de vida depende menos de la voluntad que de la existencia objetiva de zonas “eminente” maceteras (para abusar de la metáfora con una perla del argot que deleita a los hombres del poder). El ejercicio del poder genera disimetrías que han sido construidas en el curso de todas las *historias* y a lo largo de toda la *Historia*. Y la cultura, ese universo convexo de las interpretaciones, no se puede entender separada de los lugares que rigurosamente delimita y consagra aquel ejercicio.

Cultura/querer: deseo y movimiento

*¡Yo no quiero que me den,
nomás pónganme donde hay!*

A pesar de los pesares y de toda la energía inmensa que se pone en forma para cristalizarla, para preservar el estado de las cosas “tal y como siempre han sido”, la sociedad se mueve, vibra, resuena, cruje. Ese movimiento de sus hombres y mujeres está ligado a *querencias* varias, múltiples, contradictorias, a veces incompatibles y en ocasiones incompatibles entre sí. La cultura/*querer* está en el centro generador de las

interpretaciones complejas de aquello a lo que se aspira para muchos (“para todos, todo, para nosotros, nada”) o para algunos (“hágase la voluntad de Dios en los bueyes de mi compadre”), de los deseos, de los valores y los objetos que se cree que es posible y dable, justo y necesario alcanzar.

Es el terreno donde se perfilan, se difunden y se reinterpretan los *valores*, sin cuya referencia se detiene el movimiento, la vida pierde (¿o gana?)

- su sentido *pesimista* (“No vale nada la vida, la vida no vale nada; empieza siempre llorando, y así llorando se acaba...”);
- su dimensión *heroica* (“La vida no vale nada si no es para perecer porque otros puedan tener lo que uno disfruta y ama...”);
- su abrevadero *optimista* (“Gracias a la vida, que me ha dado tanto...”),
- *consumista* (“Ven a compartir la *chispa* de la vida...”) y otros múltiples sentidos.

Esta otra dimensión interpretativa de lo deseable, lo importante, lo urgente, moviliza (y a veces paraliza) desde lugares distintos a la sociedad misma y, por supuesto, a la mismísima cultura.

La cultura como sentido de la *inclusión*

*Los mexicanos “tamos hechos
de una fibra muy especial
...isomos la mezcla del tequila y el mezcal!
¡Somos la raza más chida!
Alex Lora y el Tri*

Ser y aprender a ser, ser o no ser, la cultura también está en el centro de la constitución de las identidades, es decir, de las plurales definiciones incluyentes del “nosotros” y excluyentes para nombrar a los “otros”. En todos los casos, la cultura también opera como nuestro particular sentido de la inclusión, de nuestra pertenencia, afiliación o tradición a ciertas construcciones de sentido, sistemas todos ellos de signos que se generan y aprenden en la vida social. Dichas construcciones se elaboran en varias dimensiones. La cultura es elaboración de nuestro presente, pues con referencia a ese universo de sentido nos adaptamos a la realidad, ella es

nuestro *sentido práctico* que in-forma, organiza la experiencia cotidiana para adaptarnos a una vida en común, para volvernos un “nosotros”. Además de permitirnos la domesticación del presente (¿o nuestra presente domesticación?), la cultura tiene también una dimensión lúdica y onírica que nos permite escabullirnos (al menos por momentos) de los límites de la pesada realidad *tal-cual-es*. La cultura está preñada de esperanzas y mañanas por soñar, por conquistar. Proyecto y proyección, exceso y reventón, sueño y fantasía, evasión y eversión de las “crudas” constricciones que nos impone la *realidad-real*, y nos permite, al soñar, al jugar, al reír, al escapar, abrir rendijas de utopías para “nosotros” en otros tiempos y mundos *posibles*. La cultura es, sin lugar a dudas, el principio de todas “nuestras” *esperanzas*.

Vinculada al *mundo real* (claramente definido y preinterpretado) y a los *mundos posibles*, la cultura es raíz y ligadura con todo lo que hemos venido siendo, haciendo, penando y gozando. Es por ello *recuerdo* selectivo de los pasos caminados, de nuestros orígenes, de nuestros muertos, de nuestros fracasos, de los espacios, los tiempos y los momentos que hicimos —a fuerza de sentido— memoriosamente *nuestr*os. Memoria de lo que hemos sido y de lo que alguna vez pudimos ser, la cultura le da espesor al presente y amanecer al porvenir.

Muchos *mundos reales*, infinitas *memorias* copresentes, variados *mundos posibles* todos trenzados, la cultura jamás tiene un solo eje u origen, es siempre multifocal, mosaico compuesto de muchos “nosotros” sincopadamente *múltiples*; realidades plurales de sociedades igualmente numerosas y complejas. La cultura es un *verbo* que se conjuga —necesariamente— en *plural*.

La cultura como sentido de la *exclusión*

Demuestre (que NO tiene) mi cultura, ¡no escupa!

La otra cara de la inclusión es precisamente la de la construcción social de los “otros”. En una dialéctica constante, *hacer* un sentido de pertenencia siempre va acompañado de la elaboración del sentido de lo que no somos. En un tiempo, toda la cosmovisión de la humanidad fue geocéntrica: el cosmos —con toda evidencia— giraba alrededor de nuestro planeta. Todavía hoy, en nuestro lenguaje (que, preocupantemente, no sólo es del siglo pasado, ¡sino de otro *milenio!*) cargamos con

reliquias de aquellos polvos (el sol y sus estrellitas *salen* en la bóveda celeste). La tierra como el único centro del universo. Toda otra posibilidad quedaba excluida por mandato divino. Pero también por efectos de la distribución desnivelada de relaciones de poder, la cultura ha tenido (y a veces sigue teniendo) una definición etnocéntrica que privilegia sólo lo europeo, lo occidental, lo “blanco” como *LA CULTURA*.

Todos los “otros” resultarán (y resaltarán) bárbaros, paganos, salvajes, “colored”, primitivos, hasta que no se asemejen a “nosotros”. Desde (y hacia) la posición anterior, quizás como deslizamientos sociocéntricos, la cultura de una clase o grupo social dominante se ha erigido como la única real y verdadera Cultura, que —lo sabemos— implica una valoración despreciativa de las otras clases y grupos dominados dentro de la misma sociedad y de las *otras* formas (inferiores, menores, atrasadas) de organización social, externas a ella: la puritita justificación de las aventuras colonialistas. Otra variante de la exclusión, digamos, *tradicional* está ligada a la gestión de las interpretaciones del *género*: durante siglos y milenios la “verdad” del sentido de la vida presenta tintes claramente falocéntricos.

La cultura —el primer *sentido* de la vida pública— huele sospechosamente a *varón*, y con ello se nos condena (a todos y a todas) a una racionalidad pública anclada —para decirlo de manera apresurada— solamente en un hemisferio del cerebro.

La *razón* (y la interpretación “natural”, “correcta”, “normal”, “justa”, “sensata” y “verdadera”) descansa de modo apacible —¡qué es una raya más para un tigre!— en una exclusión más.

Globalización, ciber-espacio y cultura de exclusión

*Afuera,
afuera nada existe,
sólo adentro...
Caifanes*

En tiempos recientes —estos de las vacas muy pero muy flacas—, las políticas neoliberales comienzan a diseñar el escenario del futuro globalizado y de la economía mundializada: *el mundo del mañana* (que hace rato empezó para millones de excluidos) será sólo de los que pueden, de los *insiders*, de los que sepan flotar y enriquecerse dentro

de las marejadas y las corrientes de las libres fuerzas del mercado. Los demás, simplemente, están *afuera*. El desdibujamiento de los estados nacionales por el florecer de nuevas ciudades-Estado, acorazadas y amuralladas —con muros de piedra y *passwords members-only*— para la mayor seguridad de sus mundializados ciudadanos, interconectadas en una red virtual de comunicaciones telemáticas, autosuficientes, “inteligentes” y, en suma, *globalizadas*. Lo que antes valía ahora ya no vale. Y el que no pueda sobrevivir, ¡que desaparezca!, ¡que se separe!, ¡que se extinga!, ¡que se joda! (con ayuda, por supuesto). De esta manera, al panorama de por sí variopinto de las modalidades del ejercicio de la exclusión atrás mencionadas, adjuntamos esta novedosa realidad: sin ningún asomo de concertación, las universidades rechazan cientos de miles de jóvenes, las empresas ajustan a millones de empleados, los fraccionamientos de *gente bonita* levantan barricadas arquitectónicas con policía privada, los bancos se le van a la yugular a los deudores. Pero en la perspectiva de la bella provincia mexicana, la cuestión —también sin previa confabulación— no es muy diferente: de repente, el camión pasajero de Comala, así nomás, un día dejó de *entrar* a la ciudad de Colima; los números telefónicos cambiaron —porque se colocó la fibra óptica para *optimizarnos*— y la gente tuvo que llamar por larga distancia a la misma ciudad con la que está absolutamente integrada en lo económico, comercial, social, educativo, etcétera. De un día para otro, los comaltecos (¿cuántos pueblerinos más?) se comenzaron a volver “extranjeros” en su propia patria, *outsiders* de segunda. Simplemente, quedaron *afuera*.

Son los costos y saldos del *ajuste*, los residuos de la gran acumulación.

Todo ello proviene de una forma de organización radial, concentrada en un polo nuclear de decisiones verticales —*sociedad de información*, nos previene Galindo, 1994b— que gasta una enorme cantidad de energía y recursos para poderse mantener en su esquema de exclusión. Este implica un “nosotros” muy pero muy estrecho (para muestra, un botoncito de 24 neo-millonarios), frente a un “los otros” (40 millones de pobres “extremos”) vasto, periférico e incomunicado entre sí.

La Cultura desde arriba: “ái les va el sol”

Here comes the sun (tu-ru-ruru)
here comes the sun
(and I say, “It’s alright”)
 George Harrison

Así las cosas, la cultura definida por exclusión y valorada por autoaclamación de los mismos que son sus jueces y sus partes sólo puede ser irradiada desde el centro hasta las periferias. Los procesos y las estructuras de concentración de los recursos y los materiales para la creación y re-creación de nuevos sentidos e interpretaciones del mundo y de la vida (estéticas, numinosas, formativas, salutíferas, divertidas, alimentarias, mediáticas, científicas y así diciendo) han llegado a un estado de megaconcentración inimaginable: tan sólo el sur de la ciudad de México tiene más infraestructura y equipamiento cultural que todo el país en su conjunto. Así se cierra un círculo vicioso, pues los científicos, los artistas, los creadores que pueden ser apoyados para generar un trabajo de calidad, son aquellos que tienen un trabajo de calidad, pero para poderlo tener se requieren equipamientos de calidad, que no se tienen porque no hay gente de calidad. ¡Claro, fuera del “De Efe” —y todos los defecitos de petatiux en que se quieren convertir las ciudades capitales del país— todo es *Cuautitlán!*

El esquema de alta —altísima— concentración y ejercicio radial y vertical de organización del sistema en su conjunto se reproduce de manera *fractal, holográfica*, en todos los cuautitlanes y sus respectivos y polvorientos “cuautitlancitos” (González y Chávez, 1996).

“Cuando *se le lleva* la cultura a la gente, no responde, se duermen, no asisten”. Enorme reto y tarea de los promotores culturales y las instancias de difusión cultural, que al reproducir el esquema radial y heliocéntrico, frustran todo intento y minan la más férrea y buena voluntad.

El sol sale (casi) para todos, pero no todos tienen bronceador (o *casi*).

Tensión y tiempo: el *sentido* de los sentidos en doble movimiento

Tres (3) veces te engañé
la primera por coraje
la segunda por capricho
y la tercera por placer...
(¡me estás oyendo, inútil!)
Paquita la del barrio

Todo el panorama anterior nos muestra a la cultura como un espacio simbólico en permanente edificación: en ella se negocia el sentido de la tolerancia, de las diferencias, de las desigualdades. *Tolerar* (o no) al *otro*, hacer (o no) de la *diferencia* condición de *desigualdad* de raza, de clase, de género, o bien espacio de *encuentro* y reforzamiento mutuo en la diferencia. La diversidad, si se aprovecha, *nutre*; la uniformidad, si nos alcanza, *empobrece*.

La cultura como arena conflictiva y tensional en la que desde diferentes posiciones se definen y redefinen de manera constante y conflictiva los sentidos y las interpretaciones. Si bien siempre está en proceso de edificarse, también es el terreno de la *confrontación* de los proyectos, de los esbozos, de los borradores y ensayos de la orientación y la forma que ese intento de construcción requiere, adquiere, busca, tiende y atiende. Toda definición del sentido de las cosas, es simultáneamente una re-definición que afecta diversos intereses y posiciones, por ello la cultura tiene esta otra dimensión crítica, decisiva: es el espacio donde se *lucha* por definir el “nosotros”, los “otros” y lo que a *todos* nos une (o podría hacerlo) para poder *ser*, para poder *seguir siendo*. El terreno donde se cuecen los valores, las necesidades (y las necedades), las identidades que *todos* (“debemos”, “tenemos”) queremos perseguir. La factoría del sentido del *deber* y del *tener*. El hervidero de las versiones encontradas de la *memoria* (y lo memorable), de la *realidad presente* y del soñado *futuro*.

Y ebulle porque no hay nada más de *una sopa*, nada más de *una receta*, nada más de *un molde*. Aunque es verdad que algunos moldes se fabrican (siempre de manera conflictiva y con costos pagados de manera diferencial) con la etiqueta de que ellos son los únicos y verdaderos moldes, para toda la vida, para todo el mundo.

Entonces, la cultura se nos aparece como un doble frente. Por un lado, es zona *fronteriza*, a veces bastante porosa, entre culturas plurales (“nosotros”/“los otros”), es decir, con definiciones e interpretaciones

diversas, contrapuestas (a veces coincidentes) de realidades (al menos en apariencia o en construcción) semejantes.

Por otra parte, es una arena de *lucha*, un campo de *batalla*, un territorio de múltiples *escaramuzas* y *enfrentamientos* entre contingentes que deben su desigualdad en fuerzas y posiciones a su colocación objetiva en los lugares y los recursos de un espacio social.

Toda construcción de un *nosotros* se pacta en una tensión móvil entre las versiones y tomas de posición contrastantes o convergentes de los *incluidos*. Y, por supuesto, el delineamiento (sea reforzante o denigrante) de los *otros* se efectúa en múltiples combates, escenarios y *frentes* —a todo título— *culturales* (González, 1994a).

Cada uno de estos procesos tiene, además de su propia historicidad, una trayectoria particular que sólo por la acción práctica de los hombres y las mujeres organizados puede ser dirigida, torcida, ondulada o reorientada.

Una temporalidad al *interior* y otra más encabalgada e interpenetrada con ella, pero que viene del *exterior*.

La cultura, tensión y movimiento, conflictos y negociaciones que resuellan y se acompañan a dos ritmos sincopados en la reconstrucción y la creación del sentido.

Tiempos de crisis. ¿La cultura?: lo único que queda, cuando ya no queda nada

*Los potreros están sin ganado,
toditito se acabó...¡ay!
ya no hay palomas,
ni hierbas de aromas
todo terminó*

Cuatro Milpas, Elizondo y García

Una crisis compleja como la que vivimos en el México de nuestros tiempos que corren atropellados tiene muchas facetas. Desde luego, la económica es muy evidente (inflación, depauperación, recesión, desempleo, suicidios, quiebras, huelgas) y la gente responde sobre-explotándose, *taloneándole*, dobleteando o dedicándose al jugoso negocio del atraco.

El desarreglo (¿caos?) del espacio de la política (crisis de los partidos, privatización del Estado, violencia, narcotráfico, corrupción) no está para menos y también ha acarreado diferentes respuestas: absten-

cionismo, guerrilla, multiplicación de las *o-ene-gés* y de organizaciones vecinales y ciudadanas. Pérdida de legitimidad que orilla a una nueva e inminente reforma. El país se nos desmorona en las manos y lo que queda está pegadito con alfileres.

En el ámbito de la cultura, si bien los sentidos no se consumen, si de alguna manera se diluyeron, se les adelgazó la impronta y se les abolló la aureola. Todo se hace *light*. La situación es muy compleja y, por decir lo menos, peligrosa. Entramos de repente a competir en las ligas mayores, sin bate, sin manoplas, sin uniforme, sin porra, sin conocer las reglas ni la cancha, y ya vamos perdiendo —ora sí que de calle— en las primeras entradas. Pero lo más grave no es esta situación objetiva de desventaja frente al otro equipo (que inventó las reglas y el juego mismo). Lo peor es que llegamos hasta allá con un síndrome de *amnesia* pernicioso, con una completa desmemoria de nosotros mismos. Rápido, velozmente, nos hemos dedicado a expropiarnos y a borrar nuestra propia memoria y vivimos la ilusión de un eterno (y terrorífico, para muchos) presente que Bonfil ligaba con el *México Imaginario* borrándole el contorno y blanqueándole los rasgos al *México Profundo*. Un país estrecho, cada vez más excluyente, cada día con menos futuro para los más: los sin nombre, los comunes, los sin rostro televisivo.

Es ahora, precisamente en el vórtice del huracán, que *desde* y *en* la cultura necesitamos volver a definir lo *posible*, ensanchar el espacio del *presente*, reconstruirnos la *esperanza*, recuperar progresivamente la *memoria*. Sí —ya lo vimos—, no hay en la cultura nada que escape al conflicto y a la negociación de las interpretaciones, pero por todo eso necesitamos favorecer la discusión, estimular la creación y la imaginación, hacernos responsables del cuidado y la generación de nuestra propia información y nuestro saber. Tenemos que darnos a la tarea de diseñar y ejercitar nuevas formas de organizarnos el placer, el sueño, el juego y la discusión. Aprender a suscitarlos con diferencias y a escucharnos. No nos queda de otra.

Con la nariz, la cabeza y el corazón metidos en el fondo del estereotipo que hemos ayudado (a veces, con vehemencia) a formar, jamás podremos hacer de la mierda putrefacta, abono fertilizador.

Nos viene haciendo falta —nos urge— un acto profundamente amoroso de refundación del sentido de México, del proyecto de pacto social que nos permita crecer y creer. Un aplauso al corazón. Ver lo que *no se puede* ver, exigir estrictamente lo imposible, imaginar *tan sólo* lo inimaginable. Y sin la cultura, con todo y las escuálidas vacas, nomás no se va a poder.

CONVERGENCIAS PARALELAS. DESAFÍOS, DESAMORES,
DESATINOS ENTRE ANTROPOLOGÍA Y COMUNICACIÓN*



Introducción

Este trabajo pretende delimitar algunos de los desafíos que una mirada con abolengo, la de la antropología en particular y la de las ciencias sociales en general, necesita plantearse frente a la realidad cada vez más compleja de la comunicación industrial y tecnológicamente mediada en nuestro país y en el mundo. Esta tarea adquiere especial relevancia dentro del ejercicio de reflexividad social en México, donde la antropología tiene una larga tradición de documentar e interpretar la composición multicultural de nuestra sociedad, pero que, sin embargo, muy poco ha dedicado a construir la inteligibilidad de los procesos de comunicación social, y cuando lo hace —en parte quizás por carencia de conceptos específicos— se ve obligada a recurrir a tópicos del sentido común sociológico que, lejos de ayudar, obstruyen el conocimiento y desde luego la acción en estos delicados frentes.

Para tal efecto, este texto tiene cuatro secciones. En la primera, presentamos una revisión de la aparición histórica de diferentes modulaciones tecnológicas de la cultura que desembocaron en el surgimiento de las industrias especializadas en la transportación y comercialización de complejas formas simbólicas. Se verá que, si bien comienza a haber estudios sobre este tema en el ámbito mundial, todavía carecemos en México no sólo de tales análisis, sino de la información elemental para

* Agradecemos *muy especialmente* a Enrique (Henry) Trueba (University of Texas, Austin) toda su hospitalidad, facilidades y apoyo personal e institucional para concluir este trabajo. Sin su gran generosidad, incluso en tiempos muy difíciles para él, no podría haber estado a tiempo. Gracias a Octavio Islas (ITESM, Estado de México) por su pronta respuesta y constante apoyo para ubicar materiales en la red. Versiones preliminares de este texto fueron leídas por Angélica Bautista (UT-Austin), Karla Covarrubias (Programa Cultura) y el mismo Henry Trueba. Agradecemos a todos su tiempo y comentarios críticos. Ver Guillermo de la Peña y Luis Vázquez (coords.), *Los desafíos de la antropología en México*. Fondo de Cultura Económica, 2002.

poder hacerlos. En un segundo apartado, nos interesa discutir la especificidad de los llamados “medios de comunicación”, así como una serie de conceptos que han funcionado (y funcionan) como verdaderos obstáculos para comprender su historia y su modo de operar en la vida social. En el tercer apartado, presentamos una perspectiva conceptual de la comunicación que, lejos de privilegiar el estudio de los “medios”, propone un acercamiento multidimensional a toda actividad de comunicación. Con estas herramientas, podemos llegar al cuarto apartado, en el que presentamos una propuesta esquemática para el estudio y el análisis de los procesos de comunicación social tecnológicamente mediada. Nuestro interés es el de ir señalando en cada apartado los retos y desafíos del pensamiento social frente a este tipo de fenómenos crecientemente complejos y, por tanto, alejados de cualquier pretensión unidimensional u obsesión unidisciplinaria para entenderlos.

Mundo, redes, sentido y movimiento: sociedad, historia y tecnologías de comunicación

Cambio de milenio, cambio de siglo. Pasajes múltiples, llenos de mutaciones vertiginosas, rápidas y en direcciones no solo contrarias, sino contradictorias. Hace mil años probablemente nadie se planteaba tantas preguntas como ahora nos planteamos, y si alguien lo hacía, no parece haberse notado. La vida de las poblaciones estaba organizada, pautada y regulada dentro de un universo simbólico suficientemente estable, nítido, evidente. Desde el cosmos hasta la vida colectiva, el trabajo y el cuerpo, el pasado y el futuro, los animales y las cosas, lo mortal y lo divino, los mitos y los ritos, cada cual tenía su propio lugar y su propio tiempo. Así en Europa como en Mesoamérica, en China como en Australia. La totalidad de la vida simbólica de los muchos *mundos* aislados de ese entonces giraba alrededor del primer vector especializado de articulación simbólica en la sociedad: el *discurso religioso* en torno de entidades sagradas dotadas del inmenso poder de ver sin ser vistos. Las explicaciones al *porqué* de las miserias y las enfermedades, las guerras y las calamidades, estaban en otra parte y, en todo caso, fuera de la visión, del alcance y el control de los hombres y las mujeres comunes y corrientes.¹

¹ Sobre el surgimiento del campo religioso que implica la aparición de sus “especialistas”, ver el texto de Bourdieu (1971).

Con la tecnología de la escritura, se inaugura una primera y trascendente modulación tecnológica de las imágenes de la cultura, que Debray (1991) denomina “logósfera”, en la que esa modalidad de la mirada se potencia y se afianza tecnológicamente.² Como es sabido, el acceso, desarrollo y control de dicha tecnología permaneció durante siglos bajo estricto control de las élites ilustradas. En Europa medieval, esa tarea fue cumplida por la Iglesia Católica.

En esa esfera de la palabra fijada en el espacio y el tiempo, el poder de la palabra revelada se potencia, se consagra, y al mismo tiempo abre una vía para confeccionar, transportar y preservar ideas y sentidos diversos, no siempre congruentes con las intenciones de las instituciones y los agentes que le controlaban con especial celo, oficio y beneficio.

De la escritura a la imprenta: un salto tecnológico

Hace alrededor de quinientos años se conformó lo que Wallerstein llama con acierto un primer *sistema-mundo* (Wallerstein, 1979) que reorganizó la totalidad de muchos “pequeños mundos” aislados al unirlos con vínculos económicos, políticos y simbólicos. El primer sistema con características verdaderamente mundiales se integra en esa época al establecer una serie de relaciones sociales que definen y conectan en circuitos diversos una creciente cantidad de *lugares sociales* definidos por la distancia que los separa, las fuerzas que los conjuntan y las luchas que los movilizan. Esas conexiones a escala mundial son cualitativa y cuantitativamente distintas a todas las anteriores, y se identifican por la magnitud y la orientación de los flujos de materiales, de energía social y, por supuesto, también de la información que se genera entre ellos. Paso a paso, el mundo *moderno* que rompe con el monopolio del control escrito de la palabra comienza a reorganizarse, y al hacerlo perfila con claridad diferentes zonas de complejas interdependencias. La orientación y magnitud de los flujos

² Frente a una laguna historiográfica que ha descuidado el estudio de la comunicación mediada, Debray propone tres grandes períodos en la historia, donde las modalidades de la mirada han cambiado nuestro modo de relacionarnos con la verdad y con la realidad. Estas modalidades van de la mano con la aparición y establecimiento de diferentes tecnologías de comunicación. Así, la invención de la escritura genera una logósfera, la aparición de la imprenta inaugura una grafósfera y, finalmente, el surgimiento del audiovisual (cine, televisión, cibernética) establece una nueva modalidad de mirada que privilegia lo visual y a la cual llama videósfera.

del sistema mundial generan una *región central* donde se concentran la acumulación y las decisiones estructurales que afectan a la totalidad del sistema. Un reducido número de países articulados en forma de atractores configura ese poderoso *centro* que opera como núcleo del poder económico, político, militar y simbólico, rodeado de una zona *semiperiférica* variable y una amplia *zona periférica* de la que constantemente se extrae y transfiere valor (material, social, informacional y simbólico) hacia la zona central del recién establecido sistema-mundo. En el siglo XVI, el centro de la Europa germánica opera como el primer polo acumulador de este nuevo modo de relación social que orienta en su beneficio las ganancias del comercio y experimenta el mayor grado de desarrollo en su tiempo. Es en esas mismas coordenadas espacio-temporales donde aparecen las primeras imprentas como tecnología de reproducción de la escritura y de las imágenes para procesar y dar forma a las ideas sobre ese nuevo ordenamiento del mundo en construcción.

En la región central del sistema aparecen, por primera vez en la historia, instituciones especializadas en la producción, en la reproducción artesanal y mecánica de textos. Con ellas surgen los primeros especialistas junto con las primeras prácticas que conformarían con el tiempo una cultura profesional con sus rutinas para confeccionar representaciones. Son las primeras imprentas del siglo XV, que después se volverán las futuras casas editoriales, las gacetas y los periódicos. La modernidad que inaugura esta tecnología de reproducción, va también de la mano con el quiebre de la vivencia y del sentimiento de heteronomía, de criatura comandada por poderes sagrados e invisibles, en que la humanidad había vivido tanto tiempo, tan segura, como confortablemente.

La razón del Hombre (autodenominado “occidental”), su poder sobre la naturaleza (auxiliada por otras muchas tecnologías de producción agrícola), de medición del tiempo, de producción industrial, son potenciados y acompasados por las primeras imprentas. Es su difusión y creciente complejización la que genera, según Debray, una *grafósfera* con vocación, alcance y perspectivas mucho más amplias, más abiertas de lo que permitía la anterior etapa centrada en la palabra irreplicable, mítica, única. Estamos enfrente de una enorme dispersión y multiplicación de las prensas que luchan, como otro poder en construcción, tanto por su propia autonomía, como por escapar de la vigilancia censora de los poderes que le acotan y le atacan: el Estado y la Iglesia. Ya al inicio del siglo XIX se puede verificar un verdadero comercio y contrabando

de libros que transportan otras ideas e imágenes, otros *mundos posibles* que abren, prometen y promueven una ruptura con el pensamiento anterior, que destilan modernidad.

Es precisamente por el comercio mundial y la reticularidad de esta grafósfera que, a principios del siglo XIX, las *ideas-fuerza* de la Revolución Francesa llegan a nuestro país y a toda América Latina (Castelán, 1998).³ La percepción del mundo como *Ecumene* y sus límites es poco a poco minada. Cuatro siglos después de la aparición de la imprenta, el mundo se ha ampliado por redes de comercio y comunicaciones. Los efectos de la revolución industrial, el desarrollo del pensamiento científico y tecnológico, así como la lucrativa práctica del usufructo del colonialismo, hicieron mucho más compleja la vida social. El mundo comienza a conocer formas simbólicas cada vez más complejas, que funcionan como mercancías —y no solo como todas éstas, siempre plenas de *sentido*— sino especialmente *hechas para significar* y para ser adquiridas comercialmente por lo que *significan* (Cirese, 1984).

Por todo el planeta se comienzan a extender y a crear las redes de ese *sistema-mundo* con mayor o menor densidad de sus relaciones, en la integración de sus nodos y en la centralidad de sus controles. Es desde el centro del sistema mundial que surge la necesidad y la iniciativa de “entender” la sociedad a la altura de la complejidad de sus redes ya establecidas y su desarrollo posterior.⁴ A fines del siglo XIX la antropología y la sociología aparecen en el mero centro del *sistema-mundo* con muchos años de rezago de las ciencias *positivas*. Estas se fijan como tarea la de explicar tanto las condiciones, como las causas del cambio social, de la organización colectiva y de las relaciones supraindividuales con apego a la razón, a la realidad *real*, “la evidente”.

Su nacimiento en el campo científico debe ubicarse dentro de la corriente de racionalidad positivista que recorre el mundo y su esfera de grafías multiplicadas que, a su vez, multiplicaron esa racionalidad fuera del campo. Así, pues, antropología y sociología surgen como una

³ Un texto importante por el rigor de varios años de historiografía sobre estas “novedades” tecnológicas en México.

⁴ Ver el crecimiento de las redes de comercio, de relaciones diplomáticas y, específicamente, de comunicación (correos y transportes, telégrafos, teléfonos, telex, fax y computadoras en red), que son el soporte material de los *flujos de personas* (trabajadores, migrantes, estudiantes, turistas, científicos), de *capitales*, de *informaciones* y, posteriormente, de *imágenes* que conforman el sistema-mundo actualmente. Ver John Eade (ed.) (1997). Para un análisis actualizado ver George Barnett y Joseph Salisbury (1996).

necesidad de reflexión profesionalizada ante la complejidad social percibida en ese tiempo, en ese espacio.

El tercer centro y los placeres de la visión

Pocas cosas no han cambiado en este último siglo. Presenciamos hace tiempo el crecimiento y la consolidación de un *cuarto sector* de la economía mundial especializado en la producción de *información* y en la circulación ampliada de ella. Grandes industrias de este sector aparecen, despiden el siglo XX y adelantan rasgos del naciente.⁵

Así, agregan una mayor complejidad al mundo actual que los ha generado y nos plantean diversos retos para entender su composición, su trayectoria, su eficacia social, en fin, su participación en la formación de la compleja sociedad que atisba el siglo XXI.

Como señala Thompson (1998), el desarrollo de las industrias de comunicación tecnológicamente mediada opera como potenciador, tanto de los cambios internos del campo religioso como de la gradual expansión de los sistemas de conocimiento científico.

Con el paso del tiempo, el control del “centro” del sistema-mundo se desplaza geográficamente de Europa central hacia Inglaterra, que opera como zona que encabeza la revolución industrial del siglo XVII y como verdadera potencia colonial hacia el siglo XIX. De ahí provienen muchas otras iniciativas tecnológicas, científicas y culturales.

Como culminación de un proceso que ya se venía generando décadas atrás, el fin de la Segunda Guerra Mundial coloca definitivamente a los Estados Unidos de América —no sólo por su reconocido poderío militar, económico, político, sino por su poder simbólico— en el control de la zona central del sistema-mundo. La conquista de la hegemonía del sistema-mundo por los EUA marca el despegue de un proceso que se comienza a gestar con el desarrollo y difusión de las tecnologías de reproducción de las imágenes y las transmisiones eléctricas: el telégrafo, la fotografía y el cinematógrafo, en el siglo XIX, la radio, la televisión, en la primera mitad del siglo XX, y las computadoras para la segunda mitad del mismo.

⁵ Incluyo en la industria o sector de las telecomunicaciones, los servicios de computación, procesamiento de datos, bases de datos en línea, software, servicios de comunicación mediada por computadoras, servicios postales y los transportes de telecomunicación hoy en día comunes (teléfono, telégrafo y teléfax). Ver Howard Frederick (1993).

Prácticamente todos los grandes avances en este tipo de tecnologías se hacen en ese país, o bien al llegar a él adquieren dimensiones no previstas en otros escenarios.⁶ Los procesos que ya se vislumbraban a fines del siglo con la creación de empresas comerciales especializadas en la transportación de formas simbólicas complejas, al plantarse sobre una plataforma tecnológicamente más poderosa, potencian el surgimiento de una esfera que privilegia *la visión*. Se estimula la producción de imágenes. Estamos en pleno surgimiento de una *videósfera*.

Las redes de producción y distribución cinematográficas (Hollywood) en los años treinta y cuarenta, aunadas a la producción industrial de discos grabados (RCA) y la ampliación de su mercado por las empresas radiodifusoras, tuvieron un efecto cultural muy importante: construyeron un público preparado y potencialmente abierto con carácter *global*. Después, con el desarrollo casi oncológico de los sistemas de televisión en los cincuenta, llega el momento en que muchas de las estrellas imaginadas a partir de las voces que se sentían de la radio o del cine silente no podrán dar el paso ulterior en el que ya no importará ni cómo canten ni cómo actúen, sino cómo se ven en la pantalla, cómo se percibe la imagen. Y cuando aparece alguien con ambas características, los “medios” no se cansan de decirnos que ha nacido una *estrella*. Con esto ha nacido también un mercado económico y simbólico para ella, conectado por la sensibilidad tecnológicamente mediada de sus públicos. De este modo, en las presentaciones públicas cientos de *fanáticos* se desmayan, lloran, sufren o deliran con las acciones de *sus* estrellas, sus ídolos. Los discos se agotan en las tiendas, los ratings suben y nuevamente los “medios” nos siguen transportando intermitentemente imágenes, sonidos, detalles y cotilleos de nuestros paradigmas vivientes. Ya “nada es como antes”, nos dirán los nostálgicos de Gardel. “¡Pedro Infante no ha muerto!”, lloran en su tumba cada abril miles de mexicanos. Y, ciertamente, ya no es igual. Hoy la oferta se ha diversificado y especializado. La industria del espectáculo tiene para todos los gustos y preferencias, desde Marilyn Manson hasta la Rondalla Tapatía, desde la “World Music” (clasificación etnocéntrica de las tiendas de discos para designar a la música de la periferia del sistema-mundo) hasta un Papa viajero que canta para sus millones de fans y gana discos de platino. Aparte de alguna indiferencia o la descalificación sociocéntrica, ¿qué más nos ofrece la antropología (y,

⁶ Es el caso del cinematógrafo, el teléfono, la televisión a colores, la computadora y, ahora, las redes de Internet.

con ella, la sociología, la historia, la economía y la comunicación) para entender cómo han transformado nuestra vida social y simbólica estas realidades? ¿Cómo nuestras culturas *locales* resisten, adaptan, adoptan y transforman esos vectores *globales*? ¿Cómo se han formado los devotos públicos de esas empresas y cómo se han generado las organizaciones y las ideologías profesionales de los especialistas que trabajan dentro de ellas? ¿Cómo se generó esa concertada complicidad perfecta? ¿Cómo opera la dinámica entre público y profesionales de la producción? ¿Cómo se tejen los códigos del proceso?

Echemos un vistazo a la especificidad del trabajo de los llamados “medios de comunicación”. ¿Son “medios” como todo mundo les llama? ¿Son de “comunicación”?

Lo visible, lo invisible: realidades reversibles

Desdichadamente para muchas versiones de las ciencias sociales, la *problemática* de las tecnologías de información no califica como tal. Para muchos, es cuestión de la decadencia de los valores, para otros, efecto de un poder omnímodo de los “medios” en México y en todo el mundo. Los “medios”, entendidos o nombrados así nada más, nos ocultan realidades de muchos relieves y variados matices de una realidad mucho más rica, importante y contundente de lo que se la ha problematizado.

Nuevamente, para hacer observable desde otros puntos de vista este fenómeno, nos hace falta información en varios niveles. Dentro del nivel descriptivo en el ámbito mexicano, es útil que veamos algunas cifras recientes para documentar nuestro pasmo.⁷

- Nueve de cada diez hogares mexicanos ven televisión y escuchan la radio *todos los días*.
- Tres de cada diez mexicanos leen, cuando mucho, *una vez a la semana* algún periódico, mientras que el otro 30% *nunca* lee la prensa y sólo el 27% lo hace a diario.
- Dos de cada diez personas no tienen *ningún* libro, y una de cada cuatro tiene más de 31 libros en casa.

⁷ Los datos vienen del reporte de la 1ª. *Encuesta Nacional sobre Hábitos y Prácticas Culturales* publicados en Jorge González y Guadalupe Chávez (1996). Digital: https://www.academia.edu/1761479/La_cultura_en_México_I_Cifras_clave

- Para salir a la calle y vivir la ciudad, la asistencia a los cines es mucho mayor (en 20 puntos) que a las bibliotecas, más del doble que a los museos y cuatro veces más grande que a las galerías o salas de conciertos.

Desde hace tiempo, la experiencia cultural cambió de modo radical en México y en todo el mundo. Es mucho más probable que oigamos un concierto o a un cantante, veamos una película, una pieza teatral o una ópera, un ballet, un evento deportivo o un ritual colectivo preparados, editados y transportados a través de tecnologías de información que de manera presencial. Cada día hay más espacios en la radio, la televisión, las cintas de audio y video dedicados a rituales y discursos religiosos.

Ciertamente, ahora ese evento llega a muchas más personas que antes. Nuevamente nos sale al paso la economía de las señales en esta etapa. Muy pocos con muchos recursos transportan para muchos millones con pocos recursos formas simbólicas complejas. Aquellos pocos, mediante procesos igualmente complejos, capturan el *biot tiempo* (el tiempo de vida desde la perspectiva del individuo) de la sociedad y ejercen un intenso trabajo profesional de elaboración discursiva que difícilmente cabe dentro de los límites de la “manipulación conspiratoria”.

La aparición y el acceso cada vez mayor a imágenes enviadas por cable o por sistemas de satélite han hecho estallar la oferta de géneros televisivos accesibles en el hogar, y este hecho no es menor, aunque sea cotidiano y vivido como normal. Hace 40 años, algunos niños de aquellos lugares (muy pocos, en realidad) del país donde llegaba la señal de XEW Televisión Canal 2 podían hablar del *Teatro Fantástico*. Sólo aquellos que vivían en la Ciudad de México y algunas zonas cercanas donde se veía la señal de XHGC Televisión Canal 5 podían jugar a *El Llanero solitario*. Miles de adolescentes de hace 30 años se encontraban para evocar *Ensalada de Locos* y *Misión Imposible*. Millones pudieron emocionarse en 1967 con la transmisión *en vivo* de la grabación de *All you need is love* de los Beatles desde Londres.

Lo mismo sucedía con ciertos productos culturales vehiculizados por los discos, las películas, los programas de radio, las revistas y los periódicos “nacionales”. Hace tiempo era imposible encontrar un periódico no localista fuera de la Ciudad de México. Actualmente, antes que los voceadores puedan repartir diarios como *La Jornada* o *Reforma*, se pueden leer las noticias desde cualquier lugar con una computadora conectada a

internet.⁸ Hoy en día, la referencia a los videoclips de cantantes y grupos que se pueden ver a través de canales como *MTV* (Music Television) o *E!* (Entertainment Television) en conversaciones de jóvenes no se diferencia mucho, en Monterrey, Comala, Tijuana o Mérida, de Tokio, Buenos Aires o París. Antes, para comer una hamburguesa *MacDonald's*[®] en Colima había que salir del estado. Hoy, con el monto del salario mínimo de un día, cualquiera (¿cualquiera?) puede acercarse, comprarla y estar conectado con *el mundo*. Una Big Mac *tiene algo más* con lo que se relacionan las personas: un valor extra, plenamente simbólico, que se monta en un estilo de vivir incesantemente propuesto y remachado como *deseable y alcanzable para todos*, pero al que la mayoría de la población de los países de la periferia del actual sistema-mundo, globalizados en la pobreza, no tienen acceso material. Sin embargo, sí lo tienen a las *imágenes* que transportan su propuesta. El mito de que todos pueden llegar sustenta el acceso social diversificado. Veamos cómo se da la *distribución social* de las tecnologías de fin de siglo.

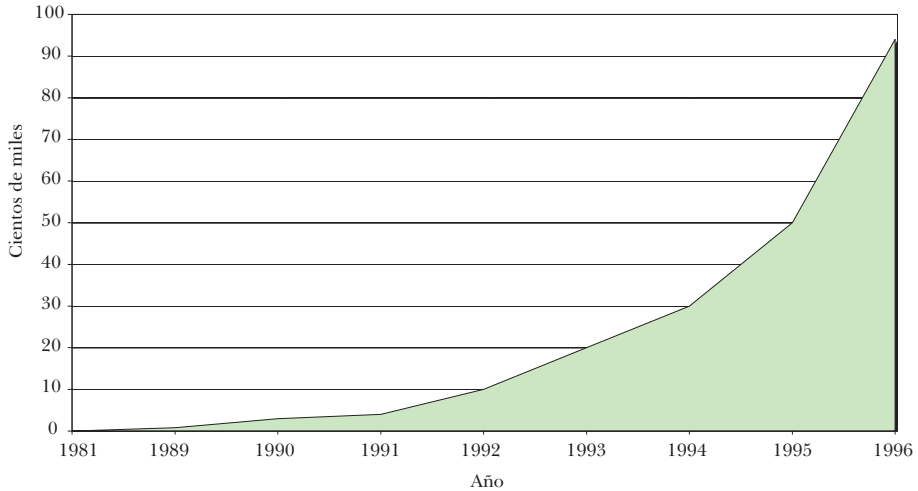
Centro: *wired*. Periferia: ¿*wireable*?

El crecimiento de la red internet ha sido exponencial, especialmente en los países de la zona central del sistema-mundo. Con él se ha acelerado y amplificado la posibilidad de acceder a información, a recursos, a datos, a programas informáticos, a millones de imágenes, a otras personas y organizaciones conectadas por medio de computadoras.

En esta etapa, el flujo internacional de capitales se verifica dentro de una complicada paradoja entre el tiempo real y el tiempo virtual. La conexión instantánea que ahora posee la economía global se hace sobre el soporte material de trillones de conexiones y metaconexiones electrónicas igualmente instantáneas que son procesadas por sistemas de información con enormes memorias de almacenamiento y muy altas velocidades. Las tecnologías de información y las modulaciones de contacto cuya elaboración aportan tienden a cambiar las relaciones y

⁸ Las tecnologías de información son complejas. Se sincronizan en cadenas de operación metainstrumental (instrumentos hechos con otros instrumentos). Estas integran partes del “hardware” (botones, teclas, pantalla, cables, teléfono y otras) y del “software” (saber, destrezas y habilidades) ya incorporados, una plataforma de habilidades cognitivas adquiridas en la acción, con combinaciones de dispositivos tecnológicos que antes operaban por separado.

Figura 1. Número de computadoras personales en red por año.



Fuente: Elaboración del autor sobre datos de la encuesta de usuarios GVU'S del http://www.gvu.gatech.edu/user_surveys

las rutinas tradicionales, pues modelan nuevamente a su ritmo (como lo han hecho las anteriores tecnologías) el biotiempos colectivo e individual de la sociedad, la temporalidad de todos.⁹

Hasta ahora, ninguna tecnología conocida ha tenido el desarrollo y el crecimiento exponencial de estas en tan poco tiempo (ver figura 1).

Si bien la distribución geopolítica de su desarrollo sigue con fidelidad los patrones de la distribución del sistema-mundo, la poderosa industria de las telecomunicaciones y la informática cada día hace más amplio el acceso (aunque siempre diferencial) de millones de computadoras a la red mundial de información. La tendencia es al aumento, y la industria busca aprovechar la infraestructura y las habilidades tecnológicas ya adquiridas de las poblaciones para que la entrada a la red mundial (hace tiempo llamada la *autopista* de la información) sea menos costosa económica y cognitivamente. Si la gente en todo el mundo ya

⁹ Por ejemplo, debido al incremento sostenido de las transacciones financieras por Internet, es inminente la ampliación del horario de las actividades de la bolsa de valores de Wall Street. Para una relación entre biotiempos y sociedad, ver Vicente Romano (1998).

hizo parte fundamental de su hogar la tecnología de la televisión y el teléfono, el negocio es adaptar la oferta a esas singularidades culturales. Todos conectados, todos *high tech profile*. Incluso se trabaja especialmente, tanto en hardware como en software, para volver más accesibles, transparentes y “amables” *para cualquier* usuario estas tecnologías, con el fin de conectar, de una buena vez, las zonas periféricas. Inversiones de grandes compañías y agencias estatales impulsan la investigación en una gama de proyectos que van desde el desarrollo de fuentes de energía cinética, almacenamiento de memoria aleatoria calcada de la estructura genética del DNA, cognición y tecnología, arte y aprendizaje, inteligencia artificial, sistemas activados por la voz, nuevos juguetes y muchos otros.¹⁰ Sin embargo, la lista de los “sponsors” no nos dice nada sobre la *eficacia simbólica* de estas iniciativas en la vida social de nuestras comunidades. ¿Puede una mirada antropológica decirnos algo de ello?

Un requisito fundamental de una economía efectivamente “global” es estar cada vez mejor y más rápidamente conectados. Una economía así es igual a una *economía informacional*, en la que los incrementos en la productividad —a diferencia de la economía “normal”— no dependen del incremento *cuantitativo* en los factores de la producción (capital, trabajo, recursos naturales), sino más bien de la aplicación del conocimiento y la información a la administración, la producción y la distribución, tanto en los procesos como en los productos (Castells y Borja, 1997). Este proceso es simultáneamente económico, político y simbólico. “Globalización bienvenida”, porque *moderniza*, rompe ataduras irracionales, claman algunos. “Pérdida de identidad nacional”, dicen otros.

Pero, ¿alguien quiere todavía ser *nacional*? ¿Son *nacionales* nuestros gustos y preferencias y las fuentes de nuestros placeres cotidianos, los reservorios de nuestro biot tiempo dócilmente entregado? Al parecer, cada vez son menos, y los que todavía lo son o quieren seguir siéndolo experimentan rápidos cambios. ¿Tienen algo que decir sobre esto la sociología denunciista y la antropología de las identidades fijas al territorio? ¿Le sirve para generar preguntas a las ciencias decimonónicas conocer que México se conecta desde 1989 a la red mundial junto con Australia,

¹⁰ Ver en <http://www.media.mit.edu/Sponsors/> una lista de entidades que invierten en la investigación en el Massachusetts Institute of Technology: Central Intelligence Agency, Department of the Army, Deutsche Telekom, Berkom GMBH, Duracell, Hewlett-Packard, Honda, R&D Co. Ltd., International Business Machines, Microsoft Corporation, National Science Foundation, Nortel Networks, Office of Naval Research, The Procter & Gamble Company, University of California at Berkeley, University of Maryland.

Alemania, Israel, Italia, Japón, Holanda, Nueva Zelanda, Puerto Rico y el Reino Unido?¹¹ ¿Sabemos cómo ha variado desde entonces? ¿Algún reconocimiento etnográfico de los usos sociales de internet en México? ¿Algún perfil demográfico de los ciber-ciudadanos y la creciente conectividad de las ciudades mexicanas? Tenemos información sobre la población y muchas monografías, pero muy poca información básica. Ningún —o, en el mejor de los casos, muy pocos— estudio público de descripción y seguimiento de estos procesos.

Una mirada empírica a la distribución del equipamiento tecnológico en los hogares de México nos da una perspectiva documentada del reparto y el acceso a la globalización en situaciones local y socialmente diferenciadas (ver cuadro 1).

Cuadro 1. Equipamiento tecnológico en los hogares mexicanos por nivel socioeconómico en 1994.

Equipamiento en el hogar	Nivel Socioeconómico			
	Total	Alto	Medio	Bajo
Televisión blanco y negro	54.3%	47.9%	54.3%	55.4%
Televisión a color	87.1%	95.8%	91.1%	82.7%
Videocasetera	64.2%	83.4%	70.6%	56.4%
Video juegos	27.0%	44.4%	31.3%	21.0%
Cámara de Video	11.4%	33.9%	12.7%	6.7%
Cámara instantánea	34.6%	58.8%	40.1%	26.7%
Cámara fotográfica	63.3%	84.0%	72.6%	53.2%
Antena Parabólica	3.4%	12.1%	3.2%	2.1%
Radio grabadora	58.1%	77.0%	64.2%	50.6%
Modular o estéreo en casa	68.2%	85.5%	76.3%	59.5%
Reproductor de discos compactos	30.8%	60.6%	34.7%	23.1%
Computadora personal	7.7%	29.5%	8.5%	3.6%
Fax	2.2%	10.2%	2.2%	0.8%
Teléfono	51.3%	90.4%	62.6%	36.8%
Total	3,331	648	1,353	1,330

Fuente: González y Chávez (1996)

¹¹ Zacón, 1993.

De estas cifras, parece claro que los dispositivos técnicos para producir y editar son más costosos y menos tecnológicamente accesibles que aquellos que sólo sirven para recibir y reproducir.

En parte por el ingreso, pero también por la distribución social de la competencia tecnológica, la posesión y el uso cotidiano de tecnologías hogareñas de información sólo se verifica en ciertas zonas del espacio social de los hogares mexicanos.¹²

Las posiciones “altas” ocupan un lugar privilegiado en el acceso a los aparatos más sofisticados, y, a su vez, dos tecnologías baratas pero de recepción “pasiva” —la televisión y la radio— prácticamente tienen cubierta a la gran mayoría de los hogares del país.¹³

Frente a esta contundencia se ha ido tejiendo una de las *prenociones* más amadas y difundidas de la *sociología espontánea* (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1975) y por supuesto de la antropología del mismo tipo: los *medios de comunicación*. Como verdadera campeona para rellenar lugares comunes, esta frase siempre aparece pegada a conceptos como “masivo”, “impacto”, “influencia”, “enajenación”, “mercantilismo”, “entretenimiento”, “sana diversión” y muchos otros. En la producción académica, frecuentemente aparece como tópico de una serie de presuposiciones “científicas” y rara vez construcciones reflexivas. Por otra parte, en un ejercicio aprendido y eficaz de retórica recursiva, iterativa, sabemos que son los mismos “medios” (es decir, principalmente organizaciones profesionales de prensa, televisión y radio) los que en su operación diaria se ocupan de decirnos obsesiva y machaconamente lo importante que es —en sí misma— la “comunicación” de los “medios”. Ellos son sus propios y más eficaces promotores (Sartori, 1998).

Dentro de nuestra existencia social cotidiana, esos “medios” son tan comunes que se han vuelto parte fija del escenario de las rutinas, de las conversaciones, de las interacciones de todos los días. En el espacio simbólico general de la interacción social es casi escandaloso confesar

¹² Esta escala fue compuesta de manera multidimensional en nuestra encuesta FOCYP (González y Chávez, 1996) por la estructura y composición del capital económico, el capital social y el capital cultural de 4.000 hogares en 34 ciudades mayores de 100 mil habitantes, en 1994, en México.

¹³ Esta relativa homogeneización de acceso a la televisión en realidad es aparente, pues de inmediato siguió un patrón de distinción de las clases medias y altas que se verifica en el acceso diferencial a los sistemas de televisión de paga (cable y satélite) opuesto a las señales abiertas. Es decir, aunque todos pueden ver señales abiertas, sólo algunos tienen más opciones para hacer *distinto* su propio gusto.

que no se tiene televisión o radio, que no se ha visto tal o cual programa que *todos* ven y comentan, que no se ha leído alguna noticia, que no se vio tal película o (en algunos sectores más privilegiados) que no se tiene computadora ni dirección electrónica y menos un *personal site*. El que no está “tech”, está fatalmente “out”.

Esto tiene sus costos en la autoestima y, por supuesto, en la flexibilidad. Quien no “ceda” su biotiempo a estos flujos es sospechoso, al menos, de ser aburrido.

Mito-tecnológica y segregación social

En dos estudios empíricos recientes, hemos hallado una constante en las relaciones de la gente con la tecnología: una percepción *sobrestimada*, es decir, muy cargada de valor simbólico de las tecnologías de información (Jorge González, 1999a: 155-165). Esa ideologización es uno de los obstáculos más resistentes para incrementar la competencia tecnológica efectiva de sus usuarios. Esto es un grave obstáculo, no únicamente para su acceso, que más bien se relaciona con el ingreso y el estilo de vida de la gente (Chaney, 1996), sino para algo todavía más importante: su utilización como *plataforma generativa*, como herramienta para pensar, operar y resolver problemas específicos. Todavía muy pocos tienen acceso a las tecnologías de información, y quienes lo tienen las utilizan como dosel sagrado, como una forma de *siliconización* del poder institucional, en unos casos, y, en otros, como medida de la ignorancia e impericia personal. Por ello, en sectores medios de México, la posesión y acceso a este tipo de tecnología tiene más de *afirmación de status* que de herramienta inteligente de trabajo. La gran mayoría de los dispositivos y aparatos con los que tienen contacto estos sectores, ya sea por su trabajo o por la deliciosa ostentación hogareña, está técnicamente subutilizada.

Se ven bonitos e impresionantes. Su sola aparición en la casa o en el aula tiene un efecto de mostración que califica positivamente al poseedor. El uso práctico y la pericia de los usuarios es otro cantar. Este rasgo que documentamos empíricamente en maestros de educación básica de siete ciudades de México y después en estudiantes universitarios de tres niveles parece que no es exclusivo de los mentores mexicanos, cuyas biografías tecnológicas nos indican que en su gran mayoría provienen de entornos tecnológicamente desprovistos, y por tanto su competencia

tecnológica es muy baja.¹⁴ Este patrón tiene una distribución social mucho más amplia. Aparece también en los profesores-investigadores que exigen sofisticados, vistosos y costosos equipos que casi siempre utilizan cuando mucho como máquina de escribir y recientemente para el correo electrónico. Nuestra comunidad educada y clase-mediera, aquella que de hecho *puede* acceder a las tecnologías de información, tiene una bajísima *cibercultura*.¹⁵ Esta implica una total revisión de las maneras en que nos organizamos para vivir y para operar con ellas, más que saber manejar máquinas sofisticadas (Galindo, 1998b).

La cantidad de *biotempo* que estas tecnologías demandan es alta, y al otorgárselo acriticamente, desorganizados, aislados y dispersos, nos colocamos en una relación desnivelada con voluntades y vectores que no vemos, pero que pautan y cuadrículan *desde afuera* nuestro acontecer. Ante esta remodelación dinámica del tiempo y el espacio de la vida diaria, mezclada con representaciones de baja autoestima y sobreestimación de los dispositivos técnicos y su circunstancia, ¿qué tiene que decirnos la investigación antropológica contemporánea?

Ya entrados en los mal llamados “medios”, cuando alguien pregunta por el “impacto sociocultural de los medios de comunicación masiva”, con lo que hemos visto podemos replantearnos varias preguntas: los “medios”, ¿son *medios*?, ¿*impactan* la sociedad?, ¿*median*? (Wertsch, 1998) ¿*Comunican*? ¿Cómo se realiza todo ello en la desnivelada sociedad mexicana? ¿Cuáles pueden ser algunos de los desafíos de la antropología (de la historia, de la sociología, de las ciencias sociales) frente a esto? Nos parece que habrá que repensar y renovar sus categorías, expandir sus ansiedades mono-disciplinares, dialogar con otras miradas y enriquecer sus instrumentos, su lenguaje, y desde luego, sus sistemas de información empírica.

***Officium mediarum* y male(o)ficio de los entendidos**

En el móvil espacio de la *videósfera*, los “medios” —estas organizaciones sociales complejas, especializadas— operan con un doble pero contra-

¹⁴ La estimación de la competencia tecnológica de los maestros del estudio citado nos da una media de 5.4 dentro de una escala de cero a 15 puntos. Los estudiantes universitarios de Colima tienen una media de 9.5 en la misma escala.

¹⁵ Más adelante veremos en detalle el paso de la “cibercultura” a la *cibercultur@*

dictorio efecto óptico. Por una parte, en tanto que instituciones sociales, *hacen aparecer* diversos agentes y acciones en la vida pública al darles visibilidad. Por otra parte, en tanto que objetos de estudio estructurables, *desaparecen* del campo visual de las corrientes del pensamiento científico de la sociedad.

De modo paradójico, la importancia de su eficacia social y simbólica, así como las transformaciones y los procesos que han acarreado al gatillar múltiples mutaciones y acomodaciones organizacionales en el tiempo, no tiene ningún correlato balanceado con la muy descuidada importancia que se le ha dado a su estatuto de inteligibilidad.

Esta condición de ignorancia efectiva está en mucho generada por efecto de un lenguaje pleno de lugares comunes que circulan los mismos “*medios*” y comparte la gente común. Dentro de la eficacia de la *doxa*, entendida como espacio de interpretaciones vividas como “naturales”, de primer orden, no elaboradas, esto sería esperable. Pero del trabajo especializado de este tipo de comunicación tecnológicamente mediada también tenemos una ignorancia ilustrada llena de *sentido común* “sociológico” que aportan, plenos de argumentos de autoridad y abundancia de adjetivos peyorativos, aquellos que se supone que son los especialistas en hacer entendible el mundo social. Esta ignorancia o descuido reflexivo frente a estos objetos, así como el tipo de actitud al respecto, suele ser muy común dentro de las disciplinas mayores de edad (historia, antropología, sociología) por varias razones. En parte, por su larga tradición como paradigmas ya legitimados; en parte, también, por las herramientas teóricas con las que *miran* la realidad; y en parte por su propio oficio epistémico (que, al aislarse, se empobrece) de construir, analizar e interpretar informaciones que ya se han vuelto rigidez y canon establecido en lugar de exploración y búsqueda de mejores configuraciones. Dentro del *campo del poder*, como llama Bourdieu (1993) al macrosistema de relaciones de fuerza y de luchas entre los campos especializados, la batalla entre el *campo científico* y el *campo de la edición* hasta ahora se orienta sin duda alguna en favor de los especialistas del último. Los *científicos* renuncian a su propio capital específico (oficio de reflexividad compleja) y actúan sólo como agentes de otro campo más que compite por mejores posiciones en el campo del poder contra el de la edición, como lo harían y lo han hecho los sacerdotes, los artistas, los médicos, los maestros.

A esto colabora la muy baja cultura de investigación que se inculca a los especialistas de la reflexión documentada (Galindo, 1998c). Por

el contrario, los periodistas y todos los homólogos de su propio campo cumplen eficazmente con su oficio al “editar” las ideas, las imágenes, los productos y al producir el carisma o capital simbólico de los científicos y de todos los demás agentes sociales. Es muy común ver morder el anzuelo que los periodistas arrojan —como parte de su propia cultura profesional— a los científicos, cuando los convierten en “expertos” frente a las cámaras (Bourdieu, 1998b).¹⁶ No es difícil encontrar detrás de todo esto un triple prejuicio, que afecta por igual al científico y a hombres y mujeres comunes, cuando no se ejercita la reflexividad crítica, que es el oficio del primero y condición necesaria, pero no suficiente, del apoderamiento (empowerment) de los segundos.

Este prejuicio tiene un componente de tipo *sociocéntrico* (ciegos hacia otros grupos), otro de tipo *etnocéntrico* (ciegos a otras etnias y regiones) y otro más *androcntrico* o, si se quiere, *falocéntrico* (ciego a otros géneros).

Nos están pasando muchas cosas, pero sabemos muy poco de ellas. Sin embargo, el costo de no saber *mejor y más* sobre estas cuestiones no es poco ni menor. Si antropólogos, sociólogos e historiadores no se dan cuenta de esta condición en su trabajo reflexivo cotidiano, el futuro que ya se gesta puede dejarlos fuera de la jugada en los mismos dos escenarios: el campo científico especializado y los procesos sociales contemporáneos del campo del poder. En el terreno de la formación de nuevas generaciones, como si la reflexividad social entrenada fuera prescindible —“no tiene mercado”—, cada día cierran más carreras de sociología. Cada vez es más difícil encontrar trabajo para cualquiera, y en especial para los antropólogos, fuera de instituciones clásicas como las universidades, el INI o el INAH. Cada vez menos jóvenes desean dedicarse profesionalmente a la historia, a la investigación. Y muchos de los que creyeron en estas profesiones, al no encontrar ni trabajo ni sentido, fueron absorbidos por otros campos, donde su acceso a los recursos y las recompensas materiales es mucho más veloz: el comercio, los servicios, los negocios. En el campo científico, las recompensas son a mediano y largo plazo.

En sentido inverso, cada día avanza el crecimiento exponencial de las carreras (más de cien) y de alumnos de Comunicación que superan por decenas de miles a los de las disciplinas *reflexivas* clásicas (ver cuadro 2).

¹⁶ Ver la reflexión y debate sobre los intelectuales y la televisión.

Cuadro 2. Población escolar de cuatro licenciaturas en México.

Carrera	Licenciatura		Titulados	
	1997	1999	1996	1998
Antropología	4237	2259	226	96
Historia	4018	1364	197	166
Sociología	5567	1583	412	428
Comunicación	37086	40982	3674	3164

Fuente: Elaboración y selección del autor sobre datos de ANUIES, *Anuario Estadístico 1997 y 1999*.

¿Por qué pasa esto? ¿Qué nos dice la antropología de sí misma y sus relevos generacionales?

Estos procesos también tienen repercusiones en la escena política: al no verlos con claridad, no se puede orientar la acción sobre ellos. Sin embargo, los científicos sociales cada vez más se topan con objetos poco asibles e inestables. Desde su inicio formal, los estudios de comunicación se plantearon un punto de vista transdisciplinar para domesticar realidades tercas y llenas de variantes y matices. Su fundación en la Universidad Iberoamericana de México en 1960 promovía “la técnica sometida al espíritu”. En menos de una década, ese principio se invirtió con relevantes consecuencias. La sociedad, en poco tiempo, le torció la orientación a los buenos deseos y la comunicación comenzó a flotar en el *México Imaginario* que con lucidez nos describió Guillermo Bonfil (1990). Los estudios de comunicación durante mucho tiempo han descuidado hacerse de un lenguaje preciso que les permita discernir con claridad las características de su complejo objeto. En la siguiente sección presentaremos de manera breve algunas ideas y conceptos para discutir este problema.

Formas de transporte y texturas de códigos

Comencemos por algunos principios básicos, en cuanto a los transportes y a los códigos.

Desde una perspectiva biológica, comunicarse no es intercambiar significados, sino *coordinar acciones* (Maturana y Varela, 1990). Para poder

lograr esa coordinación entre dos entidades que se comunican, en toda acción comunicativa se ponen en juego diferentes soportes materiales de transporte y diferentes códigos para la coordinación.

Por lo que toca a las formas de transportar señales, todas las acciones de comunicación pueden ser clasificadas en tres grandes categorías.

Hablamos de formas de comunicación de *primer orden* o elementalmente humanas, cuando los comunicantes utilizan solamente la presencia material y los recursos de su propio cuerpo, sin ningún aditamento extracorporal para seleccionar y configurar información, para interpretarla dentro de ciertos códigos aprehendidos e incorporados. La conversación dialógica, el lenguaje gestual y corporal donde los sentidos directos son usados como un todo, están dentro de este rango.

Los seres humanos usamos nuestro cuerpo y sus posibilidades orgánicas para transportar señales hacia otros interpretantes. Por ello, sin importar la forma, a decir de Harry Pross, “toda comunicación comienza en el cuerpo y a él regresa”.¹⁷

Hablamos de formas de comunicación de *segundo orden*, cuando uno de los comunicantes utiliza, además de su cuerpo, cualquier herramienta cultural que le permite transportar más ampliamente sus señales a diversos intepretantes, quienes, por su parte, sólo cuentan con el “hardware” de su cuerpo para tal efecto. La escritura manual, el código de semáforo, una función de cine, un concierto de rock en vivo y todas las formas de publicación en prensa son algunos ejemplos. Estas formas ya implican una considerable concentración de recursos y habilidades profesionales en uno de los polos. La utilización y la complejización de las herramientas culturales sigue el principio de la *economía de las señales* que rige el desarrollo de la lógica de la comunicación tecnológicamente mediada: que unos pocos puedan decir a muchos otros, con el menor costo, en el mayor espacio y en el menor tiempo posible (Romano, 1993). En términos temporales, los instrumentos de comunicación de segundo orden tienden a —y requieren para existir de— la atracción y la captura del biotiempo (energía física, atención y concentración interpretativa) de los que no portan nada más que sus sentidos. Otorgar biotiempo, como decíamos más atrás, implica una cesión de poder de parte de los comunicantes que tiene un correlato organizativo y económico en la organización que se requiere para acceder, administrar, organizar y

¹⁷ Seminario de Comunicación y cultura, Universidad de Sevilla, Facultad de Ciencias de la información, octubre de 1998.

hacer funcionar estas complejas *meta-herramientas culturales*. La historia de especialización de las organizaciones dedicadas profesionalmente a la edición y transportación de señales es también la historia de las relaciones de poder social y espacialmente determinada, la historia de la atracción y acumulación del biotempo social.

La comunicación de *tercer orden* se verifica cuando entre ambos comunicantes se interponen *necesariamente* dispositivos tecnológicos, tanto para enviar como para recibir las señales. El telégrafo, el teléfono, la radio, la televisión, los casetes de música y vídeo, la comunicación por computadoras, entran en este rango. Hacer radio, televisión, discos, casetes, videogramas, implica recurrir a dispositivos tecnológicos de alta complejidad, de muy alto costo y que para operar con eficiencia requieren un grado de organización bastante complejo.

Sólo empresas y burocracias con capital y poder suficientes son capaces de organizar y mantener una producción industrial cultural de largo alcance. En cambio, los aparatos para decodificar sus señales son (como ya vimos) mucho más accesibles para el gran público. Igual que en el modo anterior, el criterio de la economía de las señales rige el férreo *control del tiempo* de la emisión y, a la vez, la captación y apropiación del biotempo de enormes cantidades de personas. Esta es la base del poder original de estos canales. Por supuesto, a medida que se incrementa la complejidad de los instrumentos técnicos, desde la perspectiva de los que ceden el biotempo, aquellos abren la posibilidad de transmisión a un número correlativamente mayor de fuerzas desconocidas e invisibles que operan sin ser definidas. Cuando alguien elige “libremente” cambiar de canal, nos advierte Vicente Romano, en realidad está “eligiendo” dentro de un número mayor o menor de opciones *heterodeterminadas*.

Otro de los olvidos frecuentes en la enseñanza de las escuelas de comunicación y en el pensamiento social es la muy tozuda certeza de que toda comunicación *importante* se reduce a la del tercer orden. Por ello también se tiende a descuidar los vínculos irreductibles entre los diferentes códigos que actúan en la comunicación tecnológicamente mediada, sin los cuales esta no podría ser en ningún caso eficaz. En términos semióticos, según Bystrina (1989), podemos hablar de tres diferentes tipos de códigos:

- Códigos primarios, de orden *biológico* o *hipolingual*, que operan con informaciones bioquímicas dentro de todos los organismos vivientes sin excepción.

- Códigos secundarios, de orden *social* o de *lenguaje*, cuyas unidades mínimas son signos que hacen posible convivir y sobrevivir en sociedad (animal o humana).
- Códigos terciarios, de orden *cultural* o *hiperlinguales*, que tienen como unidades a los textos, que son característicos de las sociedades humanas. Estos códigos son el fundamento de un universo simbólico complejo que va más allá, pero nunca se despegan ni se puede separar, de las determinaciones de los códigos anteriores. Su ejercicio y producción abre lugar al imaginario, a la fantasía, a las leyendas y a las historias, a los mundos posibles. En este orden hiperlingual, los otros dos tipos de códigos siguen operando. Una palabra, un signo, una imagen, una película, una canción, una coreografía, una narración nos afecta no sólo como *significado*, sino que *nos llega al cuerpo* al producir (mediante la activación de neurotransmisores) emociones, deseo, ansiedad, ira, atracción, repulsión, angustia y otras muchas formas de *sentir* (Ford, 1994).

Tabla 3. Comunicación: transportación y códigos

Transportación	Código		
	Bioquímico	Sígnico	Textual
<i>Primer orden</i> (Cuerpo→←Cuerpo)	PB	PS	PT
<i>Segundo orden</i> (Cuerpo+instrumento→Cuerpo)	SB	SS	ST
<i>Tercer orden</i> (Cuerpo+instrumento→instrumento+Cuerpo)	TB	TS	TT

La tabla 3 nos abre nueve apartados analíticos en los que se combinan uno a uno los ordenes de transportación y los diversos códigos. En toda acción de comunicación operan mezclados y en secuencias variables. Podemos ahora tener una idea de la complejidad de objeto que de un plumazo se llama “medios de comunicación masiva” y al hacerlo se le aplana por completo la multidimensionalidad de su composición,

la especificidad de su operación y la trayectoria de su conformación histórica. El sentido común y la facilidad de la costumbre nos hace llamar “medios de comunicación” a las televisoras, los periódicos, los cines, las radiodifusoras. Pero para efectos de su inteligibilidad no sirve llamarlos *medios* porque es demasiado genérico. Toda comunicación requiere *medios* de transporte, pero la tarea de estos *transportes de tercer orden* es cortar unidades, editar partes de diferentes orígenes, pegarlas bajo un patrón determinado y elaborar *metatextos* culturales a partir de la materia prima de otros *textos* culturales. En este tipo de comunicación existe un enorme desbalance entre la complejidad de los instrumentos para producir, editar y transportar las señales, de un lado, y los instrumentos para recibirlas y apropiárselas, del otro.

Los primeros, como empresas comerciales, requieren de enormes cantidades de energía social o capitales (económico, social y cultural) y, a diferencia de las otras dos formas, en esta ninguno de los que produce o recibe puede ver e interactuar directamente con el otro, pero en ambos contingentes ocurren concomitantemente procesos en niveles de códigos primarios y secundarios. Todos sienten, todos se entienden a través de lenguajes.

Agregar “de comunicación” tampoco ayuda mucho, sobre todo porque se simplifica enormemente una organización compleja que tiene un conjunto de especialistas con habilidades profesionales específicas y legitimadas para dar visibilidad pública a ciertas instituciones, agentes y prácticas de la sociedad. A través de este tipo de comunicación tecnológica y organizacionalmente mediada se puede construir una “mala imagen” o un carisma arrobador.

Pero para que eso suceda, se requiere la conexión y la concertación de los otros códigos que siempre operan en toda comunicación. Si el *carisma* no se traduce en información bioquímica en los cuerpos que lo reconocen, no dura mucho. Ello orienta toda la energía invertida en aspectos estéticos para “hacer sentir con” que tiene el contenido de esta comunicación predominantemente visual de la videósfera. Cuerpos, texturas, ambientes, saturación de sentidos, olores, mostración de emociones a la carta, la retórica del grito, del gesto exasperado, de los movimientos y emplazamientos de la cámara diseñados con anticipación para hacer “sentir”, para “entretener”. Un comentario de un profesional sobre la creciente visibilidad creada en torno de una estrella nos aproxima al tipo de exigencias que este campo somete a sus elegidos:

“El talento de (Ricky) Martin es limitado —su voz no tiene potencia ni profundidad— pero él no está aquí para vocalizar, él sale a entretener” (*Time*, mayo 10, 1999: 84).

Esto nos hace ver que, del mismo modo que en las ciencias sociales no hay posibilidad de que las técnicas sean “neutrales” y todo hecho se conquista y se construye, en el campo de la edición nunca se *levanta* la imagen (como si estuviera ahí, lista para ser tomada), como suelen decir en su trabajo los camarógrafos, los periodistas, los cineastas, los fotógrafos. Siempre se le *somete* dentro de estructuras y tejidos de significación y metatextualidad complejos, generalmente inconscientes, pero no por ello menos socialmente determinados, como parte de diversas estrategias organizacionales de *anticipación* hacia la sensibilidad del público. Otras instituciones de diferentes *campos* también lo hacen como parte de su trabajo especializado de elaboración discursiva de la vida y el mundo. Y así lo transmiten, lo inculcan, lo exigen y lo legitiman en sus *profesionales* y sus *prácticas*. Para las organizaciones especializadas del campo de la edición, esa es precisamente su vida. Todos los *insiders* (es decir, los agentes especializados) del campo lo saben al orientar sus prácticas hacia la lucha por la notoriedad, la publicidad (en el sentido de *hacer público*), la fama, *el no sé qué*, el carisma, ya sea positivo o negativo. Por eso, hoy existen compañías que se especializan en el diseño de imagen (de *visibilidad*) que tanto requieren los políticos y otros notables: todos ellos son una serie de agentes publicitados a través de algún ritual público, de un transporte tecnológico o de la conjunción de ambos, como ocurre tantas veces con la televisión.

Veamos el testimonio reciente de una cantante profesional que no se considera a sí misma “comercial”¹⁸ y que, a diferencia de otras, se le reconoce *talento* para cantar. Ella sabe muy bien que si quiere sobrevivir en ese campo tiene que ganar *visibilidad* a través de los “medios”:¹⁹

“Y es que, por ejemplo, aunque canté en las exposiciones universales de Sevilla y Lisboa y la recepción fue magnífica, no basta un concierto que

¹⁸ Incongruencia de categorías: quién no sea “comercial”, *no existe* en el campo de la música.

¹⁹ Al llamarlos “medios de comunicación” (y todos sus derivados), estamos usando un concepto del sentido común que no facilita la reflexión ni la búsqueda de las condiciones, los procesos y los productos que otorgan discrecionalmente visibilidad en situaciones histórico-sociales determinadas. Es decir, el propio preconcepto impide la *visibilidad científica* al objeto que deseamos volver entendible.

guste si luego *desapareces*, sino que son los discos, la televisión y la radio los medios por los que te *'vuelves familiar'* para las personas y para que comiencen a adoptar tu repertorio" (Eugenia León, en *La Jornada*, 6-1-99. El subrayado es nuestro).

Otras estrategias del campo se ligan con programas televisivos, revistas de chismes y curiosidades de los "famosos" en la zona del espectáculo profesional. Un criterio semejante, pero con su propia especificidad, se verifica en la construcción de lo noticiable. Cuando se dice que "los políticos (o cualquier 'personalidad') y las moscas se matan a periodicazos", el sentido común reconoce con toda claridad la especificidad de las organizaciones del campo de la edición: construir *visibilidad* mediante la selección y la modulación de ciertos aspectos de la realidad mediante los que se anticipan acciones probables en grandes públicos. Diversas tradiciones y luchas internas en el campo por ganar la mayor cantidad de auditorio se han hecho cultura profesional, rutinas productivas y formas de organizar la producción de la novedad (Schlesinger, 1992). En la *videósfera*, la mayoría de la gente se entera de las noticias "editadas" por los profesionales de las empresas de televisión.

Muy poca gente en México lee los periódicos a diario (28%), pero todos se enteran de los escándalos, sobre todo cuando hay imágenes que los hacen "evidentes". Esta *evidencia* oculta precisamente el trabajo profesional y organizacionalmente anticipante de edición, selección y ensamblaje de los materiales que conforman el contenido y la estructura de toda emisión.

Los famosos cuidan que aspectos de su vida privada no se hagan públicos. ¿Cómo se producen (seleccionan, editan, presentan, modulan) los *escándalos*? (Lull y Hinerman, 1997) ¿Qué nos dicen de cómo está hecha y cómo opera la sociedad actual? ¿Pueden la antropología, la historia, la sociología, cada una por su lado, decir algo de esta realidad recurrente?

La especialización de instituciones agentes y prácticas en la *edición de la visibilidad* tiene repercusiones fundamentales en el sentido de la vida pública. Una fuerte transformación de ese sentido se ha venido dando a lo largo de la historia de la especialización de estas organizaciones de producción y transporte de formas simbólicas (Thompson, 1998). Pero también ha habido mutaciones del otro lado del proceso, en la vida social, en las redes no especializadas de elaboración y reelaboración discursiva, textual, en las que desarrollamos nuestra convivencia ideológica cotidiana (Fossaert, 1983).

Buena parte de esa reelaboración se origina por diferentes *estrategias de anticipación* de las múltiples posibilidades de interpretación y lectura social que se verifican infinitesimalmente, a cada instante en todo lugar (Zermeño, 1998: 312-331). A pesar de todos los recursos que las empresas destinan a la anticipación de las posibles interpretaciones (deseadas) de los públicos, difícilmente ocurre tal como se planea y técnicamente es imposible adelantarse a todas las posibles respuestas de los interpretantes.

No hay poder que se ejerza sin resistencia, nos decía Foucault, y así podemos hacer científicamente “visible” una gama de acciones que cuestionan la heteronomía fabulosa de estos instrumentos de tercer orden. Sin embargo, parece que mientras más cercada, cerrada y cercenada está la vida simbólica de una sociedad, mayor es la eficacia (¿la impunidad?) de las anticipaciones de los profesionales.

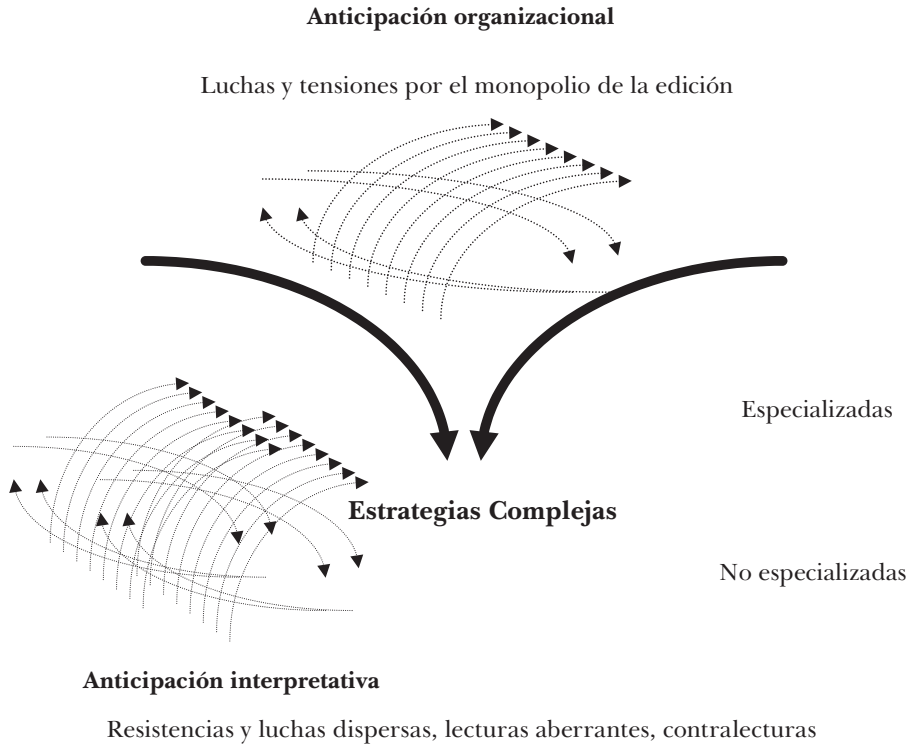
Podemos entonces proponer una forma de entender los procesos de comunicación como procesos de diseño y ajuste constante de diversas *estrategias de anticipación* en los dos polos de la llamada “comunicación social”, el de la organización especializada y el de las redes sociales dentro de las que están colocados los interpretantes.

En el espacio social de las instituciones, todo el poder y el saber acumulado se pone al servicio de la edición, preparación y transporte de formas simbólicas complejas, orientadas hacia un destinatario organizacionalmente prefigurado, anticipado y no siempre alcanzado.

En ese campo se combate por el monopolio de la meta-elaboración (saber, herramientas y capital) o elaboraciones de segundo o enésimo orden. En la zona no especializada de la sociedad, la formación de los públicos implica la incorporación diferencial de esquemas perceptivos más o menos ricos, en función del lugar que se ocupa en un espacio social multidimensional. Desde ahí se ponen en ejecución estrategias interpretativas diferentes y a veces contrapuestas entre sí. En esta zona se puede incluso luchar por ganar en reflexividad.

El orden (relativo y tensionalmente producido) y el control (generado, sin embargo, en medio de múltiples resistencias y interrupciones internas) reinan de un lado. El *caos* y múltiples fluctuaciones, unas congruentes y otras aberrantes con las modulaciones realizadas por los profesionales, son la sustancia viva del otro. En la figura siguiente presento de modo gráfico esta perspectiva (ver figura 2).

Figura 2. Estrategias de anticipación y comunicación



De salida: pensar la complejidad

Hemos hecho un recorrido por tres apartados para discutir algunos de los retos de la antropología y las ciencias sociales frente a una sociedad que le rebasa en complejidad. La actual distribución del sistema-mundo se ha puesto en relación con una modulación de la cultura que privilegia lo visible, lo vistoso, lo visual.

La realidad de los procesos que imbrican a los *medios de comunicación* puede ser mejor comprendida si se los mira como instrumentos culturales (Wertsch, 1998), pero también como *organizaciones complejas* cuya especificidad es la *edición* y, mediante el ejercicio profesional de ella, la *creación del efecto de visibilidad* y una forma de definir y editar el sentido de lo público y lo privado (Crowley y Mitchell, 1994).

Dentro de una tradición conceptual equívoca que ha empantanado su comprensión, propusimos una forma de entender la comunicación, no como intercambio de significados, sino como coordinación de estructuras en diversos cursos de acción. Para ello hemos revisado tres diferentes formas de transporte de señales y otros tres diferentes tipos de códigos. Vimos también que toda comunicación comienza en el cuerpo y al cuerpo vuelve. Este nivel biológico, orgánico de la comunicación generalmente se descuida o simplemente se ignora. Al separar los procesos *simbólicos* de los *sígnicos* y los *bioquímicos*, la teoría pierde mucha de su capacidad para poder comprender este tipo de acciones comunicativas complejas. Al fin, propusimos una manera de entender a la comunicación tecnológica y organizacionalmente mediada con la sociedad como un sistema de estrategias y negociaciones de anticipación en dos direcciones. De un lado, tenemos las organizaciones que elaboran y metaelaboran el sentido en formas simbólicas a partir de una lógica profesional para *anticipar* las acciones coordinadas de sus públicos. Del otro lado, tenemos las redes sociales de convivencia que de manera no necesariamente conciente y organizada diseñan y realizan estrategias contradictorias de *anticipación interpretativa* en múltiples direcciones que no siempre se coordinan de manera concertada con las intenciones perseguidas por las corporaciones. Pero tampoco puede ignorarlas. Una buena parte de los secretos del atractivo de algunas formas simbólicas que se han convertido en géneros de la comunicación pasa por estas constricciones de varios niveles de complejidad.

En las tres grandes partes de este texto hemos ido separando algunas preguntas directamente planteadas al oficio de volver entendible la realidad social. La separación artificial de filosofía, sociología, antropología, economía e historia que opera dentro de las instituciones del campo académico no ayuda en lo más mínimo a la mejor elaboración de la problemática de la comunicación tecnológica y organizacionalmente mediada. Este complejo tipo de acción social, requiere de un arsenal multidimensional de varios niveles para poder volverse observable. Señalamos también la pobre *cultura de investigación* que los profesionales de las ciencias sociales y humanas tienen, al conformarse con el manejo relativo de alguna técnica consagrada y una serie de preguntas de moda. Esta ignorancia va muy bien de la mano con la incapacidad de estas disciplinas de voltear sus herramientas de objetivación y narración del mundo social *sobre su propio modo de objetivar*, sobre su propio oficio y arte. Una militancia epistemológica de segundo orden, *la mirada crítica*

que mira la mirada, se requiere como plataforma para poder revisar la manera en que creamos nuestros propios objetos de estudio, las investigaciones y análisis que hacemos de manera profesional.²⁰ Profesionales de la reflexividad entrenada, diseñadores de sistemas de información *ad-hoc*, constructores de puentes metodológicos entre teorías para percibir y realidades perceptibles y percibidas, taumaturgos de problemas prácticos con objetos reales, en problemas de investigación con objetos de estudio, y otras lindezas, todos los científicos sociales y humanistas tenemos frente a nosotros un panorama crítico, cambiante, móvil y contradictorio que debemos confrontar con herramientas conceptuales a veces poco aptas para discernir en medio de la complejidad y con marcos epistémicos rígidos, fijos, que operaron con eficiencia en un momento, pero que ahora necesitan ser confrontados y revisados en función de su capacidad para elaborar representaciones densas, llenas de relaciones multidimensionales y en procesos disipativos, llenos de fluctuaciones, caóticos.

¿Cuales son los desafíos de la antropología (y las demás ciencias sociales) frente a este panorama? (Moore, 1996). Quizás es sólo revivir la vocación que siempre tuvo de ser una *ciencia social total*, viva y con capacidad de conversar y encontrarse con los otros y otras para mejorar la vida misma (Glantz, 1987).

O quizás también renovar su mirada y sus instrumentos para hacer menos penosa la comprensión de los múltiples mundos y universos simbólicos y materiales cada vez más integrados en los que nos movemos y que a la vez nos mueven. Quizás está en todo eso y en recordar siempre que la reflexividad que genera, que debe especializarse en generar y en comunicar con claridad a otros, vale la pena si nos ayuda a todos a ganar en perspectiva, a vivir con más autodeterminación y con mayor satisfacción la vida misma.

Eso es un verdadero desafío, y quizás no sea un despropósito, como siempre nos hicieron creer.

²⁰ Esto constituye un tipo de investigación social de *segundo orden* —como le gustaba nombrarla a Jesús Ibáñez—, interesada no sólo en el objeto mirado, sino en la inscripción de la mirada que mira en lo mirado.

FRENTE CULTURALES: PARA UNA COMPRENSIÓN *DIALÓGICA*
DE LAS CULTURAS CONTEMPORÁNEAS



Introducción

En este texto presentaremos la perspectiva de los Frentes Culturales para el estudio de las dinámicas culturales en sociedades complejas. Más que un concepto nuevo, esta perspectiva provee un modo diferente de interrogar y comprender la compleja dimensión significativa de la vida cotidiana.¹

Todos los días, desde que nacemos, nos vemos constantemente constreñidos a situarnos frente a un gran número de diferentes interacciones discursivas y situaciones sociales que tocan lo que *nosotros* consideramos como lo *necesario* para vivir bien, el significado de “quienes somos” y los *valores* comunes que *todos* compartimos y buscamos.

Como especie humana, aunque producimos nuestra vida material para poder sobrevivir (comer, habitar, vestir y así diciendo), sólo podemos existir en medio de un intrincado y dinámico flujo de discursos sociales. Algunos de ellos vienen de organizaciones profesionales, cuya labor específica es definir, regular y concentrar, como fuerzas centrípetas, el significado común de nuestras necesidades, nuestras identidades y nuestros valores considerados como dignos de obtener y preservar en la sociedad.

Veremos, a través de la perspectiva de los Frentes Culturales, que aquello que consideramos y vivimos como *normal*, *evidente*, *verdadero* y *obvio* en cualquier lugar y tiempo debe ser entendido como un estado momentáneo de un orden simbólico colectivo y provisional.

Este precario arreglo y organización del sentido está siempre sujeto a interminables contra-flujos simbólicos de factura *profesional* y

¹ La primera elaboración de esta perspectiva data de 1982, y desde entonces la hemos utilizado en el estudio de la religión popular, las ferias urbanas y las telenovelas en México (González, 1994, 1998).

especializada. Estos flujos generan tensiones entre todas las instituciones culturales, como cuando las escuelas luchan contra las iglesias sobre el contenido y los fines de la información sexual o los científicos discuten contra los periodistas sobre la interpretación “objetiva” de eventos, o a los “buenos” médicos contra los “charlatanes” en el tratamiento de un simple resfriado, artistas “verdaderos” contra cantantes “populares” y así sucesiva y conflictivamente. Este orden profesional precario está siempre sometido a otro tipo de contra flujos y redefiniciones que vienen constantemente desde las zonas no especializadas de la sociedad en la que se desarrolla la vida cotidiana, desde las redes de convivencia diaria: los amigos, las tertulias, las familias y todos los grupos de interacción y convivencia primaria.

Estos contra flujos pueden ser comparados con fuerzas centrífugas que escapan de la atracción centralizadora de aquellas instituciones y pertenecen a fuerzas que dialogizan y eventualmente pueden hacer cambiar las definiciones “naturales” o simbólicamente centralizadas de la vida. De hecho, una de las más importantes consecuencias de la modernidad ha sido el proceso en el que han aparecido, cambiado y desaparecido diversos tipos de especialistas de la *elaboración simbólica* del mundo.

A través de un intenso y permanente *trabajo discursivo*, esas instituciones culturales, sus agentes y sus prácticas, han rediseñado el significado de la esfera pública. Esta profesión de redefinir (en una dirección centrípeta) los asuntos de la vida pública nunca se ha desempeñado en el vacío. Ha tenido siempre que conquistar *territorios simbólicamente ocupados* por otras interpretaciones centrífugas o centrípetas en constante lucha.

El estudio de la dimensión simbólica de la vida bajo la perspectiva de los Frentes Culturales nos permite conocer cómo han sido creadas nuestras máspreciadas y compartidas representaciones y nuestros más amados sentimientos, y, al mismo tiempo, nos abre la posibilidad de entender el desarrollo y la construcción de diversos modos y estrategias de convergencia e “integración” simbólicas. Para este propósito, este capítulo tiene dos grandes partes. En la primera expondremos las bases teóricas de la propuesta y en la segunda desarrollaremos las cuatro miradas que convergen en la perspectiva metodológica de los Frentes Culturales. Finalmente, veremos que esta propuesta puede aportar en su propio proceso de búsqueda materiales y perspectivas para trabajar en redes horizontales y en procesos de empoderamiento social.

Primera parte

Hegemonía y Frentes Culturales: coincidencias y divergencias

Cuando esa convergencia e integración simbólica de la que hablamos dependen del trabajo discursivo de un grupo social más o menos sólidamente aliado, tenemos un estado relativo de *hegemonía* (Fossaert, 1983), que implica el reconocimiento, sea activo o pasivo, de la autoridad y legitimidad cultural de la propuesta simbólica que elabora un cierto grupo social para los demás. Sin embargo, el concepto tradicional de hegemonía usado por Lenin en Rusia y después por Gramsci en Italia (González, 1994a) ha sido aplicado de un modo más bien limitado y sin una conexión teórica y metodológica con las experiencias de la vida cotidiana, sin un claro y plausible vínculo con las fuerzas modelantes efectivas de los sentidos actuales y concretos de nuestras vidas. En general, en el campo de las ciencias sociales, “hegemonía” es un concepto que más bien se ha usado a grandes escalas. Ha sido comúnmente ubicada en la macro escala del Estado-Nación o en el sistema mundial: la dirección y el control de *todas* las clases sociales bajo las órdenes de un cierto bloque de grupos dominantes.

El concepto suele a veces ser confundido con el de dominación política y el de explotación económica. Con ello, se desdibuja su especificidad simbólica. Desde el estudio de la comunicación y la cultura, James Lull (1995), siguiendo a Stuart Hall, ha planteado que la hegemonía nunca es una estimulación directa de pensamiento o acción, sino un marco de definiciones encontradas de la realidad dentro del rango de la clase dominante.

El concepto es útil pues nos permite considerar el modo en que ciertos agentes sociales colectivos han establecido relaciones simbólicas específicas e históricas entre sí. Asimismo, nos deja preguntarnos e identificar la totalidad de las relaciones sociales de nuestra sociedad desde una perspectiva cultural, esto es, desde el punto de vista de todas las representaciones del mundo y de la vida elaboradas, bien por instituciones sociales o por agentes sociales en un modo interminable y dialógico.

Sin embargo, ubicado en las alturas de la teoría social, al ignorar la construcción tensa y dinámica de los significados comunes entre fuerzas ordenadoras y fuerzas disipativas, este concepto ha sido también mal utilizado y mantenido en desconexión metodológica con estudios empíricos de la propia producción antropológica de los individuos en sociedad (Bertaux, 1977).

Frentes Culturales: las formaciones elementalmente humanas en juego

Al hacer esto, los teóricos y los investigadores a veces han ignorado o descuidado el papel central de diversas “singularidades formales que nos aparecen como elementalmente humanas o formaciones culturales transclasistas” —como el antropólogo italiano Alberto Cirese hace tiempo nos señalaba (Cirese, 1984)— en la creación plausible de zonas compartidas comunes, diversas y expansivas de significados entre diferentes contingentes sociales.

El espacio de las tomas de posición para la búsqueda de la distinción (Bourdieu, 1998a) se establece precisamente por las acciones de contrincantes que compiten y operan sobre formaciones simbólicas transclasistas. Estas formas simbólicas *elementalmente humanas* nunca deben ser tomadas como esencias inmanentes o naturales. Todas ellas han sido históricamente generadas a partir de las necesidades básicas para sobrevivir como especie biológica, tales como alimentarse y habitar, cuidarse y quererse, creer y comer, envejecer y crecer como varón o hembra, confiar y honrar y así sucesivamente.

Todas ellas han sido generadas y modeladas a través de la historia en una perspectiva de larga duración. Diversos temas cruciales contemporáneos, tales como la definición social del género y la ecología, el desarrollo económico y la etnicidad, han sido encuadrados dentro de formaciones discursivas compartidas por todas las divisiones sociales: las mujeres han sido sometidas violentamente en todos los niveles sociales y en todas las épocas, el deterioro del ambiente daña a todos los seres vivos. Las *formaciones culturales transclasistas* no están dadas, sino que son construidas y deben su actual forma y existencia simbólica al encuentro de fuerzas de diferentes contingentes y contrincantes socio-históricos.

En este contexto, “hegemonía” es el nombre que damos al *momentum*² de relaciones de fuerza objetivas entre diferentes agentes sociales colectivos (clases, grupos, regiones, naciones y conglomerados de acción mundial) situados en un determinado espacio social cuando lo observamos desde un punto de vista *simbólico*. Esto es, cuando nos enfocamos en la creación y recreación de formas simbólicas en toda relación social.

² Uso *momentum* (cantidad de movimiento de un objeto móvil) en vez de *estado* (condición) para nombrar este tipo muy complejo e inestable de relaciones simbólicas.

Con ello buscamos separarnos explícitamente de la concepción de la hegemonía como un hecho negativo, como un síndrome de control total de una clase o como un cáncer a extirpar. Por el contrario, encontramos más productivo para una concepción dialógica de nuestra existencia simbólica común preguntarnos sobre *cómo, desde dónde y entre quiénes* cada relación específica de autoridad simbólica ha sido construida, deconstruida y recreada a lo largo de la historia.

Como sabemos, la historia significa cambios y mutaciones, que son nutridos por los movimientos sociales y por vectores simbólicos realizados, como señalamos más atrás, tanto por redes de agentes sociales (fuerzas disipativas) como por instituciones culturales especializadas que actúan como fuerzas centrípetas.

Dentro de este marco, no hay sociedad que pueda organizar la producción cotidiana de su vida sin hegemonía. Vista positivamente, podemos estudiar cualquier sociedad como un conjunto estructurado de relaciones objetivas desde la perspectiva de su dimensión simbólica.

Esta perspectiva debe ser considerada como un tipo de operación metodológica que nos permite interrogar a la totalidad de las relaciones sociales desde diferentes —pero complementarios— puntos de vista, como Fossaert (1977) ha señalado. Según la elaboración de este autor en tres dimensiones de las ideas de Marx, si examinamos una sociedad como un todo basados en el modo en que produce su valor económico, entonces la representación de la totalidad de las relaciones nos aparece como un *sistema de explotación*. También podemos interrogar a la sociedad sobre el modo en que el poder se organiza y se ejerce, y, entonces, la totalidad de la sociedad aparecerá como un *sistema de dominación*. Así, cuando interrogamos a la sociedad desde el punto de vista de los modos en que crea sus ideologías como *representaciones* del mundo, somos capaces de observar la totalidad de las relaciones sociales estructuradas como un *sistema de hegemonía*.

Valor económico, poder e ideología son dimensiones de toda relación social, y por ningún motivo deben ser entendidas como niveles aislados o pisos cristalizados.

La noción gramsciana de hegemonía (1981-1984) trabaja con la especificidad de esta compleja relación y, asimismo, Gramsci siempre tuvo cuidado en no confundir *hegemonía* con *dominación* (González, 1994a: 21-53).

Por su significación específica (Cirese, 1984) y por el potencial elementalmente humano implícito para crear y recrear múltiples mundos

posibles, no siempre debería ligarse de una manera rígida con los procesos de dominación o explotación de clase y, desde luego, la relación tiene que ser trabajada en otra perspectiva más completa.

La relación social de hegemonía, a diferencia de sus parientes dialécticas (la explotación económica y la dominación política), implica no sólo un par (explotador/explotado, en un caso, dominador/dominado, en el otro) sino una tríada de elementos. Esto es, el *hegemónico* o polo centralizante, el *subalterno/subordinado* o polo centralizado y *otro* polo, que ya no es más subalterno, pero que tampoco es todavía hegemónico, y que nos abre a una posible acción *disipativa* dentro de un territorio simbólicamente ocupado.

En cualquier relación hegemónica siempre existirá la posibilidad para un agente social colectivo de no ser subordinado, y, en tal caso, la configuración específica de los significados comunes no tendría más eficacia sobre ese “otro” polo. Al mismo tiempo, ese estatuto de “otro” abre un rango de nuevas configuraciones de sentido posibles, que todavía no son “hegemónicas” (como otra fuerza centralizante) porque no han articulado la voluntad colectiva de los agentes sociales aliados o enemigos en torno de su empresa de modelación simbólica (Gramsci, 1981-1984). Podemos pensar la hegemonía como un marco de posibilidades, como un espacio expansivo de múltiples convergencias en permanente juego. Debe ser señalado que la hegemonía no depende solamente del trabajo de anticipación y elaboración, sino también en la posibilidad de articular nuevos significados y fuerzas centrífugas en estrategias históricas de interpretación social. A diferencia de las relaciones sociales de explotación y dominación, la hegemonía debe ser construida y destruida principalmente a través de la comunicación simbólica.

Reflexividad y orden centralizado

Parte de la eficacia simbólica del tipo de hegemonía que actualmente conocemos y experimentamos reside en que *no sabemos que no sabemos* (Maturana y Varela, 1990), en la opacidad de nuestras relaciones, debido principalmente a la carencia de reflexividad personal y social. Volverse reflexivo significa *empoderarse* uno mismo al menos hasta una posición en la que se pueda lograr algún grado de autodeterminación. Esto es parte de la razón por la que el estudio de las culturas contemporáneas con la

ayuda de los Frentes Culturales puede ser útil, no sólo en términos del conocimiento científico, sino en términos de incorporarse en la activa reconstrucción de la reflexividad social y personal.

Identidad(es): siempre dialógica, por tanto en plural

“Identidad” es más bien un concepto rígido usado frecuentemente por analistas sociales para describir los modos en que diversos universos simbólicos se construyen y afirman en la subjetividad. En el mundo contemporáneo, sin embargo, la complejidad de los sistemas auto-referenciales se ha incrementado enormemente. Por ello, es preferible pensar en “identidades” más que en términos de identidad en singular. Más aún, es la *experiencia cotidiana de los mundos sociales estructurados* que genera percepciones y representaciones diferenciadas y diferenciadoras de mundos sociales crecientemente multidimensionales. Por ello nos reconocemos y hablamos de nosotros mismos como “siendo parte de” múltiples comunidades imaginadas (Anderson, 1993).

Una simple persona puede sentirse como “latina”, “mexicano-americana” o solamente “mexicana” según el tipo de herramientas culturales complejas (Werscht, 1998) que utilice en un contexto social específico. Se siente *orgullosamente latina* cuando Ricky Martin, Selena y Carlos Santana son lanzados a la cima del negocio del espectáculo por los medios. La misma persona puede sentirse profundamente conmovida como mexicana-americana en medio de una manifestación contra un proyecto de ley para restringir la inmigración. Sentirse conectada a través de la familia y las memorias del barrio cuando come enchiladas, bebe cerveza *Corona* y “escucha” (cantando, gritando, bailando y llorando) en un concierto masivo en directo mientras *Los Tigres del Norte* ejecutan “El otro México” o “Los Hijos de Hernández”.³ Esta persona —con toda seguridad— jamás se reunirá con la “Comunidad Latina” como un todo, o con la minoría mexicano-americana en persona. Pero, a través del contacto con textos culturales diferentes y narrativas com-

³ *Los Tigres del Norte* probablemente es la más importante agrupación de música norteaña tanto en México como en los Estados Unidos, por la apropiación que de sus canciones hacen millones de trabajadores migrantes mexicanos. A través de sus actuaciones, las experiencias de vida de esa población se han elaborado con una estética y posición peculiares dentro de una narrativa musical con un enorme atractivo desde hace más de 30 años (Doug Shannon, “Los Tigres Del Norte: El Ejemplo”, en *The Caliente Column*, <http://www.ondanet.com/tejano/caliente/hot2-09.html>).

plejas, puede tener la sensación, el sentimiento profundo de *ser parte de algo* mayor en lo que está incluida de un modo o de otro.

Identidades confrontadas: campos y redes ideológicas

La perspectiva de los Frentes Culturales ha sido construida como un elemento relacional dentro de un sistema teórico en el cual puede adquirir relevancia y validez científica.

Los conceptos de *campo* y de *redes ideológicas* deben ser introducidos para entender las dos fuerzas principales (orden y caos, centrípetas y centrífugas) que se mezclan en esa entretejida zona de inestabilidad simbólica que llamo Frentes Culturales.

Sabemos que toda clase de identidad es también construida en una situación determinada y que cualquier construcción es una selección de rasgos que satisfacen situaciones sociales particulares. Más allá de esto, debemos reconocer que cada construcción situacional tiene una trayectoria, ha sido construida históricamente. En consecuencia, tenemos un complejo resultado de diferentes “nosotros” y “otros”, de mismidades y alteridades. Todos esos universos simbólicos son constantemente creados y recreados con una tremenda cantidad de energía humana invertida. Son fuerzas móviles con diferentes direcciones y su equilibrio es más bien precario.

El comportamiento humano de todos los tipos está siempre ligado y construido con las dimensiones materiales de esos microcosmos simbólicos.

Podemos referirnos a estas dimensiones como “campos culturales”.

En términos analíticos, un campo puede ser definido como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones están objetivamente definidas, en su existencia y en las determinaciones que ellas imponen sobre sus ocupantes, agentes o instituciones, por su situación presente o potencial (situs) dentro de la estructura de distribución de especies de poder (o capital) cuya posesión otorga el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo, así como también por sus relaciones objetivas con otras posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.). (Bourdieu y Wacquant, 1992: 97)

Los *campos culturales* son extensas y complejas estructuras de relaciones que incluyen instituciones, agentes y prácticas que han sido

divididas dentro de una variedad de formaciones discursivas especializadas que coinciden con la división social del trabajo. Estos campos culturales están imbricados dentro de una dinámica crucial con redes ideológicas, dentro de las que agentes sociales no especializados en la elaboración de formas simbólicas —amigos, familias, gente común— leen, interpretan, interactúan y negocian cualquier producción discursiva en una constante dinámica. Los universos simbólicos resultantes son siempre creados de manera dialógica, es decir, en medio de vectores especializados entreverados con las condiciones discursivas de la vida cotidiana. Iglesias, escuelas, hospitales, museos, restaurantes, salones de baile, organizaciones de difusión y muchas otras instituciones juegan un relevante papel en la conformación y diseño cultural de nuestros imaginarios desde que nacemos.

Todas estas instituciones operan no sólo como vectores en la construcción del sentido de “nosotros mismos”, sino también en la construcción de nuestras diferencias con los otros. Este crecientemente complejo mundo de diferencias subjetivas es también el escenario donde identidades plurales son perpetuamente constituidas como sistemas de clasificaciones y prácticas sociales. Pero, ¿cómo pueden ser soldados, articulados y mezclados estos tan diferentes y contradictorios sistemas de clasificación? Sólo pueden ser compartidos a través del ejercicio de la comunicación. Desde los inicios del mundo moderno, especialmente a través de la comunicación mediada (Thompson, 1998), los campos culturales han estado interrelacionados dentro de un muy específico tipo de trabajo meta-simbólico. Este proceso puede ser entendido como una elaboración especializada, social y discursiva de *segundo orden* que opera sobre significados preelaborados.⁴ Es sólo mediante su trabajo de elaboración simbólica que eventos elementales de la vida humana (por ejemplo, nacer, morir, nutrirse, curarse, creer, expresar, divertirse, aprender y consumir) son etiquetados, narrados, metabolizados. Más concisamente, esos significados están simbólicamente “centralizados” mediante una elaboración diestra y sociohistórica. Estos son diseñados precisamente para conquistar y ocupar simbólicamente el espacio de significación de aquellos eventos profundamente humanos. En este proceso de ocupación creciente, la calidad de la gente es tan importante como la cantidad

⁴ Usamos la expresión “elaboración de segundo orden” para describir un nivel de trabajo discursivo más complejo que se realiza sobre las interpretaciones de primer orden de la realidad, vividas como evidentes, o *doxa* (Bourdieu, 1993).

de personas cuyo espacio de significación posible ha sido configurado y centralizado en torno de la particular definición de un cierto grupo social. Podemos encontrar un ejemplo perfecto de esto en el trabajo de Jane Tompkins (1985), quien desde un punto de vista feminista muestra cómo para la cultura norteamericana fueron importantes las novelas sentimentales. En aquellas novelas fueron diseñados personajes femeninos estereotipados y argumentos melodramáticos precisamente con el objeto de alcanzar grandes audiencias, para atraer públicos masivos entre 1790 y 1860. Esos son precisamente los años de la formación de la identidad nacional de los Estados Unidos, desde la Independencia hasta la expansión hacia el oeste. Tompkins muestra con maestría cómo las novelas sentimentales de aquel período, tales como *La cabaña del tío Tom*, operaron: “[...] como una empresa política, a medio camino entre un sermón y teoría social, que ambos codifican e intentan moldear los valores de su tiempo” (Tompkins, 1985: 126).

Este tipo de literatura no fue considerada importante y fue deplorada por los críticos literarios, pero atrajo a decenas de miles de lectores con un éxito inmediato que, en vez de desvanecerse, se ha reforzado a lo largo de las generaciones. Todos los vectores discursivos están en constante interacción con un infinito número de elaboraciones discursivas no especializadas que constituyen y sostienen el discurso social común. Este juego dinámico nos da un primer esbozo del discurso social total de cualquier sociedad (Fossaert, 1983). Para poder entender esta complejidad, podemos invocar el ejemplo familiar del Producto Nacional Bruto, la suma total del valor económico producido por una población dentro de un Estado-Nación concreto. De manera similar, el discurso social total debería ser entendido como la suma total del valor simbólico generado de todos los discursos y todos los textos existentes en un momento dado dentro de los confines de una locación geo-humana.

Como podemos imaginar, es interminable, siempre en arborescencia y no puede ser cuantificado debido a su propia naturaleza sígnica. Parece infinito, y en realidad lo es.⁵

Estas constelaciones de diferencias y posiciones objetivas pueden ser conectadas, comunicadas o vinculadas sólo por vía de una intensiva

⁵ La cantidad total de información que se genera en el mundo cada año es de 1,5 exabytes. Un exabyte equivale a 1 seguido de 18 ceros. Almacenada en discos, la información apilada alcanzaría más de tres millones de kilómetros de altura. Agradecemos a Aníbal Ford la referencia de este estudio: <http://www.sims.berkeley.edu/how-much-info/>

producción discursiva, cuyo equilibrio precario se puede interpretar como un *momentum* de hegemonía.

Por eso no percibimos la hegemonía como la suma de la ideología dominante que circula. Tal y como la consideramos, no tiene un carácter medible, mesurable o fijo; así, todo consenso hegemónico y sus móviles articulaciones deben considerarse como muy inestables, puesto que toda hegemonía está siempre sometida a una variedad de luchas simbólicas en las que agentes sociales —corporaciones, instituciones, clases, grupos— invierten poderosamente en el duro trabajo de elaboración discursiva de los vínculos posibles y las zonas comunes. El estudio de la formación y conformación de esos entrecruces conflictivos de equilibrio precario es lo que denominamos Frentes Culturales.

La categoría de Frentes Culturales puede ser usada como una *construcción teórica* de utilidad en estudios de la cultura y en las ciencias sociales en general, y también como una *estrategia metodológica* para volver observable y entendible la complejidad del *poder simbólico* en la vida cotidiana. Por supuesto, esta complejidad requiere de una aproximación igualmente compleja. El estudio concreto de un Frente Cultural puede, por tanto, ser realizado sólo mediante la construcción multidimensional de diversas configuraciones de información empírica.

Fronteras y arenas: un concepto abierto

El significado de la expresión *Frente Cultural* ha sido polisémico desde el principio.

Ambas palabras han sido utilizadas —principalmente en la tradición marxista— vinculadas a luchas políticas y movilización de masas (Mattelart, 1977). Más recientemente, Michael Denning (1998) ha estudiado en detalle la vanguardia proletaria que marcó la cultura americana desde las huelgas generales de 1934. El Frente Cultural se dio dentro del movimiento obrero, el proyecto artístico del New Deal y la emergencia de las industrias de medios.

También muy recientemente, la editorial de la Universidad de Nueva York ha lanzado una colección de libros bajo estas palabras, con el mismo compromiso radical frente a diferentes temas culturales (Nelson, 1997; Linton, 1998). En tanto que herramienta teórica, los Frentes Culturales deben ser comprendidos como un concepto abierto, o como un concepto sistémico. Es decir que no puede ser aplicado separado

de sus relaciones con otras construcciones: hegemonía, campos, redes ideológicas, discurso social, formas simbólicas y así diciendo.

Como apunta Bourdieu: “[...] los conceptos no tienen otra definición que la sistémica, y están diseñados para ponerse a trabajar empíricamente de una manera sistemática” (Bourdieu y Wacquant, 1992: 96).

Utilizo el término *Frentes Culturales* para referirme a ciertos modos claves de organizar este tipo de análisis crítico. Por otra parte, entre los diferentes universos simbólicos localizados, podemos distinguir que se están produciendo constantemente distintas fronteras y contornos. Ellas son, efectivamente *fronteras culturales*, determinadas por las posiciones objetivas de los agentes sociales. Estas fronteras deben ser consideradas como límites de alta porosidad construidos en términos que expresan y representan los intereses y las estrategias de varias formaciones y entidades colectivas (naciones, clases, grupos y regiones).

Los Frentes Culturales pueden también ser entendidos como espacios o arenas de lucha, generadas mediante un trabajo de elaboración discursiva que traza la dinámica de diferentes tensiones y conflictos localizados. Un santuario católico de devoción regional puede ser entendido como un Frente Cultural (González, 1994a: 97-157), en tanto que su espacio físico opera como una frontera entre al menos dos modos diferentes de entender y practicar la religión católica. Una zona porosa en la cual la religión popular, esto es, mayoritariamente la de los campesinos pobres y los proletarios urbanos, está entretejida y mezclada en algunos microespacios con la definición oficial y legítima de la fe, la divinidad y los santos, en el discurso religioso del campo sostenido por las clases altas y la alta jerarquía religiosa.

Podemos documentar y describir empíricamente, la coexistencia discursiva pacífica, pero, al mismo tiempo, hay rasgos y evidencias de una intensa y a veces apasionada lucha cultural.

Esos espacios son el lugar de luchas simbólicas en torno del significado de las imágenes divinas y su relación con los humanos. Podemos encontrar fronteras simbólicas en medio de un ritual público como la celebración de las fiestas.

En estas celebraciones colectivas de cada región del país, la identidad regional que es una *comunidad imaginada*, es inventada integrando y desagregando rasgos culturales del mismo modo que el establecimiento preciso de los límites permitidos de lo que es “diversión” y lo que no lo es. Los sentidos de “quienes somos” y qué es “diversión” son elaborados

a través de diferentes prácticas y discursos que circulan y median entre diferentes clases sociales (González, 1994a: 185-225). Podemos pensar en términos de Frentes Culturales cuando consideramos el atractivo transclasista de algunos géneros televisivos, como las telenovelas, y los diferentes significados construidos de esa misma experiencia cultural (González, 1998).

Esta elaboración de significados comunes consiste en definir y redefinir constantemente aquello que puede ser construido en común como definiciones o elaboraciones socialmente compartidas.

Elas son *formaciones simbólicas transclasistas* porque de ninguna manera son exclusivas de una porción de la sociedad; más aún, tienen la potencialidad de ser compartidas a través de todos los sectores, estratos, grupos y regiones.

Sobre estos elementos, el *verdadero* significado de las necesidades comunes *para todos* ha sido históricamente construido. Esta necesidad “común” es transclasista porque, sobre ella, identidades inclusivas han sido creadas a pesar de las diferencias sociales. Podemos pensar en el *sentido común* de necesitar una “troca” (hispanización de *truck*, furgoneta), considerada como una herramienta para sobrevivir en Texas, tal y como algunas películas lo muestran.

Esta necesidad de sentido común es transclasista porque tienen que crearse sobre ella identidades incluyentes: somos texanos, somos andaluces, somos catalanes, somos aragoneses o somos mexicanos, según el momento y *a pesar* de las diferencias sociales.

Es transclasista por su especificidad peculiar, ha sido elaborada como valor común, como el sentido de la democracia y el mundo libre para todos los americanos, a pesar de diferencias políticas o afiliaciones religiosas. Podemos verificar este carácter transclasista mirando el interesante libro de James Hunter (1991), en el que estudia históricamente lo que llama *guerras de la cultura* (culture wars). A partir de las ideas de Gramsci sobre la hegemonía y el papel de los intelectuales en la sociedad, se centra en las batallas contemporáneas para dotar de sentido a las instituciones americanas como la familia, el arte, la educación, la ley y la política, como claves y conflictivas para la definición moral de América.

El estudio de Hunter está basado en información histórica y discursiva que despliega con maestría para señalar una serie de temas comunes para los “americanos”, y puede ser comparado en alguna medida con

el concepto de Frentes Culturales.⁶ Parece que, para Hunter, la guerra cultural que Estados Unidos experimenta actualmente está ligada a algunos cambios estructurales de la modernidad: el crecimiento de la población con educación superior desde 1960 y la fuerte competencia entre diferentes instituciones religiosas y laicas por el establecimiento de una *autoridad moral*. También sostiene que esta guerra (transclasista) americana es el evento más importante desde la Guerra Civil americana para la definición de la identidad nacional: “[...] esta Guerra cultural atraviesa la vida de la mayoría de los americanos, incluso de aquellos que están o les gustaría estar totalmente indiferentes” (Hunter, 1991:50).

Hunter identifica cinco sitios de conflicto:

[...] este conflicto tiene un impacto decisivo sobre la **familia** —no sólo sobre temas cruciales como la reproducción y el aborto, sino sobre un rango amplio de otros temas tales como los límites (si los hay) de la legitimidad sexual, el rol público y privado de las mujeres, cuestiones sobre la crianza de los niños y hasta la definición de lo que constituye una familia en primer lugar. El conflicto cultural concierne a la estructura y al contenido de la **educación** pública —cómo y qué aprenderán los niños americanos. También afecta el contenido de los **medios** —desde las películas que se exhiben hasta los programas que transmite la televisión y los libros que son leídos y el arte que se muestra. Tiene un efecto crítico en la conducción de la **ley**, particularmente en los modos en que los americanos definen los derechos —quién debe tenerlos y quiénes no y con cuáles intereses debe alinearse el Estado. Este choque cultural tiene también consecuencias tremendas para la **política** electoral, en la manera en que los americanos escogen a sus líderes. (Hunter, 1991: 50-51)

Estas configuraciones simbólicas creadas en el mundo de la vida cotidiana tienen diferentes apropiaciones que ayudan a producir la construcción de diferentes “yo” y “nosotros”, en este caso, diferentes maneras encontradas de “ser” americano.

Frentes Culturales: discusión y propuesta

Los Frentes Culturales deben considerarse como configuraciones producidas dentro de las dinámicas de múltiples cambios históricos de las

⁶ No discutimos, por ahora, las diferencias teóricas y metodológicas de la propuesta de Hunter con los Frentes culturales.

estructuras simbólicas. Estos procesos pueden ser entendidos como generándose precisamente en el vórtice de un equilibrio tenso y precario.

Por una parte, los Frentes Culturales son *estructurales*, hechos sobre un conjunto de relaciones. Por otra parte, también están en constante movimiento y ayudan a construir una especie de olla en la que se encuentran en estado de ebullición conflictos y tensiones culturales.

La estructura tentativa y el orden creado desde flujos no lineales y trayectorias multidireccionales del sentido son muy similares al caos. La estabilidad precaria de estos universos simbólicos construidos está constantemente sujeta a las acciones e interacciones variables de muchas fuerzas simbólicas y negociaciones. Podemos imaginarla como un espacio caótico de movimientos oscilantes que, una vez que arriban a una bifurcación crítica, de repente se cristalizan dentro de estructuras y proyectos reconocibles —y, sin embargo, no completamente fijos— que forman un orden simbólico. En este escenario es donde podemos encontrar espacios particulares de luchas, y para ello requeriremos de una aproximación metodológicamente compleja.

Segunda Parte

Frentes Culturales y niveles de análisis: sub-procesos, procesos y meta-procesos

En este tipo de objeto complejo podemos encontrar tensiones, inestabilidades y órdenes precarios en diferentes niveles de análisis. Si seguimos las sugerencias de Piaget y García (1982) para el análisis de los procesos, cualquier Frente Cultural puede ser establecido y estudiado de acuerdo a tres niveles de relaciones y dinámicas de procesos. En el nivel de los sub-procesos, tenemos que describir las relaciones (intra-objeto) entre cada uno de sus propios elementos. Normalmente, esta etapa implica un tipo de descripción densa y un acercamiento fenomenológico de la especificidad de cada componente.

Una descripción precisa, por ejemplo, de los espacios clave de interacción durante la feria de Colima (González, 1994a: 207-210) puede satisfacer este nivel lo mismo que una detallada observación de las rutinas de un equipo de producción de telenovelas. Enfrentamos un segundo nivel de *procesos* (inter-objeto) cuando identificamos las relaciones que ligan los componentes o elementos entre sí.

Entramos en este nivel, para continuar con el ejemplo, sólo cuando establecemos un conjunto diferenciado de relaciones entre los componentes de una feria (mercado, exposiciones, salón de baile, palenque de gallos, y así sucesivamente)

En nuestro estudio de la producción de las telenovelas mexicanas (González, 1998: 90-91), este segundo nivel lo identificamos al establecer las relaciones *entre los diversos equipos* de producción dentro de la organización televisiva (Televisa).

Finalmente, el nivel más alto de complejidad viene cuando construimos la escala de los *meta-procesos*, en los que tenemos que establecer las relaciones que generan la estructura entre nuestros componentes. Los meta-procesos pueden ser identificados como relaciones de *tercer orden*, esto es, relaciones establecidas sobre *meta-relaciones* del fenómeno u objeto. De hecho, operan y deben ser consideradas como *condiciones de contorno* del sistema estudiado, o perturbaciones externas del segundo nivel.

Por esa razón, Piaget y García (1982: 33) usan la expresión “trans-objetal” para hablar de los mecanismos de construcción de las estructuras.

En el caso de las ferias regionales, pasaríamos a determinar (aunque el estudio empírico no desarrolló esta parte) la generación de las estructuras a escala nacional del sistema de ferias de México. Para el caso de las telenovelas, este nivel fue establecido como la estructura del campo del entretenimiento y del mercado mundial de ficción.

Con estas herramientas, a diferencia de Hunter, podemos claramente establecer distintos niveles de conflicto y conflagraciones culturales: frentes *intra*-culturales, frentes *inter*-culturales (relaciones de segundo orden entre diferentes Frentes Culturales) y frentes *trans*-culturales (relaciones de tercer orden). Esto es lo que significa para mí la construcción sistémica del concepto de Frentes Culturales.

Frentes Culturales: estrategias metodológicas para su construcción

El tipo de estrategia que esta clase de proceso social complejo implica y amerita es múltiple e incluye el uso de varias técnicas de investigación para la adecuada construcción de observables, así como el uso complementario de métodos de análisis para el procesamiento y el manejo de la información para conseguir nuestro objetivo teóricamente plausible.

La construcción y el análisis de cualquier frente cultural requiere, al menos, de cuatro tipos de fuentes y formatos de información que debemos generar para satisfacer y facilitar el análisis de los tres niveles de procesos que mencionamos atrás. La primera es *información estructural*, que surge de la multidimensionalidad de todo espacio social. La segunda es *información histórica*, con la que perseguimos identificar y documentar las diferentes trayectorias y cambios de los distintos agentes y estrategias en juego. El tercer tipo de datos que requerimos para construir el frente cultural es *información situacional* para describir los contextos etnográficos de los conflictos, las luchas y las complejas mezclas resultantes localizadas en términos de espacios, tiempos y actividades. El cuarto tipo necesario es *información simbólica*, la que requiere del uso de una estrategia socio-semiótica que pueda hacer descripciones detalladas de la construcción de sentido socialmente localizada. Elaboremos ahora estos cuatro puntos.

A) La dimensión estructural

Estudiar los Frentes Culturales significa entender dinámicamente procesos culturales muy complejos, y, por esta razón, todo intento de estudiar como Frente Cultural algún aspecto de la dinámica de una sociedad determinada debe ser situado dentro de un espectro de relaciones sociales objetivas. “Objetivas”, en este sentido, se refiere a la existencia de diferentes relaciones sociales en un amplio rango, independientes de la voluntad o conocimiento de las personas, es decir, la estructura que está más allá del agente social. Y por ningún motivo son sólo relaciones económicas, sino, al mismo tiempo, relaciones políticas y simbólicas. Esto recuerda lo que el etnólogo francés Marcel Mauss (1974) llamaba “hecho social total”. Y estas relaciones son el principio de la base de la configuración de cualquier espacio social en el que podemos encontrar diferentes *lugares* o posiciones. Estos lugares son definidos tanto por su distancia relativa entre ellos como por las luchas entre esas posiciones. Toda actitud, acción, práctica o interacción depende, en principio, de dicha posición social del actor o de la institución. La observación y descripción de cualquier rasgo o característica de un agente social deben ser relacionadas de un modo no mecanicista con ese tipo de relaciones sociales.

Veamos algunos ejemplos. Es debido a su posición en el sub-campo del entretenimiento de la música popular que, por ejemplo, *Los Tigres*

del Norte cantan ese tipo de canciones rancheras, se visten con ese tipo de trajes de tipo tradicional, expresan un tipo de pensamiento sencillo a lo largo de una entrevista televisiva. Desde este punto de vista *objetivo*, una vez que ellos ocupan una posición clave dentro del campo, las fuerzas sociales que se han creado en esos diferentes lugares sociales “hablan”, “actúan” y “suenan” a través de sus acciones individuales. Así, las características desarrolladas y reconocidas del grupo (letras, ritmos y el virtuoso sonido del acordeón) están *más allá* de cualquier pensamiento o acción individual de sus miembros.

La fama, esto es, el reconocimiento simbólico de dichas propiedades estructurales por audiencias específicas, se debe más a una posición estructural que a una acción voluntaria, libre, o a alguna propiedad individual. El mismo principio opera en el comportamiento y actuación de Ricky Martin. Quizás a él le gusta o no la música *ranchera*, pero, por el lugar objetivo en el que está colocado dentro del campo del espectáculo, jamás cantará o bailará una canción ranchera. Incluso la forma de sus cuerpos y las técnicas de su auto presentación no son una elección “individual”. Si los hermanos Hernández y su grupo conocido como *Los Tigres del Norte* o Enrique Martín Morales (*Ricky*) nunca hubieran existido, otro agente social hubiese ocupado la posición estructural en la que ellos están colocados.

Y, por consiguiente, ese agente social habría generado, cultivado y mostrado las propiedades creadas y requeridas para esa posición estructural. El estilo personal o “sabor”, por tanto, existe solamente si es reconocido dentro de los límites estrechos de un mercado simbólico determinado. Este mercado es la estructura *objetiva* que otorga o retira los valores relativos a cualquier actividad específica dentro de su ámbito.

Cualquier estructura determinada opera como un conjunto de constricciones, con o sin la conciencia de los agentes sociales. Necesitamos generar información apropiada de la estructura y composición del espacio social en el que estamos estudiando un frente cultural. Y podemos observarla al utilizar diversas técnicas que nos ayuden a describir e identificar la distribución social de los recursos “válidos” que operan en un campo específico.

Para tal efecto, normalmente podemos describir la estructura y composición de los capitales económico, social y cultural que están en juego (Bourdieu y Wacquant, 1992). En otras palabras, requerimos construir las relaciones que conectan los lugares de este espacio social con la distribución de tres especies de recursos sociales: los recursos

económicos, las relaciones sociales movilizantes y los bienes simbólicos. Recordemos que el capital no es una cosa, sino una energía, una relación social activa y objetiva. Este es uno de los principales problemas con el citado trabajo de Hunter (1991). Él puede muy bien localizar el conflicto, las actitudes y las acciones de los contrincantes, pero su perspectiva no nos ofrece la clase de análisis estructural que necesitamos tan pronto como nos movemos en el nivel de los procesos y meta-procesos de los conflictos culturales de la sociedad moderna.

B) La dimensión histórica

La imagen generada por la descripción estructural del espacio social debe ser entendida como un punto o un “estado” momentáneo de una trayectoria de mayor longitud. Esa trayectoria debería ser trazada a través de una detallada historiografía cultural a partir de una variedad de documentos y otras fuentes que incluya, desde luego y cuando sea posible, testimonios orales (Bertaux y Thompson, 1993). A partir de esas fuentes, podemos trazar y elaborar los diferentes cambios de posición en la *longe dureé* de los elementos, los agentes, los lugares y las relaciones que observamos. Esa historia construida de ninguna manera debe entenderse como lineal. La creación y recreación histórica de los conjuntos sociales puede ser esbozada a través de múltiples hilos de experiencias sociales y culturales. Al seguir y reconstruir el largo recorrido de la formación de los Frentes Culturales, obtenemos la perspectiva necesaria para entender las huellas entrecruzadas, los senderos y caminos de las luchas y estrategias simbólicas que han convergido y se han mezclado dentro del entendimiento compartido como “normal” o común por ciertos grupos socialmente diferenciados en un determinado espacio y tiempo social.

La propuesta detrás de la perspectiva de los Frentes Culturales es que aquello que hoy experimentamos como obvio, normal, eterno, etc., es el resultado de diversas series de confrontaciones conflictivas. Esas luchas pueden ser localizadas en diferentes trayectorias de agentes sociales que definen y elaboran “a su modo” elementos transclasisistas tan básicos y elementales como las necesidades, las identidades, los valores. Es solamente sobre estas cuestiones necesaria y elementalmente humanas (Cirese, 1984, González, 1994a: 62) —porque, precisamente, *pueden ser efectivamente compartidas* a través de las diferentes posiciones y condiciones sociales— que deben ser contruidos todos los significados

comunes, aunque siempre inestables. Sólo interrogando históricamente estos espacios culturales específicos, podemos delinear en detalle la naturaleza de dicha inestabilidad.

Podemos seguir la trayectoria de *Los Tigres* o de Ricky Martin partiendo de su posición actual hacia atrás. Los vemos colocados en diferentes posiciones en el campo y podemos también recuperar información sobre su “iniciación”, su primer entrada dentro del espacio social especializado del espectáculo. Ambos tuvieron, necesariamente, que aprender de sus interacciones con otros agentes previamente situados. Podemos encontrar, por ejemplo, los relatos de su “descubrimiento” y el modo en que comenzaron a ganar visibilidad mediática, y a partir de ahí su acceso a los *gustos* de amplias audiencias. Normalmente, podemos también encontrar a través de un buen trabajo historiográfico trazos de diferentes etapas en su transformación física: diseño corporal para poder ser admirado y volverse sexualmente atractivo —en el caso de Martin— y el look norteno y ranchero estilizado de los *Tigres*. Estos últimos deben *parecer* muy “mexicanos”, y, por requerimientos de la estructura, sus movimientos y sus cuerpos no necesitan satisfacer el diseño estético seguido por —e impuesto sobre— Ricky Martín y otros actores de su tipo. De este modo, podemos ver con claridad cómo dentro de la imagen construida y editada de las “estrellas”, la estructura es sensible a los gustos de sus públicos particulares. El diseño corporal de Ricky y sus rasgos raciales (blanco, de look caucásico), junto con un buen manejo de su imagen organizacional mediante rituales públicos y eventos mediáticos⁷ (como los premios Grammy en televisión), pudieron activar su “descubrimiento” para el mercado de habla inglesa. Así, un *momentum* estructural específico y una adecuada plataforma de lanzamiento permitieron (en una especie de salto *cuántico*) que las habilidades de actuación de Martin pudieran ser valoradas desde el mercado “hispano” (esto es, una posición dominada específica en el espacio social global) hacia las ligas mayores, es decir, a la industria mundial del entretenimiento “global”.⁸ Ricky Martin puede trasponer algunas constricciones

⁷ Cada vez es más común la “producción”, a través de la televisión y otros medios que incluyen la red Internet, de rituales públicos *potenciados* y, desde luego, *diseñados* para su visibilidad mediática: el Super Bowl, la copa del mundo, bodas y funerales de famosos, conciertos y hasta nacimientos en vivo. Con ello se potencia un estilo de diseño cultural propiamente *industrial* que transforma y modula nuestra percepción de la vida pública. Ver Del Río (1996) y Thompson (1995).

⁸ Ricky Martin ganó visibilidad mundial a través de una combinación de ritual público y televisión, primero en julio de 1998, cuando su canción “La copa de la vida” fue elegida para la

suavemente e ir más allá (voz, coreografía, vestuario y apariencia externa) de lo que nunca les sería “permitido” estructuralmente a *Los Tigres del Norte*. Ellos han sido diseñados y construidos histórica y estructuralmente para satisfacer otro gusto, difícil de tragar y digerir fuera de la posición estructural y de las propiedades que de hecho satisfacen el gusto estético y musical de las clases sociales bajas de México y de los inmigrantes a los Estados Unidos.

Sus canciones han sido formadas siguiendo una muy larga tradición narrativa conocida como corridos. En ese género, las letras son siempre en español y narran historias de penas, sufrimientos, discriminación y orgullo de ser mexicanos en una situación difícil y fuera de su hogar.

Con muy ligeras transformaciones de su apariencia física y sus habilidades musicales y escénicas, *Los Tigres del Norte* son, como Ricky Martín, “productos” de grandes organizaciones. Sony Music⁹ está produciendo grandes ganancias en el mercado mundial, y una buena porción del total de las ventas de la llamada “música latina” está ligada al crecimiento del poder de compra de la “comunidad latina” en los Estados Unidos de América. Al entrar el nuevo siglo, los “latinos” son la más importante minoría en ese país, pero todavía son considerados con poco respeto por grandes instituciones americanas, como la educación. Todavía tienen que ganar autoestima y reflexividad crítica para poder cambiar su actual situación de subalternidad (Trueba, 1998: 31-64).

Por más de veinte años, este grupo musical ha funcionado como un reservorio de memoria para cientos de miles de inmigrantes mexicanos pobres, que son una de las más bajas posiciones en la economía americana. Ellos ya eran “famosos” mucho antes que Ricky Martin, pero en la *zona dominada* del campo del entretenimiento.

Estudiar los Frentes Culturales nos impulsa a buscar cómo se han ido construyendo los cambios y cómo se han transformado los agentes y sus diferentes estrategias para modular el sentido. Por ello, ponemos

ceremonia de apertura de la Copa del Mundo en Francia. Sus características y actuación fueron bien recibidas (especialmente en ganancias económicas) y de ahí fue invitado a la ceremonia de los premios Grammy en 1999 (otra combinación de ritual público y emisión electrónica), en donde su canción y su estilo de presentarla se recibieron como “aire fresco”. De repente, “Livin la vida Loca” estaba en la cima de las clasificaciones. Luego, Ricky se fue directo a las portadas de diversas revistas y fue entrevistado en los más populares programas de la televisión americana.

⁹ Recordemos que Sony originalmente es un productor de *hardware*, de cacharros técnicos, que, como otras compañías de su tipo, ahora no sólo nos vende televisores o aparatos de sonido, sino también sus “contenidos”.

atención en documentar las diferentes posiciones que han ocupado en el tiempo.

En ambos casos, la construcción de un frente cultural puede operar como una útil estrategia metodológica una vez que hayamos definido los límites del estudio. El foco podría ser la transformación del gusto musical específico y localizado de los inmigrantes mexicanos. O, si nos interesa una arena más amplia, la reconstrucción de las diferentes estrategias para la creación de un icono transnacional sacado de una zona dominada del campo del entretenimiento industrial y diseñado originalmente para las posiciones más bajas. En ambas trayectorias, podemos ubicar muchas luchas diferentes (niveles *intra*, *inter* y *trans*) para la construcción de una *plataforma simbólica común* en la que todos (o en su gran mayoría) los agentes sociales involucrados puedan reconocer al menos algunos componentes como suyos o, cuando menos, cercanos a su experiencia cultural. Cuando este nivel más amplio de organización de significados fracasa, enfrentamos un *momentum* crítico, en el cuál el equilibrio precario que define toda fase de hegemonía está amenazado y se abre la posibilidad de un cambio estructural.

Con estas dos primeras miradas, cercanas a un *estructuralismo genético* —como ha dicho Bourdieu—, señalamos la importancia de identificar el espacio de relaciones objetivas ampliamente independientes de la conciencia y voluntad de los agentes (Bourdieu, 1993) para el estudio de la cultura.

En los dos siguientes apartados, vamos a enfocarnos sobre el espacio de la toma de posiciones. Iremos, primero, dentro de la vida cotidiana para entender y describir las acciones y los sistemas de clasificación y acción que operan en situaciones sociales específicas y en rituales públicos, para después discutir la especificidad simbólica de los Frentes Culturales.

C) La dimensión situacional

Una vez que hemos estudiado la representación estructural y la trayectoria histórica que configura los procesos que deseamos entender como un frente cultural, tenemos que enfrentar las circunstancias y negociaciones cotidianas de una situación, contexto e interacción precisos en los que actores sociales reales se comunican e interactúan. Este es el sitio en el que la acción humana y los actores concretos se encuentran en medio

de entornos o escenarios cotidianos y específicos. Como vimos antes, todos esos escenarios deben ser entendidos como componentes de la estructura de relaciones y han sido producidos en su forma actual por una trayectoria de cambios históricos. Sin embargo, por ningún motivo se puede simplemente “deducir” los contextos de dichos escenarios directamente de la organización estructural del espacio social. Para estudiar en detalle un Frente Cultural, necesitamos localizar las actividades sociales específicas dentro del conjunto de sus coordenadas sociales mínimas: espacio, tiempo, personas, actividades y metas.

Este trabajo puede ser realizado con la ayuda de la etnografía (Goffman, 1970; Mauss, 1974; Spradley, 1980; Babbie, 1997: 202-230; Galindo, 1998c: 347-383; González, 1998: 233-253; Wersch, 1998). Las descripciones de esos contextos comúnmente producen muchas observaciones y registros que pueden ser integrados dentro de *taxonomías* mediante las que podemos volver observables los sistemas localmente situados de clasificación desde el punto de vista del *insider*, es decir, del participante activo.

En esta etapa, el rol de la *reflexividad de segundo orden* del “observador” que observa la propia producción de su mirada es crucial (Maturana, 2001).

La perspectiva de los Frentes Culturales intenta entender la creación de consensos más o menos precarios en sociedades complejas en las que participa el investigador como un agente social activo y diestro, como todos en la producción de los contextos y estructuras que habita y no sólo como alguien “libre” de valores que realiza observaciones “limpias” y “objetivas”.

Jean Piaget, Rolando García (1982: 246-277) y otros más han desarrollado con maestría este argumento en toda su extensión. En esta mirada situacional, podemos hacer varias descripciones etnográficas en diferentes contextos e incluso retomar otras ya realizadas.

Esto podría conducirnos a encontrar ligeros matices o contrastes explícitos respecto a lo que es la “buena música”. Podemos ver presentaciones en vivo, asistir a tiendas de música, registrar conversaciones escolares, programas de televisión y radio, entrevistar a organizaciones de músicos, observar grupos, bandas, cantantes al participar en diferentes rituales públicos. Erving Goffman (1970), entre otros, ha señalado la importancia clave de los rituales para la construcción y reconocimiento social de la persona, al usar y desarrollar algunas herramientas del trabajo clásico de Durkheim sobre la religión (1968). Es el *contexto situacional*

lo que activa la construcción y despliegue de sistemas específicos para clasificar los fenómenos culturales en confrontaciones reales y vivenciadas, por ejemplo, entre el “verdadero” buen artista Ricky Martín y el “evidente” mal gusto y deficientes habilidades musicales de *Los Tigres del Norte*, si sólo tomamos un lado del fenómeno. Podemos también observar esto en el caso de la religión popular en México, donde las clases bajas hacen peregrinaciones con las que implican y materializan sus modos de comunicarse con entidades poderosas como *Sanjuanita* o *El Santo Señor de Chalma* y muchos otros, mediante múltiples formas de exvotos y retablitos pintados (González, 1994a: 97-157). Podemos comparar esto con las acciones y las valorizaciones dadas por las clases altas y la jerarquía eclesiástica a esta práctica “tradicional, simplona e irracional” para diferenciarse de esos comportamientos de “mal gusto, fanatismo e idolatría”.

En el análisis situacional, descubrimos múltiples choques de narrativas y rituales que muestran y conectan identidades, con la preeminencia de una de ellas, que de hecho (es decir, estructural e históricamente) controla y administra las reglas, los espacios, los objetos y las imágenes de devoción colectiva de los santuarios. La meta de esta etapa situacional es identificar las *taxonomías simbólicas*¹⁰ tal y como operan en los contextos cotidianos y en los rituales públicos en los que diferentes posiciones sociales se expresan y confrontan al movilizar sus recursos y sus fuerzas (por ejemplo, la tecnología). Encontraremos aquí una imagen y una dimensión diferente del poder, siempre activada en toda relación social y que puede que sea reforzada o disminuida por los usos sociales diestros y las disposiciones de objetos, espacios, ritmos, autopresentaciones y representaciones que expresan siempre la resultante de *estrategias* operadas y diseñadas por diferentes agentes sociales situados en lugares sociales distintos. Es aquí cuando podemos, de hecho, ver en acción las profundas *formaciones transclasistas* como el género, la raza y la edad, que enmarcan nuestro modo de experimentar y vivir otros tipos de construcciones elementalmente humanas, como amar, cuidar, crear, curar, expresar, alimentar, pensar, consumir, divertir y ser visibles en la vida social (Cirese, 1984). A través de una detallada elaboración en la que son activadas varias operaciones semióticas y discursivas, estas construcciones simbólicas se diseñan, se forman y modulan para ir más allá de los límites

¹⁰ Una taxonomía implica la explicitación de algún principio de jerarquización de relaciones y objetos simbólicos.

impuestos por el *espacio social de las posiciones* y el habitus de clase. Las relaciones entre estos desempeños culturales activan el *espacio social de las posiciones* (Bourdieu y Wacquant, 1992), en el que diferentes Frentes Culturales pueden ser creados, desplegados y eventualmente chocar. En términos musicales, estas operaciones podrían implicar, por ejemplo, la modificación deliberada de un estilo para atraer públicos mayores y más diferenciados. Esta dinámica acciona la constante recomposición de formas simbólicas complejas (Thompson, 1998) para anticipar un consenso más expansivo, sea activo o pasivo. Este consenso o pacto simbólico está ligado a una elaboración de *primer orden* diseñada para lograr el reconocimiento de una *jerarquía de significados y narrativas*, y su operación constituye una forma más compleja de organizar y transmitir vectores simbólicos a través del tiempo y del espacio.

El rol de los rituales públicos como Frentes Culturales en la construcción de narrativas incluyentes (o consensuales) en este proceso ha sido resaltado por R. White (1991, 1992) como una clave para entender la construcción de hegemonía. Así, en el estudio contextual de los Frentes Culturales, podemos identificar varias estrategias para crear, limitar y eventualmente *ocupar* un territorio simbólico que no era necesariamente común, pero que se ha convertido en ello por fuerzas sociales a través de discursos y formas simbólicas complejas. Pero también podemos identificar la portada polisémica de retórica que tiene el potencial para crear diversas e incluso contradictorias “lecturas” e interpretaciones de la misma y deseada comunidad de símbolos.

No hay poder que se ejerza sin múltiples resistencias y, como cualquier otra forma de poder, no hay discursos sin contra-discursos. La composición, características y transformaciones de esta permanente tensión discursiva nos lleva a la *dimensión simbólica* de los Frentes Culturales.

D) La dimensión simbólica

Hemos visto que el estudio de las dinámicas simbólicas como Frentes Culturales debe siempre ser conectado con las determinaciones históricas y sociales, pero, al mismo tiempo, debe ser resistente a toda clase de reduccionismos. Como hemos visto, esta dimensión simbólica se verifica porque estamos frente a actores, acciones, relaciones y procesos *significantes*; por ello tenemos que ser capaces de describir en algún

detalle las dinámicas de la construcción del significado que se forma, se deforma y se transforma en los escenarios y situaciones sociales cotidianas como en los rituales públicos. A base de muchos tumbos y errores, en las ciencias sociales sabemos que no podemos deducir mecánica y directamente cualquier “determinación” de los significados de las condiciones históricas y estructurales. Tenemos que trabajar en detalle con la especificidad simbólica que subyace, permea y emana de la constante y compleja elaboración discursiva de las experiencias. Esa especificidad opera, de hecho, como una “segunda realidad”, como nos muestra la semiótica de la cultura (Baitello, 1997), y es tan real como la realidad biofísica de la especie humana. Toda lucha o conflicto que podamos localizar en la estructura, la historia y los contextos tiene su especificidad simbólica, que jamás es secundaria.

Esa especificidad es crucial para entender los Frentes Culturales, que no son desde luego realidades tangibles, sino más bien estrategias para volver observable ciertas formas complejas de interacción y producción socio-históricas significativas.

Como sabemos, la dinámica cultural de las sociedades modernas puede entenderse en el encuentro de dos procesos entretnejidos (González, 1999b).

Por una parte, existe una compleja estructura de organizaciones especializadas (campos culturales) ocupadas en la creación, preservación y distribución de complejas formas simbólicas. A lo largo de la historia, esos campos han producido sus propios especialistas (sacerdotes, científicos, maestros, filósofos, periodistas, cantantes, pintores y muchos otros). Todos estos productores simbólicos han estado a cargo de la creación y recreación de múltiples, especializados y complejos discursos y prácticas conocidas como religiones, ciencias, pedagogías, filosofías, periodismo, artes, etc. Tienen sus propias apuestas, reglas y luchas internas para preservar o cambiar, para mantener o retar las relaciones específicas que definen cada campo.

Todos los *campos culturales* tienen un grado variable de autonomía respecto de otras constricciones sociales y *meta-procesos* que vienen del *campo del poder*. Bourdieu y Wacquant (1992) llaman “campo del poder” a una estructura objetiva que funciona en el nivel de los *meta-procesos* y en la que operan relaciones trans-objeto, esto es, relaciones a través de todos los diferentes campos que establecen, para ciertos períodos, un principio de jerarquización entre ellos. Este sería el nivel trans-campal o global de las luchas por el ejercicio del poder simbólico.

Debemos entender el *campo del poder* como *el campo de todos los campos*, como el espacio social global en el que cada campo es un elemento que ocupa un lugar en tensión permanente con los otros.

Para conseguir preservarse y operar con eficacia simbólica, cada institución cultural debe generar y mantener un público, unos seguidores, una audiencia o clientela a través del tiempo.

Todos están ubicados, aunque en movimiento constante, dentro de un determinado estado de distribución y acceso a la energía social (o capital específico) propia de ese mismo campo.

Las instituciones especializadas de todo campo cultural deben ser capaces de captar, obtener y concentrar la atención de la gente, es decir, su *biot tiempo* (Romano, 1998).

Estas instituciones deben diseñar estrategias simbólicas múltiples y flexibles para anticipar el atractivo posible de sus producciones hacia el público (un libro, una canción, un sermón, una noticia, un ensayo, etc.). El núcleo de estas estrategias organizacionales debe siempre estar hecho a partir de una elaboración discursiva de algún tema o motivo elementalmente humano.

El público debe ser capaz de identificar, seleccionar y ser atraído por las producciones simbólicas de los agentes especializados. Así, según el campo frente al que nos situemos, nos encontramos interpelados como “cristianos”, “seguidores”, “miembros”, “consumidores” o “militantes”. Esta eficacia socio-simbólica se traduce en un *habitus* y, desde luego, en un tipo de personalidad distribuida de forma serial. Claramente, no existen los gustos aislados ni la individualidad pura. La teoría del *habitus* (Bourdieu y Wacquant, 1992) nos da los elementos para un entendimiento no subjetivo de la subjetividad y puede ser reforzada con la noción de “cognición distribuida” (Salomon, 1993) en un productivo diálogo con los desarrollos neo-Vygotskianos de la mente como acción (Werscht, 1998).

La convivencia ideológica de las sociedades modernas implica, por un lado, la elaboración discursiva de los significados por un conjunto preciso de instituciones y agentes, y, por otro, conjuntos de agentes sociales que viven un mundo social preinterpretado (Giddens, 1989). La persistencia y prevalencia de formaciones discursivas de gran escala se construyen a través de un proceso de ganar y perder eficacia simbólica. Cuando una configuración de este tipo no es capaz de enraizarse en la subjetividad y en el propio cuerpo físico de los agentes sociales, comienza un proceso de desgaste y degradación. Es este el preciso momento

en el que los elementos de su composición pueden ser desmantelados y reordenados, reorganizados alrededor de otro tipo de organización discursiva y simbólica. Como seres humanos, no podemos parar de producir significados y representaciones. Somos entidades significantes que vivimos no sólo en un mundo material a secas, sino elaborado dentro de universos simbólicos y discursivos.

La cuestión del discurso es clave. Cualquier discurso implica una composición tensional del significado. La especificidad de esa composición está siempre ligada a un tipo de contra-composiciones y contra-discursos que forman un espacio social discursivo, un tipo de mercado simbólico en el cual se genera, se transfiere, se gana o se pierde su valor. Este es el espacio de la toma de posiciones. Estos procesos ocurren con el paso del tiempo a través de la acción de los agentes sociales, sean o no especializados. Por ello, necesitamos las perspectivas de una adecuada semiótica social para volver observables tanto la confrontación simbólica como las porosas fronteras significantes construidas entre las diferentes posiciones. El espacio simbólico creado entre ellas debe ser siempre considerado como un *territorio ocupado*. En términos lingüísticos y simbólicos, como Bakhtin lo señala agudamente, “El lenguaje no es un medio neutral que pasa libre y fácilmente a ser propiedad privada de las intenciones del hablante; está poblado —sobre poblado— con las intenciones de los otros” (Bakhtin 1996: 294).

Esto puede ser perfectamente aplicado para tener un entendimiento dialógico de la cultura. El trabajo señero de Michail Bakhtin y su influencia dialógica en nuestra propia construcción de los Frentes Culturales merece otra discusión que por ahora excede este capítulo. Sin embargo, quisieramos terminar esta parte con las propias palabras de Bakhtin acerca de las fuerzas que están hondamente incrustadas en nuestra herramienta más fina para crear mundos sociales, en nuestro sistema modelante primario: el lenguaje.

El lenguaje unitario constituye la expresión teórica del proceso histórico de unificación y centralización lingüística, una expresión de las fuerzas centrípetas del lenguaje. Un lenguaje unitario no es algo dado, sino siempre está en esencia posicionado y en cada momento de su vida lingüística está en oposición a las realidades de la heteroglosia. Pero al mismo tiempo, hace su presencia real sentida como una fuerza para superar esa heteroglosia, le impone límites específicos y garantiza un cierto máximo de mutuo entendimiento y cristalización en una verdadera, aunque todavía relativa,

unidad, la unidad del lenguaje conversacional (cotidiano) reinante y del lenguaje literario, lenguaje “correcto”. (Bakhtin, 1996: 270)

Podemos considerar el estudio de los Frentes Culturales a través del análisis de las diferentes “voces” o lenguajes (heteroglosia cultural) que se juntan y chocan en este orden precario (“unidad”) que hemos llamado hegemonía. Vemos esto a través de la reconstrucción de la historia conflictiva de las confrontaciones simbólicas entre la elaboración profesional de los campos culturales, como el “lenguaje literario”, que trata de imponer unidad y orden, como fuerza centrípeta, en el centro de un espacio múltiple y caótico de otras fuerzas simbólicas disipativas llenas de lenguaje “popular”.

Esta unidad provisional del espacio social simbólico que se genera en el choque de estas fuerzas contradictorias, su trayectoria y su composición, es el objeto cognitivo de los Frentes Culturales. Por ello, a través de un detallado estudio interno (*intra-objetal*) de la construcción de diferentes Frentes Culturales, podemos establecer e identificar los flujos simbólicos no lineales y las fluctuaciones que han creado en diferentes escalas (*inter-objetal* y *trans-objetal*) una suerte de *estructura disipativa* que llamamos hegemonía.

Desde esta perspectiva, la hegemonía puede entenderse como un *atractor complejo*¹¹ de diferentes fuerzas que forman una estructura alejada del equilibrio (Prigogine, 1984).

Generados inicialmente en las ciencias físicas y biológicas, estos conceptos están siendo crecientemente aplicados a diversos campos como la economía, sociología, antropología y lingüística, porque son útiles para describir y entender estructuras disipativas en un marco relacional. Finalmente, el estudio de los procesos simbólicos como Frentes Culturales puede ser construido considerando diferentes *niveles de procesos*.

Al menos tres niveles de relaciones pueden ser determinados en el estudio de los Frentes culturales. Se requiere de información estructural en todos los niveles de relaciones.

La *información histórica* es necesaria para trazar las transformaciones en el tiempo, y alimenta el nivel de los procesos. La *información*

¹¹ Un *atractor* es un punto de concentración en el que todas las trayectorias se juntan en equilibrio. Así, la relación social de hegemonía puede ser entendida como un *atractor complejo*, si opera como un punto en el cual diferentes trayectorias de significados son enmarcadas y atraídas hacia un “centro” ideológico o discursivo (ver Coveney y Highfield, 1990).

situacional es crucial en cada nivel de los sub-procesos. Y, por último, los *observables simbólicos* deben ser contruidos en todos los niveles: intra, inter y trans-objetal. La hegemonía, como relación significativa entre las clases y los grupos sociales en el ámbito global, debe colocarse en el nivel de los meta-procesos, porque ella es precisamente un equilibrio trans-sistémico.

Conclusión: Frentes Culturales, reflexividad y empoderamiento

Hemos visto una aproximación compleja al estudio de las dinámicas culturales en las sociedades modernas. Uno de sus puntos más importantes es la construcción de zonas comunes de significado dentro de espacios simbólicos disputados entre diferentes agentes sociales, a su vez artillados con diferentes habilidades y recursos.

Hemos propuesto los Frentes Culturales como un concepto abierto que rechaza una definición rígida y aislada, en vez de un entendimiento sistémico a través de distintos pero interrelacionados niveles de complejidad. Cada nivel requiere diferentes tipos de *observables* que deben, a su vez, entenderse como una relación establecida entre *información*, que viene de las determinaciones del objeto, y *sentido*, que viene de las determinaciones del sujeto (González, 1994c).

Hemos visto que, para analizar algunos procesos simbólicos como Frentes Culturales, tenemos que elaborar y trabajar con cuatro diferentes tipos de observables relacionados: estructurales, históricos, situacionales y simbólicos. Esto, desde luego, implica un programa metodológico complejo. A través de estas configuraciones complementarias, podemos entender desde una plataforma bien asentada que cualquier *sentido común* posible sólo puede ser construido a partir de una intensa e impugnada elaboración discursiva sobre cierto tipo de elementos culturales trans-clasistas o formaciones “elementalmente humanas”.

Estos elementos están normalmente ligados a necesidades vitales, a diferentes identidades y a valores plausibles. Hemos sostenido que por ningún motivo estos elementos deberían ser considerados como esencias, sino más bien como *territorios simbólicamente ocupados*.

Esos territorios llenos de sentido pueden entenderse como *fronteras* porosas entre diferentes y localizados modos de definir los posibles entendimientos comunes, y, al mismo tiempo, su propia dinámica nos permite considerarlos como *arenas de lucha*, campos de batalla en los que

diferentes y a veces opuestas elaboraciones y definiciones de significados comunes se enfrentan.

Hemos dicho también que los rituales públicos son lugares específicos que pueden ser provechosamente estudiados como Frentes Culturales, precisamente por su potencial para definir significados sociales entre versiones diferentes. Necesitamos esas cuatro posiciones como herramientas estratégicas para la constitución dialógica de las formas simbólicas comunes. Es fácil reconocer el rol crucial de la comunicación social en la arena compuesta de la cultura contemporánea. Los Frentes Culturales se proponen como una herramienta para entender *cómo desde cuándo* una relación social de hegemonía ha sido establecida. La hegemonía, como un nivel más alto de organización de diferentes Frentes Culturales, opera como un sistema de relaciones con estabilidad precaria o estructura disipativa. Con la ayuda de una dinámica de sistemas, tenemos una poderosa herramienta para el estudio de la hegemonía como un “espacio de posibilidades”, en lugar de un hecho negativo, siempre ligado a la dominación y a la explotación de clase.

Estudiar los procesos simbólicos como Frentes Culturales tiene otro tipo de repercusiones importantes que están ligadas a la organización social para la generación del conocimiento.

Hay un modo dominante, pero afortunadamente ya no totalmente hegemónico, de entender la investigación social como una tarea aislada e individual. Normalmente generada en estructuras verticales y autoritarias, esta definición social de la actividad de investigación debe ser impugnada (González, 1997b).

La estrategia metodológica de los Frentes Culturales implica, por necesidad, una diferente organización, una red horizontal en la cual diferentes voces, habilidades y destrezas pueden ser mezcladas y autoorganizadas para conseguir un conocimiento reflexivo de nuestro propio sentido común.

Por esta razón, la perspectiva de los Frentes Culturales implica y tiende hacia una *reflexividad de segundo orden*, en la cual, a medida que la investigación avanza, el equipo de trabajo puede ir más y más a fondo dentro de la observación y explicitación de las relaciones entre observador y observado.

A diferencia de una forma positivista de hacer investigación, en la que sujeto y objeto están separados y la “realidad” no debe ser contaminada con la subjetividad del investigador, la perspectiva de los Frentes

Culturales trabaja con la *reflexividad crítica* de aquellos que están a cargo de la producción de conocimiento (el equipo de investigación o red).

La clase de hallazgos y configuraciones provistas pueden ser usados en un tipo de investigación-acción participativa como una herramienta crítica, tanto para empoderar a los agentes sociales “objeto” como a los propios investigadores. La simple acción de dismantelar y hacer observable las trayectorias, la estructura, los contextos y la especificidad simbólica de los significados sociales, además de la práctica de constante vigilancia de los de las estrategias metodológicas y tecnológicas, pueden ser usadas como una herramienta para incrementar nuestros grados de reflexividad y, con ello, de autodeterminación.

La perspectiva de los Frentes Culturales tiene que ser profundizada en varios temas que no pueden ser considerados aquí por motivos de espacio.

Uno de ellos es la contrastación de la categoría con las configuraciones que se generan del actual sistema de información cultural (FOCYP) y las cartografías de ocho campos culturales y su desarrollo durante el siglo XX.

Otro pendiente es mantener e incrementar *la voluntad de tejer* y colaborar en la gestión de un número creciente de comunidades emergentes de investigación y creación para aumentar la masa crítica de los generadores y metabolizadores sociales de información y conocimientos sobre las dinámicas culturales.

Necesitamos una reconstrucción *dialógica* de nuestra memoria colectiva, de nuestros más queridos sueños y expectativas. Estos sueños y expectativas actualmente viven en diversos territorios simbólicamente ocupados y que en gran parte desconocemos porque “no sabemos que *no sabemos*”.

El reto es crear un espacio más amplio en el que aquellos que han sido históricamente conquistados, excluidos y expulsados de sus propios territorios simbólicos, sean capaces de reflexionar y confrontar, definir e identificar qué es lo vivo y qué lo muerto en su propia ecología simbólica y material. Un paso ulterior dentro de un sendero infinito de actividad simbólica y un proceso dialógico de reflexividad en el que el encuentro significativo con el “otro” es, en efecto, crucial e imprescindible.

Una compleja actitud cultural y *elementalmente humana*, desesperadamente necesitada y requerida en la turbulencia de las múltiples y simbólicamente *ocupables* eras de la comunicación.

CIBERCULTUR@ Y SOCIOCIBERNÉTICA.
IDEAS PARA UNA REFLEXIÓN CONJUNTA EN PARALELO



**Cibercultur@ y Sociocibernética: parentescos
y derroteros convergentes**

Con dos palabras que a los hispano-parlantes nos parecen, por decir lo menos, extrañas, en este breve texto nos proponemos abrir una serie de líneas de reflexión sobre dos perspectivas que poco a poco se consolidan en la interpretación multidimensional de algunos procesos sociales emergentes. Por un lado, “cibercultura” y, por otro, “sociocibernética”. Ambas comparten al menos el prefijo *ciber-* y están ambas llamadas a desempeñar un papel importante en el desarrollo del conocimiento de la vida social en el siglo XXI. Nos proponemos desarrollar algunos de los elementos básicos que competen a la investigación y desarrollo de cibercultura. Comencemos por algunas precisiones.

Cibernética: efecto del cruce de un diálogo interdisciplinario

Sabemos que, en la Grecia antigua, el *Kybernetes* era el timonel, aquel que podía dirigir un navío. Esa habilidad implica una constante capacidad de ajuste del timón respecto a las corrientes y el viento para poder llegar a donde se dirige. Esta palabra también, por extensión, se usaba desde Platón para quien sabía gobernar un pueblo. Sin embargo, debemos sin duda al fecundo diálogo entre el neurofisiólogo mexicano Arturo Rosenblueth y el matemático ruso-americano Norbert Wiener la acuñación científica del término *cibernética* para denominar el control y la comunicación en el animal y la máquina. Un poco de historia nos ayudará a precisar el punto.

Wiener y Rosenblueth se habían conocido durante los años cuarenta en Massachusetts, dentro de un seminario interdisciplinario sobre filosofía del método científico que conducía el mexicano —destacado

joven promesa de la Universidad de Harvard—, y posteriormente continuaron trabajando muy de cerca con estancias de trabajo en la Ciudad de México, donde Wiener concibió, discutió y redactó su ahora clásica y seminal obra *Cybernetics: or control and communication in the animal and the machine* (1948), obra de hecho dedicada a Arturo Rosenblueth (Quintanilla, 2002: 314).

Así, tenemos a un matemático y un neuro-fisiólogo conversando de información y comunicación en un pequeño laboratorio experimental y en un país del tercer mundo.

Quizás lo más importante de esa relación haya sido que cada uno hacía al otro preguntas que dentro de su propia disciplina difícilmente podría haberse planteado. Esta es una condición fundamental de la construcción de una mirada que se proponga como “interdisciplinaria”.

El radio de nuestras investigaciones continuaba ampliándose, y al hacerlo, científicos de diversos campos se unieron al grupo. Entre ellos se encontraban los matemáticos John Von Neumann del Instituto de Estudios Superiores (Princeton) y Walter Pitts (MIT), los fisiólogos Warren McCulloch (Pennsylvania) y Lorente de Nó (Instituto Rockefeller), el psicólogo Kurt Lewin (MIT), los antropólogos Gregory Bateson y Margaret Mead, el economista Oskar Morgenstern (Princeton) y otros investigadores en psicología, sociología, ingeniería, anatomía, neurofisiología, física, etcétera. (Wiener, 1976: 49)

Así, de un diálogo interdisciplinario entre la neurofisiología experimental, la teoría de la comunicación y el pensamiento matemático, surge una forma de pensar y operar en la realidad que unos años más adelante desembocaría en la construcción de las primeras computadoras (Geyer, 2000) y en una serie de desarrollos altamente estimulantes en el pensamiento científico contemporáneo. Por estas y otras razones, algunos autores han considerado a la cibernética, no sólo como una nueva disciplina, sino como un nuevo *paradigma* del conocimiento (Rosenblueth, Wiener and Bigelow, 1943: 18-24; Rizo, 2004).

El problema de la teoría y el análisis de la información y la comunicación entre animales y máquinas da inicio a lo que llaman “pensamiento cibernético”, y, debido al énfasis que pone en las *relaciones* más que en los *elementos* del proceso, muy pronto la recién bautizada *cibernética* comenzó a dialogar y a fertilizarse mutuamente con la teoría general de sistemas (Bertalanffy, 1979: 143).

Hijas todas ellas de los tiempos de la posguerra, la cibernética, la teoría de sistemas, la teoría de la información (Singh, 1979) y la teoría de la comunicación (Bateson, 1977: 23-44), estas nacientes perspectivas se dieron a la tarea de explorar zonas y espacios que otras disciplinas de la ciencia “normal” o “paradigmática” habían dejado sin mucha atención o no tenían herramientas para otra cosa.

Wiener mismo, al escribir sobre la fundación *dialógica* de la cibernética, nos expresa la pauta de esta construcción a todo título interdisciplinaria:

El doctor Rosenblueth siempre ha insistido en que la adecuada exploración de estos espacios dejados en blanco en el mapa de la ciencia sólo podría ser realizada por un equipo de científicos especialistas que poseyeran un sólido conocimiento de la especialidad de los restantes colaboradores. (Wiener, 1976: 49).

Sin embargo, estimuladas por sus potenciales aplicaciones militares y por una serie de lecturas e intereses diversos, estas nacientes disciplinas de frontera estuvieron cargadas de un significado que las ligó al control humano y a la dominación social, y así fueron colocadas políticamente como el *alter ego* de otras tradiciones que se consideraban a sí mismas “más críticas” y de ruptura militante con el orden establecido. En efecto, visto el potencial de control y la promesa de “superar” a la mente humana en su capacidad para resolver graves problemas, enormes cantidades de dinero e intereses militares y científicos fueron invertidos en un crecimiento casi exponencial de algunos de sus desarrollos derivados, particularmente los de la llamada *Inteligencia Artificial fuerte* (IA), la robótica y los sistemas expertos. De cumplirse, la promesa era fuerte: los gobiernos podrían “gobernar” mejor y más “científicamente” a sus pueblos, los obreros tendrían menos accidentes (y menos huelgas), la productividad se incrementaría y así diciendo. El argumento central de la *IA fuerte* plantea que, si generamos el algoritmo adecuado (software), podemos hacer que las máquinas sientan, piensen y actúen *como nosotros*, e incluso mejor y, a la larga, más barato. Esta posición “fuerte” de la IA ha generado debates, especialmente éticos y filosóficos, pero también son postulados que en buena medida descansan en amplias zonas de ignorancia contemporánea de la propia física sobre lo que es la conciencia y la mente humanas (Penrose, 2002: 33-47).

Por si eso fuera poco, múltiples lecturas, usos y diversas aplicaciones dentro del campo dominante que generó en esas décadas el conductismo (Smith, 1994) asociaron estas perspectivas con la manipulación y la *fanta-robótica* (Cirese, 1989: 205), con un temido futuro de la humanidad dominado por las *máquinas pensantes* que la literatura de ficción y el cine han difundido desde hace décadas con mucho éxito comercial.

Es también una época en que una insuficiente teorización sobre el fenómeno del poder no lo podía separar de su aspecto de dominación y sometimiento. Esta noción restringida e instrumentalista del concepto de poder ha sido severamente criticada, inicialmente desde un punto de vista weberiano por su falta de visión relacional (Baechler, 1978). Asimismo, ambas, la versión weberiana y la instrumentalista, fallan por su ineficacia para explicar el complejo sociohistórico de las relaciones sociales objetivas que enmarcan toda estrategia de poder (Giménez, 1981: 12-33).

Así, por los tiempos y los espacios desde donde se inicia la cibernética, le corresponde recibir, merecida o inmerecidamente, una serie de críticas que mucho lastraron el diálogo y el crecimiento de las relaciones en el campo científico y político.

Sin embargo, la cibernética ha tenido —y sigue teniendo— desarrollos e influencia significativa en muchas áreas, y, desde luego, en la industria mundial de la computación, por lo que comúnmente se asoció el significado de *cyber* a estas máquinas y dispositivos relacionados y sólo más recientemente a Internet y a todas las interacciones y procesos del ciberespacio (Whittle, 1996: 5-45) en los vericuetos e intersticios virtuales de la red mundial de computadoras y otros dispositivos interconectados. Su influencia en el pensamiento contemporáneo es indudable, como en otros textos de este volumen se muestra. Más adelante intentaremos documentar un matiz importante al sentido del prefijo “ciber”, no necesariamente ligado al mundo de la computación o la red Internet.

De la Cibernética a la Sociocibernética

Más o menos 30 años después de la fundación de la primera cibernética, Heinz Von Foerster (1991) prueba la versatilidad y potencia de la cibernética cuando la aplica sobre ella misma (cibernética de la cibernética), y con ello fija la atención no tanto en el objeto de control o de

los sistemas observados, sino en el sujeto que observa los sistemas observados. Al hacer esto, Von Foerster desplaza el foco de la atención justo sobre los sistemas observantes. A ello, sabemos, le pone por nombre *cibernética de segundo orden*, que incluye algunas diferencias importantes con la de primer orden, como el énfasis en procesos emergentes con mayor grado de incertidumbre pero organizados en torno a la vida y la supervivencia, la auto-referencia, la autoorganización, la resiliencia (Geyer, 1995).

En el campo de la sociología, esta nueva clase de cibernética modificó el foco de interés desde el intento de explicar la estructura y la estabilidad de los sistemas sociales hacia el análisis de los procesos que los causan y evolucionan hacia mayores grados de complejidad, desde el intento de lograr homeóstasis de arriba hacia abajo, a explicar su morfogénesis como resultado de la interpenetración de procesos de abajo hacia arriba. (Geyer, 1995: 4)

Con este énfasis, la segunda fundación de la cibernética y el diálogo que sigue potenciando entre los intersticios descuidados de las ciencias y las disciplinas, tiene interesantes potencialidades para ayudarnos a comprender y a operar mejor en algunos dominios del mundo contemporáneo.

Con la sociocibernética, el sujeto y su subjetividad reflexiva, que desde siglos atrás había prácticamente quedado fuera del paradigma dominante en las ciencias, retorna —como decía Jesús Ibáñez (1991)— con una mirada más fundada en la biología que en la ingeniería, más interesada en las formas flexibles de adaptación inteligente, que en el control de los procesos (Holland, 2004). Pero, en la rígida estructura del campo científico, la aceptación de estas perspectivas no ha sido miel sobre hojuelas. La misma historia reciente de las ciencias sociales nos puede documentar la resistencia que durante muchos años las asociaciones de científicos “tradicionales” —igual que con la primera— han tenido contra esta *segunda cibernética*. De hecho, los desarrollos de la segunda cibernética y su diálogo con las ciencias sociales han sido publicados en revistas de cibernética, no de sociología, como bien apunta Geyer (1995).

Esta perspectiva tampoco ha estado exenta de charlatanes, versiones *light* y posmodernas de quienes, con más entusiasmo que rigor, veían y ven en *la ciencia* un poderoso aparato de control social y tecnológico y han encontrado en un lenguaje cercano a esta perspectiva sociocibernética una moda que tiene buen mercado en algunas edito-

riales académicas y que también ha sido denunciado con inclemencia (Sokal, 1996). No entraremos en más detalle en esta discusión, pero nos gustaría apuntar que con la difusión y aceptación acrítica de la moda de la posmodernidad, así como del llamado “fin de los grandes discursos”, se han ido creando poco a poco una especie de cofradías de refugio contra la ciencia racional basadas más en la confusión de conceptos traspasados de un dominio delimitado, en donde tienen sentido y aportan claridad, a otros dominios sin el menor rigor y muchas veces con el declarado afán de pensar “interdisciplinariamente”, pero con la mayor “indisciplina” para hacerlo. (Cfr. García, 2004: 14-15 y Sokal y Bricmont, 1999).

Lejos de estas perspectivas especulativas y de moda intelectual, la sociocibernética ha comenzado el proceso de ser reconocida dentro de las áreas de la sociología mundial pues, después de confrontarse con múltiples prejuicios y temerosas animosidades del campo sociológico, finalmente y luego de años de lucha, logra su reconocimiento en 1994, en el 13º Congreso Mundial de Sociología en Bielefeld. En una de sus más claras presentaciones, Felix Geyer la describe como la aplicación y el desarrollo de la cibernética de segundo orden a los procesos sociales (1995).

Su propio desarrollo ha llevado a la sociocibernética a la necesidad de desarrollar una perspectiva interdisciplinaria e internacional comparada.

La complejidad de la sociedad contemporánea lo exige, pero el problema principal persiste:

[...] mientras más realista —y por lo tanto, menos parsimoniosa— es una teoría, más compleja se vuelve y es más difícil probar sus hipótesis y sub-hipótesis, las cuales se usan para recuperar e interpretar los datos. Si uno acepta que los sistemas sociales tienen un alto grado de complejidad, las teorías cibernéticas se vuelven más relevantes y adecuadas, pero menos corroborables en la medida en que se vuelven más complejas, como en el caso de la cibernética de segundo orden al compararla con la cibernética de primer orden. Hay, ciertamente, un reto aquí para los teóricos y los metodólogos. (Geyer, 1995: 28)

En parte como forma de diálogo para confrontar ese reto, pasemos a revisar el paso de la cultura a la cibercultura.

De la *Cultura* la *Cibercultura*

Conviene internarnos ahora en el espacio conceptual que delimita lo que entendemos por cibercultura. En la red de Internet existe una muy grande cantidad de sitios y textos en varios idiomas —con predominancia del inglés— que caracterizan la *cibercultura* como todo aquello que sucede en el *ciberespacio* o en el entorno que se crea entre las tecnologías de comunicación e información y la comunicación mediada por computadoras (Galindo y Arvizu, 2004).

William Gibson, en su *Neuromante*, describe en 1984 el ciberespacio como:

[...] una alucinación consensual experimentada diariamente por billones de operadores legítimos, en cada nación, por niños a los que se enseñan conceptos matemáticos... Una representación de datos abstraídos de los bancos de cada computadora del sistema humano. Complejidad impensable. Líneas de luz clasificada en el no-espacio de la mente, racimos y constelaciones de datos. Como luces de una ciudad, que se aleja [...] (Gibson, 2001: 69-70)

Así que, por extensión, al ciberespacio (concepto clave para relatar lo que es la cibercultura), tal y como sucede con el de la “cibernética”, se lo liga y lo se reduce al mundo de las computadoras y su circunstancia. Desde luego que esa es una dimensión de frontera a explorar, pues tiene múltiples variantes y difusión por todo el mundo conectado a la red mundial de redes de computadoras, llamada por sus siglas en inglés *www* (*world-wide web*). También suele aplicarse ligado a la práctica de los videojuegos, a los que, sin estar necesariamente en la red —y cada día hay más oferta de estos en línea— se tiene acceso por medio de tecnologías informáticas o digitales instaladas en diversos tipos de dispositivos informáticos *ad-hoc*, como el Atari, Intellivision, Game-Gear, Nintendo, Sega, etc., o escritos y diseñados para jugarse en computadoras de escritorio y en teléfonos celulares, como documenta el vasto y exitoso mercado mundial de esta clase de juegos.

“La industria de videojuegos sigue creciendo: en marzo de este año superó en 20% las ventas que tuvo durante ese mismo mes en 2001”, informa Mark Stockdale, gerente regional de Marketing para Latinoamérica de Nintendo. “Llevamos 24 años en el mercado de videojuegos y somos la única empresa que reúne la producción de sistemas y de videojuegos”,

detalla el directivo de la firma que en menos de 20 años ha vendido 275 millones de videosistemas y 1.600 millones de videojuegos en todo el mundo. (Mercado, 2005)

Pierre Levy señala enfáticamente que, lejos de ser una “subcultura” de los fanáticos de la Red, la cibercultura expresa “una mutación mayor de la esencia misma de la cultura” (1998: 8). En eso estamos de acuerdo, incluso en que en una ecología mucho más horizontal de la que generaron la escritura, la radio y la televisión, “las computadoras personales y las redes digitales reponen efectivamente entre las manos de los individuos los principales medios de la actividad económica” (1998: 7), pero vamos por partes.

¿Cibercultura o *Cibercultur@*?

La concepción de la cibercultura que presentamos aquí es un poco diferente, pues, al menos en principio, *no necesariamente* está ligada al mundo de las computadoras o a las redes de Internet, como ya se entiende en todas partes, sino que resalta las tres direcciones de sentido de los elementos que la componen: el prefijo griego “kyber” (ciber), la palabra latina “cultur” y el signo tipográfico “@” (González, 2003). En primer lugar, tomamos literalmente el sentido de director y timonel del vocablo “kyber”, pues desarrollar cibercultura tiene que ver con generar, incrementar, perfeccionar, mejorar y compartir las habilidades para conducir, dirigir y pilotear relaciones sociales, en un ejercicio de autogestión colectiva, horizontal y participativa.

Por otra parte, tomamos el sentido original de “cultivo, cuidado, atención y desarrollo” de la palabra “cultura”. La habilidad para pilotearse y dirigirse con otros hacia soluciones más inteligentes frente a los enormes retos de la sociedad del siglo XXI no es un don del cielo: se puede aprender, compartir y *cultivar* con otros y para otros.

El signo “@”, que hoy se ha vuelto familiar entre quienes utilizan cotidianamente los mensajes por medio de la red, fue introducido por Tomlinson (1971) para usarse en las direcciones de correo electrónico (por el significado en inglés de la preposición “at”, que en español significa “en”) e indicar que el destinatario no estaba dentro de la red local desde la que se enviaba el mensaje. Algunos siglos atrás, en Andalucía, el mismo signo “@” se usó para expresar medidas de carga o particiones de

volúmenes (cuatro arrobas hacen un quintal), y todavía se sigue usando en inglés para designar en un recibo el precio unitario de una mercancía (“3 latas de aceite @ 10 pesos cada una”) (Caravantes, 2003).¹

Precisamente por su semejanza gráfica con una espiral y su extendido uso en el mundo de la red de Internet, utilizamos “@” por su semejanza para representar un *bucle de retroalimentación positivo* (Aracil, 1983: 85-87), un proceso abierto y adaptable que genera una respuesta *emergente* que surge de la densidad de las relaciones del sistema y no se reduce a la suma de sus componentes (Holland, 2004: 27).

Dicho lo anterior, el uso del neologismo *cibercultur@* (con la arroba incluida) que proponemos para designar una serie de procesos específicos implica una *doble cualidad* complementaria y simultánea: *cibercultur@* entendida como un *objeto de estudio* y *cibercultur@* entendida como un *valor de desarrollo* y empoderamiento social (González, 2003).

***Cibercultur@* como objeto de estudio**

En tanto que *objeto de conocimiento*, el estudio que propongo de los fenómenos de *cibercultur@* se dirige a describir, analizar y explicar los diversos procesos de relación entre las *ecologías simbólicas* de sociedades determinadas en el tiempo y en el espacio y el *vector tecnológico*.

Con la noción de “ecologías simbólicas” designamos el conjunto total de *relaciones de sentido* que en una sociedad se construyen en la historia con un entorno físico, biológico, psicológico, social y cultural a través de la actividad cognitiva y sus dimensiones más complejas, como la mente, el discurso y la actividad modeladora y adaptativa de las identidades y alteridades de los diferentes y variados colectivos sociales. Esta dimensión cognitiva y simbólica sólo se puede lograr dentro de un ecosistema de soportes materiales de la actividad de representación

¹ En otros idiomas, este signo se nombra de manera analógica, bien por su parecido a algún animal por alguno de sus rasgos distintivos (caracol) o bien por su similitud con objetos (colas, rollos de canela, mangueras, caracoles, orejas). En español se dice “arroba”, pero otros idiomas utilizan expresiones mucho más descriptivas que hacen referencia a la espiral final o a su supuesta semejanza con el rabo de algún animal: así, “en Sueco se dice ‘**alfa-manguera**’ (alfaslang); en danés, ‘**a-con-rama**’ (snabel-a); en holandés, ‘**cola-de-mono**’ (apestaartje); en francés, ‘**caracol**’ (scargot); en italiano, ‘**caracola**’ (chiocciola); en noruego, ‘**bollo espiral**’ (kanel-bolle), etc... En España también hay quien usa la palabra ‘**ensaimada**’ que igualmente designa un bollo espiral típico de Mallorca.” (Caravantes, 2003).

de la sociedad. Sin ellos, la eficacia de la cultura en la construcción de identidades, en la reproducción de la sociedad, en el establecimiento de las tradiciones, en las vanguardias, es impensable (González, 1995).

La especie humana es la única que para poder sobrevivir necesita construirse diestramente una “segunda naturaleza”, ciertamente material, pero a todo título *signica* y plena de *actividad interpretativa*. Es por eso que la historia de los ecosistemas materiales de la cultura debe ponerse en correspondencia con la historia de la generación de sus públicos, es decir, la historia de la distribución social de las disposiciones cognitivas para operar en esos ecosistemas.

El concepto de “ecologías simbólicas” intenta dar cuenta tanto de las formas *sistémicas* (estructuradas y ordenadas) como de las formas *enactivas* —en proceso de estructuración (Varela, 1996: 28-30)— de la *signicidad*, tal y como la ha definido Cirese desde la antropología cultural italiana (1984:30-31). Por la interrelación intensa e insoslayable entre los significados, las normas y el poder (Giddens, 1976:164), nos interesa estudiar esta relación compleja, especialmente desde la perspectiva de las sociedades y colectividades que han sido desplazadas y excluidas en el espacio social en cualquiera de sus escalas de fenómenos, y ello significa que han sido (o están siendo) explotadas en lo económico, dominadas en lo político y dirigidas en lo cultural. Excluidas desde la noche de los tiempos de los *beneficios* de la globalización, a enormes sectores sociales dispersos por todo el mundo —en unas áreas más aglomerados que en otras— sólo se les *ha globalizado* la miseria y la degradación, y se han convertido en lo que Castells (1999b: 188) llama “los agujeros negros del capitalismo informacional”. En la perspectiva que proponemos, describir, analizar y explicar los procesos sociales e históricos de la génesis y desarrollo de las *modulaciones simbólicas* de la relación de estas dos dimensiones es crucial para potenciar cualquier desarrollo científico que, además de interpretar y teorizar el mundo, busque la transformación del mismo mediante el empoderamiento de los sectores sociales más numerosos y deprimidos.

Con el nombre de “vector tecnológico” denominamos todos los procesos y efectos socio-históricos de fuerza con dirección que se han verificado y verifican cotidianamente en asuntos de adopción, adaptación, imposición o rechazo de dispositivos y complejos tecnológicos entre sociedades con recursos y posiciones disimétricas y desniveladas en la estructura desigual del espacio social mundial (González, 2003: 15). Nos interesan en particular dos de las dimensiones más agudas y

que verifican un crecimiento exponencial de dicho vector, a saber, las llamadas *tecnologías digitales* (Terceiro y Matías, 2001: 44-49) y los procesos de *comunicación mediada por computadoras*, debido a la difusión y penetración de capilaridad creciente que se experimenta en todas las esferas de la vida pública y cotidiana de las sociedades contemporáneas. Ambas dimensiones son vitales para el establecimiento global de la *economía informacional* que:

[...] aunque conforma todo el planeta, y en este sentido su efecto es global, la mayoría de la gente no trabaja para la economía informacional/global o le compra a ella. No obstante, todos los procesos económicos y sociales se relacionan con la lógica estructuralmente dominante de esa economía. (Castells, 1999a: 130)

Las ventajas y potencialidades que aporta la forma *digital* de procesar, empaquetar, enviar, recibir y acumular la información se ven incrementadas por la *comunicación* instantánea a través de redes de computadoras que —con el acceso al conocimiento y práctica que requieren necesariamente para su operación funcional— permiten coordinar, dirigir y orientar con toda destreza la dirección y sentido de los flujos mencionados. Estos dispositivos o complejos socio-técnicos conforman parte crucial de los resortes tecnológicos que generan la aparición y la dispersión global del “cuarto mundo”, del perral, de los excluidos y los prescindibles que han sido diseñados desde arriba del sistema como terminales tontas:

[...] en este proceso de reestructuración social, hay más que desigualdad y pobreza. También hay exclusión de pueblos y territorios que, desde la perspectiva de los intereses dominantes del capitalismo informacional global, pasan a una posición de irrelevancia estructural. (Castells, 1999a)

Y la distribución socio-espacial de estos excluidos por efecto del vector tecnológico está mucho más difundida en los propios “ombligos” informacionales del sistema mundial, en las sociedades más avanzadas, que lo que suele reconocerse. No hay tal periferia pura ni centro inmaculado de este proceso verdaderamente global de exclusión social potenciado por la tecnología, que, lejos de ser meros aparatos, implican toda una fuerza constituida con dirección y con efectos constituyentes multidimensionales más allá de la técnica (Callon, 1987: 83-84), muy poco estudiados en tanto que innovaciones radicales. El *vector tecnológico* es producto del movimiento de la sociedad mundial y al mismo tiempo

configura y ayuda a producir los mundos sociales que progresivamente toca y transforma, y, desde luego, genera resistencias múltiples en sentidos diversos, “aberrantes” e inesperados. Por ello mismo, no se debe tomar esto como una denuncia de un plan organizado y conciente de dominación y sometimiento del mundo a los “malos” del “centro”: una vez que despegó históricamente, el desarrollo tecnológico adquirió sus propias “leyes”, su propia autonomía e impulso, con costos que no se han pagado y beneficios de los que, desde luego, nunca —y menos ahora— se ha gozado de manera equitativa en el mundo moderno (Cfr. Merton, en Ellul, 1964: 19-22).

Esta primera delimitación de la cibercultur@ como objeto de estudio comporta varios supuestos y antecedentes.

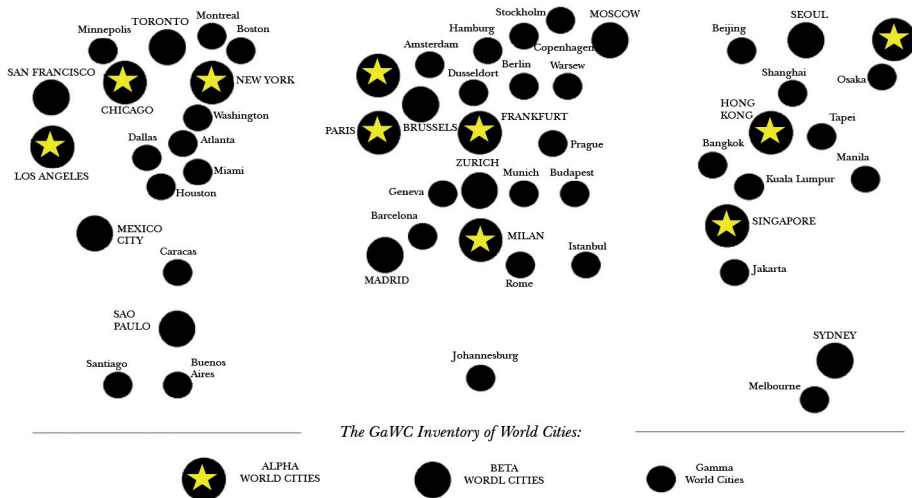
Por un lado, partimos de un *complejo cognoscitivo* (García, 1993) caracterizado por la desigualdad de la estructura de relaciones del sistema mundial, en el que observamos vastas y múltiples zonas pluri-distribuidas del planeta, históricamente colonizadas y depauperadas por relaciones sociales de explotación, dominación y exclusión, que proveen y nutren de energía social (capital) a diferentes ciudades/nodos atractores de enormes e intensos *flujos de personas* —principalmente, pero no sólo, a través de la migración:

“La Organización Internacional para la Migración calcula que hay 175 millones de migrantes hoy en el mundo, es decir, personas fuera de su país de nacimiento” (Pickard, 2005: 2)— y, desde luego, los consiguientes *flujos de capitales financieros* (Eade, 1997).

Estas “ciudades/nodo” (ciudades Alpha) del sistema-mundo, además de ser concentradoras de volúmenes inmensos de capitales, también concentran crecientemente a millones de miserables (y otros no tan miserables)² que se desplazan hacia ellas para *vivir mejor*. Estos centros globales que capturan progresivamente los flujos de personas y capitales operan también como generadores y difusores masivos de flujos permanentes y “globales” de información e imágenes mediados tecno-

² El aluvión inicial de mano de obra barata, no calificada y con escaso “cosmopolitismo” que se ha movido históricamente en los flujos migratorios, por efecto de la globalización forzada ha ido “enriqueciéndose” con el alarmante desangramiento en sus países de origen de profesionistas calificados, pero desempleados o con un gris futuro laboral, como lo documenta la migración *educada* de Ecuador y otros países del sur de América hacia los servicios domésticos en España y en general a la Comunidad Europea (Pellegrino, 2004: 12 y ss.).

Figura 1. Ciudades-nodo del sistema-mundo.

Fuente: GaWC, www.lboro.ac.uk/gawc/

lógicamente y que sirven como materia prima básica para *metabolizar* y representarse de diversas formas el mundo, su condición y sus relaciones, quién *es* cada uno de los actores sociales y de qué forma se hace *visible* o *invisible* en el escenario de la vida pública (Thompson, 1997).

Estos procesos de elaboración discursiva y simbólica son indispensables para poder narrar los hilos y editar el valor y el significado de los hitos de la memoria social (Maass y González, 2005: 118), las definiciones de la situación presente, así como la factibilidad y densidad de otros mundos también posibles.

Con y desde estos procesos simbólicos se establecen en la historia diversas relaciones sociales de hegemonía, subalternidad, alteridad, resistencia, y en algunos casos y períodos determinados se establecen también relaciones de contra-hegemonía que requieren y generan formas emergentes para la organización de diversas estrategias simbólicas que buscan atraer y modular el discurso social para la dirección intelectual y moral de toda la sociedad, como bien lo señaló Gramsci en el siglo pasado (González, 2001). Más adelante elaboramos con cierto detalle algunas de estas cuestiones, que le dan a la cibercultur@, tal y como la entendemos, su carácter de *estrategia* para restañar, recrear, reorientar y *re-dirigir* las relaciones sociales.

Cibercultur@ como valor de desarrollo

En sentido literal de diccionario, la palabra “desarrollo” significa “progresar, crecer económica, social, cultural o políticamente”. Sin embargo, el término tiene una historia que no se puede ignorar. Más adelante nos ocupamos de eso. Desarrollar cibercultur@ implica asumir de forma colectiva y creativa el reto de cultivar el conocimiento, la información y la comunicación, potenciadas por las tecnologías más avanzadas para modular el discurso social dentro de una estrategia de comunicación compleja desde *periferias* dispersamente distribuidas en el sistema mundial (González, 2004). Entremos, pues, en el desarrollo de este punto.

De la acción de interpretar a la interpretación reflexiva de la acción

“Los filósofos se han dedicado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo.”

La onceava tesis sobre Feuerbach, con la que Marx y Engels (1974: 668) explicitan una toma de posición crítica frente a la filosofía materialista de su tiempo en Alemania, nos sirve de punto de partida y simultáneamente de horizonte utópico para apuntar la dimensión de desarrollo que entraña la noción de cibercultur@, esto es, como una elaboración que prefigura un escenario futuro deseable, que no es alcanzable *in toto*, pero que orienta la acción de los actores sociales hacia ese derrotero, pues “lo posible sólo es visualizado al someter lo imposible al criterio de la factibilidad” (Hinkelamert, 1984: 11). La utopía es la “actividad inteligida del presentimiento de la esperanza”, nos dice Bloch (Sierra, 1998).

Del interés por el control al interés por la emergencia

Una de las aportaciones más relevantes de la Cibernética es precisamente el concepto de retroalimentación (RA) o feedback.

En teoría, podemos distinguir dos tipos de bucles o circuitos de RA: los que son circulares y cerrados (Bucles de RA negativa) y los que

son espirales y abiertos (Bucles de RA positiva) (Aracil, 1983: 46-48). La dimensión de la Cibercultur@ como valor de desarrollo implica la facilitación de un proceso emergente de empoderamiento frente a la relación desplazada que muchas comunidades y sociedades mantienen con la información, la comunicación y el conocimiento reflexivo.

Por efecto de la historia, la mayor parte de la gente está capacitada sólo para *leer la sociedad* a través de los procesos efectivos de socialización que se encargan de difundir y sancionar formas canónicas de *lectura* de la vida social. Leer ordenes, avisos, leyes, textos hechos y elaborados siempre por otros, y así diciendo.

Muy pocas personas tienen acceso y se pueden apropiarse de las herramientas básicas para *escribir la sociedad*, para recrearla e inventarla por la acción transformadora. Debray llama “grafósfera” (1992: 226-227) a una estructura de relaciones históricas en que se difunde e instaura una forma de distribución social del acceso a los soportes materiales y a las disposiciones cognitivas básicas que se requieren para utilizar la tecnología de la lecto-escritura. La cuestión no sólo es el tener acceso a una parte de esos soportes y disposiciones, sino lograr que la relación con la tecnología se realice de manera activa, no sólo como un auxiliar, sino como una *plataforma generativa de conocimiento* (González, 1998:160).


Esa estructura implica el establecimiento, el mantenimiento y una producción selectiva de un número muy limitado de *escritores* (codificadores, elaboradores profesionales), es decir, de quienes pueden poner en operación las potencialidades de esta tecnología para metabolizar las experiencias de la vida y del mundo. Complementariamente, la formación de esa elite iniciada “gramaticalmente” implica la construcción de un vasto número de *lectores*, que están estructuralmente diseñados, desactivados (desplazados) tecnológicamente para no saber usar esa tecnología más allá de lo meramente instrumental y, en especial, para entender las reglas y los órdenes de los grupos dirigentes y dominantes de las sociedades. Podemos extrapolar el sentido de esa grafósfera, que comenzó con la difusión de la imprenta en el siglo XV, a la situación que opera entre la sociedad y las tecnologías de información y comunicación (TIC) más avanzadas del siglo XXI: mientras más *transparentes* son los usuarios, menos tienen que ocuparse de pensar y crecer en desarrollar las habilidades que les permitan percibir, entender y, en su momento, revertir la fuerza del vector tecnológico para potenciar estrategias de empoderamiento desde sus propias ecologías simbólicas. Las famosas TIC así concebidas y utilizadas operan como *tecnologías de desconocimiento*.

Pero, por las propias contradicciones de la historia de estas tecnologías —y muy especialmente el surgimiento de la red de Internet (González, 2003)—, también pueden convertirse en *tecnologías de saber horizontal y distribuido* a condición de que aprendamos a usarlas como *plataformas generativas* de conocimiento. El cultivo de los saberes básicos y las habilidades mínimas de la tríada formada por las culturas de *información, comunicación y conocimiento* colabora creciente y progresivamente con la construcción de mayores grados de autodeterminación como individuos, como colectivos y como especie, pues desarrolla un modo de relación menos dependiente y menos delegado de las personas y los grupos con su entorno global, material, social y, especialmente, simbólico.

Ese es el objetivo de cultivar a la ciberkultur@ como un valor de desarrollo.

Para el logro de este objetivo se requiere de una formación estimulante y permanente, compartida y colectiva para poder revertir una tendencia que se vive como “natural”, individualista, competitiva, aislante, desmemoriada y pragmática, que en las sociedades periféricas (y también en los centros neurálgicos del sistema mundo) tienden predominantemente a generar la relación con las TIC, que, como buenas tecnologías de desconocimiento, nos llegaron de quién sabe dónde y nadie sabe bien qué están haciendo acá, pero son difundidas como modernas, importantes, imprescindibles a pesar de nosotros mismos: el *vector tecnológico*. Desde los años sesentas, con la “Alianza para el Progreso” que los Estados Unidos propusieron para “desarrollar” todo el continente latinoamericano, la llamada *difusión de las innovaciones* (Rogers y Shoemaker, 1974) se constituyó en la más importante y estratégica arista del estudio de las comunicaciones. La meta era clara: “modernizar” a los campesinos desde arriba, convertirlos en consumidores activos dentro de un esquema vertical, autoritario y marcadamente etnocentrista (Servaes, 2000), donde las *actitudes tradicionales* eran —sin duda para los que imponían— la causa de la pobreza y el subdesarrollo de América Latina. El problema parecía ser que todas las masas de miserables de los sesenta no se comportaban como gringos ni comprendían por qué debían ser “modernizados” por los de fuera a como diera lugar. A continuación, presentamos un cuadro comparativo que se usó como marco teórico para “modernizar” a los campesinos y, en general, a todos los “tradicionales” pobres del mundo. Una simple lectura nada mal intencionada puede mostrar lo que decimos: el vector tecnológico se impone desde fuera y no sólo se compone de aparatos o dispositivos, sino de actitudes consi-

Cuadro 1. Modelo comparativo de los sistemas tradicionales y modernos

Sistemas Tradicionales		Sistemas Modernos
Carecer de orientación favorable hacia el cambio.		Actitudes favorables al cambio.
Poseer tecnología menos desarrollada o “más simple”.		Gozar de tecnología bien desarrollada, con complejos sistemas de división del trabajo.
Situarse en niveles relativamente bajos de alfabetización, educación y entendimiento del método científico.		Conferir alto valor a la educación y a la ciencia.
Hacer cumplir por la fuerza del estado de cosas del sistema social, con el auxilio de efusivas relaciones personales como la amistad y la hospitalidad, las cuales son vistas como fines valiosos en sí mismos.		Establecer relaciones de carácter racional y comercial o utilitario, con mínimos elementos emocionales y afectivos.
Sostener poca comunicación entre los miembros del sistema social y quienes vienen de afuera. Al carecer de medios de transporte y comunicación hacia la sociedad mayor, se fortalece la tendencia de los individuos de sistemas tradicionales a permanecer relativamente aislados.		Adquirir perspectivas cosmopolitas, pues los miembros del sistema suelen interactuar con personas extrañas, lo cual facilita la entrada de nuevas ideas con él.
Sufrir incapacidades de colocarse en el lugar de los demás, sobre todo cuando los demás son del exterior del sistema social.		Desarrollar capacidad de empatía entre los miembros del sistema, los cuales pueden colocarse en papeles muy distintos del suyo.

Fuente: Rogers y Shoemaker, 1974: 33-34.⇒

deradas como las que generan progreso y pueden llegar a desarrollar a los países pobres, en vías de desarrollo o del tercer mundo, como se les denominaba en diferentes épocas.

Por no ser como *debieran ser*, los campesinos pobres (es decir, la inmensa mayoría de los habitantes de América Latina), después de estudios intensivos en muchas partes del mundo, fueron caracterizados como *irracionales*: gastan mucho en muchas fiestas, no ahorran, no viajan, no salen, dependen de sus familias extensas, se reproducen excesivamente, no usan tractores, trabajan la tierra para comer en lugar de para vender cultivos, no hierven el agua, no se vacunan y así diciendo.

Con más estudios en más partes (Rogers y Svenning, 1973) cabalgando en una actitud soberbia y manipuladora (haya sido *naïve* o bien, cínica), **esta perspectiva hacía pasar como descripciones y teorizaciones de alcance medio lo que en realidad eran prescripciones e ideologías colonizadoras.**

Los campesinos descritos por Rogers no eran desde luego irracionales, sino que tenían *otro tipo de racionalidad* que no era precisamente la que se quería imponer como la única y verdaderamente racional. Las consecuencias de la docilidad de la mayoría de los gobiernos de América Latina al adoptar esta perspectiva “desde el exterior” fueron, y siguen siendo, desastrosas.

Rolando García, en un muy importante estudio de los sistemas alimentarios y la sociedad en el Bajío mexicano (Guanajuato, Jalisco, Michoacán), muestra empíricamente cómo con la adopción de los cultivos comerciales (es decir, con la “modernización”) tales como el sorgo, con lo que se prepara alimento industrial para puercos, en detrimento de la producción de cultivos de subsistencia (maíz, frijol, chile), generó una serie de consecuencias casi irreversibles en la calidad de vida de esas poblaciones campesinas: el sorgo, para producirse “racionalmente”, requiere de grandes cantidades de agua, que fue garantizada mediante la perforación indiscriminada de pozos profundos en toda la zona; con ello, en unas décadas, los mantos freáticos que se encontraban a principios de los años cincuenta a menos de diez metros bajaron a cerca de trescientos metros. Al descender tanto ese nivel, el agua de lluvia no alcanzaba a remojar la tierra y, especialmente para los “irracionales” campesinos de supervivencia, eso se convirtió en la ruina de los cultivos de temporal. Sin poder subsistir con la tierra, se incrementó el proceso de abandono y migración hacia el norte.

Pero, más aún, García (1993) nos muestra cómo las poblaciones aisladas que lograron mantenerse en su “irracionalidad” tenían mejores niveles de nutrición que los “modernizados” a contrapelo. Lo *irracional* resultó más sustentable, o menos malo, para los campesinos, a la larga. Fuera de las cuestiones de dominación e imposición ideológico-política de estas tradiciones, las argumentaciones y generalizaciones empíricas que elabora detalladamente Rogers con aspiraciones y reconocimiento científico, así como muchos otros de los impulsores de este tipo de desarrollo *desde afuera y desde arriba* con que se impone la eficacia del vector tecnológico, dentro de toda su posible “buena voluntad” para “ayudar” a “los pobres”, se quedan en calidad de pseudo-hechos, pues

sus observables dependen en su construcción de un contexto ideológico pre-interpretado que no les es conciente y que, basado igualmente en pseudo-preguntas, resulta ser científicamente falso y, en el mejor de los casos, inverificable (García, 1981: 8). Con estas distancias respecto a ciertos usos históricos del término desarrollo, pasemos revista más de cerca a lo que significa la cibercultur@ entendida como un *valor de desarrollo*.

Robert Fossaert ha construido el concepto de lógicas de valor y, en especial, yendo más allá de los propios límites de Marx, la teorización sobre la *lógica del valor de desarrollo* (Fossaert, 1977: 205-266):

La lógica del valor de desarrollo es una hipótesis que ha inspirado la definición de formas fundamentales de la relación de propiedad [...] La propiedad de los medios de desarrollo designa, en efecto, la situación en que el control efectivo, si no la propiedad jurídica de los medios de producción y de los medios de formación, de investigación y de regulación, está reunido en una misma mano. (Fossaert, 1977: 250)

La lógica del valor de desarrollo hace posible asignar a la producción valores socialmente deliberados, e implica la generación de otras formas de control de ese desarrollo socialmente orientado:

“Tal control no se puede analizar sólo en términos de propiedad, mezcla necesariamente la propiedad con el poder [...] cuando los medios de desarrollo son socializados y cuando una coordinación social rige su empleo” (Ibidem).

Es aquí donde retoma su sentido más literal el vocablo kyber, entendido como la capacidad de pilotear, de controlar, opuesto al sentido que la versión periodística más difundida le otorga como sinónimo de “computadoras”. Hay, de hecho, muchas formas de control existentes; la centralización estatal ejercida por las sociedades del socialismo realmente existente es la forma más simplista y más burda de la coordinación social.

No es la única ni tampoco es la mejor, “pero el Estado existe, está ahí, mientras que las otras formas de la coordinación social están por construirse, al lado de él y contra él” (Fossaert, 1977: 250-251).

Fossaert siempre ha estado interesado en desarrollar lo que él llama *macro-sociología*. Toda su teoría de la sociedad se plantea a gran escala y merece una lectura mucho más detallada y puntual para no

forzar sus ideas, pero las luces que abre con su hipótesis sobre la *lógica del valor de desarrollo* nos permite ubicar mejor el sentido de proponer a la cibercultur@ como un valor de desarrollo social. Como señalamos en otra parte:

Desarrollar Cibercultur@ significa rediseñar colectivamente y de abajo hacia arriba (bottom-up) una diferente actitud y al mismo tiempo aprehender una serie de habilidades transmisibles que nos permitan operar diestramente con las tecnologías al alcance frente a necesidades de información, para generar y valorar el conocimiento y para coordinar acciones de comunicación que permitan romper el círculo vicioso de la dependencia tecnológica. Ocuparnos colectivamente de retejer nuestros añejos y desbalanceados vínculos sociales. (González, 2004)

Revisemos por último, las tres culturas/cultivo que se requiere *desarrollar* para el ejercicio cabal y compartido de ese *kybernetes* distribuido.

Cibercultur@ y cultura de información

La interacción con el mundo procesada a través de la información es una característica de nuestra especie. La tarea de desarrollar y cultivar una *cultura de información* es aprender a codificar las experiencias cotidianas que nos permitan abrir plataformas reflexivas de segundo orden, es decir, reflexionar sobre las reflexiones, pensar los pensamientos, hablar de lo hablado. El mundo social en el que nos movemos es un mundo *preintepretado* (Giddens, 1987: 159), y, por esa característica, una buena parte de nuestra existencia social nos la pasamos viviendo y viviéndonos a nosotros mismos como *territorios simbólicamente ocupados* (González, 2001: 35). Es sólo mediante el desarrollo de una *cultura de información* que podemos avanzar sólidamente en direcciones alternas, que nos permitan desocupar progresivamente esos “territorios” en los que el sentido de lo que somos y vivimos está determinado por fuerzas que no sabemos de dónde vienen, a quién pertenecen, ni a qué voluntad obedecen. De eso se trata desarrollar cultura de información. Más en lo específico, este “cultivo” requiere del establecimiento de correspondencias entre experiencias fenoménicas con códigos y signos diferentes y diferenciantes que sean significativas (Cirese, 1984).

La formación en este aspecto central de la cibercultur@ implica desarrollar formas de pensamiento matricial y sistémico —es decir, relacional— para organizar las experiencias en vías de su metabolización y elaboración colectiva.

Parte de aquel “diseño” estructural que mencionamos más arriba —sobre el desbalance entre los millones de “lectores” e interpretadores de códigos y los poquísimos que conocen las reglas de producción y transformación de los mismos— lo encontramos desde los niveles más elementales de la educación formal, y radica en la sobreestimación de la imposibilidad e incapacidad casi atávica de aprender a manejar y a pensar diestramente las matemáticas. Lejos de ser cuestiones de números, cuentas y ecuaciones ininteligibles, las matemáticas son el metalenguaje más poderoso que tenemos para representar y pensar las estructuras, por su enorme potencial para inteligir y representar las relaciones. Desarrollar cultura de información implica un proceso de descolonización de la mente y de empoderamiento de las capacidades de las personas para representar y procesar selectiva y responsablemente, desde las experiencias más elementales hasta las más complejas, mediante el establecimiento conciente y elaborado de *diferencias que hacen la diferencia*, para parafrasear a Bateson.

Cibercultur@ y cultura de comunicación

El estudio científico de la comunicación también surge después de la Segunda Guerra Mundial, y, de alguna manera, desde el subtítulo de aquel ya famoso texto de Wiener (1948) se liga con el desarrollo de la teoría de la información. Surge dentro de una mirada desde la ingeniería, en la que lo que importa es que el *mensaje* llegue con la mayor probabilidad de ser entendido tal y como se envió. La comunicación, entonces, se entendía como una técnica para inducir el cambio social dirigido: “la comunicación consiste en transferir ideas desde una fuente a fin de modificar la conducta de los receptores” (Rogers, 1974: 25).

Y ya vimos cómo resultaba claro *hacia dónde* deberían converger las conductas observables de los receptores: una serie de valores y actitudes conformes a un modelo de desarrollo inducido (decidido de manera unilateral) que fue álgidamente impugnado precisamente desde los países “receptores”. Esa forma de entender la comunicación era entendida como “muy racional” —y quizás en algunos casos reportados, hasta

eficaz—, pero no era dialógica, es decir, no era intersubjetiva. Muchos procesos de este tipo suplantaron mediante simulacros mediáticos o extensionistas la relación constructiva de toda comunicación. Pues si algo caracteriza al proceso de comunicación es precisamente que se da no entre un *sujeto* (activo y emisor) y un *objeto* (pasivo y receptor), sino entre dos sujetos con condiciones y contextos condicionados socialmente. Este modo de entender la comunicación, inspirado en la observación de los cambios del objeto/receptor (totalmente inspirada en la cibernética de primer orden), no fue lo suficientemente sensible a las relaciones de poder que pautan todo proceso de relación social. Pero dado el tipo de preinterpretación que subyacía en su forma de mirar, tampoco podía poner el énfasis en los complejos procesos de creación adaptativa que permanentemente se están dando en la relación entre dos subjetividades.

Sorda al objeto y ciega a la mirada del “emisor”, esta modernización se leía y era una forma de imposición, una forma de violencia simbólica disfrazada de racionalidad científica. Había que avanzar hacia un entendimiento más cercano a la biología, donde el énfasis no está puesto sólo en el sistema observado, sino en la relación dinámica entre el sistema observante y el sistema observado, para usar un lenguaje más preciso.

En la mayor parte de las escuelas y facultades de comunicación que conocemos, se promueve una noción sumamente pobre, empirista y pragmática que oscila entre el conductismo con variantes que hemos expuesto más arriba y una versión “pansemiotista” (“todos somos discursos y signos a interpretar”) del proceso de comunicación. “Modificar la conducta”, “compartir significados”, “intercambiar información”, “transmitir ideas”... Por el lado que se buscara, siempre quedaba el “emisor” ciego a su propia mirada en el proceso y sordo a las conductas no esperadas ni deseadas del esquema de modificación unilateral del “receptor”.

Dentro de la perspectiva de desarrollo de cibercultur@ que sostenemos, *es imposible separar las formas sociales en que nos organizamos para comunicarnos, del producto mismo de la comunicación*. En otras palabras, el proceso mismo está inscrito en el producto de la relación social de comunicación, por tanto, puede ser visibilizado mediante acciones reflexivas de los comunicantes.

Para *desarrollar* una cultura/cultivo de comunicación, hace falta que se ponga atención detallada en tres procesos, tres momentos que pautan permanentemente como estructuras sociales objetivas estos procesos y

que, al volverse visibles, pueden ser colectiva y dialógicamente adaptadas y redirigidas, en función de los objetivos e intereses de los comunicantes que forman una comunidad.

Si entendemos mejor a la comunicación como un proceso adaptativo mediante el cuál coordinamos con otros, acciones asociables a términos semánticos dentro de un dominio lingüístico (Maturana y Varela, 1990: 178) podemos re-colocar la discusión sobre la comunicación humana como “una deriva cultural, en la que —como en la deriva filogenética de lo seres vivos— no hay un diseño, sino una armazón *ad hoc* que se va constituyendo con lo que dispone en cada momento” (Maturana y Varela, 1990: 180).

Volver observable, dentro de las limitaciones propias de cada contexto y de los participantes, las formas de esa “armazón” y los “elementos” que se tienen a la mano para poder coordinar acciones sólo se puede realizar mediante el ejercicio de la reflexividad, es decir, cuando los que miran pueden mirar, no sólo aquello que miran, sino *su mirada mirando lo que miran*. Y esto sólo se puede hacer conversando y actuando sobre las formas sociales que usamos (¿o nos usan?) para comunicarnos.

La sociedad de información tiene una muy baja cultura de comunicación, le interesa más el flujo de datos en ciertas direcciones, que constituir formas sociales de encuentro y diálogo. La razón es simple, una organización con trazos verticales no incluye a los horizontales más que en un orden secundario y subordinado, como en el caso de las democracias actuales. En la sociedad de comunicación se invierte el orden de subordinación prioritaria y primaria, la información depende de la comunicación.³ La información sigue teniendo una importancia clave, pero es estructuralmente más relevante lo que hacen con ella en interacción dialógica los actores. Es decir, el flujo de información no se mueve en una dirección predominante, se reconstituye en cada nodo interactivo. Esto supone una organización más compleja, así como un gasto de energía más alto en la interacción. (Galindo, 1998: 17)

Para conseguir esa forma deliberadamente *más compleja* de organización, la interacción debe ocuparse en desarrollar, mantener y mejorar permanentemente tres procesos interrelacionados de re-organización colectiva para desarrollar una cultura de comunicación horizontal. Y *debe* ocuparse, porque en la vida cotidiana, por efecto de la *Doxa* (Luft,

³ El subrayado es nuestro.

1998), no nos damos cuenta *de que no nos damos cuenta*, y la falta de flexibilidad nos constriñe en una relación empobrecida y estereotipada de comunicación (Wacquant, 2004).

Organizarse para suscitar las diferencias

Las formas “normales” de la vida colectiva dentro de una sociedad del control tienden a privilegiar la uniformidad de las conductas y de las respuestas en un ahorro de energía organizadora al estar predefinida la interacción entre iguales que no saben qué hacer con las diferencias. Lo diferente amenaza, confronta, no es codificable y, por tanto, debe ser silenciado y sometido. El llamado *Complejo de Procasto* (Volkoff, 1984), en toda su violencia e ignorancia estructural,⁴ nos pauta la percepción de la vida y del mundo social y, con ello, nos aproxima al silencio y a la muerte, es decir, al cese de todas las diferencias que componen la vida. “Suscitar” significa promover, levantar, causar, crear las condiciones para que surjan las diferencias, dado que por efecto de la propia inercia de la convivencia social, nuestra sensibilidad a ellas es lerda. Desarrollar una cultura de comunicación pasa necesariamente por este proceso de desaprender a no mirar ni tomar en cuenta las diferencias y a los diferentes, y, simultáneamente, re-aprender, no a “tolerarlas” si no hay más remedio —lo que significa indiferencia—, sino a entender que la diferencia es el componente más importante para construirnos y adaptarnos a las condiciones cambiantes del entorno.

Una vez que se toma la tarea colectiva de *suscitar las diferencias*, arranca otro proceso igualmente permanente que está en la composición elemental de la cultura de comunicación deseada dentro de un ambiente de inteligencia horizontal y distribuida.

Organizarse para contemplar las diferencias

Este proceso implica adentrarse colectivamente con toda atención en la *contemplación* de la especificidad de los diferentes y sus diferencias dentro

⁴ “Procasto o *Procrusto*, bandido del Ática que, no contento con despojar a sus viajeros, les hacía tenderse sobre una cama de hierro, les cortaba los pies cuando superaban su longitud o les hacía estirar por medio de cuerdas cuando no la alcanzaban” (Pequeño Larrouse Ilustrado).

del grupo, y colocarse en la tesitura de aprehender qué es lo que nos hace, cómo nos impacta la presencia de lo diferente en nuestra propia estructura personal y en la del colectivo.

“Contemplar”, fuera de su sentido místico, significa examinar en detalle, implica desarrollar una actitud abierta ante las diferencias y, al mismo tiempo, también la responsabilidad de organizarse para escuchar individual y colectivamente las diferencias suscitadas de los otros. Esta actitud, si se desarrolla colectivamente, concientemente, se convierte en un modo de organización horizontal y dialógica que aumenta las probabilidades de generar inteligencia colectiva, como una propiedad emergente frente a problemas específicos. Todo el esfuerzo reflexivo y organizativo para suscitar las diferencias toma plenamente sentido cuando el grupo se organiza para contemplarlas, para aprender a escuchar y ver en detalle las fuerzas y debilidades, así como las energías presentes en el proceso de volverse un grupo, una pequeña comunidad.

Hemos visto que no hay comunicación sin diferencias y no hay diferencias sin la atenta gestión para la escucha reflexiva y dialógica de las mismas. No basta con suscitadas; ese es el primer proceso que tiene que ser echado a andar para construir la red.

El segundo reto está en incorporarlas —contemplándolas— inteligentemente al bagaje del grupo en construcción.

“Para dialogar, primero pregunto, después escucho”, decía Antonio Machado.

Con estas dos dinámicas activadas y en operación, se vuelve posible el arranque del tercer proceso, con el cuál se consigue plenamente el objetivo de construir un *nosotros*, donde todos los miembros incluidos en su diferencia se ocupan en cultivar una cultura de comunicación acrecentada. Este es el proceso reflexivo de organizarse colectivamente al generar una estructura horizontal de nivel superior a sus antecedentes para resolver dialógicamente problemas de una colectividad.

Organizarse para generar nuevas plataformas para coordinar acciones

El cultivo de una cultura de comunicación dentro del desarrollo de lo que llamamos ciberkultur@ no se realiza plenamente sino hasta que se logra construir una forma de organización superior a la que mantenían previamente los elementos que compondrán el grupo, en la que preci-

samente la riqueza suscitada y contemplada de las diferencias se reteje en una estructura pareja entre los diferentes.

Este proceso suele ser extraño u ocasional en la mayoría de las culturas llamadas “occidentales” por una tendencia marcadamente individualista, pero no lo es para nada en otras culturas, especialmente en las culturas indígenas de América.

El desarrollo de un sistema de relaciones sociales comunitarias de colaboración mutua y de alta dialogicidad ha sido la condición para poder sobrevivir en condiciones de marginalidad y explotación violenta durante más de cinco siglos.

Lenkersdorf, al estudiar la cultura y la lengua *tojolabal* del sureste de México (1999), nos ofrece un acercamiento poco común al corazón de estas comunidades en las que precisamente la construcción del *nosotros* es el núcleo de la vida y la actividad de todos, y esa forma comunitaria de estar en el mundo viene enraizada desde el mismo lenguaje.⁵

Según la hipótesis de Lenkersdorf, la lengua *tojolabal* (y las otras lenguas mayenses), a diferencia de las lenguas indoeuropeas, posee una estructura *ergativa*, que él rebautiza como *intersubjetiva*, dado que las interacciones sintácticas se realizan entre sujetos y no, como normalmente lo vivimos, entre un sujeto y un objeto.

Es un hecho que el sufijo *-tik*, que se agrega a pronombres, verbos y sustantivos, representa no solamente la palabra más usada en cuanto principio organizador que se manifiesta en los niveles social, político, lingüístico, cultural y otros, sino que señala otra idiosincrasia de la lengua y cultura tojolabales.

El NOSOTROS indica una particularidad fundamental, diferente de la sociedad dominante. La sociedad se organiza alrededor del NOSOTROS y no del yo. (Lenkersdorf, 2004: 143)

El sufijo más común en las interacciones lingüísticas en la lengua *tojolabal* es *-tik*, que se puede traducir al español más o menos como “nosotros”.

La expresión *lajan lajan ay'tik* (“estamos parejos”), nos dice el autor (1999: 77), remite directamente al sentido de la formación de una comunidad de iguales a partir del pleno respeto de sus diferencias. Cabe

⁵ Jurij Lotman y la escuela de Tartu plantean que el lenguaje opera como *sistema modelante primario*, es decir, como matriz de una cultura compuesta por un sistema de reglas que se actualizan en sus meta-lenguajes derivados que forman los sistemas modelantes secundarios (1979: 69-70).

mencionar que ese “nosotros” incluye a “todos los vivientes y no sólo a los humanos”, pues en muchas de las cosmologías mesoamericanas no hay nada que no tenga vida. Sobra subrayar el profundo sentido ecológico de esta cosmovisión, que varios autores han documentado como una forma inteligente y de largo plazo para relacionarse con los recursos materiales que genera formas sustentables de cuidado de la biodiversidad:

[...] para la cosmovisión indígena, la selva y el resto de los recursos tropicales son fundamentalmente espacios sagrados donde los seres vivos se encuentran dotados no sólo de un alma, sino de un comportamiento particular: plantas que se enojan, monos que conocen los celos, colibríes convertidos en maestros de la galantería, hormigas solidarias, tucanes glamorosos, anacondas temibles. (Toledo, 2000: 127)

No es difícil establecer el sentido del respeto entre sujetos vivos que contiene esta cosmovisión, en la que “cada acto de apropiación de la naturaleza tiene que ser negociado con todas las cosas existentes (vivas y no-vivas) (Toledo, 2003: 78). Ese sufijo es la marca indeleble en las conversaciones de una cultura que para sobrevivir y relacionarse con el mundo genera y estimula procesos permanentes de “nosotricación”, de construcción del sentido del *nosotros* por encima del *yo*. Este es el tercer nivel del cultivo de una cultura de comunicación.

No entraremos más en detalle sobre los trabajos de Lenkersdorf, que, por la audacia de sus afirmaciones, ha sido severamente criticado dentro del campo de la lingüística; pero, sin ambages, retomamos plenamente el sentido del sufijo *-tik*⁶ agregado al verbo castellano “generar”, porque nos ayuda a señalar el objetivo y el programa de desarrollo de una cultura de comunicación con sentido cibercultural. Este objetivo sólo se puede conseguir si los elementos del grupo se dan a la tarea de dialogar y de establecer una forma de organización y de cognición más inteligente, porque está hecha de procesos de escucha atenta y de soluciones colectivamente diseñadas.

Recordemos que la forma en que nos organizamos para conocer y para comunicarnos se inscribe plenamente en el producto mismo del conocimiento y de la comunicación.

⁶ Agradecemos a Antonio Paoli el descubrimiento de esta concepción del *-tik* en una conversación personal, y al propio Carlos Lenkersdorf por la generosidad de sus posteriores comentarios y aclaraciones en conversación con los miembros del Labcomplex, el 5 de mayo de 2005.

A formas sociales verticales, autoritarias y rígidas, corresponden productos del mismo tipo, es decir, *formas simbólicas* (Thompson, 1977) cuya estructura específica —y no sólo su contenido— excluyen o incluyen clases de interpretantes y de interpretaciones determinados, diversas apropiaciones y usos, desde la misma forma en que utilizan el lenguaje y los recursos de argumentación hasta los propios temas y los referentes.

Cibercultur@ y cultura de conocimiento

Conocer es siempre una actividad que reorganiza estructuras para transformar y transformarse. Y si bien todos los seres humanos como especie requerimos generar conocimientos para poder sobrevivir, el desarrollo y el cultivo de una cultura de conocimiento son una de la más graves carencias en la sociedad contemporánea. Desde luego, esta carencia va de la mano con las otras dos culturas arriba expuestas.

No hay conocimiento sin información. Y no hay conocimiento sino para ser comunicado a otros, para otros. Hemos visto antes que la información consiste en la creación de un atributo intangible que establece una relación entre experiencias y signos. El conocimiento opera de manera similar, pero no se agota en ella. El ejercicio del cultivo y creación de conocimiento implica establecer una especie de meta-relaciones sobre las relaciones que codificó la información. Y, entonces, las cosas del mundo comienzan a significar. El mundo se apropia por la acción, las cosas nos significan en función de lo que podemos hacer con ellas.

Desde la perspectiva de una necesaria epistemología constructivista, Jean Piaget y Rolando García (1982) han señalado la importancia de los procesos de *asimilación* y *acomodación* en todo proceso de psicogénesis. La construcción de conocimiento se realiza en los humanos mediante la puesta en crisis de ciertas estructuras y esquemas que están incorporados y han surgido como parte de procesos dialécticos (Piaget, 1980) de adaptación al entorno. Y eso sólo pasa en la acción; por eso, conocer es transformarse creativamente. Desde niños, la actividad cognoscitiva se realiza en procesos de organización, reorganización y transformación de esquemas y estructuras diversas, tanto psicológicas como biológicas y sociales en construcción.

Ya que se han construido los esquemas básicos, sabemos que no se puede conocer si no se construyen preguntas pertinentes frente a problemas prácticos y concretos que nos afectan de muchos modos posibles.

Las situaciones y experiencias de la vida social son percibidos como problemas sólo por una imaginación que lo permita. Así, una vez percibidos por las condiciones y los costos de no resolverlo, esos problemas concretos nos ayudan a generar las preguntas pertinentes de algo que todavía no sabemos, pero que debemos saber para no seguir pagando consecuencias no deseadas. Es ese el momento en el que se transforma el problema práctico en un problema de conocimiento que exige una *respuesta de conocimiento* (Booth, Williams y Colomb, 2003: 56-71) que es siempre el efecto de un proceso creativo, de un tipo de invención que permite “aproximarse a lo infinitamente lejano” (Marina, 1998: 27).

Preguntar es la clave de inicio del conocimiento; sin preguntas no hay problemas ni conocimiento, y sin éste vivimos atados en un mundo pre-interpretado y, por lo tanto, dependemos en diversos grados de las fuerzas del entorno. Con el conocimiento se puede anticipar y prevenir situaciones y experiencias cuyos costos ya no queremos pagar.

Las soluciones de conocimiento a problemas concretos no son inmediatas, porque requieren de un tiempo de procesamiento y generación de información que permita describir, explorar, clasificar, tipificar, analizar e interpretar las experiencias con más o menos riqueza suficiente para salir satisfactoriamente del problema. Cuando construimos una respuesta de conocimiento a un problema, estamos ensanchando las potencialidades de la acción individual, y, si lo comunicamos, se vuelve colectiva. La relación con la cultura de comunicación es igualmente crucial. Cuando nos damos a la tarea de confeccionarnos las respuestas para nuestros problemas, al mismo tiempo también estamos liberando *territorios simbólicamente ocupados* (González, 2001).

Esto lo relacionamos directamente con dos condiciones que tendríamos que exigirle a la práctica profesional de creadores de conocimiento, es decir, a los agentes especializados del campo científico. Por un lado, que el conocimiento sistematizado (la ciencia) nos ayude a *ganar grados de autodeterminación* como especie, y, por otro lado, que nos ayude a *abrir mejores mundos posibles*, más incluyentes, más abiertos, más vivos, más sensibles, más concientes.

Cibercultur@ y tecnología

El desarrollo de cibercultur@ implica un ajuste particular sobre la forma corriente en que se ha entendido a la tecnología. Antes que un

dispositivo o un aparato, hemos mencionado que la tecnología debe ser entendida como un todo, un *vector social*. Es decir, como una fuerza social con dirección y eficacia sociales. Con la tecnología se pueden hacer “cosas” y *hacer que otros hagan cosas*. Podemos producir más bienes y acortar tiempos de recorridos y de acumulación. Lo mismo sucede con la información y la comunicación tecnológicamente mediada: la capacidad de recuperación, procesamiento, tipificación, almacenamiento y salida de información —que es una capacidad fundamental compartida con muchas especies, pero acrecentada en la especie humana— se potencia enormemente con las tecnologías de procesamiento digital modernas.

Estas tecnologías incrementan y facilitan la posibilidad de coordinarse efectivamente entre varias personas simultáneamente y a grandes distancias. Y precisamente por esas dos características —la de *establecer vínculos significativos* entre experiencias y signos mediante códigos primero y metalenguajes después, así como la de *potenciar la distribución* de dicha información entre diferentes agentes para coordinar sus acciones—, las llamadas TIC, si no son asumidas y desarrolladas igualmente como *tecnologías de conocimiento*, funcionan como *tecnologías de desconocimiento social* por la fuerza de ese vector en un entorno socio-histórico particular. La gente se siente “desplazada” (y de hecho lo está) o se siente “menos” (y se lo hacen ver así) cuando toda su relación con las TIC es *transparente* y *friendly* (amigable al usuario) y hecho “fácil” para los usuarios finales. ¿Para qué querríamos saber cómo se hacen los algoritmos de un sofisticado programa para hacer textos o llevar la contabilidad de una cuenta de banco? ¿Para qué necesitaríamos conocer la forma de programar y darle instrucciones a las máquinas, si alguien mejor capacitado y más profesional que nosotros lo puede hacer y mucho mejor? Y la respuesta es, probablemente, “para nada”. Es inútil. Nunca los alcanzaremos. Sin embargo, con una formación distinta respecto a la información, la comunicación y el conocimiento, es decir, con un desarrollo dialógico y horizontal de cibercultur@, esas “tecnologías de información y comunicación” que en realidad operan como tecnologías de la delegación de poder, del estigma refrendado de la diferencia desigual, de la admiración acrítica por “las maravillas” que puede hacer, *tecnologías de la mentira*, cuando se afirma de manera impune, que “más computadoras es igual a mejor educación”:

En un esfuerzo por reducir la brecha tecnológica que aún prevalece en las escuelas públicas del país, diferentes organizaciones públicas y privadas

patrocinaron “Redondeo 2005. Más computadoras, mejor educación”, para recaudar y aportar 80 millones de pesos que permitirán abrir 300 Aulas de Medios en toda la República. (SEP, 2005)

Pero, a diferencia de asumir que estamos del lado *equivocado* de la “Brecha Digital” (o “tecnológica”, que, desde luego, no son lo mismo, pero lo usan como si fuera igual), también pueden ser usadas para potenciar el conocimiento de la sociedad sobre sí misma. Toda tecnología de información y comunicación es también una tecnología de conocimiento.

Así, en la medida en que podemos potenciar el cultivo de las tres culturas/cultivo que componen a la cibercultur@ mediante el desarrollo de sistemas de información, sistemas de conocimiento y sistemas de comunicación, se potencian igualmente procesos de inteligencia distribuida, en los que la forma de organización que se precisa permite privilegiar una actitud de colaboración más que de competencia. Donde lo importante es el proceso de generación del *nosotros* organizados para resolver problemas concretos cuya solución tiene sentido y relevancia colectivos. De este modo, se facilitan diversos procesos de *generación de inteligencia colectiva y distribuida* (Salomón, 1997; Werstch, 2001; Cole, Engerström, y Vázquez, 1997).

No entraremos en profundidad en este tema por ahora. Basta con señalar que, de hecho, sabemos que toda inteligencia siempre es y ha sido colectiva y que, además, siempre está distribuida en los objetos que manipulamos, en las interacciones lingüísticas que generamos y en las relaciones sociales que diestramente mantenemos.

Desde luego, no hay posibilidad de generar inteligencia distribuida sin individuos o elementos inteligentes que no sólo sean capaces de generar respuestas adecuadas a los problemas prácticos y concretos con los que se enfrentan, sino que, además, sean capaces de generar nuevas preguntas, mejor planteadas, que requieren mejores búsquedas de soluciones de conocimiento.

Para ello, son absolutamente vitales los desarrollos de sistemas de información y sistemas de comunicación adecuados al problema. Sin ellos, simplemente no hay conocimiento. Sin conocimiento, la información es estéril o se vuelve ruido o pura erudición. Sin información, el conocimiento especula y declara, pero no construye. Sin comunicación, el conocimiento se vuelve autista, autocomplaciente y desconectado de los otros y de sus experiencias. Y estas tres dimensiones son centrales para desarrollar procesos acrecentados de reflexividad.

Conclusión. Cibercultur@ y Comunidades Emergentes de Conocimiento (CEC).

Llego hasta aquí con este diálogo que pretendía al inicio, establecer algunos parentescos entre la sociocibernética y la Cibercultur@. Aunque más bien, el giro del texto condujo hacia un intento de explicitación de lo que contiene el neologismo cibercultur@.

En realidad, si tiene un sentido preciso, es como dije antes, doble: científico y político. La zona de complejos cognoscitivos que nuestra propuesta abre, no es nueva ni original. No inventamos el hilo negro. Sin embargo, la ocupación de las cuestiones que delimita el cruce la tecnología y la sociedad, más estrechamente delimitadas por **el vector tecnológico y las ecologías simbólicas** en este iniciante siglo XXI y para esta gran porción degradada y desactivada del mundo social, es y seguirá siendo un territorio ignoto mientras no le demos visibilidad científica. Por ello, el trabajo sobre las fuentes teóricas de nuestra conceptualización del complejo por conocer, sigue siendo imprescindible. Tanto como la puesta a prueba de los conceptos, las categorías y las estrategias para volver observable desde una zona de preguntas pertinentes y plausibles, procesos sociales cruciales para la definición del sentido de nuevas identidades, de las políticas públicas, de los flujos de personas e informaciones e imágenes de esta era de globalización forzada. Sabemos que sin visibilidad conceptual y científica, no habrá manera de que este proceso, que no es (aunque lo pareciera) una entelequia intelectual de moda, adquiera progresivamente visibilidad política. Visibilidad política que tiene que ser construida en todas las escalas: desde lo familiar y amical de las redes ideológicas de convivencia, pasando por los barrios, las comunidades, los pueblos, las regiones, los países, los continentes y el mundo *mundial*.

No es muy difícil desmontar políticamente las carencias y errores de las políticas públicas sobre la sociedad de la información y del conocimiento.

Hemos visto que nociones ideológicas de uso periodística tales como “las nuevas tecnologías de información y comunicación”, las famosas “NTIC’s”, la inefable “brecha digital”, la espuria relación que nos machacan constantemente para decirnos que “más computadoras es igual a mejor educación”, no se sostienen en un análisis y una práctica que pretenda cierto rigor. En buena medida, la propuesta de desarrollar cibercultur@ implica conocer para facilitar mejores procesos de

empoderamiento colectivo que se puedan orientar hacia un desarrollo sustentable y sostenido por una política de Estado sobre estos menesteres, que no tenemos y que necesitamos. He señalado también que es precisamente la gestión del conocimiento, el desarrollo y el cultivo de una cultura de conocimiento la que puede abrir las puertas de una nueva actitud y una diferente formación frente a la información, la comunicación y las tecnologías más modernas. Y eso, porque precisamente el desarrollo comunitario de cibercultur@, desde abajo, primero hacia los lados (*lajan, lajan ay'tik*) y luego hacia arriba tiene y puede tener una triple consecuencia fundamental para lograr ese empoderamiento de la sociedad, de los ciudadanos, de la gente. Es posible la creación de un “nosotros” más amplio, más ancho, más incluyente, y se requiere metabolizar de modos creativos y diferentes el manejo del tiempo y de las comunidades en el mismo. Eso es precisamente el objeto de una Comunidad Emergente de Conocimiento *Glocal*. Componente dentro de una red de nodos activados en cibercultur@ que con alta conectividad con otros similares, opera como nodo/semilla dentro de un territorio y en la búsqueda de construirse información sustantiva y significativa para la comunidad en general. El proceso de empoderamiento de toda CEC, se inicia cuando se construyen las condiciones para re-elaborar el tiempo social y los papeles dentro de ese tiempo que la comunidad emergente enfrenta.

1) **Re-Inventar el pasado**, porque en una sociedad o mejor, en una parte del mundo donde siempre nos han contado los cuentos (y las cuentas) desde afuera, solo recordamos lo que nos han dicho que debe ser recordado. Seguimos siendo una población que como otras muchas “perdedoras” en todo el mundo, celebramos y conmemoramos las derrotas.

Desarrollar cibercultur@ fomenta un movimiento de reestructuración de memorias en proceso, que son el mejor antídoto contra la amnesia globalizante y globalizadora.

2) **Re-Narrar nuestro presente**, porque al definir escenarios de acción y al adquirir conciencia de las coyunturas en las que la acción se encuadra, nos pertrechamos contra la irreflexividad ciega, de pasarla para ir la pasando como se pueda, porque las cosas son como son y ya. El conocimiento de “cómo son las cosas”, es el pivote de desactivación de la maldición de fatalidad en la que normalmente nos educamos sobre el mundo social y su circunstancia.

3) **Re-Diseñar el futuro**, porque al abrir e imaginar colectivamente otros *mundos también posibles*, comenzamos a construir horizontes que atentan contra la cancelación cotidiana (pero ancestral) de la esperanza de una mejor calidad de vida, de un menor deterioro ambiental, de salir de postraciones injustas y entuertos no solo perfectibles, sino transformables y prescindibles. Así pues, este deambulaje por la noción de cibercultur@ y su relación con la sociocibernética tal y como se ha venido desarrollando en el mundo, se parece a un bucle que “cierra” abriéndose: la sociocibernética aspira a comprender y generar mejores interpretaciones de la complejísima situación de las sociedades contemporáneas con el auxilio de una potente teoría general de sistemas, la cibernética de segundo orden, las ciencias cognitivas y la investigación de operaciones.

Esta sociocibernética que se origina y se visibiliza dentro del llamado primer mundo, al interior de la zona central del sistema-mundial y que en los países “en vías de desarrollo” o de plano periféricos y semi-periféricos, con tantas carencias y retrasos históricos, no parecería más que *otra moda más* de una minoría intelectual.

Sin embargo, como hemos visto, la sociocibernética fue aceptada —no sin complicaciones ni desconfianzas en el campo de la sociología— con el estatuto de Comité de Investigación dentro de la International Sociological Association hasta 1998, después de casi 20 años de luchar por su reconocimiento y establecer una dinámica de reflexión y participación.⁷

Se le reconoce al español Francisco Parra-Luna el empeño en la conformación de esta poco convencional rama de la sociología contemporánea y a partir de su iniciativa, el papel que hemos jugado en el Comité RC 51 los hispanoparlantes, ha ido poco a poco creciendo, desde el mantenimiento del sitio oficial del comité en Zaragoza, la or-

⁷La primera reunión oficial como Comité RC-51 de ese grupo de académicos, profesionistas, consultores y algunos sociólogos ocupados en la sociocibernética, con mayoría de participantes de países e instituciones del centro del sistema-mundo, especialmente Europa y Norteamérica (España, Holanda, Alemania, Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Canadá, Japón, Italia y algunos del antiguo bloque comunista como Rusia, Hungría, Eslovaquia, Rumania, etc.) con una mínima presencia de países latinoamericanos, asiáticos y africanos, se llevó a cabo en Kolimbori, Grecia (1999). La segunda se realizó en Panticosa, España (2000), la tercera en León, México (2001), la cuarta en Brisbane, Australia (2002), la quinta en Corfu, Grecia (2003), la sexta en Lisboa, Portugal (2004), la séptima en Maribor, Eslovaquia (2005), la octava en Durban, Sudáfrica (2006), la novena en Murcia, España (2007) y la décima en Ciudad de México, México (2008).

ganización de las conferencias y la participación creciente. El diálogo se ha abierto, y poco a poco se abren nuevas perspectivas.

La investigación y desarrollo de cibercultur@ es una de las aportaciones que desde el mundo de habla española, converge para dialogar con la sociocibernética con pleno rescate de dos pensamientos. Uno directamente del espíritu de Antonio Machado, andaluz, español y para nosotros, también iberoamericano: “*para dialogar, preguntad primero, después, escuchad*”.

Justo en la misma dirección que nos proponen las comunidades zapatistas del Sureste mexicano, que cansadas de ser ignoradas y explotadas durante siglos, saben que *sólo preguntando, andamos*. Este es precisamente el sentido del desarrollo de cibercultur@, queremos dialogar para aprender a sentir hondo, muy hondo y a pensar alto, muy alto.

El estado actual de las cosas de este mundo, no exige menos.

CIBERCULTUR@ Y DISEÑO
DE POLÍTICAS CULTURALES*



Bueno, la idea es que me pidieron tener una charla, un diálogo con ustedes en su calidad de funcionarios y personas específicamente ocupadas en el diseño, en la puesta en marcha y en la ejecución de un área estratégica y vital del desarrollo de toda sociedad. Me refiero, desde luego, a la cultura, a esa dimensión simbólica de nuestra sociedad y de nuestras vidas.

Sin embargo, todavía mucha gente, inclusive los mismos gobernantes, no se acaban de dar cabal cuenta de su valor para el desarrollo de la sociedad, desde luego, no sólo retóricamente o de “dientes para afuera”.

Para entrar en el tema, voy a hacerles una presentación breve en la que incluiré algunos esquemas para facilitar la exposición. En ella voy a proponerles una serie de relaciones y de conceptos que llamaré “abiertos”, porque están en proceso de construcción y porque sólo se comprenden a partir de su relación con otros conceptos. Y están en ese estado provisional porque yo creo que el conocido concepto de *cultura*, acuñado a fines del siglo XIX y que tanto servicio nos ha dado durante el siglo XX, ya no alcanza a dar mucho más que lo que ya dio para dejarnos analizar de mejor manera el complejo entramado de relaciones que queremos entender y que necesitamos comprender. Entre ellos están los constantes retos y ajustes que nuestro tiempo presencia y confronta. Por un lado, con las fuerzas de la *globalización económica* y las tensiones de una especie de *mundialización* de algunas formas culturales. Y, por el otro, con la muy variada *etno-diversidad* y *multiculturalidad* que presentan nuestros países latinoamericanos, todo ellos tan abundantes y tan ebullentes en diversidades culturales, en formas de relacionarse simbólicamente con el mundo, con la tierra, con la vida, con los

* Transcripción de la charla con los funcionarios del Ministerio de Cultura del Gobierno de Colombia, Sala Mallarino, Teatro Colón, Bogotá, 18 de septiembre de 2001.

sueños, con el pasado y con el futuro de muy diferentes y a veces hasta contradictorias maneras.

Les propongo las palabras, “Cibercultura y Políticas Culturales”, para comenzar a conversar. Desde luego que esa palabreja, “cibercultura”, es deliberadamente poco clara. Bueno, entonces, el elemento fundamental es el siguiente: hay una pregunta que todas las instituciones de cultura se hacen cotidianamente y es un tipo de pregunta que llega a ser, a veces, angustiante: ¿cómo saber que lo que estamos haciendo, que las acciones y decisiones que se toman, están funcionando en la dirección que queremos que funcionen?

Y esto nos lleva a una pregunta anterior, pero igualmente clave: ¿en cuál dirección queremos que funcione? ¿Hay una dirección en la cual queremos que todo funcione? Algo de esto comentábamos ayer en la reunión en el Ministerio de Cultura, y es que por desgracia el “diseño” de políticas culturales —al menos en México—, durante mucho tiempo, parece haberse realizado de manera *supra-rotular* (por decirlo elegantemente), “sobre las rodillas” o “al cuarto para las doce”, sin una clara acción de Estado que trascienda la coyuntura de los gobiernos y las acciones aisladas, algunas ciertamente brillantes, pero sin continuidad y sin perspectiva de desarrollo a largo plazo.

No debe ser sencillo para los funcionarios de la cultura tomar estas decisiones. Pero cabe siempre preguntarnos ¿con cuáles elementos se cuenta para poder decidir? Desafortunadamente, son —o al menos siempre *parecen ser*— decisiones “al contentillo”, basadas en la buena voluntad o intuición de los que deciden.

Pero, ¿podemos asumir la responsabilidad de generar una nítida dirección de nuestras propias sociedades hacia un *valor de desarrollo* básico, el cual no tenemos delimitado bien, que no ha sido claramente definido, ni suficientemente documentado y que, desde luego, los propios gobernantes, lo propios funcionarios, a veces tampoco tienen claro? En México, esa es la responsabilidad del llamado “sector cultura”, que debe indicarle al ejecutivo por donde tenemos que ir en esos terrenos.

Es decir, su misión es “fijar líneas de acción”, pero muchas veces *la cultura* queda como el *anexo del anexo del anexo* de la política. Y cuando hay que repartir el presupuesto, se reparte donde es “verdaderamente importante” repartirlo y, de ese modo, las sobras de las sobras se van a este sector con tal de “no quedar mal” en las cumbres mundiales de ministros de cultura. Ese escenario, que es deficiente por ser improvisado, podría ser muy diferente si tuviéramos las herramientas con las

cuales pudiéramos crear otros escenarios posibles y plausibles diseñados expresamente para poder tomar decisiones responsablemente informadas. ¿Cómo podemos conocer lo que está pasando? ¿Cómo podemos involucrar las diferentes fuerzas sociales en la gestión y apoyo de la cultura?

Porque sucede que en muchas partes del mundo esto se toma como un asunto exclusivamente de competencia del sector público.

Esto se entiende como que el gobierno tiene la obligación de *gastar* recursos (no *invertir*) en la cultura y, de esa manera, todo el sector privado, el capital que está por ahí que podría canalizarse no lo hace o lo hace de manera timorata y limitada, porque, casi siempre, gastar en cultura resulta una especie de inversión a fondo perdido. Y con gran ignorancia se llega a pensar que “si alguien tiene que perder por *gastar* en algo tan inútil y poco productivo como la cultura, pues que pierda el Estado”. Patético a la vez que paralizante. Como es un fondo considerado inútil o de ganancias a muy largo plazo, se descuida su descripción y su investigación detallada y, por ello, la importancia crucial de la cultura se hace doblemente invisible. Invisible teóricamente, pues no la percibimos definida en la complejidad de sus relaciones, e invisible políticamente, pues al no “percibirle”, no podemos actuar y decidir en su favor.

Considero un paso importante el hecho de que aquí en Colombia estén intentando ustedes una actitud diferente al respecto, y en esa línea han comenzado con una producción específica de estudios en *economía de la cultura*. La cultura es un sector económico cada vez más fuerte y relevante, y en sociedades más globalizadas y desarrolladas, la cultura tiene un papel crecientemente importante en el porcentaje del Producto Interno Bruto de las economías. En estas sociedades nuestras tan complejas y móviles, el llamado *sector cultura* —es decir, el *campo cultural* compuesto por las instituciones, los productores y las prácticas especializadas en la construcción, difusión y preservación de representaciones del mundo, de modelos para elaborar el mundo— es a todo título un sector estratégico que genera ganancias, empleos y modos de interpretar las complejas experiencias de la vida y del mundo que vivimos. Como especie racional, no podemos evitar representarnos el mundo y las experiencias que pasamos y sentimos. La vida la sentimos, sentimos las cosas y el cuerpo es nuestro único medio para sentir, nuestro único transmisor y receptor de sensibilidad. El mundo lo experimentamos con el cuerpo, pero lo elaboramos, lo procesamos con las *representaciones*, lo metabolizamos, por así decirlo, a través del lenguaje articulado junto con

múltiples y complejos metalenguajes, tales como la religión, el derecho, la moral, el arte, la educación, la filosofía, el sentido común.

Imaginemos entonces que “la cultura” comprende un enorme, complejo y multidimensional entramado de modos y modelos para definir, representarnos y modelar el mundo y todas las experiencias que de él tenemos.

Hoy sabemos que existe una relación directa entre lo que podemos ver y sentir del mundo y nuestro modo de nombrar ese mundo.

Y esto implica que mientras más pobre es tu lenguaje, tu metalenguaje para nombrar lo que sientes, tienes menos capacidad de percibir, de sentir. Eso pasa desde luego a nivel personal. Pero a nivel social, imagínense un Estado Nacional que no es capaz de generar sus procesos de elaboración de lo que le sucede.

Es penoso —pero así hemos hecho la Historia— que como sociedad siempre hemos sido narrados desde fuera, contados —de cuentos y de cuentas— desde fuera, explicados desde fuera, procesados por otros, y eso ha implicado una muy grave carencia y descuido de tres tipos de cultivos, a saber, de información, de investigación y de comunicación, que vamos a ver brevemente. Este asunto es propiamente el centro y sentido de la charla.

Esta charla se va a centrar en cómo entender la cibercultura como un objeto de conocimiento y cómo entender la cibercultur@ como un valor de desarrollo.

Veremos también cómo el esfuerzo que desde hace más de tres lustros estamos haciendo un grupo de personas y amigos, una red de vínculos para la investigación de la cultura en México, confluye en un cambio en la manera de entender la investigación científica y la relación con políticas públicas. Ello implica cambiar una actitud de ambos lados, tanto de aquellos que están haciendo la investigación como de aquellos que la requieren para actuar mejor. Veremos que, muchas veces, la propia cultura de investigación de los investigadores, de las universidades suele ser, en efecto, muy precaria. Del lado de la investigación, los investigadores hemos mantenido una especie de vicio en el que sucede como si bastara pronunciar algunas palabras más o menos rimbombantes —y que nada más entre iniciados entienden— para que los problemas concretos se solucionaran o, al menos, se entendieran y se captaran con mejores resultados. Se nos infla la boca aludiendo a “la sociedad del conocimiento”, a “la sociedad de la comunicación”, a las “autopistas de la información”. Pero, ¿y qué más? Indudablemente, en el terreno de

la cultura hay muy pocas respuestas específicas a eso. Parece que hay un divorcio o una esquizofrenia entre la gente que toma las decisiones sobre cultura y la gente que hace (¡o debería hacer!) el conocimiento sobre cultura. ¿Cómo acercarlas? Esa es otra de las preguntas que aquí necesitamos hacernos. Y, por último, veremos una parte fundamental que toca la siguiente cuestión: es muy difícil, si no prácticamente imposible, tratar de llevar adelante un tipo de políticas públicas incluyentes de arriba para abajo, que escuchen y respeten y no sólo que toleren, sino que atiendan y susciten la diversidad cultural en toda su variedad y riqueza, cuando dentro del propio grupo de trabajo, es decir, entre ustedes y los que con el tiempo seguirán llegando a su institución, se tienen diferentes y desiguales niveles de estimulación, de conectividad y de consistencia.

Eso es lo que quiero presentar para conversar un poco lo que ustedes quieran con ideas y preguntas, y voy a hablar del ejemplo concreto de cómo estamos enfrentando específicamente ese divorcio, esa esquizofrenia entre lo que pasa en las universidades y lo que pasa en la toma de decisiones de políticas públicas. Para “nosotros”, los investigadores, no es fácil ni es común tener este tipo de encuentros con los profesionales de las políticas culturales. Por lo general, nos encontramos con nuestros pares y colegas con los que infinidad de veces sólo jugamos a los espadaños retóricos: “no, hombre, es que *mi* teoría es mejor que la tuya”. Pero la diferencia es que ustedes toman y ejecutan decisiones hora tras hora, día tras día, peso tras peso, y para todos el reto es precisamente cómo poder aterrizar este lado de la cuestión. De *su lado*, existe igualmente un severo prejuicio, debo decir que en muchos casos bastante bien ganado, sobre la tarea de investigación cuando hablo con gente que toma decisiones “muy” prácticas y suele confundir lo “teórico” (y eso es bastante grave) con lo “inútil” o “inservible”: “Eso es teórico, pero deja que vengas a sentarte aquí y tengas que tomar este tipo de decisiones, con el tiempo escaso, con tan bajos recursos y con casi nada de elementos, para que veas qué bonita resulta tu elegante teoría”.

Desde luego, aquí tenemos un profundo malentendido sobre cómo la teoría puede funcionar y sobre lo que la acción de la investigación puede generar a partir de ella. Por otra parte, hay una creencia muy común y acríticamente aceptada de que para hacer algo tenemos que tener muchos porcentajes, cantidades y cifras a como de lugar. Eso parece ser lo importante, muchos porcentajes, muchos “datos”, tales como estos: “el 30 por ciento de la población adulta va al cine una vez por mes,

mientras que el 90 por ciento ve la telenovela a diario”. Muy interesante, muy bien. Pero, y ahora ¿qué hacemos con eso? “Pues anunciemos al Ministerio en medio de la telenovela.” ¿Será la solución?

Mi idea es que, desde luego, sí hay solución para eso, pero no puede ser una solución impuesta y ya. Más bien tiene que ser construida, dialogada, entretrejida en equipos, en grupos, en pequeñas comunidades en ámbitos cada vez más vastos.

Muy bien, pues entonces comencemos por caracterizar esos tres tipos de culturas/cultivos que podemos (y deberíamos urgentemente) desarrollar.

Por una cultura/cultivo de información

Decía antes que en nuestros países (México y Colombia, por ejemplo) existe una enorme carencia de *cultura de información*. Cuando, por ejemplo, tienen ustedes que tomar o ejecutar decisiones sobre determinado aspecto de la cultura colombiana, ¿en función de qué lo hacen? ¿Dónde está la información, dónde están los bancos de información densos, llenos de relaciones, llenos de elementos prácticos que permitirían hacer (y no improvisar) el seguimiento y la evaluación de su propia acción en políticas culturales? No hay o no parece haber. Es decir, ¿existe algún sistema de información que me diga qué ha pasado desde que aparece *Colcultura* o cómo fue cambiando sus metas y productos con el paso del tiempo? ¿Hay algún sistema de información, bueno, cuando menos un archivo, un documento al que cualquiera pueda recurrir, donde se pueda llegar y ver todo lo que ha hecho el Estado colombiano en los últimos veinticinco, treinta, cuarenta, cincuenta años en acciones culturales? No lo hay y eso no es novedad; tampoco lo hay en México ni en Venezuela, pero sí en algunos otros países donde sí se considera la información como un recurso estratégico para evaluar y planear las acciones. Y si en esos países no lo hay, así como lo acabo de describir, hay cuando menos una actitud y una tradición que permitiría reconstruirlo sin mucha dilación. La cultura de información es un tipo de cultura/cultivo que no tenemos tal vez por ser sociedades históricamente dependientes, todavía colonizadas en la cabeza, pero el caso es que no cultivamos la información. Cultura de información no es leer el periódico a diario. La información de los periódicos se pudre casi inmediatamente al otro día. Hoy no es noticia que se cayeron las torres gemelas de Nueva

York. Pero, entonces, si no es de ese tipo, ¿a cuál otro tipo diferente de información me refiero?

Me refiero a información sobre la cual una sociedad es capaz de recuperar y reconstruir su pasado, su presente y su porvenir. Una actitud de cultivo de la información que hace posible recontarnos la memoria, entender y metabolizar el presente y prefigurar mundos posibles, escenarios futuros. Pero no sólo de manera referencial o metafórica, sino diseñada de forma sistémica para proporcionarnos configuraciones de información que nos sirvan como *plataformas generativas* para el diseño, la evaluación y la prospectiva de la responsabilidad que como funcionarios les complete de manera profesional. De eso no hay o hay muy poco.

El panorama comienza a vislumbrarse cuando entendemos que, desafortunadamente, también carecemos de cultura/cultivo de investigación.

Por una cultura/cultivo de investigación y conocimiento

La formación en investigación suele ser realmente escasa y muchas veces hasta ridícula. Y todo comienza cuando tienes que “soplarte” un manual infumable, serio, sesudo, tozudo e inexpugnable, en el cual tu sensibilidad e inteligencia es lo primero que tienes que abandonar porque no cuentan. Casi es como decirte: “haz a un lado tu sensibilidad y apréndete el manual”. Y si esto “funciona”, te conviertes en una especie de necio/a que piensa que con tener un martillo en la mano todo le parece digno de un severo y “científico” martillazo. “Es que yo sé hacer encuestas, y la encuesta *es* científica”. Pero frente a esta actitud sabemos que ninguna técnica de investigación está libre de contaminaciones diversas. La científicidad de una investigación se genera con las preguntas, no con las técnicas. Arranca con la manera en que preguntamos y de los lugares desde donde cuestionamos la realidad y los objetos.

Las técnicas, no obstante, que siempre persiguen a las preguntas no las alcanzan nunca. Alcanzarlas sería exactamente hacer lo que nos cuenta Borges, en “Del rigor en la ciencia”, ¿recuerdan esa parte en que dice más o menos así: *En aquella época el arte de la cartografía llegó a tal grado de precisión que los cartógrafos hicieron un mapa del tamaño del imperio que coincidía puntualmente con él.* ¡Qué despropósito! Imagínense, nada más para ir de un lado a otro de la ciudad, habría que recorrer en el

mapa, en un papel o en un espacio pautado, la misma distancia física que en la ciudad. Y todo el mundo consideró —como nos lo dice muy sabiamente el mismo Borges al final de dicho cuento— que ese era un mapa inútil, que no servía para lo que se suponía que debería servir. En rigor, no hay forma ni manera de que las preguntas sean jamás alcanzadas *completamente* por las técnicas, pero podemos acercarnos y afinarlas para mejores tiempos e instrumentos teóricos.

El panorama del lado de la Universidad y el mundo académico no es muy distinto. Ahí también encontramos una muy baja cultura/cultivo de investigación. Yo convivo permanentemente en comunidades de investigadores en México clasificados y beneficiados por el Estado, y me parece que, sin merma de su propio y especializado conocimiento, la cultura/cultivo de investigación de los propios investigadores suele ser bastante baja y estereotipada, a veces por sordera, a veces por soberbia, a veces por ambas y otras tantas por accidente u omisión en su propia formación.

Al mismo tiempo, esta cultura/cultivo de investigación que la sociedad ampliada, las instituciones públicas, las ONG´s y las empresas y empresarios podrían y deberían tener es igualmente muy escasa. Y yo pienso que no es sólo responsabilidad de ellos mismos. Yo creo que el desarrollo de esa cultura/cultivo de conocimiento es responsabilidad —al menos inicialmente— de la gente que estamos profesionalmente en la investigación. Tenemos que dar a conocer a la gente para qué sirve a ustedes lo que hacemos. ¿En qué les puede servir? Desde luego que no para que piensen “miren, pero qué bonito, ahora piensan mejor”, sino que, además del “qué bonito que ahora piensan mejor” y tengamos más palabras sonoras, rimbombantes y todavía más elegantes para nombrar las cosas, ¿cómo puedo mejorar mi acción, cómo puedo establecer un sistema de seguimiento de que mis diversas acciones de política cultural se están llevando por buen cauce? Todas estas preguntas y otras más se pueden desarrollar al generar una cultura/cultivo de investigación.

Por una cultura/cultivo de comunicación

Pero hay otra forma de cultura/cultivo cuya carencia es quizás peor. Me refiero a la cultura/cultivo de comunicación. Y es todavía peor porque estamos acostumbrados a “comunicarnos”, a conversar nomás para arriba o para abajo. Nos enseñaron nada más a ver quién nos va a dar órdenes

y a ver a quién le vamos ordenar. Y a veces, por el propio trabajo y por la situación de nuestra propia vida cotidiana, esto se vuelve así.

A veces les pregunto a compañeros y colegas, ¿cuánto tiempo de tu vida dedicas a relaciones de comunicación donde lo único que haces es dar ordenes o recibirlas? Y ¿cuánto tiempo de tu escaso y precioso biotiempos lo dedicas a relaciones horizontales, a conversar, a “perder el tiempo”, a hacer cosas que no están indicadas y ni prefijadas? En la medida en que aumentemos eso se construyen relaciones de confianza con la gente que te rodea y en la que confías o podrías confiar. Confías para que te lleve a cierta parte de la ciudad, confías para que te ayude a conseguir un trabajo, confías para que se quede con tu hijo ahí. ¿En quién confías? ¿Cómo se construye la —tan necesaria— confianza? Ésta sólo se construye a través de relaciones y encuentros de comunicación. A través de la coordinación de acciones con una base de consistencia, a través de establecimiento de plataformas conectadas de confiabilidad, zonas de convergencia de certezas, de encuentros estimuladores. En nuestros países tenemos una muy baja cultura/cultivo de comunicación y solemos ser casi en toda ocasión profundamente verticales, y en la medida en que no adquiramos, desarrollemos y cultivemos esa habilidad de escuchar y observar para los lados, tendremos (como tenemos, de hecho) serios problemas.

Desarrollar cibercultura tiene que ver con un desarrollo compuesto y complementario de estas tres culturas/cultivo. Por esta razón, cibercultura no tiene solamente que ver con computadoras y chips, sino más bien con un crecimiento y desarrollo exponencial y colectivo de estas tres culturas/cultivo de información, de investigación y de comunicación como capacidades adquiridas para decidir y operar eficientemente sobre la tecnología. Bueno, ahora, respecto a la información que conocemos, esa deficiente cultura de información suele considerar la información privada, secreta, deficiente, mutilada y así le podríamos agregar adjetivos que ustedes hayan vivido seguramente en su propio trabajo. Yo recuerdo un estado del occidente de México, cuando hubo un cambio de gobierno y todo el siguiente grupo de funcionarios estaban en graves problemas y como locos porque los funcionarios anteriores, los que dejaban su puesto, quemaban (sí, ¡que-ma-ban!) los directorios institucionales nada menos que de la oficina de prensa del Gobernador del Estado. “Ah, no, ¡que se jodan! ¡que lo busquen ellos!” Pero, ¿para quién trabajas? Es para el Estado. El Estado es mucho más que un hígado coyuntural. Frente a esa actitud ante la información,

quisiéramos generar o podríamos generar información de acceso colectivo, una cultura de información general, diseñada para su acceso y uso colectivo, información pública, información precisa, información multidimensional, información clara. ¿Para qué? Para tomar decisiones menos ciegas y menos necias. Requerimos información clara para crear memoria, para recrearnos aquello que hemos sido, para recrear —a lo Carpentier— nuestros pasos perdidos.

Y eso lo hace muy bien la literatura, pero no podemos tomar decisiones muy fácilmente en función de alguna inspiración de la literatura. Se puede, pero el riesgo es muy amplio. ¿Cómo lograr eso? ¿Hay algo que la ciencia, la investigación, pueda hacer? Sí, señor. Sí se puede, y es generar cultura de información para la toma de decisiones, para recrear la memoria y para poder inventarnos mundos posibles, más anchos, más abiertos, más diversos, otros mundos posibles. Suponer que todos los colombianos están ligados con las drogas es estúpido. Lo mismo que decir que todos los hombres son iguales.

¿Cómo queremos construirnos un mundo diferente si estamos etiquetados así? ¿Podemos? Sí se puede, y se puede con mejor información. Bueno, pero no sólo esto; hablando de cultura de investigación, la investigación que tenemos muchas veces suele ser rollera, no sé si aquí se entiende lo que es rollera, que tira rollos bla, bla, bla, rimbombantes, sonoros elegantes, pero sin modo de concretarse.

Melatismos y Cientificismos

Dentro de esa actitud soberbia que a veces desarrollamos los profesionales de la investigación, una modalidad es el *melatismo*, que viene de “es que a mí me late que es por aquí”. El *melatismo* es, a mi juicio, uno de los grandes errores de la investigación científica. El investigador *melatista* se refugia a veces en decir que su trabajo es *cualitativo*: “yo voy a entrevistar a la gente; por favor, háganme sensible a su esencia cultural, yo soy el instrumento de investigación y voy a comprenderlos”. Melatismo total. Frente a ellos está el *cientificismo*, que se distingue por su afán de contar con “datos” cuantitativos, o sea, “verdaderos”. “No, no, señor, usted es un rollero brutal, aquí está la ciencia verdadera, los hechos no mienten, aquí está el porcentaje: 42 por ciento leyó esa novela, 43.3 por ciento de la gente fue a esa obra de teatro.” Pero, si preguntamos ¿qué le pasó a esa gente con eso que hizo en tan distinguidos porcentajes? “Bueno,

no lo sabemos porque no importa, la cosa es que fue y está medido y probado.”

Aquí en Colombia me imagino que funcionan los ratings conseguidos con un aparato llamado *People Meter*. Se escoge un grupo de hogares con ciertas características y le ofrecen algún aparato electrodoméstico para que permitan poner en la casa, junto a su televisor, ese aparatito. La familia tiene que llevar un control, y cada vez que algún miembro ve la televisión le dice el número que le asignaron, justo en el momento en que comienza a ver. Una vez adentro, el aparato registra todos los cambios de canal y qué integrante de la familia está frente al televisor, con precisión de minutos, y, desde luego, qué programas o comerciales pasaban en ese minuto preciso. Esta información ya no se obtiene como antes, por medio de encuestas de puerta. Ahora, o bien el propio *People Meter* envía la información codificada por teléfono, o bien un enviado llega y literalmente ordeña, vía inalámbrica con computadores portátiles en las puertas, la información de ese aparatito para mandarlo inmediatamente a una central de la agencia que lo procesa y vende a los clientes que desean saber si su marca o programa está siendo visto o no y cuánto.

Sin embargo, no sabemos qué pasa con la gente, si estaban viendo el programa o el anuncio o bien nada más planchaban o estaban conversando o lo pusieron de telón de fondo para que los niños no oyeran cosas inaudibles en los cuartos de los papás, o qué se yo. No sabemos muchas cosas. Pero eso sí es *muy científico* porque es muy cuantitativo. No nos confiamos. Existe también una actitud ampliamente *cientificista* ante la investigación. Melatista o científicista, la investigación es en nuestros países muy escasa.

No hay suficiente investigación, hay poquita, porque somos sociedades *investigadas desde fuera*. Somos objetos de estudio desde que nacemos. Así hemos sido y todavía lo somos. Tenemos una investigación escasa y además, por si fuera poco, incomunicada. Reina la lógica del “yo-mi-me-conmigo, tu-ti-te-contigo”. ¿Y el otro? ¡Que se joda! Lo poco que hay no se inter-conecta. Y, desafortunadamente, puedes tener en las universidades, justo a tu lado, a gente que ha trabajado lo mismo que tú o con la que se podrían haber nutrido mutuamente, durante años, pero ni siquiera se voltean a ver. Jamás se reconocen. ¿Y el conocimiento? ¿Y la gente que está tomando decisiones?

Bueno, entonces, frente a eso necesitamos investigación fundamentada, de carácter público, precisa y multidimensional. Es decir,

necesitamos desarrollar y cultivar también una *cultura de investigación*. ¿Para qué? Para que seamos capaces de identificar problemas prácticos que viene del mundo. ¿Cómo se puede construir o generar un público para obras de teatro que nadie ve? ¿Cómo metemos a la gente al teatro? Una orquesta sinfónica va a llegar y queremos que la gente vaya. ¿Cómo hago? Pues, como hacen las escuelas primarias o secundarias: todos los escolapios obligados a ir. Ahí están los pobres metidos a fuerzas. Y aplauden cada tres minutos porque a eso están habituados, saben cuando tienen que aplaudir a Cheyenne, a Yuri, a Ricky Martin, a Shakira, a no sé cuántos. Y como la cultura “es importante” (pero nadie sabe por qué ni para qué) la gente adulta va a los museos, técnicamente, a *asolear las muelas*. A abrir la boca y a que descienda *la dorada luz de la cultura*. Como si bastara con ponerse *bronceador cultural* para quedar así, bronceadito. A este respecto, les recomiendo una película gringa que se llama *Vacaciones en Europa*, con Chevy Chase. Chevy Chase y su familia, los Griswald, vestidos de puercos en un insulso concurso de televisión —como hay decenas en los Estados Unidos—, ganan por error un viaje todo pagado a Europa. Se equivocan y ganan el concurso. Bueno, hay una parte en esa película en que tienen un tour como de 15 minutos en París para ver todo el Museo del Louvre.

Como no van a alcanzar a verlo todo, les pasan en unas transparencias como mil cuadros por segundo, se detienen *uno-dos-tres* segundos de más en la *Mona Lisa* porque “hay que verla”, pues, si no la ven, ¡qué van a decir cuando les pregunten! Otra parada más quizás en un Van Gogh y listo, se acabó el tour.

Al final, compras la reproducción de la Torre Eiffelita, el póster del Museo del Louvre y vas a tu casa en Bogotá o en México y dices: “sí, hombre, realmente las exposiciones del Louvre son maravillosas, nuestra experiencia sensible fue sin igual”, y así diciendo. Pero lo que fuiste a hacer fue a *asolear las muelas*, porque si no tienes las disposiciones cognitivas incorporadas o las enzimas culturales necesarias para digerir y asimilar en tu experiencia aquello que estás viendo, simplemente no lo digieres.

¿Cómo hacemos investigación para entender eso? No la hacemos, pero se puede hacer. ¿Cómo identificar problemas prácticos, cómo generar preguntas de investigación? Para mí, el oficio de la investigación no es tirar rollos bonitos o “duros” e irrefutables, es un verdadero oficio y se construye y aprende al convertir problemas prácticos en problemas de investigación. Los problemas prácticos vienen del mundo, mientras

que los problemas de investigación vienen de nuestra mente. Vienen de nuestro lenguaje. Un oficio que se cifra en generar respuestas de conocimiento. Las respuestas de conocimiento, de investigación, no cambian ningún problema práctico, pero nos dan más herramientas conceptuales para entenderlo y poder actuar mejor. Te abren la perspectiva para poder entenderlo mejor, vuelven visible lo que no era visible antes, establecen vínculos donde antes no estaban establecidos. Por ello, me parece altamente estratégico desarrollar cultura de investigación.

Lo mismo sucede con la cultura/cultivo de comunicación. El tipo de comunicación que generalmente tenemos y vivimos suele ser vertical, autoritario, supuesto (*suponemos* que nos comunicamos), muchas veces ignorado. Queremos desarrollar una cultura de comunicación horizontal, como es y *debe ser* la comunicación: *dialógica*, una cultura que sea asumida y no supuesta, construida y no impuesta. O sea, decidida responsablemente, abierta y permanentemente ejercitada. ¿Para qué? Si mucho me apuran, para sobrevivir mejor como especie, para desarrollar y mejorar los vínculos sociales. ¿Cómo hacerlo? Pues, por lo menos, con el desarrollo de tres niveles fundamentales y complementarios. Hay una relación directa entre la forma en que nos organizamos para conocer y comunicarnos y el producto mismo del conocimiento de la comunicación.

Ante una forma de organización vertical y autoritaria, en el producto mismo de la comunicación y en el producto mismo del conocimiento queda inscrita esa misma verticalidad. Normalmente, las formas que tenemos para “conversar” no suscitan la diferencia, a menos que nos demos cuenta de ello. “Suscitar” es un verbo que quiere decir “hacer florecer”, “hacer surgir”. ¿Cómo reunirnos y cómo ser capaces de vernos para que las diferencias puedan subsistir, puedan aparecer? Que la comunicación tenga posibilidades organizacionales de aparecer conscientemente, no de ser supuesta.

Una vez que nos organizamos para hacer aparecer la diferencia, una actitud consecuente es contemplarla. En nuestros países, por lo menos en México, tenemos una enorme incapacidad para tratar con la diferencia. Hay una gran difusión en literatura sobre el complejo de Edipo, el complejo de Yocasta, el complejo de castración y otros. Pero no aparece en el Hit Parade de los complejos, el complejo de Procasto, aquel ladrón de la Grecia Antigua que robaba a sus víctimas, las llevaba a su casa y las acostaba en su lecho. Si las piernas salían de la cama, se las cortaba; o bien, si la víctima quedaba “corta”, la estiraba

hasta que coincidía con el tamaño “adecuado” para luego asesinarla. Procusto, como muchas personas de esta sociedad post industrial en crisis, era incapaz de soportar la diferencia, lo diferente le amenazaba (Ver Capítulo 7). ¿Cómo podemos hacer para que después de suscitar la diferencia podamos contemplarla sin la amenaza de que se convierta en desigualdad? Las mujeres no son diferentes, son *menos*; los indios no son diferentes, son *menos*; ser india y mujer es ser *doblemente menos*. Las gringas y los rubios *son más*, no son diferentes, *son más* que aquellos que no lo son. Si nace un niño rubio la gente dice: “pero qué hermoso está el niño, de ojitos azules”. Pero si nace moreno, opaco, *pardito*: “ay, pues..., está chistosito”.

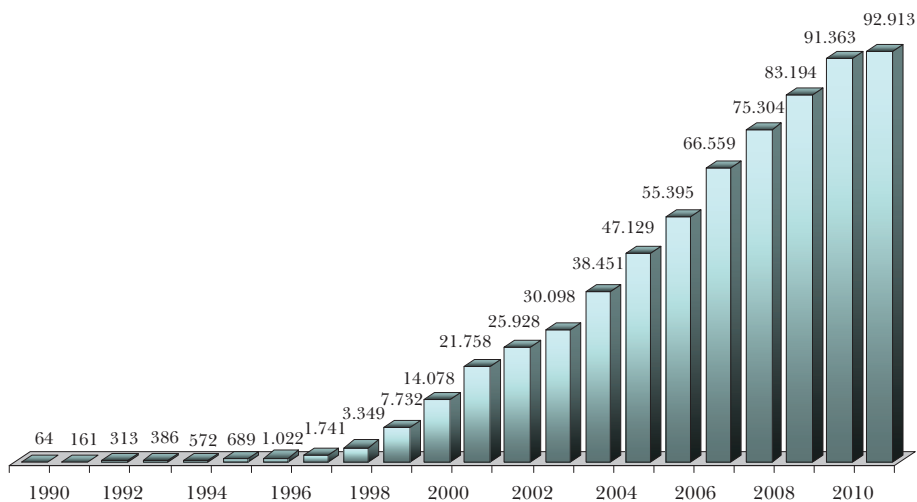
En la televisión directa mexicana, los anuncios de publicidad y los modelos que aparecen en ellos te recuerdan que estás en algún lugar parecido a Suecia: todos son rubios; ellas, hermosas y buenérrimas, lindos, guapas, los niños se ríen siempre, son nalgoncitos, rosaditos, preciosos. Pero si sales a la calle y observas a los mexicanos comunes y corrientes, no puedes más que decir ¿qué es esto? Porque a base de fuerza y, desde luego, de un tipo de violencia simbólica, *lo bonito* es ser y parecer justo como esos inalcanzables. No como somos nosotros mezclados con todo. Todos somos una mezcla de cualquier cantidad de mezclas posibles. La diferencia a veces, por menor que sea, nos cuesta mucho trabajo percibirla, entenderla, suscitarla, aceptarla.

Y podríamos dar un paso ulterior si construyéramos una relación que no perdiera la contemplación, pero sí el terror a ser “invadido” por lo diferente, para contemplarlo en su especificidad. ¿Cómo creamos un tipo de relación que siga suscitando la diferencia y que sea esa diferencia —y no la uniformidad o la unicidad— la fuerza de esa relación? Grave problema, porque también carecemos de ese tipo de cultura/cultivo de comunicación.

Cibercultura como objeto de conocimiento

Cuando hablo de cibercultura como objeto de conocimiento, me refiero a una relación compleja a dilucidar entre las ecologías simbólicas y el vector tecnológico, y en especial de las tecnologías digitales y la comunicación mediada por computadoras que han transformado y están transformando cada vez más velozmente el mundo de la vida. Desde la economía hasta la política y los valores de la misma convivencia

Figura 1. TELEFONÍA MÓVIL: Miles de Suscripciones (Usuarios).
(1990-2011)



Fuente: Dirección de Información Estadística de Mercados, COFETEL, con información proporcionada por los concesionarios.

cotidiana. Déjenme darles un dato: en México, actualmente, hay más teléfonos celulares que teléfonos de líneas convencionales. En casi un siglo, logramos poner cerca de 14 millones de líneas de cableado telefónico. Sin embargo, en diez años se abrieron más de 90 millones de líneas celulares y parece ser que seguirá creciendo.

Este y otros muchos ejemplos pueden ser evocados, pero el caso es que casi no sabemos nada de qué nos está haciendo en nuestras propias ecologías simbólicas la digitalización (discrecional) del mundo. Desde luego que estas mutaciones no siempre transforman para mal. Hoy tenemos múltiples posibilidades de actuar sobre el mundo y la inteligencia que antes no había forma siquiera de imaginarlas. Con el fenómeno de la digitalización, que en el fondo no es más que cambiarle la forma energética —de átomos a bits— a diferentes formas singulares, podemos pasar de formatos analógicos a formatos digitales: en un disco analógico de acetato (creo que ya ni hay tiendas que vendan de estos) era muy común, después de un tiempo, oír ruido y “scratch”. Desde luego, había muchas probabilidades de que el disco se “rayara”. Ahora, la diferencia era que podías moverte de manera muy fácil, cambiar de

“surco”, quitarle el ruido, ecualizarlo y manipularlo prácticamente casi como desearas, porque estaba hecho en formato digital.

En el mismo rango de importancia para entender la cibercultura como objeto de conocimiento, debemos colocar la comunicación medida por computadoras. Esta opera precisamente con sistemas de información digital. Una computadora es una máquina de información. Pero una computadora conectada a una red es parte de un sistema de comunicación con una reserva de uso potencial inmensa.

Es preocupante ver cómo ya existe una especie de alienado o “nerd” del mundo de las computadoras, que compite por tener (o hablar, al menos, de) la última moda en equipo o en programas. Y es que muchas veces se comporta como si fuera otro más de los equipos periféricos (teclado, ratón, impresora, etc.) de la computadora. Al hacerlo, corremos el riesgo de someter nuestra sensibilidad e inteligencia a los vaivenes de una máquina que quién sabe quién diseñó y cómo opera. Pero, eso sí, ¡es muy importante! Usamos, o convendría mejor decir, “medio usamos” máquinas maravillosas y sofisticadas con “tecnología de punta”... para *escribir textitos*. Otras personas ya usan, además, el correo electrónico para mandar esos textitos. No tener dirección electrónica ya casi es un estigma social, pero la gente responde las cartas como si llegaran todavía por barco. Te escriben y contestas ¡como 6 meses después!

Cibercultur@ significa *desarrollar* estos tres cultivos/culturas. No quiere decir usar mucho sofisticadas máquinas cibernéticas. Si desarrollamos estas tres cultivos/culturas, entonces podemos someter las máquinas a nuestro proyecto y voluntad y no al revés.

Yo trabajo ahora en un Laboratorio de Investigación y Desarrollo en Comunicación Compleja (LabCOMplex) que se piensa como un nodo de investigación y desarrollo (I+D). En el LabCOMplex investigamos procesos de *comunicación compleja* y también *hacemos comunicación compleja*. **Investigamos** cibercultura, pero también **desarrollamos** cibercultur@. La cibercultura como objeto de conocimiento establece una relación que hay que conocer (y que no se conoce, no se trabaja en las universidades) entre las formas en que se han relacionado nuestras *ecologías simbólicas* con las *tecnologías digitales* y con la comunicación mediada por las computadoras que yo llamo el *vector tecnológico*.

Los vectores son fuerzas con dirección. Este citado vector tecnológico es una fuerza, mueve cosas, cambia cosas, tiene una dirección y alguien la orienta y la ha orientado. Esto no tiene nada que ver con la *teoría de la conspiración* ni con el apocalipsis. Pero seguro que no soy yo, ni ustedes,

los que “orientamos” ese vector. Más bien estamos y hemos estado históricamente a la cola de la tecnología. Seguimos en la pura periferia.

Y, buenamente, alguien, en algún lado, diseña objetos y los sistemas para que los usemos más o menos y a medias. En nuestros países, el nivel de sub-utilización de la infraestructura instalada, actualmente conectada de tecnologías digitales y de computadoras, es enorme. Déjenme preguntarles algo: ¿quiénes tienen en su casa una videocasetera, videoregistradora para ver o grabar videos? ¿Pueden levantar la mano? (muchas manos alzadas). Gracias. De esos que sí, ¿quiénes no tienen su videocasetera permanentemente centelleando con el número “12:00” haciendo “tic... tic... tic... tic”? (muy pocas manos alzadas). Como podemos ver, son bastante menos manos en alto. Un aparato de estos se puede programar, se pueden hacer diversas cosas con él: como grabar la telenovela cuando no llegamos al episodio! *Es más inteligente* que un televisor común. Un televisor convencional nada más se puede encender y apagar.

Hablábamos hace un momento de vectores que están orientados, ¿recuerdan? Pues déjenme decirles que en los años treinta, cuando ya había la tecnología suficiente para desarrollar el televisor, había también suficiente tecnología para diseñar *otro tipo* de dispositivo que fuera más dialógico, más horizontal. Sin embargo, se optó por el modelo más bien vertical y que deja en la oscuridad y en el silencio a los que miran y a los que emiten. La televisión es un medio tonto, pero no así la gente que la mira o que la hace. “Tonto” en el sentido cibernético, porque no puedes hacer prácticamente nada con ella más allá de aquello para lo que fue programada.

Es un conducto de *uno* (muy poderoso y pleno de recursos) *para muchos*, y, al menos en los más conocidos sistemas, no hay forma de que haya diálogo, rebote. En esa tesitura, los presentadores dicen por pura retórica: “bueno, si nos permiten, nos vamos a unos mensajes comerciales...” Pero si tú no quieres cambiar de concentración, puedes *decirle*: “no, no, no, no le permito”. Sin embargo, a él (en realidad, a la televisora) no le importa, ni te oyó (ni te puede oír), y el flujo de imágenes se superpone a tu deseo sin posibilidad más que de apagar o cambiar de canal. En un esquema parecido, a veces así se hacen las políticas culturales. Se hacen y diseñan sobre “imágenes” que se tienen de la gente, de la cultura —en abstracto— del país y del mundo. Sin referentes claros y sin una infraestructura que permita que los “otros” (los “beneficiarios” de la política) hablen, se expresen, se escuchen. En ambos casos, la relación

es vertical, descendente, sorda y ciega. Todas estas resultan ser condiciones para no tener la flexibilidad ni la sensibilidad requeridas por el momento mundial y la complejidad del tejido socio-simbólico sobre el que se quiere intervenir.¹ La cibercultura como objeto de conocimiento se concentra en volver inteligible las complejas formas de relación entre el vector tecnológico y nuestras ecologías simbólicas. Un área que tiene muchas posibilidades de desarrollo y que además es crucial para entender algunas de las transformaciones más importantes de la sociedad del siglo XXI. Pero también queremos entender la cibercultura como un *valor de desarrollo social*. Lo que queremos hacer con ello es cultivar, reconfigurar, estimular, facilitar un desarrollo en tres dimensiones entrelazadas, plenamente interrelacionadas y convergentes: cultura/cultivo de información ligada con cultura/cultivo de investigación y cultura/cultivo de comunicación. ¿Para qué? Para reutilizar las poderosas herramientas tecnológicas en un sentido que nos permita ganar autodeterminación y potenciar nuestra capacidad de resolver problemas concretos. Para tener posibilidades reales de someter la tecnología al espíritu. Exactamente en la dirección contraria a la que nos fuerza con toda su crudeza el vector tecnológico. Bueno, espero que pueda ser algo razonable esto que quiero decir y se entienda el sentido de este laboratorio distribuido que es el LabCOMplex. En el LabCOMplex tenemos una serie de cuatro subsistemas de trabajo específico (información, formación, difusión, producción) que están orientados hacia el quinto subsistema del diseño cultural e intervención.

Pensamos que es posible cambiar y rediseñar el modo (irracional, heterónimo, distal, sobre-ideologizado casi siempre en “nuestra contra”) en que nos representamos nuestra relación con las tecnologías de este vector. Y eso es perfectamente posible.

El LabCOMplex opera con una estructura de red de vínculos y de nodos en varios niveles. Al interior de la Universidad Nacional Autónoma de México, en algunas ciudades de México y estamos comenzando a tejernos con otros grupos de América Latina y Europa. El objetivo es operar con procesos de inteligencia distribuida para todos los procesos de investigación y desarrollo de cibercultura que se emprendan.

Un ejemplo de lo que hacemos es la propuesta de investigación que organizamos con el equivalente de ustedes al Ministerio de Cultura

¹ Nuevos escenarios de interacción se abren con la llamada televisión digital, que permite un rango mucho mayor de acciones sobre los contenidos transmitidos.

en mi país, a través del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, FONCA. Entonces, lo que hicimos fue tratar de hacer investigación y diseño de tecnología *taylor made*, a la medida. ¿Qué necesita saber? ¿Qué tipo de información requiere para operar más eficientemente? ¿Qué tipo de investigación es precisa para nutrir ese sistema de información básico y permanente? ¿Qué tipo de sistemas de comunicación requieres para que tu acción sea concertada, tenga consistencia y no sea nada más la suma de muchas direcciones, donde cada quien tira para su propio lado? El reto es cómo construimos consistencia, tanto dentro como afuera.

Respecto a los sistemas de información, me gustaría decir que la diferencia entre un montón de papeles y libros metidos en un cuarto con una biblioteca es, precisamente, *un sistema de información*. Muchos libros no hacen biblioteca. La biblioteca es posible solamente a través de un sistema de información. Muchos reportes de cada quien sobre su actividad no hace un sistema de información. Lo hace cuando hay una inteligencia colectiva, la de ustedes, trabajando en interfase con otras personas experimentadas que logra hacer que esto se vuelva una herramienta permanente de trabajo, de consulta y análisis. En función de toda esta reflexión y práctica, ¿qué es lo que proponemos para investigar nuevas formas de evaluar la política cultural? Para nosotros, evaluar una política cultural no se limita a ver si se ganó dinero o no, si entró mucha gente o si fue poquita en tal espectáculo, sino tratar de establecer una relación balanceada entre tres elementos fundamentales (ver Cuadro 1): los creadores, los productos y, por supuesto, el gran ausente de las políticas públicas, los públicos, es decir, sus usuarios, la gente que es la beneficiaria de las acciones de los creadores.

El gran boquete, la Atlántida, el continente perdido de la investigación —pero también de las políticas públicas— es la gente, a la cual los ministerios están obligados a conocer y son responsables de servir.

Figura 2. Tipos de información requerida y unidades de acción de Política Cultural

	Creadores	Productores	Públicos
Puntos			
Trayectorias			
Escenarios			

La idea del modelo propuesto es que cada uno de esos tres elementos puede ser trabajado como *puntos* (información sincrónica), como *trayectorias* (información diacrónica) o desplegados en *escenarios* (información contextual).

La información *puntual* es referencial y descriptiva de un momento determinado en el tiempo y en el espacio. Con ella tenemos, por ejemplo, fichas y clasificaciones técnicas, obras o repertorios, directorios de productores de cine, estadísticas de asistencia a una biblioteca. La información *trayectorial* es un poco más compleja, pues relaciona conexiones entre puntos a lo largo del tiempo. ¿Se escribe igual en Colombia hoy que hace cuarenta o cincuenta años? ¿Se produce el mismo tipo de pinturas? Ese es el tipo de preguntas que el nivel trayectorial te permite pensar. Pero, lo más importante, el nivel más complejo es el nivel de los *escenarios*, es decir, cuando tenemos la información suficiente para relacionar los escenarios y configuraciones de un campo de producción específico que permitieron la aparición de esa obra, de ese productor, de esos públicos especializados.

La información de los puntos puede ser histórica, presente o futura.

El segundo nivel de trayectorias es cuando establecemos los vínculos en el tiempo, la relación que hay entre ellos. ¿Cómo sucede que haya familias completas de artistas o de músicos? Si ustedes se asoman alguna vez a la genealogía de Johann Sebastián Bach, van a ver que en su familia es uno (el más brillante) entre decenas de músicos. Para que eso suceda, tuvo que haber un proceso de acumulación y transmisión de *capital cultural específico* (habilidades) y de *capital social* (redes de relaciones movilizantes) de los que no sabemos casi nada, y, desde luego, tal y como se diseñan las encuestas generales, estas dimensiones no pueden aparecer, y a pesar de su relevancia clave, simplemente son científicamente invisibles o se les intuye de maneras a veces brillantes, pero sin posibilidad de sistematizar la experiencia para poder incorporar ese saber complejo al diseño de acciones que estimulen la creación artística en su conjunto.

Por eso, sabemos que no hay nada más equívoco que un porcentaje para representar una práctica cultural. Cada práctica cultural es el resultado de al menos dos historias. Por un lado, *la historia de los soportes materiales* que posibilitan la aparición —dentro de una ecología simbólica particular— de esa práctica. Y, por otro lado, *la historia de las disposiciones cognitivas*, de los esquemas incorporados para distinguir, percibir, aprobar, valorar y degustar un tipo de producto.

Cuando yo crecí en la Ciudad de México, en la clase media del sur de la ciudad nunca en mi vida me prohibieron asistir al espectáculo del *burlesque* (no sé si aquí también hubo o hay eso). Es un espectáculo de mujeres bailando que se desnudan, muy dialógico, teatro de carpa (*Cantinflas*, *Tin-Tan* y muchos de los cómicos mexicanos de toda una época salieron de esas carpas). Y les decía que en mi casa nunca estuvo prohibido explícitamente ir ahí. Ni siquiera entraba en las elecciones posibles, no figuraba dentro de las opciones. Mientras que en otros hogares de otras zonas de la ciudad y otras clases sociales, la lucha libre y las carpas eran la mejor forma de diversión. ¿Cómo se determinan esas estructuras de lo posible? No tenemos ni idea, la investigación se dedica a otras cosas.

El sistema de información debe y puede reconstruir la trayectoria de los artistas, la trayectoria de los productos y la trayectoria de los públicos.

Los públicos no nacen, se van construyendo en relación con un *ecosistema de soportes materiales* sin los cuales el acceso a las *disposiciones* que se requieren para degustar las obras es, si no imposible, muy escaso y aleatorio.

Esa es la ecología de los soportes materiales cuya historia de su creación, mantenimiento, distribución y oferta en el tiempo todavía nos es *invisible*.

Pero el tercer escenario —el más importante— es cuando la trayectoria se pone en relación con una variedad de ecosistemas de soportes materiales de la cultura. Eso conforma, para mí, una *ecología simbólica*.

La cibercultura como objeto de conocimiento estriba en mostrar y explicar cómo están afectando a estos escenarios y esas trayectorias los procesos de digitalización y la comunicación mediada por computadoras. Me refiero a la forma en que ha alterado el modo en que nos relacionamos de múltiples maneras con el mundo y la vida.

Entonces, estos escenarios son ciertamente más complejos, pero son perfectamente determinables, tanto como el modo en que se comenzaron a formar creadores. ¿Por qué en México, en Nápoles, en Colombia, se produce tanta música? Y, además, la saben, se canta y se conoce. Construir y entender dichos *escenarios* requiere de un nivel de información de tercer orden de complejidad donde integramos información puntual con información trayectorial, y entonces podemos intentar entender y reconstruir *ex-post-facto* qué tipo de relaciones multidimensionales pudieron generar tal o cuál punto o desplazamiento, cómo estamos hoy,

y, desde luego, podríamos hacer extrapolaciones para diseñar en qué tipo de escenarios quisiéramos estar.

Para mí, las políticas culturales podrían beneficiarse muy precisamente de lo dicho hasta aquí. En otras palabras, para mí una política cultural es eficiente y eficaz cuando logra generar una triple *masa crítica* compuesta de productores, obras y públicos. Un número suficientemente estimulado de elementos inter-relacionados, un masa crítica, un número mínimo. Ayer ponía un ejemplo muy simple de una masa crítica, pero puede funcionar para entender ese concepto. Cuando se hacen crispetas (palomitas), se ponen a calentar semillas de maíz “crispetero”, y cuando el calor penetra en la membrana de cada semilla, excita, estimula, pone a vibrar las moléculas de esa semilla. Pero no es nada más porque las puso a vibrar, sino cuando llega a un límite en que muchas moléculas, un número mínimo de moléculas —masa crítica— se pone a vibrar, cuando de repente cambia de estado, se transforma en otra cosa. Sin desarrollo de una *masa crítica* es imposible cambiar.

Hay ejemplos en sociedades como la francesa o la norteamericana de cómo, cuando se llega a un número mínimo de alfabetizados, la producción literaria y las imprentas dan un salto enorme. Sepamos entonces evaluar una política pública cultural de acuerdo a su éxito en la creación de *redes de productores*, de una masa crítica de productores, no camarillas de intocables. Si ustedes ven el presupuesto que invierte el gobierno federal en cultura en la Ciudad de México, van a ver que es enorme: el 90% hace algunos unos años, parece que bajó hace poco hasta 70%, y el restante 30% es invertido en “la provincia”. Y quien quiera triunfar en teatro, digamos, en Manizales, tendrá que venirse a Bogotá o a Nueva York, a Miami, a México o a París si tiene suficientes relaciones y dinero. Pero, ¿quiénes pueden hacer eso? Siempre dependemos de factores aleatorios, porque no tenemos una masa crítica de productores, o, si la tenemos, no está conectada o no sabemos nada de ella, o está sin estímulos posibles.

¿Cómo entender una *masa crítica de productos*? ¿Cuándo un pintor puede exponer? Cuando tiene una obra lo suficientemente consistente para que pueda ser expuesta. ¿Cuándo publica un novelista? Cuando la novela tiene suficiente densidad como para poder hacerlo, y así diciendo. Una política se puede establecer también para el crecimiento y la calidad de los productos y, por supuesto, eso no hay manera de hacerlo si no establecemos políticas generales para crear un masa crítica de públicos, para que no mueran de hambre los teatreros, los músicos y los pintores

en el mundo. ¡Qué obras tan buenas! Pero van a verlas tres gatos, que suelen ser siempre los mismos. Hay un teatro que “pega” de repente. ¿Por qué pega? Porque es chabacano, porque dice albures, porque hace chorradas, pero ha creado un público. Entonces hay funcionarios de cultura que dicen, “No, eso no es cultura. Eso es basura. La cultura es lo que sublima el espíritu”. Pues sí, pero estamos adoptando una concepción de cultura de países que ya tienen una elevada masa crítica. La masa crítica de gente de teatro en Nueva York es mucho más densa que la de casi todo el mundo, ya sean turistas o locales. La masa crítica de escritores, de guionistas, de actores, de cantantes, escenógrafos debe ser bastante significativa.

Entonces, preguntémosnos, ¿qué tanto sus políticas culturales están colaborando a crear una masa crítica de productores, una masa crítica de productos, una masa crítica de públicos? “Es que yo soy autor y yo produzco para la eternidad, no para el público”, dicen algunos como una toma de posición frente a la comercialización banal del arte.

Pero hay un público potencial. ¿Cómo hacemos para que ese público vaya a verte y no estés permanentemente becado, que puedas vivir de tu arte de manera digna y con perspectivas de crecimiento?

A veces se suscitan situaciones absurdas, porque si no hay una política de Estado y con recursos para el apoyo a la creación artística, muchas veces con las becas, lo que hacemos con eso es solamente fomentar productores *úbricos* (de ubre), y el mismo esquema opera para los investigadores. “Si hay *ubre*, produzco, y si no, pos no.” Y la ubre —permítanme decirlo— son ustedes, el Ministerio de Cultura, eso sí, aunque con dos pesos de presupuesto. Es en verdad una ubre escasa, las vacas están bastante flacas, pero las becas le van a tocar a alguien. ¿Y qué va a hacer el creador con eso? ¿Ese apoyo ayudó a crear algún tipo de red de multiplicación? ¿Cundió en algo más o simplemente se lo comió solito el autor y sus amigos del alma? ¿Cómo hacer para establecer eso? No lo sabemos bien a bien.

Necesitaríamos mejores sistemas de seguimiento y, desde luego, de comunicación para saberlo. No es nada fácil. ¿Qué hacer para poder generar una investigación de este tipo? Habría que detectar a los agentes involucrables, a los usuarios y a los generadores. Ustedes tienen que encontrar, como Ministerio que son, quien pueda desarrollar la investigación y ponerse a conversar con ellos. Quiénes pueden proveer la información que se requiere. Y esto no es como en una escalera vertical. Se hace posible si están conectados. ¿Quiénes son, dónde están los que

deben llevar el mensaje a la audiencia clave de lo que queremos saber? ¿Quiénes son, dónde están los usuarios que van a usar la información para describir las cosas que queremos describir? Y, ¿quiénes son, dónde están los que van a tomar decisiones basadas en los hallazgos?

Ese es un equipo de mucha gente, y eso solamente se puede construir si tenemos cultura de comunicación, si intervenimos el modo en como nos comunicamos entre nosotros, con los creadores y, desde luego, con la sociedad.

Entonces, pasa que los Ministerios de Cultura se comienzan a convertir en costosos elefantes blancos que hacen —como decían Lennon y McCartney— “all his nowhere plans for nobody”, “todos sus planes de ningún lugar y para nadie, o, en todo caso, para los de siempre, los ya seleccionados socialmente, los que ya ganaron.

Pero, ¿cómo “desarrollamos” al *perral cultural*, al conjunto indiscriminado de los perros callejeros culturales? ¿Cuál es entonces la tendencia? “Hagamos más teatros monumentales, una gran casa de la cultura y la exposición en el Museo Nacional”. Pues sí, que se hagan, pero ¿por qué no favorecemos también más *garages de la cultura* en lugar de enormes y casi siempre vacías Casas de la Cultura? Esquinas de la cultura, rinconadas de la cultura, donde se encuentran *diferentes* en convergencia de propósitos a hacer rock, a hacer vallenato, a hacer poesía al aire. Porque también en la sociedad hay una percepción de que ustedes, el Ministerio de Cultura, son la ubre, escasa ella, pero ubre al fin. Y la empresa privada que podría tener capital para invertirlo aquí no lo mete porque no es tonta, porque todo lo que invierte en cultura —“se sabe”— es a fondo perdido, y eso es lo que a veces piensan los propios funcionarios de cultura y del gobierno. Invertir en cultura es “a fondo perdido”. “Si es irrecuperable, mejor que sea poquito.”

Pero, ¿podemos darnos cuenta de lo negativo de estos estereotipos?

Cuando la gente que toma decisiones más arriba de ustedes, a nivel ejecutivo (por ejemplo, sobre la asignación de presupuestos), pueda romper documentadamente (con la ayuda de sistemas de información y con los conocimientos frescos derivados de un activo sistema de investigación), cuando esta gente pueda romper, decía, con los prejuicios fijos que rondan al arte y la creación, podrán entender que desarrollar esas *masas críticas de la cultura* (productores, obras, públicos) significa sentar las bases *sustentables* (económicamente viables) y *sustantivas* (con arreglo a valores) para desarrollar de manera integral y menos desventajosa al

país en las nuevas condiciones de la sociedad del siglo XXI; cuando eso comience a suceder (y es técnicamente posible hacerlo), les aseguro que sus presupuestos no serán tan exigüos. Es una labor que tenemos que hacer en conjunto, tanto los investigadores como los funcionarios y la sociedad civil. Y esto se trabaja con redes de comunicación. En esto consiste una perspectiva cibercultural de las políticas culturales, es decir, que opere conjuntamente con sistemas de información, sistemas de investigación y sistemas de comunicación, contruidos dialógicamente entre investigadores y funcionarios y diseñados especialmente para la evaluación, el diseño, el conocimiento y la aplicación de nuevas acciones para estimular la creación artística en una sociedad con tantas carencias y con tantas urgencias.

La labor de la investigación, me parece, está en cómo convertir los objetos, la realidad que abrumba, los problemas prácticos de hoy y de siempre, en dimensiones observables y relacionables para con ellas; poder generar sistemas de información especiales que permitan canalizar adecuada y documentadamente las energías y recursos.

Cada vez más las empresas, las organizaciones, las instituciones están entendiendo estratégicamente la importancia del conocimiento que se genera. Que la inteligencia que se genera para resolver problemas en su institución no debe perderse cuando cambia el gobierno, no debe perderse cuando se cambia el equipo a otra empresa. Porque, si cambió el gobierno, cambió la Ministra, cambió el director y, con ellos, todo lo que había hecho antes termina en borrón y cuenta nueva. Y otra vez hay que volver a empezar a hacer las cosas de cero, o más bien de *menos cero*. Porque esto es profunda e irresponsablemente ineficiente. Las grandes empresas, grandes instituciones, están entendiendo cada vez más que el valor del saber que ustedes —los empleados— tienen es el más importante valor de los “activos” de una organización.

El saber que todos ustedes tienen es el valor más importante del Ministerio de Cultura. Pero, me pregunto, ¿ustedes de verdad conocen *lo que saben* como institución? En México no lo sabemos. Los sistemas de información son las herramientas para ver, ordenar, preservar y potenciar ese saber no conocido. Sistemas de información hechos a la medida, donde ese saber, ese capital específico, ese saber fundamental de la sensibilidad que los propios funcionarios tienen se acumula y se muestra. Se va esta Ministra, o se va el director, y se acabó todo. Pues igual pasa en un país. Lo que nuestra gente sabe, lo que sabe hacer, se pierde, pero podría, desde luego, no perderse. Las políticas culturales

tipo difusionistas (yo les llamo heliocéntricas) que dicen algo como “les vamos a difundir la cultura”, o sea, “pónganse *bronceador cultural* porque ahí les va la orquesta sinfónica a interpretar a Mahler en la punta de los Andes”. Y se toca a Mahler y la gente dice: “qué interesante, qué bonito” y la prensa lo cubre: “política cultural interesante”. ¿Pero qué sucedió ahí? No digo que la gente no haya sentido nada, pero ¿será la vía construir auditorios enormes para que se rellenen de no sé cuántas cosas, con escolapios obligados a asistir? Y ¿por qué la gente no lee más? La gente lee mucho, pero ¿qué cosas lee? Anuncios, cómics, folletos. Y ¿por qué la gente se duerme cuando le pones una sinfonía? Porque no tiene las enzimas culturales suficientes y desarrolladas para degustar eso.

Porque su rango de sensibilidad es más estrecho o va hacia otra parte. ¿Se podrá recuperar el saber de nuestra sociedad? Esa es una labor que no le toca sólo al Ministerio de Cultura: le toca al Ministerio junto con toda la gente que dice que hace investigación o que deberíamos hacerla. Pero no basta hacerla separados, tenemos que hacerla conjuntamente, en diálogo permanente. Mi convicción es que intentemos establecer vínculos cada vez más orgánicos y cercanos de generación de *cibercultura para políticas culturales*, que, como ya vimos, no es que todos tengamos muchas computadoras muy potentes conectadas a internet de alta velocidad. No es eso, sino que quiere decir que desarrollemos una actitud personal, colectiva y organizacional que contemple como prioritario el desarrollo de esas tres culturas/cultivos: información para poder ver y poder mostrar, investigación para poder saber y poder explicar y comunicación para poder escuchar y poder relacionar.

Bueno, creo que me extendí de más. Muchas gracias.

CIBERCULTUR@ COMO ESTRATEGIA
DE COMUNICACIÓN COMPLEJA DESDE LA PERIFERIA



Introducción

En este texto sostenemos que las sociedades que han sido históricamente desplazadas de los “beneficios” de la globalización tienen la necesidad estratégica de conocer las formas concretas en que sus poblaciones se relacionan con las tecnologías, con la información, con la comunicación y con el conocimiento. Mediante este proceso de apropiación, es posible diseñar y desplegar una estrategia crítica y a la vez propositiva, que les permita no sólo disminuir sino reorientar los efectos perniciosos (desplazamiento, incomunicación, desconocimiento, desinformación) debidos a la fuerza y dirección del vector tecnológico que se imponen en la densidad de la vida cotidiana de dichas sociedades. Para mostrar nuestro argumento, revisaremos cuatro efectos de sentido cuyo origen es particular y localizado en los centros dominantes del sistema mundial, pero que con el tiempo han sido promovidos y visibilizados *como si fueran universales*. A partir de las propias contradicciones del saber necesario para interaccionar creativamente con el vector tecnológico, proponemos utilizar estos complejos dispositivos no sólo como auxiliares, sino como verdaderas *plataformas generativas* de gestión de información y conocimiento local e inteligencia distribuida.

La inversión para conocer y desarrollar cibercultur@ puede convertirse en una efectiva forma de empoderamiento para conquistar grados de autodeterminación en medio de las desiguales condiciones socio-históricas que convergen en las muy perceptibles y enormes distancias que separan las sociedades de su capacidad para movilizar de manera autodeterminante la energía social. Para tal fin, creamos el LabComplex cuya propuesta presentamos en la parte final de este texto.

Definiciones *descriptivas* que se viven como *prescriptivas*

En muy poco tiempo —digamos, la última década del siglo XX—, la dispersión y el acceso a una serie de tecnologías diseñadas para manejar información y coordinar las acciones de comunicación mediadas por computadoras han impactado y transformado nuestro mundo, nuestra idea de *lo que es* el mundo y, desde luego, nuestra idea de quiénes somos en el mundo. En todas las zonas periféricas del sistema-mundo (Wallerstein, 1979) se vive una distancia, en apariencia insalvable, respecto a los países centrales que generan permanentemente desarrollos tecnológicos y conocimientos, que se ha llamado *digital divide*¹ o Brecha Digital (Terceiro y Matías, 2001). A pesar de su muy amplia difusión y aceptación, esta manera de caracterizar el fenómeno es teóricamente insuficiente, no porque no existan referentes de esa distancia social y física de ciertas zonas del mundo respecto a las tecnologías más avanzadas, sino porque la noción de *brecha digital* sólo constata de manera descriptiva una situación *de facto*, generalmente desligada de otras mucho más importantes teórica y políticamente, que no son evidentes y a las que dicho concepto no facilita su visibilidad. Su pobreza teórica sería irrelevante de no ser porque orienta la mayoría de las políticas públicas que hoy se agrupan en torno a la discusión de la *sociedad de la información*.² Sin quererlo, esa descripción se volvió prescripción, por ausencia, por ignorancia o simplemente por voluntad impuesta y auto aceptada.

Por muy diversas causas, los países latinoamericanos no han desarrollado (y nunca se les permitió desarrollar) una tecnología —un *saber cómo* y un *poder con qué saber*— suficiente como para lidiar de manera creativa y expansiva con un *vector tecnológico* que deja afuera de esta fase del desarrollo globalizado del sistema mundial a miles de millones de personas, y con ellas a sus propios sistemas de referentes simbólicos. Sin embargo, dichas poblaciones quedan afuera *solamente* de los beneficios atribuibles a dichos dispositivos y, en especial, de la *formación práctica* para utilizar las tecnologías con el objetivo de re-formatear, re-crear, entender y expresar su propia diferencia y especificidad dentro del aluvión de flujos de imágenes, de informaciones, de personas y de capitales que le suelen llamar “globalización”. Esta palabra es también teóricamente engañosa, porque oculta que, salvo la dinámica mundial

¹ Ver <http://www.pbs.org/digitaldivide/themes.html>.

² Ver “¿Qué es la Sociedad de la Información?”, en <http://www.e-mexico.gob.mx/>.

de los flujos mencionada, sus contenidos y sus direcciones son parciales y ampliamente discrecionales. Detrás de “la globalización” que las zonas periféricas conocen, subyacen al menos cuatro grandes operaciones selectivas con las que las poblaciones desplazadas de aquellas zonas —es decir, las enormes mayorías de pobres y miserables— tienen que sortear y luchar por re-definirse con alguna aspiración de autonomía, o bien seguir siendo procesados, definidos, contados, narrados y *conocidos* desde afuera, como la historia y sus maneras de escribirse nos documentan con profusión (O’Gorman, 1998). De esa historia siempre inventada, destacamos cuatro características inmediatas que nos saltan a la vista en este proceso que conforma (no sin amplias resistencias) el *mundo* —como idea y como experiencia procesada por otros— de este milenio.

Invenciones “globales” (donde lo muy particular se vuelve muy general)

La globalización que conocemos viene de “arriba” (léase, del “*centro*” del sistema mundo) y es impuesta por las fuerzas mundiales que dominan los mercados tanto económicos como culturales y a escala local por los propios Estados nacionales (o lo que queda de ellos) bajo la forma de configuraciones *etno-céntricas*, en las que solamente lo definido en Occidente (en estas épocas, léase, los Estados Unidos de América y Europa: los blancos, los “cultos”, los “modernos”) tiene valor “global” o “universal”, mientras que en la mayoría de esas sociedades perviven en la resistencia pasiva y a veces activa civilizaciones completas (Bonfil, 1990) o fragmentarias que han sido forzadas desde hace mucho tiempo a la exclusión, a la muerte, al silencio y a la discriminación (Araujo, 2000) o la folklorización.

I’m Afro-Brazilian, and in Brazil we have a serious problem with self-esteem, and TV and the telenovela play a major part in it. They’re not the origin of the problem, but they help maintain it. What happens is that the industry reproduces an ideology of whitening. Most models and actors are white, and whiteness defines beauty. There’s a collective desire to be a European country, and a collective denial of our black and Indian ancestry.³

³ “An Interview with Joel Zito Araújo, director of *Denying Brazil*, By Michelle Chase, in *Cinema Tropical*”, <http://www.cinematropical.com/newsletter/200201/araujo.html>.

Esta misma operación se produce con diversas formas de referentes *socio-céntricos*, por las que las preferencias y gustos de un bloque de clases sociales con el tiempo han logrado imponerse como las “mejores”, las “más valiosas”, las “más bellas” por encima de todos los diferentes y de las vastas diferencias. Aunada a la característica anterior, la historia militar del Colonialismo ha hecho coincidir en muchos países a los sectores más pobres con las etnias originales, y así, además de “incultos” (por no tener completamente asimilados los códigos de los dominadores), son definidos como “jodidos” y estéticamente “feos” por ser clases y categorías sociales *inferiores* en poder, en saber, en tener y en “verse bien”.

Al definirlos y construirlos negativamente, esa es precisamente la clase de visibilidad pública que les confieren en los canales de televisión y radio, en las películas y hasta en los chistes mismos del discurso social común.

“Un *naco* recurre a faltas de índole lingüística... y pronuncia incorrectamente las marcas: Versash, Gusi, Mos Shino, Pecsi, Yurex.”⁴

No hace falta adoptar abiertamente una perspectiva de género para agregar que esas configuraciones simbólicas creadas como “globales” muchas veces suelen estar amalgamadas con una concepción falocéntrica (o androcéntrica, si queremos *suaavizar* un poco la expresión) mediante la cual la palabra, la acción, la cultura y los valores masculinos tienen de manera “natural” más valor, tanto la gestión de la vida privada (el hogar, los hijos, la convivencia familiar) como pública, ya sea económica, política o cultural. Esta operación “global” que se ha vuelto transclasista hace que más de la mitad de la humanidad salga (sea sacada, en realidad) sencillamente de foco, es decir, queda —de nuevo— “editada” en su particularidad por otros que sí son “globales”.

En 1971, la canción “Woman is the nigger of the world” fue boicoteada para su difusión radiofónica en los Estados Unidos por las connotaciones raciales y de género.

[...] it used the (by now) offensive “n-word,” causing many radio stations to avoid it like the plague. Second, people misunderstood that «nigger» was being used not to refer to black people but as a symbol of anyone who is made subordinate —in this case, women. Some people who publically

⁴ Desde las culturas “superiores”, se definen los comportamientos “nacos” o de “mal gusto” que en realidad son conductas usuales en amplios sectores de la población mexicana. http://mx.geocities.com/gunnm_dream/naco.html

criticized the song had never heard it! The song reached #57 on the charts, rather indicative of the fact that it was largely ignored.⁵

Finalmente, otra de las componentes ideológicas de la “globalización” contemporánea impuesta más recientemente (pero difundida del mismo modo desde “arriba”) por el mercado de la moda y los canales audiovisuales es una especial valoración de la frescura y lozanía de la juventud, y, en particular, de la ostensiva muestra de sus marcados cuerpos y cualidades físicas, por lo que también identificamos una cuarta componente “global” que podría ser llamada con justicia “lozano-céntrica” (freshness-centrism):

“Keep young and beautiful/
It’s your duty to be beautiful/
Keep young and beautiful/
If you want to be loved”
(Annie Lennox, “Young and beautiful”, 1992).

Estas cuatro fuerzas y otras más tienen una orientación centrípeta hacia una zona simbólica nodal que se vive y se impone como “global”, y están ocupadas en definir hacia un centro policompuesto nuestros relatos del mundo y de la vida, en medio de variados escenarios de luchas y múltiples resistencias simbólicas (González, 2001). Con el tiempo, y mediante un enorme trabajo extensivo y duradero de elaboración e imposición violenta, estas construcciones históricas se han convertido en “universales” o “globales”, especialmente potenciadas en su visibilidad y atractivo por las tecnologías de información y comunicación o TIC.⁶

Así, las componentes imaginarias y discursivas de esta cuádruple elaboración se agudizan en una estigmatización profunda que siempre ha tenido resistencias diferentes. En buena medida, con la “globalización” vivimos una especie de tendencia al *agringamiento* progresivo de

⁵ John Lennon, Yoko Ono and the Plastic Ono Band (plus Invisible strings), *Sometime in New York City*, Apple SVBB-3392. Ver <http://meltingpot.fortunecity.com/kirkland/266/john/john.htm>. Junio 12, 1972.

⁶ Uno de los legados de invisibilidad de la perspectiva *brecha digital* es la completamente acrítica adopción mundial de las siglas TIC, desligadas de un entendimiento procesual, histórico y tensional con fuerza, origen y destinos concretos. La denominación TIC no permite percibir la crucial *dimensión cognitiva* que es inseparable, como la sangre de la herida, de la información y la comunicación. Por ello, si se trata de resumir, preferimos aumentar una grafía adicional a las siglas: *TICC* o *TIC@*, en vez de sólo TIC.

nuestro planeta (Verdú, 1996). Sin embargo, nada de fatal hay en esto. La globalización que conocemos es el efecto de una política económica de alcance mundial, es decir, es una decisión impuesta por la fuerza de la repetición mediática o, más crudamente, por la razón del más fuerte (Bourdieu, 2001).

Tecnología y desigualdad

El desarrollo de tecnología en la historia nunca ha sido neutral frente a las tensiones de las relaciones sociales, por eso mismo, su concepción no debe sólo limitarse a los instrumentos o a los “aparatos” que comúnmente suelen incluirse dentro de ese término.

Saber y poder, socialmente situados, siempre han acompasado el avance o el retroceso de la ciencia y la tecnología (Silvers, 1995). Con los instrumentos tecnológicos es posible hacer *otros instrumentos* y muchas otras cosas, pero, al mismo tiempo, dichos dispositivos también permiten hacer que otros hagan cosas. Por esta razón, siempre ha operado como un verdadero *vector* de energía social, es decir, como una fuerza con orientación, dirección y eficacia específicas, tanto en la producción económica como en la organización social y en las elaboraciones discursivas de cualquier sociedad.

Por todo ello, de forma similar a la globalización, el acceso diferencial y los desarrollos desiguales a la tecnología son efecto de una acción política que no vemos ni conocemos, pero que opera al desplazar de facto a enormes contingentes sociales.

En estos tiempos de “globalizaciones” forzadas, dicha condición es especialmente aguda cuando se trata de acceder, manejar, pilotear, dirigir las tecnologías para procesar información, para comunicarse y, especialmente, para *generar conocimiento*.

Como una de las múltiples consecuencias de este proceso de relación desnivelada entre algunas poco numerosas sociedades plenamente desarrolladas y muchas otras con desarrollos desiguales y disparejos —entre las que se encuentran, en mayor o menor medida, las sociedades latinoamericanas—, observamos que estas no han definido adecuadamente una política estratégica de Estado (ni de partidos, ni científica, ni educativa, ni social) que precise para quiénes, cómo y hacia dónde re-orientar el sentido de las transformaciones de ese vector tecnológico con el fin de empoderar y elevar la calidad de vida de sus ancestralmente

explotadas poblaciones y sociedades (Galeano, 2000). La improvisación y la visión a muy corto plazo de hecho impiden cualquier esbozo de pensamiento y acción autodeterminante. Si bien hay algunas zonas del mundo social donde esa autodeterminación se puede dar en ciertas condiciones, habrá que poner especial énfasis en la manera en que nos relacionamos de forma cotidiana y práctica con las tecnologías (TICC) para que sirva a tales propósitos y no para perpetuar la desigualdad y la heterodeterminación permanente que está en la base de la condición periférica de Latinoamérica.

Desde luego, en contra de una perspectiva *naïf* que acompaña casi siempre esa pre-noción tan ampliamente difundida, no se termina la brecha digital dotando de computadoras y conexiones a las poblaciones que no tienen acceso a las TIC. Antes bien, se perpetúa la relación *extraña* con estos aparatos y se favorece el proceso de “nerdización” de algunos individuos, más dotados del capital cultural específico para aprovechar ese acceso pretendidamente “universal” (Warschauer, 2003).

En pocas palabras, no bastan las *buenas intenciones* de “facilitarles el acceso a las (mal llamadas) TIC” a aquellos sectores y agentes que no lo tienen. Esta condición desplazada no es una casualidad o un capricho de la naturaleza. Es un efecto de un diseño, de una política histórica que puede y tiene que ser rediseñada.

Por ello, mientras las comunidades desplazadas por ese vector tecnológico no hagan suyas las tecnologías de información y comunicación no sólo para *acceder* a la información, sino para generar su propio *conocimiento*, al incorporarlas a sus propias cosmovisiones, dentro de sus propios tejidos sociales para poder conquistar grados de autodeterminación, la política mundial de *reducción* de la tal “brecha digital” probablemente será ideal para abrir mercados de consumidores cautivos de hardware (computadoras y conexiones) y software (“contenidos”). Esos mercados los controlan quienes efectivamente se ocupan de desarrollar los aparatos, las conexiones, pero sobre todo, *el conocimiento* especializado y sistematizado para que todo “eso” funcione.

Cibercultur@: más acá de máquinas, circuitos, chips y fibras ópticas

Frente a esta situación, una estrategia de comunicación compleja desde la periferia es investigar y desarrollar cibercultur@.

Cibercultur@, en el sentido que lo expresamos, es una forma de empoderamiento que interesa tres frentes estratégicos: la información, el conocimiento y la capacidad de crear redes de acción para usar la información y el conocimiento en proyectos específicos de autogestión. Por ello mismo, cibercultur@ no significa usar intensivamente y de modo acrítico las computadoras y las tecnologías digitales. Tampoco, desde luego, rechazarlas de manera tajante por su origen extra-periférico. Significa, por el contrario, construir dialógicamente toda técnica ligada al espíritu, a la reflexividad construida y compartida dentro de redes horizontales de inteligencia distribuida en permanente movimiento y crecimiento.

Es una estrategia porque es perfectamente posible diseñar y avanzar de forma conciente y dialógica en el conocimiento y el desarrollo de cibercultur@.

Es una estrategia de comunicación porque, para investigar o para diseñar cibercultur@, el desarrollo multidimensional de una cultura/cultivo de comunicación es esencial para dicho crecimiento. Es compleja porque el grado de niveles de interacción, de procesos, de elementos y retroacciones que el fenómeno comporta nos obliga a recurrir a un metalenguaje científico e interdisciplinario, abierto especialmente a las ciencias cognitivas y al paradigma de la complejidad (Maass, 2003). Desarrollar cibercultur@ significa rediseñar colectivamente y de abajo hacia arriba (bottom-up) una diferente actitud y al mismo tiempo aprehender una serie de habilidades transmisibles que nos permitan operar diestramente con las tecnologías al alcance frente a necesidades de información, para generar y valorar el conocimiento y coordinar acciones de comunicación que permitan romper el círculo vicioso de la dependencia tecnológica. Ocuparnos colectivamente de retejer nuestros añejos y desbalanceados vínculos sociales. Investigar cibercultura implica fijar la atención en los modos de relación y las transformaciones que se han dado, se están dando y se pueden dar entre la especificidad socio-histórica de nuestras *ecologías simbólicas* y el *vector tecnológico*. Una de las áreas relevantes de búsqueda en esta dirección es la que denominamos *identidades complejas* (González, 2001).

En las condiciones históricas y sociales de América Latina que hemos evocado más atrás, investigar y desarrollar cibercultur@ significa cambiar una actitud, adquirir unas herramientas y embarcarse en una tríada de procesos interconectados para transformar de manera plausible, posible y sustentable, las relaciones, condiciones y acciones desde

las que hemos sido históricamente “contados” desde fuera, “narrados” desde la perspectiva de un poder con rostros mutantes (“colonialismo”, “neoliberalismo”, “globalización”) que nos ha sometido y al que diestramente nos seguiremos sometiendo mientras no seamos capaces de autogobernar y potenciar nuestra inteligencia junto con nuestras tecnologías.

Significa, en términos del siglo XIX, rediseñar nuestras “identidades”, porque adquirimos capacidades, conocimientos y destrezas que son letales para la condición eterna de subalternidad heterodiseñada y auto asumida por las buenas (para sobrevivir) o por las malas (porque nos la impusieron por violencia simbólica o material). Significa aprender a diseñarnos de maneras más autónomas y menos delegadas en otros agentes y en otros intereses, un *nosotros* diferente en todas sus dimensiones: un espacio distinto, una gestión y uso diferente del tiempo, unas habilidades nuevas que no cancelan tradición ni pasado, sino que lo reinterpretan para potenciar el mañana en tanto que mundo posible. Significa pasar de ser medianamente “lectores” de las múltiples narrativas identitarias que se han diseñado (y se siguen diseñando!) *para nosotros*, a ser “escritores” de nuestros propios cuentos e invenciones que se hacen *identidades* diferentes, porque convergen y escuchan a otras.

De identidad y otras alteridades

Los fenómenos que agrupamos en torno a la palabra *identidad* pueden entenderse como una forma social e históricamente determinada de *tomar posición* dentro de un campo multidimensional de representaciones y en medio de un cierto tipo de ecosistema de soportes materiales de la cultura (González, 1995b).

En el fondo, siempre la identidad es una invención, y una ilusión parte de un diseño. Es inventada simbólica y subjetivamente pero nunca opera de manera individual, y lo hace siempre sobre bases objetivas y mediante soportes materiales. Toda identidad es una forma de *ilusión* (del latín *ludus*, “juego”) porque jugamos a creérnosla como si siempre hubiera sido así. De ese modo, la exterioridad social del entorno físico, *noológico* y social, así como la memoria de trayectoria de los desplazamientos de los pares de su propia red ideológica de convivencia y elaboración discursiva (Fossaert, 1987), se hacen *interior*, se hacen *cuero* a través de múltiples interacciones discursivas y metatextos en contextos específicos.

Esa invención tiene un sustrato narrativo, que de suyo implica una particular edición y puesta en forma narrativa de fragmentos de aspectos, rasgos y recuerdos disponibles en cada lugar social. Cuanto más “subimos” en la escala jerárquica de las instituciones, las narrativas y las ediciones diseñadas “para todos” serán más abarcales, menos locales, más superficiales, más unitarias y, desde luego, más controlables, es decir, más costosas en energía social. Por el contrario, mientras más “abajo” nos asomamos, la sociedad se vuelve más *enactiva* y la dorada aureola de unicidad de *la Identidad* se desborda en múltiples “otras” tomas de posición, y lo que se diseñó para ser y parecer *uno*, se nos vuelve *identidades* (con minúsculas) múltiples, complejas por su intrincado entramado que puede ser observable como un sistema complejo (García, 2000). Un cierto tipo de redes sociales se ha potenciado para dominar el sistema económico mundial, pero el propio desarrollo de su especificidad conectiva presenta una interesante contradicción como nunca antes en el tiempo. Las tecnologías de organización del mundo y de la vida, durante milenios, fueron propiamente inaccesibles para el común de los mortales. Hoy en día la cosa es distinta y *podría ser* diferente si así la construimos. Desde luego que no es posible para los países latinoamericanos, salvo en algunos limitados rubros, competir en el desarrollo de tecnologías y hardware. Esa propiedad, por el curso de la división social del trabajo, está “centrada” en el ombligo del sistema-mundo, pero el conocimiento, los programas informáticos y las capacidades de comunicación humana no siguen el mismo patrón. En diversas sedes de la periferia, hoy en día tenemos desarrollos descentrados, localizados en medio de Asia, en el Oriente Medio y, desde luego, en diversos nodos de nuestra América Latina.⁷

La necesidad de ampliar los mercados de tecnologías adaptadas al hogar y a lugares hasta hace poco considerados como *imposibles* para conectarse al ciberespacio ha hecho que las oportunidades de acceso, si bien siguen limitadas y mal distribuidas, se multipliquen de manera geométrica. Sin embargo, no bastan los asombrosos cacharros que siempre nos llegaron (o nos decidimos por sacralizarlos así) con el aura de superioridad y diferencia abismal en contra. Necesitamos conocer, diseñar, cultivar y desarrollar una actitud diferente frente a la informa-

⁷ Es el caso de Brasil y México desde los años ochentas. Para el caso de Colima, ver Márquez, 2003.

ción, a la comunicación y el conocimiento, que pase por poner a dialogar de maneras menos sordas e impositivas nuestras ecologías simbólicas específicas con los arietes del vector tecnológico.

El Laboratorio de Investigación y Desarrollo en Comunicación Compleja (LabCOMplex) (Maass, 2003) quiere contribuir a la generación de conocimientos científicos sobre cibercultura, enfocados al desarrollo de diversas modalidades de la misma, que permitan diseñar nuevas estrategias de utilización de las tecnologías digitales y de la comunicación mediada por computadoras para el logro de una sociedad más libre, productiva, justa, solidaria y autodeterminante.

Los intereses de investigación del LabCOMplex abarcan cinco áreas interconectadas que nos parecen estratégicas para la misión que queremos conseguir. Con ellas pretendemos concentrar los esfuerzos especialmente en los procesos de transformación que están verificándose en el mundo por efecto de ese choque entre un vector tecnológico y las ecologías simbólicas de las sociedades periféricas. Por esa razón, nos concentramos en los *grupos sociales tecnológicamente desplazados*, en el diseño y la operación de políticas científicas y culturales, en la recreación de los sistemas de referentes identitarios cada vez más complejos, en los procesos cognitivos que se desarrollan en entornos de actividades tecnológicamente mediadas y en el desarrollo de herramientas sistémicas dentro de una perspectiva cibernética reflexiva o de *segundo orden* (Foerster, 2002).

Cibercultur@ y comunidades desplazadas

En esta área exploramos, documentamos y proveemos de explicaciones multidimensionales para comprender las formas en que diferentes contingentes de desplazados culturales y sociales (adultos mayores, mujeres, discapacitados, migrantes, etnias, menores en situación extrema, jóvenes marginados, profesores universitarios, etc.) se relacionan (o no) desde sus particulares *ecologías simbólicas* con el *vector tecnológico* en situaciones socio-históricas concretas.

Al mismo tiempo, desarrollar cibercultur@ en estos contingentes sociales facilita procesos de empoderamiento y dota de visibilidad social a sectores de la sociedad que sufren procesos de exclusión social y simbólica a nivel local, nacional y mundial (González, 2003).

Cibercultur@ y *políticas culturales*

En esta área generamos información descriptiva y exploratoria para documentar los procesos de cambio en los ecosistemas de soportes materiales de las ofertas culturales en diferentes ciudades de México y, al mismo tiempo, registramos información básica de la distribución social de las disposiciones cognitivas por medio de testimonios orales, a través de historias de vida e historias de familia de tres generaciones de mexicanos a lo largo del siglo XX.

Esta información genera un robusto sistema de información empírica, documental, histórica, cartográfica y testimonial que sirve de plataforma generativa para promover, por una parte, la formación de comunidades emergentes de investigación en cada ciudad, y, por otra, ofrecer un soporte tecnológico a través de un sistema de información para el desarrollo de preguntas mejor fundadas y nuevos proyectos de investigación empírica para explicar el intenso proceso de adaptación, de ajustes y cambios en las *ecologías simbólicas* que implicó el siglo pasado en escalas locales, regionales y nacionales (González, 1994, 1995a, 1995b).

Cibercultur@ e *identidades complejas*

Es en esta área que exploramos, describimos, clasificamos y explicamos los diferentes procesos de recomposición de los mecanismos de construcción de zonas de convergencia y territorios simbólicamente compartidos entre categorías, grupos y clases sociales diferentes en tanto que dimensiones de la eficacia diferencial del *vector tecnológico*.

Esta línea continúa los desarrollos de más de 20 años de investigación empírica sobre los Frentes Culturales explorados inicialmente en religión popular y exvotos, ferias y ceremonias urbanas, telenovelas y melodrama en industrias culturales (González, 1994; 1998 y 2001).

Cibercultur@, conocimiento y *cognición distribuida*

A partir de una perspectiva que concibe la mente y la inteligencia con la *teoría de la actividad*, en esta área exploramos, describimos, explicamos y

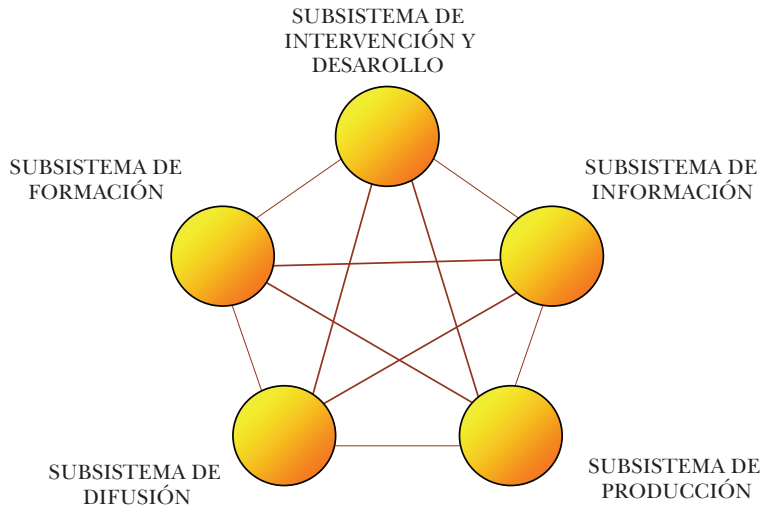
transformamos, desde una concepción socio-histórica y cibercultur@l, las capacidades para resolver problemas concretos de grupos y colectivos en ambientes de colaboración estimulada, con especial énfasis en la investigación del desarrollo tecnológico en actividades de aprendizaje a distancia mediante mecanismos de inteligencia distribuida (Varela, 2000; Vygotsky, 1998; Chaitlin, Hededgaard y Jensen, 1999; Wertsch, 1998). Por otra parte, retomamos algunos de los desarrollos de la epistemología genética sobre la psicogénesis y sociogénesis de los conocimientos que son de especial utilidad por su potencia teórica y heurística (Piaget y García, 1982, García, 2000).

Cibercultur@ y sociocibernética

Esta es un área de frontera cercana en algunos rasgos a la ingeniería social (Podgorecki, Alexander y Shields, 1996), en donde el desarrollo de sistemas informáticos relacionados con la especificidad de las culturas de información, investigación y comunicación es el propósito fundamental. Los modelos de los sistemas toman en cuenta principios no sólo de las ciencias sociales, matemáticas, informáticas o cibernéticas, sino de áreas como la física, la biología y las ciencias cognitivas, todas ellas bajo la perspectiva de la lógica difusa, los sistemas complejos y la inteligencia como actividad emergente y reflexiva. Todo sistema de información está vinculado con un proceso de análisis e investigación del entorno en donde se instaura, así como con las habilidades de los usuarios que los diseñan y utilizan, de tal modo que su implantación esté íntimamente ligada a procesos de transformación e intervención en las organizaciones, disciplinas y áreas de aplicación (Amozurrutia, 2002 y 2003; Geyer, 1995; Kosko, 2000).

Por medio de la investigación en estas áreas de concentración prioritaria, iniciamos el proceso de trabajo reflexivo y propositivo de nuestra estrategia. Los objetivos que perseguimos requieren, a su vez, de una forma de organización que haga posible un cambio en nuestra propia concepción del conocimiento requerido. Por esta razón, todos los proyectos del LabCOMplex son asumidos como proyectos de investigación y desarrollo (I+D) de cibercultur@ y están orgánicamente vinculados a cinco subsistemas de operación (ver figura 1).

Figura 1. Subsistemas de operación del LabCOMplex



Esto implica que en cada proyecto de investigación del LabCOM-plex:

- *desarrollamos* sistemas de información que operan como plataformas generativas en la producción de conocimientos (*subsistema de información*).
- *producimos* en lenguajes de audio y video digitales e hipertextos la traducción de los hallazgos generados en procesos de investigación (*subsistema de producción*).
- *difundimos* a través de Internet libros, textos y otras producciones en digitales que dan visibilidad en el ciberespacio al conocimiento generado. (*subsistema de difusión*).
- *creamos* redes de comunidades emergentes de investigación a través de talleres, seminarios, diplomados y programas de altos estudios (*subsistema de formación*).
- *diagnosticamos*, asesoramos, facilitamos y desarrollamos procesos específicos de cibercultur@ en organizaciones y grupos sociales desplazados por el *vector tecnológico* (*subsistema de diseño e intervención*).

El LabCOMplex es un esfuerzo por construir conocimientos científicos y desarrollos empoderantes de cibercultur@ desde América Latina, la semiperiferia del sistema-mundo entre los grupos y contingentes que han sido desplazados social, cultural y tecnológicamente en la historia.

Por eso mismo, la forma de organización de nuestro LabCOMplex es precisamente como una red de nodos en permanente estimulación, con alta conectividad y con creciente inversión de energía para generar zonas de convergencia sobre el sentido de seguir estimulados y conectados para construirnos, como colectivo de inteligencia distribuida (Cole, 1995), un lugar menos desplazado en un mundo, que posiblemente como nunca antes tiene todos los gérmenes, las semillas y las herramientas para luchar por un futuro menos excluyente, más humano y con mucha mayor calidad de vida.

Un esfuerzo, en fin, por *dialogar* la tecnología con la reflexividad entrenada para que ayude a rediseñarnos colectivamente un nuevo rostro y un nuevo corazón⁸ a la altura de los retos de este milenio marcado por la información, la tecnología, la comunicación, pero, sobre todo, por el conocimiento.

⁸ En la antigüedad de Mesoamérica, especialmente en las culturas nahuas, la identidad de una persona se conocía como un rostro y un corazón, siempre localizados en el tiempo y en el espacio (León Portilla, 1980).

DIGITALIZADOS POR DECRETO: CIBERCULTUR@
O INCLUSIÓN FORZADA EN AMÉRICA LATINA



Introducción:

“¡qué bonito es lo bonito!” (y qué bonito es casi todo)

Para mediados del año 2007 la red de Internet tiene conectados a más de 1,200 millones de personas por todo el mundo. Pareciera que aquella ocurrencia de McLuhan de pensar el mundo del futuro como una aldea global está haciéndose realidad. Todos los días *se están conectando* más regiones, más individuos y más organizaciones que con este hecho ganan el acceso a impensables cantidades de información de todo tipo y a conocimientos a los que antes les era imposible llegar.

Sin embargo, la historia social de la tecnología nos indica que algunas de las innovaciones más importantes suelen ser reservadas para fruto de quienes las inventan y desarrollan. Con el tiempo, versiones de esos avances se diseminan en diferentes lugares que quedaron fuera de la primera ola de *beneficios* de dichas tecnologías (Thomas, Pynch y Bijker, 1987).

Desde el punto de vista de los consumidores así sucedió con los molinos de viento, la bicicleta, con el automóvil, los viajes en avión y también con las así llamadas *tecnologías de información y comunicación* (TIC's) como la máquina de escribir, el telégrafo, el teléfono, la radio, la televisión.

Desde mediados del siglo pasado algo parecido sucedió con la difusión de las computadoras, usadas como máquinas para almacenar y procesar velozmente grandes conglomerados de información digital. Posteriormente, vino la invención de la *red mundial de computadoras* cada vez más pequeñas, más potentes y más rápidas, interconectadas mediante cables, fibras ópticas o satélites. Esta red de redes, creció especialmente por algunas zonas del mundo siempre de la mano del desarrollo de protocolos (FTP) y metalenguajes (HTML) adecuados para que pudiera haber interacciones entre pares (P2P) para el intercambio de datos. Se

soñaba, erróneamente, con que las TICs ayudarían a lograr un mundo más equitativo.

Sin embargo, a esa *red de potencialmente iguales* se le superpuso la red de relaciones desiguales y hondas disparidades que conforman la sociedad contemporánea a escala mundial. Al mismo tiempo también se modificaba la distribución social del poder y el reparto de los beneficios del mundo. Como nos lo mostró Castells (1999), antes de comenzar el siglo XXI el papel de la *producción de información y la generación de conocimiento* se convirtió en la clave para la redefinición de las relaciones sociales.

La posesión de la tierra, de las máquinas y del capital siguen siendo centrales para la generación y apropiación de valor económico, pero la reorganización de la sociedad del nuevo milenio cada vez depende más del papel que las sociedades puedan jugar en el diseño y la producción de ideas originales y útiles.

Frente a todas las disparidades heredadas de la organización *anterior* del mundo, la repartición de los beneficios generados por la red de iguales para todos, era simplemente impensable e inviable.

Esta situación se percibe desde las más altas esferas cuyas decisiones afectan a todo el mundo (BM, FMI, OCDE) y entonces proponen una estrategia tan “*generosa*” como globalizadora: toda la humanidad, pero especialmente los países pobres, *deben tener* acceso a toda la información y al conocimiento que ya circula en la Internet. Se decide que los desclasados deben *ser incluidos* en los “grandes” beneficios que a la economía mundial proporciona la información. Incluir en el mundo digital *a todos*, se volvió uno de los objetivos del nuevo milenio (UNDP, 2001):

“A menudo, los que menos tienen, temen menos al futuro, y de hecho sus gobiernos están menos constreñidos por intereses especiales comprometidos con tecnologías antiguas. Estos países adoptarán más fácilmente las innovaciones: por ejemplo, cambiar de las líneas telefónicas tradicionales a las celulares, o incluso sistemas de datos voz e imagen basados en Internet”. (UNDP, 2001: iiiii).

Habría entonces que favorecer y estimular este escenario por todos los medios, entre ellos el de la privatización y la desregulación de los servicios conectados a este desarrollo deseado.

Por ejemplo, México, que entre los países *pobres* es de los más “ricos”, tardó casi 80 años en instalar 14 millones de líneas convencionales, mientras que de 1995 a 2000 se instalaron **más de 17 millones**

de líneas telefónicas celulares (González, 2007b). En los siguientes seis años, los precios de acceso a las líneas celulares siguieron bajando y para fines de 2006 había activadas más de 56 millones. Lo que en los niveles socioeconómicos altos y medios mexicanos operó como una estrategia complementaria al servicio telefónico (97% fijo, 89% móvil) en los estratos bajos funcionó como una estrategia de sustitución (4% fijo, 27% móvil)¹ (Piedras, 2007). Evidencias de que “los pobres” se adaptan de manera algo diferente a las mismas políticas y a las mismas tecnologías.

Por primera vez en la historia millones de pobres, por fin tienen acceso a los servicios de telefonía y así pasaron de estar permanentemente *fuera*, a *ser incluidos* en uno de los mercados mundiales de crecimiento más dinámico en esta primera parte del siglo XXI.² Este no es un fenómeno solo mexicano, pues por efecto del mismo tipo de política mundial, se reproduce con variantes en toda América Latina (López-Claros, 2006; Hopehayn, 2003).

Algo similar está ocurriendo con el acceso a las computadoras y a la Internet: si se logra *incluir* a esos mismos millones de pobres al uso y consulta de la información de la *red de redes*, se estaría colaborando a un proceso de reducción de una *pobreza digital* (Barja y Gigler, 2006) que cruza transversalmente a las otras *pobrezas*. De conseguirse este objetivo se podría tener, sostienen algunos, una formidable herramienta para el desarrollo social y educativo (Tinajero, 2006). Desde el punto de vista del análisis social desde el que enfocamos el tema de este libro, la internacionalización de los estudios sobre la Internet, no es lo mismo preguntarse las cosas desde el centro del *sistema-mundo*, que desde la periferia donde se ubica América Latina.³

En la primera parte de este capítulo, expongo algunas cifras que dan cuenta someramente de la presencia y crecimiento de Internet en

¹ Y el 27% de 60 millones de pobres es un número nada despreciable en el mercado.

² Carlos Slim, beneficiario de la privatización de Telmex y es dueño del primer sistema de telefonía celular de México (Telcel) y a raíz de ello posee la fortuna más grande del mundo. Otros veinte empresarios mexicanos están en la lista de *billonarios* de Forbes. En el mismo período, la economía mexicana “globalizada” desde fuera produjo más de 40 millones de “pobres extremos”. (<http://business.guardian.co.uk/story/0,,2117330,00.html?gusrc=rss&feed=24>)

³ De México hasta Argentina, América Latina comprende una gran extensión donde el español es el idioma más hablado, seguido del portugués y por decenas de lenguas originarias. Chile, Brasil y México tienen las economías “menos pobres” y avanzan disparejo en este proceso de “integración” desde afuera. Francés e inglés también se habla en algunas islas del Caribe. Ver: <http://lanic.utexas.edu/subject/countries/indexesp.html> y también Cueva, 1976, De la Peña, 1981; Galeano, 2005.

el mundo de habla hispana. Tomaré un ejemplo de su aplicación gubernamental en México y en la segunda parte voy a plantear una estrategia para desarrollar Cibercultur@ que ha sido diseñada para operar justo *al revés* de como se ha ido dando el proceso de expansión y difusión del acceso a la Internet en las regiones no centrales de la sociedad a escala mundial. La **información**, la **comunicación** y en particular, el **conocimiento** local, son tres áreas estratégicas de cultivo para modular de manera más autodeterminante la re-organización contemporánea de las relaciones sociales en las que el la producción de conocimiento juega y jugará un papel determinante. Ubicaré algunas características de la región de *América Latina* y particularmente en el país con más habitantes de habla hispana: México. Este y otros países, internamente dependen de flujos financieros internacionales, tienen grandes deudas externas y altibajos en sus procesos democráticos internos en su historia. Para ellos se ha diseñado una *política de inclusión* que sostiene como premisa central que “mientras más acceso haya a las computadoras y a la Internet, mejor desarrollo se tendrá”.

En el caso de México, este aserto no solo es completamente falso, sino que además, al ser aceptado, creído y técnicamente comprado por su gobierno y aplicado con toda docilidad como política local de *inclusión digital*, resulta que solo favorece a algunos sectores ya previamente favorecidos en esta sociedad (Robinson, 2006). Con algunas variantes, este es también el caso de casi toda la América Latina donde, además, el español es el lenguaje más hablado.⁴

“Nos mean y los periódicos dicen: llueve”⁵

Frente a la expansión de la red de Internet del *norte al sur* y frente a las políticas de adopción dócil y sobreideologizada que de ella realizan los

⁴ En 2006 más de 400 millones hablan español en el mundo. Por el volumen de la emigración de los países de Latin América hacia los Estados Unidos, se formaron amplias comunidades de hispanohablantes que constituyen una minoría de más de 24 millones, la más grande y la que más progresa económicamente. En muchos de esos países las remesas enviadas por estos trabajadores, son imprescindibles para el equilibrio de sus economías internas. En México, cuyo PIB está dentro de las 10 economías más grandes del mundo, las remesas de sus migrantes representan la segunda fuente de divisas después de las exportaciones petroleras. Millones de trabajadores de esta enorme fuerza productiva se reconocen a sí mismos como «Hispanos» o también como «Latinos» (Trueba, 1999).

⁵ Véase Eduardo Galeano: <http://www.rodelu.net/galeano/galeano32.htm> (Julio 2007)

gobiernos de América Latina, sostengo que se requiere una estrategia completamente distinta, capaz de confrontar a dichas políticas. Sin embargo, para hacer ello, muchos de los conceptos y sus relaciones dentro de una necesaria teorización de los procesos que vivimos deben ser revisados.

En dicha revisión se necesita entender a esta tecnología como un *vector social-histórico* complejo y no sólo como máquinas, artefactos y cables para el *acceso* a consultar información, conectadas a una red de fibras ópticas para beneficio de las corporaciones que controlen ese mercado mundial y de los individuos o las organizaciones que sean capaces de aprovechar las reales o supuestas ventajas “*competitivas*” de la llamada “sociedad de la información”, se difunden profusamente y se defienden en múltiples foros y textos,⁶ en principio porque se cree que *van a ayudar*, por descontado, a los “pobres” a “mejorar” casi de manera mágica su situación ancestral de carencias. Internet es *una maravilla* y debe ayudar a los pobres a mejorar su calidad de vida. Sin embargo, a pesar de cifras alegres de fuentes oficiales, al menos en el caso de México, eso no parece suceder. No tenemos todavía elementos para extender nuestra afirmación a la totalidad de los muy diversos casos en América Latina. Creemos que no es demasiado distinto, como tampoco lo es la dependencia que tienen las políticas internas de las “recomendaciones” del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Teorizar es un modo de actuar para actuar mejor

Mucha de la visibilidad mediática de estos procesos suele ser en exceso positiva o eufemista, pero necesitaremos mejores herramientas teóricas para producir una interpretación mejor fundada y diferente. Los usos y la potencia analítica y explicativa de las nociones más utilizadas para entender al proceso de modulación informática de las relaciones sociales a escala mundial, con las nociones de “brecha digital”, “NTIC’s”, “sociedad de la información”, hasta ahora le confieren una deficiente *visibilidad científica*.

El problema no es sólo de palabras o categorías imprecisas y teorías pobres e incipientes, sino de que al recurrir a ellas se genera una

⁶ Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información: <http://www.itu.int/wsis/index-es.html>

riesgosa y deficiente capacidad de acción política de los países pobres frente a este proceso de alcance mundial. Por ejemplo, la noción de las TIC's además de ser sólo descriptiva y de origen periodístico, elude y descuida una función simbólica central que ha estado siempre interrelacionada con la información y con la comunicación a lo largo de toda la historia: la producción emergente y colectiva de *conocimiento situado* como estrategia *característica* de la especie humana para *ayudar* a resolver sus problemas concretos.

Con ello no queremos dar una visión instrumentalista del proceso de *generación de conocimientos*. Por el contrario, partimos de la constatación empírica de que enormes sectores de la población mundial (incluida la mayor parte de AL) mantienen una relación no familiar, distante y demasiado sobreideologizada con los soportes materiales y con las disposiciones cognitivas necesarias (González, 1995) para que en la Internet, puedan pasar de ser “consumidores pobres” de contenidos *para pobres*, a la categoría de *generadores* de información y de conocimiento localmente situado. A pesar de que estos tres procesos mencionados son —como dice Cirese (1984)— *elementalmente humanos*, las herramientas materiales y conceptuales para la gestión y el cultivo detallado de la información, de la comunicación y del conocimiento, están muy desigualmente distribuidos.

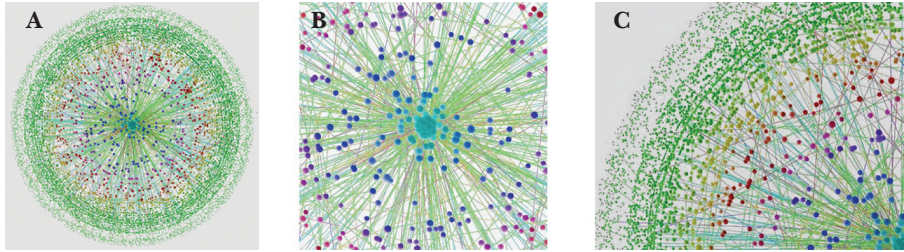
No obstante ello, tanto los soportes materiales como las disposiciones cognitivas pueden ser con provecho colectivamente apropiados dentro de lo que llamamos una *estrategia de desarrollo de cibercultur@* opuesta en tres frentes a la tendencia dominante, es decir, que parta *de abajo hacia arriba*, que conecte *desde dentro hacia fuera* y que se difunda *entre los confines*, es decir, *entre las redes de las variadas periferias*.

Dentro del debate sobre cómo acceder a la *Sociedad del Conocimiento*, coincido con Michael Paetau que toda sociedad debe ser entendida como una *sociedad del conocimiento*:

“La sociedad del conocimiento es una forma histórica variable que indica que cualquier sociedad maneja su conocimiento y así decide cuál conocimiento debe ser preservado, olvidado o destruido y en qué momento” (Paetau, 2007) (traducción JG).

Al teorizar inadecuadamente el papel inseparable del conocimiento en la *forma* de toda sociedad, no se logra incluirlo en el mismo nivel de importancia en las preguntas sobre este proceso de reorganización de

Figura 1. La forma del universo en línea



La imagen (A) muestra la estructura jerárquica del Internet, basada en las conexiones entre nodos individuales. Tres regiones distintas aparecen: un núcleo interno de nodos altamente conectados, una periferia externa de redes aisladas, y una masa tipo manto de nodos de conexión entre pares. Mientras más grande es el nodo, más conexiones tiene. Los nodos más cercanos al centro, están conectados a más nodos mejor conectados que los de la periferia.

El núcleo (B): En el centro de la Internet están como 80 nodos centrales a través de los cuáles fluye el mayor tráfico. Si removemos el núcleo, el 70% de los otros nodos son todavía capaces de funcionar a través de las conexiones entre pares.

La periferia (C): En los confines de la Internet están 5,000 o más nodos aislados que son los más dependientes del núcleo central y se desconectan si dicho núcleo se remueve o se apaga. Sin embargo, esos nodos dentro de esta periferia son capaces de mantenerse en conexión debido a sus conexiones entre pares.

Fuente: *Technology review*, MIT <http://www.technologyreview.com/player/07/06/19Rowe/1.aspx> (07-2007)

la sociedad a escala mundial, y por ello se descuida la conceptualización precisa de esta característica que muchos autores denominan, apresuradamente y sin el menor rigor “*conocimiento*”.⁷

Esta negación, no solamente es fruto de una seria carencia conceptual empantanada en un empirismo inductivo que privilegia los datos “duros” en detrimento de los conceptos, sino que también gatilla y eterniza un proceso social con consecuencias muy profundas y también concretas, especialmente para las sociedades pobres si no hay una intervención específica sobre sus ecologías simbólicas. El resultado es que esas mismas tecnologías (TICs) potencialmente “salvadoras”, se

⁷ Se invoca sin cesar esta palabra, pero con mínimas o equívocas concepciones del proceso que implica. Para una formulación rigurosa del conocimiento ver la obra de Rolando García (2000: 39-63).

vuelven más y más tecnologías de *desconocimiento* y de *reforzamiento de la desconexión* en todas las escalas.

Las políticas dominantes a nivel mundial respecto a las tecnologías “de información y comunicación” (TICs) invocan a la *brecha digital* como un **problema social**.

Primero, por la falta de acceso de millones de categorías sociales (pobres, mujeres, indígenas, etc.) a dichas tecnologías y sin ellas a la información y a los conocimientos mundiales disponibles en la red.

Segundo, esa carencia es “injusta” porque refuerza la exclusión social de sectores (ya previamente excluidos) que se quedan “afuera” o “en el lado equivocado” de dicha “brecha”.

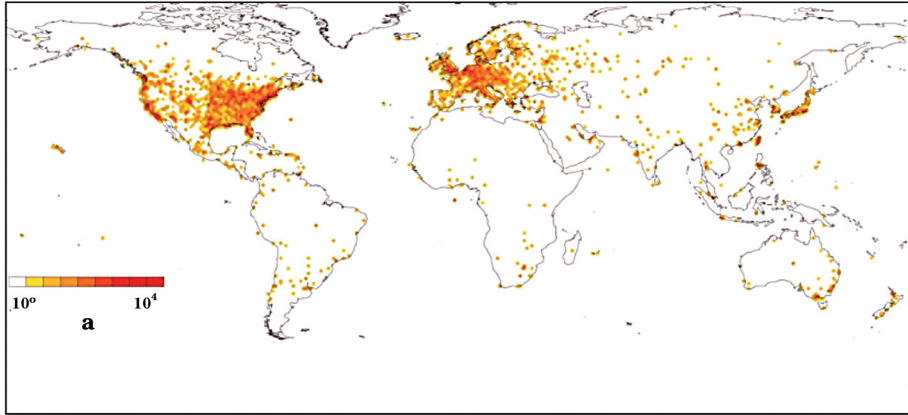
Tercero, a través de sus gobiernos, los países “pobres” *deben* diseñar e incrementar de manera creciente su contacto con las TIC’s, como el instrumento privilegiado para *acceder* a la información y a los conocimientos organizados, creados y procesados para *ellos* por otros.

Nada malo tiene convertir en política pública la relación entre las sociedades y la red de Internet, pero nos preguntamos, ¿por qué deberíamos hacerlo de esa particular manera? ¿A qué razones obedece esta intensa *preocupación* de los mismos centros de poder que a lo largo de la historia han colaborado intensamente a generar toda esa exclusión y la misma miseria que ahora les asombra, cuando han participado activamente en la “excavación” y mantenimiento de esa conjunción de conocimientos y tecnologías de lo que llaman eufemistamente “brecha digital”? (Galeano, 2005; De la Peña, 1981). No me detengo por ahora en explorar las posibles respuestas a estos cuestionamientos, pero señalo de nuevo que sin una adecuada conceptualización de este proceso, no podremos diseñar mejores políticas para aprovechar la potencialidad de esta relación entre la tecnología, especialmente la Internet, y la *nueva* sociedad que ya respira en el siglo XXI.

Matrimonio de conveniencia: procesos complejos, nociones simplistas.

Parece entonces claro que frente a una simplificación cuantitativista, la invención y posterior difusión de las tecnologías que desarrollan la red de Internet debe ser entendida como parte de un proceso sociohistórico *complejo* (García, 2006: 21) que no se puede reducir simplemente a los fenómenos cuantificables de acceso y usos de tecnología en diferentes

Figura 2. Distribución de la Internet en el mundo.



Fuente: Yook et al. Modeling the Internet's large-scale topology, PNAS, 99 (21): 13382. (2002)

sociedades con diferentes lenguajes. Diversas, pero muy específicas condiciones históricas y sociales han operado para que en el uso concreto de la red de Internet tengamos un panorama contemporáneo *cargado* geopolíticamente hacia el norte y orientado mayoritariamente al idioma inglés.

La figura 2 muestra gráficamente el resultado de un estudio de topología de la conexión de la red a gran escala. Simplificar o descuidar estas condiciones no es sólo un error científico, sino también predominantemente político.

¿A qué intereses conviene el uso de estas prenociones acorazadas de cifras y tablas que prefigura la inconmensurabilidad de la tal “brecha”? Seguramente, no a los *pobres digitales*. Quizás convenga a las grandes empresas de hardware y software que operan a nivel global, pero eso no es el tema de este capítulo⁸ y para no caer en pesimismo apocalíptico, mejor revisemos algunos de los datos accesibles para caracterizar, aun cuando sea solo de manera numérica, y por lo tanto incompleta, la situación de América Latina y México dentro del mundo contemporáneo de la Red.

⁸ Así lo documenta la relación oficial entre gobiernos del área, especialmente México y Chile, con Microsoft para el uso exclusivo de sus programas en los centros comunitarios digitales.

En el cuadro 1, podemos ver un cuadro comparativo entre los dos países más grandes de América Latina con los Estados Unidos y Nigeria.

Las diferencias cuantitativas no necesariamente se traducen en diferencias de calidad, pero pueden dar testimonio provisional de las similitudes y diferencias entre los países de LA y las desigualdades con otras zonas del mundo.

Cuadro 1. Estadísticas comparativas TIC 2006

Población (millones)	México	Brasil	USA	Nigeria
	106.32	186.40	301.03	14.42
PNB (USD millones) (2005)	768.3	797.4	12'455.8	3.02
Líneas telefónicas fijas × 100 hab.	18.33	21.38	58.74	0.17
Suscriptores a tel. celulares × 100 hab.	52.63	46.25	77.40	2.15
Computadoras × 100 hab. (2005)	13.08	16.09	76.22	0.07
Usuarios de Internet × 100 hab. (2005)	16.90	21.00	69.10	0.28
Suscriptores Internet banda ancha × 100 hab.	3.44	2.35	19.31	0.00
Radiorreceptores × 100 hab. (1997)	32.48	42.69	207.87	6.64
Televisores × 100 hab. (2004)	27.64	35.83	88.20	1.22
% población cubierta por señal celular (2005)	99.90	88.35	99.00	15.00

Fuente: Internacional Telecommunication Union, 2007

En estos datos, la relación entre el tamaño del (Producto Nacional Bruto) GDP y la densidad de la tecnología instalada parece ser directamente proporcional. Desde luego, las diferencias al interior de los países nos pueden ofrecer variaciones importantes. Lo mismo sucede entre países y entre las regiones del mundo.

El cuadro 2 nos da una idea de las disparidades absolutas y relativas de los usuarios de Internet en las regiones del mundo a fines del año 2002.

Cuadro 2. Usuarios de Internet en el mundo 2002

Región	Usuarios	Penetración
África	7.9	0.9%
América Latina/Caribe	35.4	6.7%
USA & Canada	170.2	53.3%
Asia	201.1	5.6%
Europa	166.4	20.8%
Oceanía	10.5	33.3%
Total	591.6	9.7%

International Telecommunication Union, 2003

Como en muchos otros indicadores mundiales del desarrollo (electrificación, educación, nutrición, talla, vivienda, etc.), en esta tabla las poblaciones de Africa, Latinoamérica y Asia (a pesar de que incluye los datos de Japón y Corea) aparecían en 2002 por debajo de la media mundial. Una gran mayoría de autores documenta en este tipo de cifras las distancias que separan países e individuos de la “sociedad de la información”.

A partir de estos datos se suelen inferir las características de la *brecha digital*.

Sin embargo, por su carácter solo descriptivo y nominalista, al afirmar que hay algo como “una brecha”, la noción solo describe como “hechos” una parte de un estado puntual de las relaciones, pero descuida por completo el conocimiento del proceso que lo generó y así no sabemos *cómo* se fue produciendo esa fractura, ni en *cuáles sectores* sucedió, ni cuáles sean sus repercusiones creativas, sus condicionantes cognitivos o sus derivaciones organizativas. Pero la *brecha digital* no es solamente eso. Algunos autores sostienen que la brecha digital debe ser considerada dentro de una constelación de otras “brechas” o desigualdades estructurales de dichas sociedades (Villatoro y Silva, 2005: 11-13; ALADI, 2003). O bien que es la *traducción* de otras carencias apremiantes

en la sociedad contemporánea donde la información es crucial para el desarrollo.

Así, dado el carácter central de la información en la producción económica del siglo XXI, la condición de ser *pobres digitales* suele mantener y aumentar la pobreza en otras áreas socioeconómicas (Barja y Gigler, 2006).

En el cuadro 3 observamos que el crecimiento relativo de los usuarios de Internet en los países de habla hispana, en su mayoría pobres, ha sido mayor que el que experimentó la población mundial en los últimos años.

Ese es uno de los efectos de las políticas mundiales que les fueron “recomendadas” a los países pobres como garantía inclusión a la llamada *sociedad de la información*.

Cuadro 3. Usuarios de Internet en lengua española 2005

	Población*	Usuarios*	Penetración	Crecimiento 2000-2005
Español	439	89	20.2%	260%
Mundo	6575	1117	17%	209%

Fuente: www.internetworldstats.com (Julio 2007)

* Millones incluyendo España e hispanohablantes en USA.

Prenociones periodísticas en lugar de conceptos sistémicos

La relevancia del proceso todavía padece de una alarmante falta de teoría que suele suplirse con abundantes “descripciones” que en algunos casos operan como *prescripciones* de acción, que son adoptadas por los gobiernos locales como normas para avanzar y medir el desarrollo de sus economías.

Nociones como “brecha digital” (BD), “tecnologías de información y comunicación” (TICS) y muchas de las versiones de la “sociedad de la información” (SI) carecen de densidad y estatuto teórico sólido, no dan cabal cuenta de la dinámica del proceso. Por el contrario, requieren de un tratamiento sistémico que pueda dar cuenta en varios niveles de las relaciones entre múltiples procesos interconectados con relaciones de poder y de internacionalización de flujos de capitales, de personas, de

imágenes y de información. El breve espacio de este texto no permite que abundemos más en este importante tema, pero queda pendiente como una tarea que, además de los loables esfuerzos por documentar experiencias diversas, debe ayudarnos a darle otro tipo de visibilidad política al modo en que las diferentes sociedades se relacionan con Internet (González, 2007a).

De objetos a sujetos de conocimiento

Una de las partes más críticas de esas carencias conceptuales, es la permanente exclusión o el olvido selectivo de las capacidades para la *generación de conocimiento situado* como parte del modelo a seguir para la “inclusión digital” de los pobres. No se considera suficientemente el papel inseparable del conocimiento dentro de todo el proceso. Este descuido proviene de una carencia conceptual que también eterniza un proceso social y cognitivo con consecuencias prácticas muy profundas, especialmente para las sociedades clasificadas como “pobres”: las mismas tecnologías que se ofrecen como “salvadoras” se vuelven más y más verdaderas tecnologías de *desconocimiento*.

En la mayor parte de América Latina, las tecnologías de la Internet están desconectadas de la experiencia social cotidiana, se presentan dentro de un halo de *glamour* y encanto que refuerza la auto descalificación de los usuarios frente a las “computadoras” o sus programas: “eso” siempre resulta ser *más que uno mismo*.⁹ Las políticas dominantes a nivel mundial respecto a las TICs invocan a la *brecha digital* como un problema práctico debido a la *falta de acceso* a la información y a los conocimientos colocados ahí por personas y organizaciones de todo el mundo (especialmente anglosajón) en la red. No tener acceso a la principal fuente de mediación de las relaciones sociales del siglo XXI, agudiza la exclusión social de todos los sectores que quedan “afuera” o “al otro lado” de dicha “brecha”.

Por esa razón, se considera que los países con *abundancia*¹⁰ de poblaciones “pobres” *deben* tener e incrementar su contacto con las TIC’s,

⁹ En 1998 demostré que esta autodescalificación sucedía con profesores capacitados por Programa Nacional de Educación a Distancia, que después se volvió el sistema e-México. (González, 1999: 163)

¹⁰ En esta ideología naturalizadora de las relaciones sociales, los pobres “abundan” como si fueran recursos “naturales” del tipo de selvas o desiertos, verduras o petróleo.

calificadas como el instrumento privilegiado para *acceder* a la información y a los conocimientos organizados y creados *para todos*, por otros que están del *otro lado* de la brecha.

“Teniendo en cuenta que cuanto mejor conocimiento se produzca mayor valor agregado tendrá lo producido, entonces es el conocimiento puesto en relación con el instrumento de tecnología —Internet— quienes se constituyen en el par clave de la transformación. De esta manera, las ventajas comparativas no dependen de la suerte de la naturaleza sobre el territorio sino de la estrategia sobre el patrón de desarrollo y de la producción de conocimiento que se realice” (Sar, 2004).

La ansiedad política y también mercantil por alcanzar los prometi-dos beneficios de la “sociedad de la información” no permiten muchas veces entender que es un falso dilema pensar que sólo pueden los pueblos pobres estar dentro o fuera sin más.

El problema no se reduce sólo al acceso mediante las TICs a *LA in-formación* y a *EL conocimiento*, ni tampoco, una vez conectados, el de dotar y llenar de “*contenidos*” adecuados para el aprendizaje en la Red.

Ni inclusión forzada para “desarrollarse”, ni aislamiento eterno.

Diversas evaluaciones regionales nos quieren dar una lectura cauta, pero a la vez esperanzadora de la marcha de América Latina hacia la “Sociedad de la Información”:

“En el caso peruano, el uso de Internet está creciendo gracias a la instalación de cabinas públicas y cafés. Por su parte, en Brasil, Costa Rica, México y Chile, el incremento en el número de usuarios es atribuible a la expansión de las redes disponibles en las escuelas. En Chile, la instalación de computadores en las escuelas está reduciendo las diferencias en el acceso a Internet entre colegios públicos y privados, y en Perú, las Cabinas Públicas han proporcionado una alternativa de desarrollo económico para pequeños emprendedores. Existen experiencias interesantes de aplicación de las TIC para el mejoramiento de los procesos de enseñanza, que han generado cambios culturales en las modalidades de abordaje pedagógico utilizadas por los profesores, así como han institucionalizado en las aulas prácticas de aprendizaje colaborativo y por proyectos utilizando las nuevas TIC”. (Villatoro y Silva, 2005:76)

Desafortunadamente, las evaluaciones específicas y la experiencia práctica plantean reservas importantes para estos caminos idealmente sugeridos.

Un ejemplo cercano: el Sistema e-México¹¹

Acorazada de estas nociones pseudo-científicas, esta política de alcance mundial ha sido aplicada sin reservas a lo largo del mundo empobrecido y desde luego, por toda América Latina como una clara y vertical decisión que los gobiernos de toda la región han adoptado como una herramienta casi *milagrosa* para enfrentar muchos de los rasgos y rezagos de una modernidad muy tardía y como forma de “inclusión digital” decidida desde fuera y con escasa o nula intención de conversar y escuchar a las comunidades y a sus pobladores en sus territorios. En cada país la estructura de esta acción toma nombres y particularidades distintas pero generalmente viene como una “recomendación” del Banco Mundial para que los países puedan ofrecer servicios de gobierno por Internet y para hacer negocios “electrónicos”.

En los acuerdos oficiales de las políticas públicas sobre la información con compañías multinacionales resalta la apertura garantizada a esas empresas cuyo negocio, es precisamente, la información y el desarrollo de conocimiento “global”. Al menos los gobiernos de México y de Chile han firmado acuerdos “voluntarios” pero muy específicos con Microsoft para desarrollar la plataforma electrónica, de hardware y de software, de la deseada “inclusión” digital.

Dos ejemplos concretos de convenios entre gobiernos y proveedores nos documentan la forma como se han ido delegando y entregando muchas de las acciones de política pública sobre el tema:

Para México:

“El Sistema Nacional e-México prevé la participación de diversas dependencias y entidades de los órdenes de Gobierno Federal y Estatal, de agentes de los sectores social y privado, mexicanos o bien, personas extranjeras como “Microsoft”, a efecto de instrumentar las acciones que permitan fomentar el desarrollo de la educación y la cultura a través del uso de sistemas informáticos, disminuyendo la brecha digital”.¹²

El formato del convenio específico entre los dos países con la multinacional establece las aplicaciones de Works y Office, sumadas a otras para los negocios

¹¹ <http://www.e-mexico.gob.mx/wb2/eMex/Home>

¹² <http://linux.mty.itesm.mx/~ddiaz/directo/emexico.txt> (Cláusula tercera)

Para Chile:

“Considerando El instructivo Presidencial que crea el Comité de Ministros para el Desarrollo Digital, N° 001 de Fecha 2 de Febrero de 2007.

La evidencia que demuestra que la adopción de tecnologías de información es responsable directa del crecimiento económico. La conveniencia manifiesta de potenciar y masificar el uso de tecnologías de información, especialmente en los Sectores y personas más postergadas, de forma de otorgarles herramientas de productividad personal que les permitan aumentar sus posibilidades de bienestar y realización. El interés de Microsoft Corporation y Microsoft Chile, manifestado permanentemente a través de sus personeros, en el sentido de contribuir al desarrollo económico local a través de diversos programas sociales y herramientas tecnológicas que se ponen al servicio de la ciudadanía”.

Dentro de esta tendencia de *generosa* colaboración de la empresa de Bill Gates, el gobierno mexicano crea en el año 2001 el sistema *e-México*, con la misión de colaborar a la transparencia de gobierno y a la inclusión digital de todo el país.

Es Microsoft quien garantiza generosamente las plataformas de acceso a la “Sociedad de la Información” para estos países que tienen como característica la “abundancia de pobres”.

En otras condiciones parecería increíble, pero todo el sistema público para la inclusión digital de México, un país de 106 millones de habitantes, en vez de diseñarse en plataformas de *software libre*, opera por contrato *bajo licencia* de una empresa comercial que establece para su propia conveniencia la exclusividad de sus productos y con restricciones que ellos mismos deciden:

“En la OU CCDUsers se creó la política de grupo “CCD Users GPO”. Esta política está definida, para que el usuario solo pueda hacer uso de las aplicaciones permitidas, no pueda acceder a la configuración de la máquina, y tener una cuota de espacio en disco preestablecida”.¹³ (Subrayado de JG)

Efectivamente, en los mismos detalles técnicos de la plataforma acordada, todo el *know-how* queda legalmente bajo la creación y vigilancia de esa empresa, no de la sociedad mexicana.

¹³ [http://www.microsoft.com/mexico/gobierno/ccd/downs/Politiclas.pdf](http://www.microsoft.com/mexico/gobierno/ccd/downloads/Politiclas.pdf) pág. 10.

Sin conocer todavía este convenio, en 2006 tuvimos una desconcertante experiencia durante los talleres de formación de una comunidad emergente de conocimiento local en la sierra de Oaxaca, México.¹⁴

“... para el trabajo colectivo con estudiantes de educación media y algunos profesores de la localidad, utilizamos las instalaciones del Centro Comunitario Digital instalado en la parte alta de la biblioteca municipal, tuvimos que instalar en las computadoras algunos programas de comunicación y de navegación en la red como Skype, Yahoo Messenger, Netscape, Firefox que nos sirvieron para lograr algunos de los objetivos de esa CECL. Al terminar, después de que se realizaron relatos biográficos colectivos de su historia con la tecnología y con el agua, el responsable de ese CCD nos comentó que **tendría que borrar todo** lo que instalamos, pues estaba sujeto a revisiones periódicas que prohíben el uso de cualquier programa *que no sea* de Microsoft. Todo lo que no fuera de esa marca, no obstante que sirviera mejor para los fines de esa CECL, fue borrado”.

(Diario de campo de Jorge A. González en Ixtlán, Oaxaca, 2006).

Este modelo ha sometido desde el inicio a las fuerzas del mercado los destinos de una política pública estratégica que después de seis años de su creación, está en plena crisis.

La estrategia de gobierno para la *inclusión digital por decreto* y por etapas, después de un enorme esfuerzo y una poco conocida pero generosa inversión federal para facilitar el *acceso digital* en todos los municipios del país (poco menos de 3 mil), tiene resultados desiguales, dispersos y más bien, bastante fallidos.

De alguna ingenua manera, el sistema e-México planteaba un escenario en el que se esperaba que muchos de los más de 60 millones de pobres mexicanos “pedirían” o realizarían sin demora, su inclusión dentro de la Sociedad de la Información haciendo *e-negocios* y teniendo acceso a información práctica y a la consulta de los conocimientos que necesitaran para resolver algunos de sus problemas.

Sin embargo, los pobres *infra digitales* (que también son pobres *ultra digitales*) no sólo no pidieron espontáneamente *su inclusión*, sino que tampoco están “aprovechando”, como se esperaba, la infraestructura colocada *en su* nombre y *para* ellos.

¹⁴ CECL de Ixtlán de Juárez, en la Sierra de Oaxaca: <http://cec-ixtlan.blogspot.com/2006/02/el-principio.html>

Todo ello fue realizado e impuesto sin consultarles y sin tener estudios previos de las formas y la densidad de uso de cientos de miles de cibercafés que florecía por todo el país antes y durante la instalación forzada de *e-México* (Robinson, 2005).

Esta misma política, con diferentes resultados y distintos nombres, está siendo aplicada en todos los países de América Latina.

¿Pero *por qué* los ‘pobres digitales’ no lo usaron si ya estaba a su alcance?

Según Robinson, el instrumento para la política de inclusión digital de México presentó ciertas características importantes:

- a) fue improvisado y dejado a la deriva de intereses comerciales,
- b) quedó fuera de la visibilidad pragmática de los gobiernos municipales
- c) fue generado verticalmente,
- d) con baja sensibilidad para su adopción en las condiciones realmente existentes en las localidades y encima de todo,
- e) tiene poca transparencia en los montos de las inversiones.

La fuerte inversión federal realizada en la tecnología, capacitación y mantenimiento, no sólo **no redujo, sino que amplió la brecha digital**:

“... se puede juzgar al programa e-México en dos sentidos generales: a) frenó la experimentación con las emergentes herramientas digitales entre la población juvenil del país, y b) sus faltas y omisiones sugieren un cuadro operativo obsoleto que requiere una reconfiguración drástica en función de una evaluación crítica y objetiva, según indicadores internacionales, antes de proceder a diseñar una agenda digital para el futuro.” (Robinson, 2006)

Además de periodistas, otros autores académicos han comenzado a realizar evaluaciones críticas de esta política (Pérez Salazar, 2004).

Para confrontar ese fracaso crítico en México, necesitamos revisar las herramientas teóricas y la estrategia práctica para activar una diferente forma de apropiación de la red de Internet y de las tecnologías digitales a la mano, para usarles no sólo para acceder, sino como **plataformas generativas de información, de comunicación y especialmente de conocimiento *locales***.

Cibercultura y cibercultur@

La concepción de la cibercultur@ que presento aquí no necesariamente está ligada con el mundo de las computadoras o a las redes de Internet, como ya se le entiende en todas partes, sino que resalta las tres direcciones de sentido de los elementos que la componen: el prefijo griego “*kyber*” (ciber), la palabra latina “*cultura*” y el signo tipográfico “@” (González, 2003).

- Tomo literalmente el sentido de *director* y *timonel* del vocablo “*Kyber*”, pues desarrollar *cibercultur@* implica generar, incrementar, perfeccionar, mejorar y compartir las habilidades para conducir, dirigir y “pilotear” relaciones sociales, en un ejercicio de autogestión colectiva, horizontal y participativa.
- Tomo el sentido original de “cultivo, cuidado, atención y desarrollo” de la palabra “*cultura*”. La habilidad para pilotearse y dirigirse con otros hacia soluciones más inteligentes frente a los enormes retos del siglo XXI, se puede aprender, se puede compartir y se puede *cultivar* con otros y para otros.
- El signo de la arroba “@”, que hoy se ha vuelto familiar entre quienes utilizan la red, y precisamente por su *semejanza* gráfica a una *espiral*, utilizo “@” por su semejanza para representar un *bucle de retroalimentación positivo*, un proceso abierto y adaptable que genera una respuesta *emergente* que surge de la densidad de las relaciones del sistema y no se reduce a la suma de sus componentes.

Propongo el neologismo *cibercultur@* (con la arroba “@” incluida) para designar una serie de procesos específicos que implican una *doble cualidad* complementaria y simultánea: *cibercultur@* entendida como un *objeto de estudio* y *cibercultur@* entendida como un *valor de desarrollo* y empoderamiento social.

Cibercultur@ como objeto de estudio y valor de empoderamiento social

Como *objeto de conocimiento*, el estudio de los fenómenos de *cibercultur@*, se dirige a describir, analizar y explicar los diversos procesos de relación

entre las *ecologías simbólicas* de sociedades determinadas en el tiempo y en el espacio con el *vector tecnológico*.

Con la noción de *ecologías simbólicas* designo el conjunto total de *relaciones de sentido* que en una sociedad se construyen en la historia con un entorno físico, biológico, psicológico, social y cultural a través de la actividad cognitiva y sus dimensiones más complejas, como la mente, el discurso, y la actividad modeladora y adaptativa de las identidades y alteridades de los diferentes y variados colectivos sociales. Esta dimensión cognitiva y simbólica sólo se puede lograr dentro de un *ecosistema de soportes materiales* de la actividad de representación de la sociedad. Sin ellos, la eficacia de la cultura en la construcción de identidades, en la reproducción de la sociedad, en el establecimiento de las tradiciones, en las vanguardias es, impensable.

La especie humana es la única que para poder sobrevivir necesita construirse diestramente una “segunda naturaleza”, a todo título *signica* y plena de *actividad interpretativa*, es por eso que *la historia de los ecosistemas materiales de la cultura* debe ponerse en correspondencia con *la historia de la generación de sus públicos*, es decir, la historia de la **distribución social de las disposiciones cognitivas** para operar en esos ecosistemas.

El concepto de *ecologías simbólicas* intenta dar cuenta, tanto de las formas *sistémicas* (estructuradas y ordenadas), como de las formas *en-activas* (en proceso de estructuración) de la *signicidad*, tal y como la ha definido Cirese desde la antropología cultural italiana.

Por la interrelación intensa entre los significados, las normas y el poder, me interesa estudiar esta relación desde la perspectiva de las sociedades que han sido *desplazadas y excluidas* en el espacio social, y ello significa que han sido (o están siendo) explotadas en lo económico, dominadas en lo político y dirigidas en lo cultural. Excluidos desde la noche de los tiempos de los *beneficios* de la globalización, a enormes sectores sociales dispersos por todo el mundo sólo se les *ha globalizado* la miseria y la degradación, y se han convertido los hoyos negros del capitalismo digital contemporáneo. En la perspectiva que propongo, describir, analizar y explicar los procesos sociales e históricos de la génesis y desarrollo de las *modulaciones simbólicas* de la relación de estas dos dimensiones, es crucial para potenciar cualquier desarrollo científico que, además de interpretar y teorizar el mundo, busque **la transformación** del mismo mediante el empoderamiento de los sectores sociales más numerosos y deprimidos.

Con el nombre de *vector tecnológico* denomino todos los procesos y efectos socio-históricos de *fuerza con dirección* que se han verificado y verifican cotidianamente en procesos de adopción, adaptación, imposición o rechazo de dispositivos y complejos tecnológicos entre sociedades con recursos y posiciones disimétricas y desniveladas en la estructura desigual del espacio social mundial.

Me interesan en particular dos de las dimensiones más agudas y que verifican un crecimiento exponencial de dicho vector, a saber, las llamadas *tecnologías digitales* y los procesos de *comunicación mediada por computadoras* debido a la difusión y penetración de capilaridad creciente que se experimenta en todas las esferas de la vida pública y cotidiana de las sociedades contemporáneas.

Las ventajas y potencialidades que aporta la forma *digital* de procesar, empaquetar, enviar, recibir y acumular la información, se ven incrementadas por la *comunicación* instantánea a través de redes de computadoras que —con el acceso al conocimiento y práctica que requieren necesariamente para su operación funcional— permiten coordinar, dirigir y orientar con toda destreza la dirección y sentido de los flujos mencionados. Estos dispositivos o complejos socio-técnicos, conforman parte crucial de los resortes tecnológicos que generan la aparición y la dispersión global del “cuarto mundo”, de los excluidos y los prescindibles que han sido diseñados desde arriba del sistema como terminales tontas:

“...en este proceso de reestructuración social, hay más que desigualdad y pobreza. También hay exclusión de pueblos y territorios que, desde la perspectiva de los intereses dominantes del capitalismo informacional global, pasan a una posición de irrelevancia estructural” (Castells, 1999a).

No hay tal periferia pura, ni centro inmaculado de este proceso —verdaderamente global— de exclusión social potenciado por la tecnología, que lejos de ser meros aparatos, implican toda una fuerza constituida con dirección y con efectos constituyentes multidimensionales más allá de la técnica, muy poco estudiados en tanto que innovaciones radicales. El *vector tecnológico* es producto del movimiento de la sociedad mundial y al mismo tiempo configura y ayuda a producir los mundos sociales que progresivamente toca y transforma y desde luego genera resistencias múltiples en sentidos diversos y “aberrantes” e inesperados. Por ello mismo, no se debe tomar esto como una denuncia de un plan organizado y conciente de dominación y sometimiento del mundo a los

“malos” del “centro”: una vez que despegó históricamente, el desarrollo tecnológico ha adquirido sus propias “leyes”, su propia autonomía e impulso, con costos y beneficios, que desde luego nunca —y menos ahora— se han gozado aquellos, ni pagado éstos, de manera equitativa en el mundo moderno.

Esta primera delimitación de la *cibercultur@* como objeto de estudio, comporta varios supuestos y antecedentes.

- Por un lado, partimos de un *complejo cognoscitivo* caracterizado por la desigualdad de la estructura de relaciones del sistema mundial, en el que observamos vastas y múltiples zonas pluri-distribuidas del planeta, históricamente colonizadas y depauperadas por relaciones sociales de explotación, dominación y exclusión, que proveen y nutren de energía social (capital) a diferentes ciudades/nodos atractores de enormes e intensos *flujos de personas* principalmente, pero no solo a través de la migración y los consiguientes *flujos de capitales financieros*. Estas “ciudades/nodo” (ciudades Alpha) del sistema-mundo además de ser concentradoras de volúmenes inmensos de capitales, también concentran crecientemente a millones de miserables (y otros no tan miserables)¹⁵ que se desplazan para *vivir mejor* hacia tales ciudades/nodo. Estos centros globales que capturan crecientemente los flujos de personas y capitales, operan también como generadores y difusores masivos de *flujos permanentes* y “globales” de *información e imágenes* mediados tecnológicamente y que sirven como materia prima básica para *metabolizar* y representarse de diversas formas el mundo, quién *es* cada uno y cada cuál de los actores sociales y de qué forma se hacen *visibles* o *invisibles* en el escenario de la vida pública.
- Estos procesos de elaboración discursiva y simbólica son indispensables para *poder narrar* los hilos y *editar* el valor y el significado de los hitos de la memoria social, las definiciones de la situación presente, así como la factibilidad y densidad de *otros mundos también* posibles.

¹⁵ El exceso inicial de la mano de obra barata e inexperta con “escaso cosmopolitismo” que se ha desplazado en los flujos migratorios por causa de la “globalización forzada,” ha sido “enriquecido” por el de profesionales calificados también desempleados o con expectativas de bienestar más altas, según lo documenta nueva la migración “educada” de Ecuador y de otros países latinoamericanos a España y en general a la Comunidad Europea (Pellegrino, 2004: 12+).

- Con y desde estos procesos simbólicos se establecen en la historia diversas relaciones sociales de hegemonía, subalternidad, alteridad, resistencia y en algunos casos y períodos determinados, se establecen también relaciones de contra-hegemonía que requieren y generan formas emergentes para la organización de diversas *estrategias simbólicas* que buscan atraer y modular el discurso social para la dirección intelectual y moral de toda la sociedad, como bien lo señaló Gramsci en el siglo pasado.

Nuestro concepto de cibercultur@ y su estudio desembocan en el diagnóstico preciso de las formas de interacción entre el vector tecnológico y las ecologías simbólicas de sociedades concretas. Sostenemos que ese vector a lo largo del tiempo y potenciado por políticas erráticas o serviles de los Estados al respecto, ha generado una serie de modificaciones y modulaciones selectivas de las ecologías de información, de comunicación y de conocimiento. Esta característica nos empuja a asumir procesos de investigación/acción participativa para facilitar que determinadas colectivos se autoorganicen como *comunidades emergentes de conocimiento local* (González, Amozurrutia y Maass, 2007).

No tenemos mucho más espacio para exponer este punto con más detalle, pero los procesos de facilitación se concentran en el cultivo y desarrollo específico de las capacidades de información, comunicación y conocimiento de un equipo plural de participantes que generan sus propios sistemas de información, de comunicación y de conocimiento frente a problemas relevantes de su propia comunidad.

Algunas experiencias de desarrollo de cibercultur@ en proceso

En este sentido, en el LabCOMplex trabajamos un proyecto de investigación/acción participativa para facilitar la creación y sostenimiento de pequeñas comunidades emergentes de conocimiento local (CEC-L) en México y en el diseño de una triple red entre dichas comunidades. El desarrollo de estas redes emergentes de comunidades busca hacer factible la apropiación práctica, dialógica, comunitaria y creativa de esa dimensión del vector tecnológico sometido a las necesidades de generación de información y de conocimiento autogenerado, pero con toda una estructura autodiseñada y abierta para compartir y avanzar sobre

las particularidades encontradas al incluirlas en una red de relaciones con otras formas de conocimiento de otras comunidades, similarmente desplazadas y dispersamente localizadas, pero que comparten los mismos efectos de procesos a escala mundial. De estos procesos tienen una percepción incompleta y más bien limitada, precisamente porque una gran parte de la sociedad mundial ha sido casi de hecho *diseñada* para servir como un pasivo objeto de estudio y no como un agente generador, sistematizador y difusor de conocimiento propio.

Hemos iniciado el desarrollo de varias experiencias de campo en diferentes medios y con diversos agentes (rurales, urbanos, jóvenes y niños, adultos, mujeres, hombres, profesores, gestores culturales, organizaciones sociales, etc.) en las que estamos tratando primeramente de mostrar y posteriormente de explicar, qué tipo de cambios se producen cuando los usuarios de las tecnologías digitales y la red se emplean en un proceso colectivo y dialógico para el desarrollo y la producción de información, comunicación y conocimiento situados para la solución de problemas prácticos de alcance comunitario. En todas buscamos identificar qué es lo que cambia y cómo es que cambia, cuando una comunidad social *normal* (es decir, desactivada para percibirse y actuar como una comunidad emergente de conocimiento) se activa en ciberkultur@ y cuando la conectividad requerida no está decidida ni diseñada *desde afuera*, sino que es una cuestión práctica para decidirse dentro de una forma diferente de acceder, apropiarse y empoderarse con las tecnologías digitales y la comunicación mediada por computadoras. El desarrollo de las CEC-L apenas comienza, en principio hemos encontrado mucho interés, especialmente cuando dentro de los talleres de iniciación los participantes comienzan a recuperar una especie de autoestima intelectual por verse capaces no solo de consultar, sino de generar sus propios sistemas de información para darle sistematicidad a las diferentes búsquedas que realizan en colectivo para documentar un problema de conocimiento, por ejemplo, sobre la memoria de la relación con el agua como recurso escaso, la conservación de los bosques, los desechos sólidos dentro de una población minera en el altiplano del centro de México, la recuperación y construcción de una memoria colectiva en una colonia suburbana de la zona metropolitana de Guadalajara realizada por niños de diez años con un museo interactivo,¹⁶

¹⁶ <http://trompomagico.jalisco.gob.mx/> Ver especialmente la comunidad de niños de 10 años "Los inteligentes".

profesores e investigadores de universidades de México, la memoria de la migración al norte y otras experiencias que están siendo poco a poco sistematizadas.

En todas ellas, se ha iniciado con un taller de cibercultur@ en el que los objetivos básicos son la motivación, la claridad de la tarea y la apropiación paulatina, colectiva y compartida de las herramientas (sistemas de información, comunicación y conocimiento) para lograrlo.

Las enseñanzas pioneras de Celestine Freinet (1975) y de Paulo Freire (1973) nos han sido de mucha utilidad para el desarrollo concreto y particularizado de dichas comunidades en formación.

Si se logra este desarrollo de tejido de red, social e informático se pueden documentar dos tipos de cambios. Por un lado, *cambios cognitivos* y por otro lado, cambios en los *modos de organización* social básica para generar este proceso de apropiación colectiva.

Los cambios cognitivos y los de organización son en realidad dos caras de la misma moneda. Partimos de un concepto de inteligencia como una *propiedad emergente y distribuida* que opera en procesos de actividad mediados por artefactos culturales de diversos tipos (Salomón, 1977; Cole y Wertsch, 2002).

Todas las actividades de los talleres¹⁷ se centran en estas ideas y de ahí evaluamos los resultados del desarrollo de una *mayor* competencia tecnológica (González, 1998: 159) que potencia a su vez una serie de cambios en la forma de apropiarse, evaluar y utilizar las habilidades individuales y colectivas *emergentes* para *generar información* y para *producir conocimiento situado*.

Una vez generados de modo colectivo la CEC-L define una *doble estrategia de comunicación* del conocimiento generado que tiene como destinatario a la propia comunidad social de la que forman parte, y en segundo lugar, a otras CEC-L distribuidas en el país, dentro de un ejercicio de ínter comunitario de rediseño de su visibilidad en el mundo a través de la red de Internet.

Otras experiencias con diferentes objetivos están siendo desarrolladas con buenos resultados, especialmente en el uso de tecnologías para el aprendizaje de las matemáticas en niveles escolares básicos:

¹⁷ Facilitamos talleres para el desarrollo de cibercultur@ de cuarenta horas de trabajo colectivo, reflexivo y práctico que utiliza los Centros Comunitarios Digitales ya instalados por el Sistema e-México y que en su mayoría permanecen subutilizados.

“...los resultados a nivel piloto muestran un alto porcentaje (75%) de estudiantes con un historial previo de fracaso en matemáticas que han logrado acreditar el curso con resultados que no difieren mucho de los alcanzados por los estudiantes más avanzados. Esto, sumado al uso del lenguaje matemático y científico, conciencia en los maestros del nivel de conocimiento en la materia enseñada, transformación total de las prácticas escolares en matemáticas y ciencias y valoración por parte de los padres, y muestra la efectividad que ha tenido a la fecha el nuevo modelo didáctico-pedagógico” (Rojano, 2003, p. 86).

Por razones cognitivas y organizacionales *la inclusión forzada* no parece ser la mejor forma de acceder a los “beneficios” de la Internet y de la “Sociedad de la Información”.

Al menos no de la forma en que se ha decidido que los pobres no generan más que problemas y necesitan ser salvados por sus gobiernos y las compañías filantrópicas que desinteresadamente les ayudan. Más bien parece que la estrategia consiste en incorporar al mercado mundial como consumidores potenciales a la enorme masa de miserables, especialmente los niños.

¿Y por qué no puede tener cada “*niño pobre*” *su propia* laptop?

Figura 3. *Una Laptop por Niño* (OLPC)

Misión

“La misión de la fundación de OLPC es estimular las iniciativas locales de los pueblos, diseñadas para realzar y para sostener en un cierto plazo la eficacia de las computadoras portátiles XO como herramientas que aprenden para los niños que viven en países con poco desarrollo”.

Fuente: *One Laptop per Children*: http://www.laptop.org/index.en_US.html (07-2007)

Así parece ser el diseño realizado para incluir digitalmente el vasto, “sobrepoblado” y hambriento mundo “menos desarrollado” donde ubicamos a nuestra América Latina.

¿Y ahora qué? ¿Y luego, hacia dónde?

Apenas estamos en los procesos de cierre y evaluación de las primeras experiencias concretas para elaborar una forma diferente de decidir y

diseñar la inclusión digital **desde abajo** (desde los pobres), **hacia afuera** (hacia el centro) y **hacia los lados** (con los otros países *pobres*). No tenemos una solución mágica, sino una más dialógica y participativa.

En todas ellas, los reportes de los cambios en los participantes son positivos, en parte por la emoción compartida que aparece al dominar artefactos culturales que siempre fueron considerados como fuera del alcance “normal”, y en parte por la sinergia colectiva que se genera con la participación de muy diversas categorías sociales en los talleres de cibercultur@.

Nos falta mucho por andar, especialmente en la evaluación y sistematización y análisis más fino de las experiencias. Estamos profundizando poco a poco, pero decididamente, en este proceso de investigación/acción donde el objetivo no es que “usen” las TIC’s para acceder a la Sociedad de la Información, sino **transformar** sus modos de organizarse y de concebir esas tecnologías para apropiárselas como verdaderas *plataformas para desarrollar conocimiento local*, que no se ahoga en localismos, pues siempre tiene como telón de fondo la claridad de que se está creciendo junto con otras comunidades emergentes en pleno proceso de formación de sus propios *sistemas y redes de conocimiento* para enfrentar problemas comunitarios significativos junto con otras partes de México y de América Latina.

Si no asumimos que todas las tecnologías de información y comunicación son por ello mismo *tecnologías de conocimiento*, dichas herramientas culturales se convierten y operan activamente como *tecnologías de desconocimiento* (Ver Capítulo 7).

Pensamos que *otro mundo interconectado es también posible*, y que las redes son de quienes las tejen, de quienes se siguen organizando para tejerse en una comunidad que, escuchando y acompañándose, crece y aprende a narrarse de otra forma, crece para y con otros que son *nosotros* como nos muestra la estructura social y lingüística de los Tojolabales (Lenkersdorf, 1999). Claramente, nuestro proyecto opta por las redes sociales y humanas, con sentido de comunidad —no solamente virtual— y de un *nosotros* (Lenkersdorf, 2007) incluyente y expansivo que permita que muchos diferentes *otros nosotros* quepan dentro (Ver capítulo 7).

¿Más conectividad y procesamiento más veloz? ¿A cada niño una laptop XO?¹⁸ Está bien, pero acompañado con el desarrollo de comuni-

¹⁸ La XO es una potente herramienta creada expresamente para los niños más pobres del mundo, que viven en los ambientes más alejados. <http://www.laptop.org/en/laptop/hardware/index.shtml> (08-2007).

dades prácticas que se apropian de la potencia del vector tecnológico no para convertirse en consumidores baratos, sino para transformar *nuestras* ecologías simbólicas *a nuestro favor*, con un desarrollo auto-determinante, expansivo y abierto. No esperamos más, pero tampoco deseamos menos.

Una tecnología horizontal, participativa y dialógica por primera vez en la historia de la humanidad está más o menos disponible para los “menos desarrollados”. Muchas iniciativas buscan hacer llegar ésta a los desplazados del mundo. Sin embargo, si no nos ayudamos colectivamente a *transformar* nuestras culturas y ecologías de *información, de comunicación y de conocimiento*, es decir, a **desarrollar cibercultur@**, todas las experiencias de inclusión digital forzadas continuarán siendo sordas y ciegas, de arriba hacia abajo, desde fuera hacia dentro y de los centros a las periferias. Seguirán siendo *poco inteligentes* y tecnológicamente *tontas*,¹⁹ pero políticamente resultan generadoras y confirmadoras a corto o mediano plazo de las desigualdades que lacran la vida social de esos muchos millones de personas.

Ya sabemos que así, en el “roof garden” de la “*sociedad de la información*” el lugar que tienen reservado para los países pobres, es el de comparsas semi-desplazados, o bien a lo mucho, el de consumidores y clientes de las computadoras baratas del mañana.

Para que el futuro de la inmensa mayoría del mundo contemporáneo sea *abierto* y esperanzador, necesitamos *otra forma de participación e inclusión* menos centrada en la tecnología, más centrada en el desarrollo humano compartido, y eso significa *más dialogante*, menos sorda e impositiva y más decidida *desde abajo hacia arriba, desde los lados para los lados* y posteriormente *desde dentro del subdesarrollo hacia afuera*.

El objetivo de conformar **redes de comunidades emergentes de conocimiento local** activadas en KC@ para retejer el tejido social es nuestro siguiente desafío.

¹⁹ En informática se llaman terminales “tontas” porque solo tienen poder computacional suficiente para desplegar, enviar y recibir texto. No se puede ejecutar ningún programa en ellas. Es la computadora a la cual se conectan la que tiene todo el poder para correr editores de texto, compiladores, correo electrónico, juegos, y demás herramientas. Ver <http://www.freebsd.org.mx/handbook/term.html> (08-2007).

CIBERCULTUR@ Y MIGRACIÓN INTERCULTURAL.
CINCO TRAZOS PARA UN PROYECTO



Trazo primero: movimientos, reorganizaciones.

El mundo, como la vida, es movimiento

El mundo se mueve y se ha movido desde que es mundo. Los flujos intermitentes de personas que se desplazan a través del espacio son una de las constantes de la humanidad que somos. Unas veces por guerras o por hambrunas, otras por deseos de mejoría o ambición, otras más por designios ultraterrenos, otras, en fin, por razones de diversión y gusto por conocer otros lugares. Como quiera que sea, las poblaciones del mundo que se desplazan siempre generan ajustes y cambios en los espacios sociales que tocan o van dejando a su paso. Algo de aquellas sociedades y ecosistemas de los que salen y de los que llegan se transforma, algo se conserva y algo nuevo aparece. En esta reorganización generativa, extremadamente compleja, también se reorganizan las percepciones y las representaciones de la vida. Las identidades se hacen menos o más rígidas; los referentes del origen pierden o ganan importancia; los lenguajes de ambos polos se interpenetran y se cruzan poco a poco, casi por goteo; las comunidades imaginadas, los más amados paisajes y los horizontes entrañables se transforman.

En síntesis, la totalidad de las ecologías simbólicas de los territorios, ya sean mentales, geográficos o bien, imaginarios, se ve inmersa en un proceso dinámico que pone a prueba el grado de flexibilidad y de adaptación cultural de todos los involucrados.

Las sociedades se organizan y se vuelven a reorganizar con elementos de otras culturas, y al hacerlo confrontan inmediatamente el reto de lo que se ha llamado la *interculturalidad* (Rodrigo, 1999: 74).

Trazo segundo: flujos de valor, flujos de miserables...

Sin considerar el monto del valor económico del turismo como actividad económica, constatamos que las características y consecuencias del fenómeno migratorio que vivimos en esta “cuarta fase del capitalismo mundial” (Fossaert, 1994: 451), nos llevan a observar los enormes flujos de trabajadores, provenientes de zonas empobrecidas en la historia —ya sea de las antiguas colonias y protectorados, o bien, como refugiados de alguna guerra o desastre natural— que aportan una enorme reserva activa de mano de obra e inteligencia muy baratas en las diferentes zonas de atracción.

Desde el punto de vista de la producción del valor, lo que estos flujos contribuyen a las economías que los reciben es muy grande. Las divisas enviadas por los *hijos ausentes* a sus parientes que se quedaron, son tan imprescindibles para paliar la pobreza de sus familias, como por su aportación integral al Producto Interno Bruto.

Por su carácter clandestino, por ser una necesidad imperante y por las cantidades de dinero que mueve, la emigración internacional por motivos laborales es —y lo ha sido siempre— un gran negocio, inmediato para muchos, y solo a mediano y largo plazo, para los mismos individuos y familias que emigran.

El testimonio de una madre inmigrante marroquí recién llegada a Ejea de los Caballeros, documenta una faceta de ese negocio con indocumentados, y en este caso, se agrega el estigma de género:

“...Al dueño no le agradó mi presencia, le molestaban un crío y una mujer. Me pidió doblar el precio por la habitación, además para que no nos despidiera del Paraíso y salvarme y salvar a mi hijo de la suciedad en que vivían habría que limpiar todo el piso. Lo hice, el esfuerzo físico me ayudaba a pensar”. Kamal, (2005)

¿Y a dónde se va esa gente?

Los grandes centros atractores del mundo hoy en día coinciden con grandes bloques de acuerdos económicos, como el Tratado de Libre Comercio para América del Norte, el Mercosur, la Unión Europea, la Cuenca del Pacífico. En todas estas grandes economías la fuerza de trabajo importada juega un papel cada vez más importante. Por ejemplo,

parece ser que si los países de la Unión Europea (UE) quisieran apenas *conservar* el nivel de calidad de vida que tienen en la actualidad, en el curso de los próximos 20 años deberían aceptar la incursión de decenas de millones de personas para que mantengan y soporten diversas zonas de sus economías globalizadas. Esto significa un amplio volumen de personas. ¿De dónde provendrá este flujo?

Estos millones de trabajadores no pueden provenir más que de *afuera* de la UE, principalmente del África mediterránea y sub-sahariana, de la Europa ex-comunista, de Iberoamérica y de algunos países del Asia rural. Algo parecido sucede con los trabajadores llamados “latinos” en los Estados Unidos y Canadá: hoy son completamente imprescindibles para el sostenimiento de la economía.¹

Y con estos movimientos, también llegan a esas zonas sus vestidos, sus colores sus olores y sus costumbres, sus alimentos, sus creencias, sus rituales, sus fantasías, sus sueños, sus hablas con sus acentos, sus necesidades, sus manías, sus memorias y desmemorias, sus temores y sus múltiples y variopintos afanes.

Allá, en la tierra de los sueños, pueden mezclarse, algunos aprenderán una o más lenguas, otros se mantendrán con absoluta fidelidad a su lengua madre y a sus costumbres, pero más temprano que tarde, todos cambiarán.

No me critiquen porque vivo al otro lado,
no soy un desarraigado, vine por necesidad
ya muchos años que me vine de mojado
mis costumbres no han cambiado
ni mi nacionalidad

(**Los Tigres del Norte**, corrido *El otro México*, Fonovisa, 1991)

Prácticamente de la noche a la mañana, la estabilidad relativa de los países de la UE, y más recientemente España, han visto (y verán en mucha mayor medida) trastocada su propia composición, su cotidianidad y desde luego su vida pública por el proceso migratorio mundial.

En muy poco tiempo, pasaron de ser sociedades relativamente integradas y estables, a sociedades *multiculturales* y *pluriculturales de facto*. Así, de repente, muchas culturas diferentes *tienen* que coexistir forzosamente

¹ Ver la situación ficticia, pero crítica, que propone la película *Un día sin mexicanos* de Sergio Arau (2004), Xenon Productions. <https://www.youtube.com/watch?v=PxwT6CmmhbA>

juntas, y el abanico de reorganizaciones simbólicas que se generan es, por decir lo menos, amplio.

Revisemos una escena, probablemente muy común, donde en la Suiza alemana, una madre inmigrante nacida en Calabria (Italia), al ser entrevistada y conversar sobre *su* identidad, —definida nítidamente por ella como “*calabresa*”— quizás para confirmar su dicho pregunta: “¿tu chene si?” (¿tu de dónde eres?) a su hijo de nueve años que veía absorto la televisión (¿dibujos animados japoneses?). Sin voltear, el niño responde decidido: “Ich bin amerikan” (yo soy americano) (Signorelli, 1982: 303). Escenas como esta y muchas otras, pueden servir para indicarnos el grado de complejidad de la dinámica cultural que se genera en estos procesos.

Salvo excepciones extrañas la cultura dominante tiene la fuerza suficiente para imponerse a las que llegan, y así las “recibe”, las “piensa” y las define dentro de una gama de estereotipos que remiten siempre a *problemas y conflictos sociales*: los de “afuera”, los diferentes, los “otros” quedan anclados, necesariamente, a la violencia, al robo, a la piratería, a la prostitución, al tráfico de drogas, al robo, a la degradación, al terrorismo. Y así seguirá siendo mientras las condiciones de vida y trabajo en las sociedades globalizadas a la fuerza, *desde fuera y desde arriba*, mantengan los vínculos de explotación y transferencia desigual de capitales, de personas, de imágenes y de informaciones con las economías de las zonas de atracción y recepción de esta fuerza laboral en todos los sentidos, pero que además representa siempre una *fuerza cultural* ajena, nueva, potencialmente renovadora de la sociedad receptora, pero de muchos modos, percibida como amenazante.

Por ejemplo, una ciudad media como Zaragoza, en tan sólo un lustro, registró un aumento exponencial de nuevos residentes que llegaron de *muy* afuera: de tener aproximadamente, una veintena de diversas nacionalidades registradas en la Casa de las Culturas del Ayuntamiento antes del año 2000, pasaron hasta más de cien en sólo cuatro años. Esto ha obligado a redoblar los esfuerzos oficiales para atender las demandas de esta población.² Desde luego que este proceso no ha estado exento de serios problemas. ¿Qué es lo que pasa, pensemos, en una urbanización modesta donde una familia trabajadora aragonesa

² Más del 40% de los habitantes de Zaragoza no ha nacido ahí, Ver la presentación de Carmen Gallego, organizadora del concurso de narrativa de experiencias migratorias en el texto *Acercando orillas* editado por el Ayuntamiento de Zaragoza en el 2005.

tiene un pisito mediante un crédito que paga, a la que comienzan a llegar personas y familias que visten, hablan, comen, piensan, conversan y juegan *diferente*?

Quien pueda, más pronto que tarde, se cambia de domicilio, pero quien no, tendrá que “aguantar” este aluvión de “extraños” que bajará, además de todas las otras molestias, el valor de su único patrimonio.

Enfrentamos así un problema bastante complicado: ¿cómo sugerir, entonces, la “aceptación” de los otros, si éstos dañan los intereses de los de casa?

Por otro lado, muchos pueblos rurales, casi fantasmales debido a la migración interna hacia los grandes polos industriales, ahora parecen repoblarse por decenas de familias rumanas, bosnias, marroquíes, nigerianas, senegaleses. Lo mismo está ocurriendo en los espacios públicos como las plazas y los parques. Aumentan asimismo las parejas biculturales, de hombres maduros con jovencitas extranjeras, hasta antes del matrimonio, indocumentadas, así como otros casos en los que la propia vida cotidiana de las parejas *mixtas* hacen más variado el escenario (Guyaux, Delcroix, Rodríguez, Randane, 1992).

Ante estas condiciones y cuando los gobiernos carecen de una *política migratoria y cultural* abierta e inteligente, la mecha de los conflictos xenófobos se puede comenzar a encender por todas partes.

Desde los años veintes, una situación similar ya sucedía en algunas ciudades en los Estados Unidos (Gamio, 1969:15). Allí se diseñó una política abierta de segregación territorial precisamente para “evitar” la convivencia y el contacto entre los diferentes, es decir, los negros (*niggers*) y los mexicanos (*tejanos*) (sic) con los anglos.

During the 1920s, black schoolchildren were more likely to miss school than white students, black teachers received less pay and training than their white counterparts, and teaching accommodations ordinarily amounted to one-room buildings generally under the tutelage of a single teacher. The same circumstances applied to Hispanic students, who were segregated because some whites thought them «dirty» and because some white employers desired an uneducated, inexpensive labor pool.

<http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/SS/pks1.html> (08. 2006)

Por ejemplo, en Austin, la capital de Texas, cuando en los años cincuenta se construyó la carretera interestatal I-35, se “creó” una zona

de residencia al este de la ciudad en donde se obligó a mudarse a los trabajadores migrantes y a la población negra, desalojando así las zonas urbanas centrales. Por aquellos años, la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, que inicialmente estaba en el centro de la ciudad, fue completamente desmontada y desplazada hacia esa zona de exclusión. La formación de zonas de aislamiento para evitar el contacto entre los diferentes dominados y los dominantes, ha sido una forma concreta muy recurrida, aunque siempre con costos muy altos a mediano y largo plazo.

Un ejemplo reciente hace referencia al aumento de la migración del sur —ya no sólo de mexicanos, sino de toda Centro y Sudamérica— y a la inmediata relación simbólica que identifica “extranjero” con “amenaza terrorista”. En el 2006, el gobierno de los Estados Unidos luego de movilizar a la Guardia Nacional hacia la frontera con México, comenzó a construir un nuevo muro de tres mil kilómetros de longitud por razones de “seguridad nacional”. Del lado de las sociedades que reciben los flujos migratorios, la impericia política para tratar este fenómeno suele ser directamente proporcional a la visibilidad pública negativa que se genera en y del encuentro.

Cualquier situación de convivencia *de facto* entre “comunidades culturales con identidades diferenciadas” (Rodrigo, 1999: 74) que sea presa de una deficiente gestión política y de una pobre elaboración simbólica —como sucede con todo tipo de estereotipos y prejuicios— es prácticamente un polvorín de descomposición social a detonar con la primera chispa.

Recordemos El Ejido (Almería) en el año 2000 y tantos otros eventos, claramente no deseados, que llegaron a hechos lamentables que pudieron ser evitados.

No obstante, hoy en día encontramos muchas iniciativas que plantean la necesidad de establecer formas de diálogos y encuentros que generen un proceso creciente de *interculturalidad* expansiva y de síntesis creativa de la riqueza (y no necesariamente de una “amenaza”) que los flujos migratorios, aunados a los también a su vez *flujos de formas simbólicas* en diáspora, están generando en todo el mundo.

Las ideas que nutren este trabajo provienen de un proyecto más amplio centrado en la investigación y el desarrollo de *cibercultur@*, entendida ésta como una forma socio-constructiva de restañar y rehilar un tejido social. Es decir, tejidos suficientemente flexibles y aptos para aprovechar los muchos beneficios del proceso de migración mundial y

que, de ser posible, sean capaces de ayudar a desactivar o dar alternativas, a tiempo, a los desencuentros culturales y sociales que cuando se violentan, atentan contra los derechos y la dignidad de todos, tanto de aquellos que “reciben” a los indeseables, como de aquellos que “llegaron” para quedarse.

Trazo tercero: de redes y otras formas de inteligencia distribuida

El concepto *abierto* de cibercultur@ (*kc@*) debe entenderse de dos modos complementarios: como *objeto de estudio* por la problemática que delinea y por su capacidad para aportar inteligencia en el tejido social, pero también como un *valor de desarrollo social*.

- Es abierto, porque sólo puede ser usado dentro de un sistema de *interdefinibilidad sistémica* con otros conceptos que provienen inicialmente de diferentes disciplinas y perspectivas, pero que operan relacionamente a la hora de investigar o desarrollar *kc@*.
En este sentido, tanto su investigación empírica, como los procesos de su facilitación, son necesariamente interdisciplinarios.
- En tanto que *objeto de estudio*, investigar cibercultur@ nos conduce a observar las relaciones sociales como una *totalidad organizada* (García, 2000) para entender cómo, por dónde y con qué costos se han ido transformando *las ecologías simbólicas* de las poblaciones al interactuar desigualmente con dispositivos técnicos que conforman esa verdadera fuerza con dirección: el *vector tecnológico*.
- En tanto que *valor de desarrollo social*, sostenemos que la sociedad se reorganiza creativamente cuando es capaz de construir una relación diferente y expansiva con la información, con la comunicación y con el conocimiento potenciado por la tecnología.

Todos los días podemos constatar el avance de los procesos de muchos tipos ligados o pautados con *tecnologías digitales*³ y la *comunica-*

³ Como progresivamente ha ido sucediendo con la industria lúdica, la telefonía celular y convencional, la identificación institucional, los procesos bancarios, la organización de la producción, la información gubernamental y comercial, los servicios de abasto y alimentación, las nuevas frecuencias de televisión y radio y casi cada rincón de la cotidianidad.

ción mediada por computadoras (Internet, salas de conversación, correo electrónico, blogs, consulta de datos, educación a distancia, servicios comerciales).

La propuesta central para desarrollar cibercultur@ en las comunidades de migrantes como estrategia de empoderamiento, se sustenta, no en el falso problema de superar la “brecha digital” mediante un supuesto “acceso democrático” a la sociedad de la información por medio de la red de Internet, sino en la afirmación de que **el conocimiento puede y debe ser desarrollado dialógicamente y de abajo hacia arriba**, precisamente en las zonas del sistema-mundo que fueron *diseñadas para no generarlo*. Más que acceder a las mieles de la información y el conocimiento fabricado por otros, la estrategia impuesta parece ser la de garantizar la apertura de nuevos mercados y cultivar futuros clientes para las enormes corporaciones de fabricantes de software y hardware.

Múltiples ejemplos de este diseño heterónimo pueden ser presentados, tanto en el nivel histórico como en el antropológico y el industrial, pero por la limitada extensión de este texto, no puedo abundar.

Sin embargo, lo que más sorprende no es el diseño en sí (el capital tiene sus razones que la razón no conoce), sino la docilidad con la que los gobiernos de estos países no centrales, han adoptado agradecidamente e impuesto con diligencia estas políticas destinadas para el supuesto “beneficio” de enormes capas de pobres y miserables⁴ que están del lado equivocado de la “brecha digital”.⁵

En realidad, sólo aquellos (muy pocos) que ya poseían las disposiciones cognitivas para hacer uso intensivo de estos aparatos son quienes

⁴ Que no tienen acceso ni al mercado formal, ni a los beneficios de la ciudadanía en los Estados y a veces ni a la electricidad (Solar-Powered WiFi Grid Networks: Helping to Bridge the Digital Divide (<http://www.green-wifi.org/projects/gw/Green-WiFi-1-Page.pdf>) (08-2006). Sabemos también de toda la tecnología que se desarrolla con fuentes humanas para que esas zonas oscuras del mundo puedan “participar” del desarrollo plenamente digital.

⁵ En México con la llegada del gobierno de Vicente Fox en el año 2000, la inversión en este tipo de tecnologías y planes “autónomos” se canalizó dentro del llamado Sistema Nacional e-México (<http://www.e-mexico.gob.mx/wb2/eMex/Home>), que se proponía instalar, en al menos cada uno de los más de 2800 municipios, un centro comunitario digital para reducir la brecha digital. La Fundación Bill & Melinda Gates donó una gran cantidad de dinero para los equipos del sistema, con al parecer la “obligación” de no instalarles ningún otro software que no fuera marca Microsoft, como detectó nuestro propio trabajo de campo en la sierra de Oaxaca. En otras palabras, si no es esto una estrategia de mercado cautivo bajo la apariencia de donaciones altruistas, por lo menos se parece mucho. La misma estrategia “sugerida” y apoyada por el Banco Mundial parece ser una especie de patrón común para los países, por así decirlo, “desbrechados”.

pueden sacar amplio provecho de la instalación de los telecentros o de los centros comunitarios con tecnología moderna instalada y dispuesta, al menos en el papel, *de jure*, al servicio colectivo.

Las autoridades buscan ansiosa, pero infructuosamente, “proyectos” comunitarios en comunidades a las que nunca nadie se ocupó de preguntarles nada y mucho menos de escucharlas, para ver cómo estas tecnologías podían acomodarse a su vida y no al revés.

Ante la nula presencia de dichos proyectos, la siguiente preocupación “mundial” aplicada a los entornos “locales”, era llenar la red “de contenidos” accesibles para los *tecnodesplazados*.

Existen algunos programas para apoyar la creación de “contenidos” comunitarios, pero no abundan los que favorecen la creación horizontal y desde abajo para arriba de dichos “contenidos”.

Parece férrea la voluntad de “acercar” —a como de lugar— a los “alejados” al paraíso de las llamadas tecnologías de información y comunicación, pero sin desarrollar una actitud diferente respecto a ellas y a lo que supuestamente vehiculan. De nuevo aparece la sordera ancestral y la soberbia ceguera etnocéntrica y sociocéntrica. Las cosas pueden ir por otro lado.

En contra de la corriente generalizada, decimos que toda tecnología de información y comunicación es (y siempre ha sido) por ello mismo una *tecnología de conocimiento*.

Si se niega o si se ignora esta última característica, las tecnologías de información y comunicación operan en su uso efectivo como *tecnologías de desconocimiento*, como verdaderas tecnologías de “desempoderamiento”.

Primero, porque al llegar prácticamente siempre de *arriba hacia abajo* a las localidades, el vector tecnológico privilegiará discrecionalmente a unos pocos iniciados sobre otros muchos ignorantes pero, al mismo tiempo, admiradores fervientes, de la “maravilla tecnológica”. La historia de la tecnología siempre va acompañada de representaciones que la sobredimensionan, especialmente en aquellos que no las saben ni las pueden producir.

Segundo, porque al implantarse sobre un tejido social vertical desapercibido, las formas de inteligencia que se desarrollan llevan precisamente esa impronta, que les impide el desarrollo de inteligencia colectiva, es decir, les impide aumentar de forma colectiva su capacidad para resolver problemas concretos con base en preguntas y diálogo.

Tercero, porque esas tecnologías —que ahora urge a las corporaciones mundiales y a los Estados nacionales que sean apropiadas por los desplazados sociales para “su propio “beneficio”— también son el vehículo de imágenes e informaciones, de narraciones y codificaciones ideologizantes que operan acríticamente, a su modo y desde intereses ajenos, sobre la elaboración y metabolización del sentido mismo del presente, del pasado y del futuro de las comunidades. Operan, pues, como soportes materiales incrustados en la comunidad, pero para ser procesados *desde fuera* por otros.

Sin desarrollo local de cibercultur@, es decir, sin una cultura de información, de una cultura de comunicación y de una cultura de conocimiento para resolver un problema concreto y localizado, las llamadas TIC operan en los adentros de las zonas “desbrechadas” como vectores de narraciones y formas simbólicas que, no por ser heterónomas, son menos eficaces en la definición degradante de las identidades locales.

Trazo cuarto: ¿Qué es una Comunidad Emergente de Conocimiento Local (CEC-L)?

Una CEC-L es la unidad colectiva responsable para desarrollar y multiplicar el modelo deseado de cibercultur@ en cada uno de los llamados Centros Comunitarios Digitales (CCD).⁶

Su operación está determinada por varias funciones diversas y complementarias con responsables de cada una de ellas:

- **Acceso y apropiación tecnológica** que, inicialmente, es desempeñada por el encargado responsable técnico del CCD y que llamaremos *Responsable-nodo*,
- **Organización y animación en la comunidad** que, inicialmente, es realizada por un promotor cultural de la propia comunidad o cuyo trabajo siempre se desarrolle en ella, que llamamos *Gestor-Nodo*.

⁶ Los Centros Comunitarios Digitales, Plazas Comunitarias, Bibliotecas digitales son algunas de las denominaciones que el gobierno de México ha dado a diversas instalaciones equipadas con ordenadores con conexión a Internet y algunas herramientas periféricas, como scanners, cámaras Web, impresoras que en teoría están al servicio de las poblaciones. En otros países se les llama telecentros pero toda esta nomenclatura está conectada con las iniciativas de la UNESCO y el Banco Mundial como forma de enfrentar la “brecha digital” para los sectores más alejados.

- **Organización de una Fuerza de Búsqueda de Conocimiento Local**, que se basa en diversos *Estudiantes-Nodo* de educación básica media y algunos de sus *Maestros-Nodo*, especialmente empeñados en conversar con sus mayores y recuperar así, relatos, imágenes, objetos, pensamientos, música y cualquier otro soporte material sobre el tema específico que la CEC-L busca documentar.
- **Aportación de Material Empírico y Testimonios**, garantizado por agentes, testigos e informantes de diversos sectores de la comunidad ampliada. En el caso de los migrantes, materiales del lugar de expulsión y del lugar de recepción del proceso.
- **Documentación y análisis del cambio en la CEC-L**, que es desempeñada por un o una *Investigador(a)-Nodo*, igualmente perteneciente a la comunidad y con la misión de generar conocimiento científico de todo el proceso, específicamente del *cambio cognitivo* y *el cambio estructural* que se verifica con el desarrollo de KC@ en un entorno de inteligencia distribuida.

A su vez, cada CEC-L conforma un nodo ligado con una red de CEC-L interconectada y con posibilidades de comparar sus avances dentro de la tarea de construcción de conocimiento local.

En la medida en que una CEC-L comienza a activarse como un nodo formador de otras CEC-L, ésta se vuelve lo que llamamos un *nodo-semilla*.

Con ello, incrementamos la posibilidad de comparación y de reflexión analítica distribuida geográficamente por medio de un uso intensivo del *cibespacio*. Con esta dimensión potenciada, se puede convertir el conocimiento *local*, en un conocimiento que *conecta con sentido*, porque tanto la información como el conocimiento han sido construidos *desde abajo hacia arriba*, las dimensiones globales del tema trabajado con las particularidades necesariamente locales de cada CEC-L.

Cuando los diversos *nodos-semilla* se conectan en una red de nodos, tenemos la matriz de información y de conocimiento que posibilita un tipo de saber distribuido y *glocal*, es decir, a la vez local pero dimensionado y “ponderado” con los procesos globales, antes invisibles, pero siempre eficaces.

Por ejemplo, tenemos el conocimiento local que puede construir una comunidad de migrantes activada como CEC-L *a partir* de las vicisitudes que les hicieron salir de su origen y las formas de lucha y adaptación

en el entorno de otra cultura, necesitan reorganizar las representaciones de ese proceso.

Así, por medio de la generación de información original y conocimiento propio, cada CEC-L opera como una fuerza de empoderamiento que al estar ligada a la comunidad ampliada puede ser capaz de reconstruir el pasado, redefinir el presente y diseñarse un mundo posible, un escenario distinto del que les han fabricado desde afuera.

Como fuerza social, el flujo migratorio tiende a ser por definición ciego a sus propios procesos. En su tierra de origen y, desde luego, en el viaje, la llegada y el reacomodo en un nuevo escenario, los migrantes han sido procesados, contados y narrados desde fuera, nombrados y calificados por otros. Las clasificaciones varían de acuerdo a la fuente y, en general, suelen ser negativas o estigmatizantes: ilegales, braceros, *greases*, frijoleros, espaldas mojadas, mojados, pollos, pateritos.

En el universo de las representaciones, los migrantes operan como un *territorio simbólicamente ocupado* (González, 2003) dentro de una lucha desigual por redefinirse.

Siempre han sido “objetos” de estudio, pero parece que no tienen acceso (ni tiempo, ni modo, ni soportes) para enterarse —al menos superficialmente— del conocimiento científico que se genera sobre ellos.

Una Comunidad Emergente de Conocimiento Local cuando se activa, puede y debería:

- Operar como estimulador, generador, organizador y difusor permanente del uso inteligente y creativo de la tecnología en los puntos de acceso instalados en los lugares de expulsión y de llegada, hoy en día, comúnmente subutilizados o bien utilizados por algunos individuos para fines comerciales o personales.
- Colaborar y promover, dentro de la comunidad ampliada, el incremento sustancial de la capacidad de *generación de conocimiento local* sobre problemas concretos con posibilidades de impacto inmediato en las localidades y en la región de influencia de ambos lados; tanto a corto, como a mediano plazo —según las condiciones específicas— con impacto en otros niveles nacionales e internacionales.

En síntesis, la activación en el desarrollo de diversas comunidades de migrantes como comunidades emergentes de conocimiento local, es

posible mediante el desarrollo y el cultivo renovado de las tres culturas mencionadas. Al hacerlo, se comienza el trabajo colectivo de rediseñar las *ecologías simbólicas* de los migrantes y se reconstruye, igualmente, sus relaciones, por lo general desbalanceadas negativamente, con el *vector tecnológico*.

Por una nueva Cultura de Información

Las sociedades colonizadas han sido sometidas y diseñadas para no apreciar ni cultivar una adecuada cultura de información. Ello se refleja, por ejemplo, en las escuelas primarias, donde la relación con las matemáticas, es decir, con el pensamiento relacional y sistémico, suele establecerse fatalmente con un divorcio, temor e ignorancia generalizados. Se documenta este rasgo, al señalar la escasez de matrícula universitaria en las carreras de orientación científica y, por el contrario, la enorme profusión de estudiantes en carreras administrativas y de servicios en estas zonas periféricas del sistema-mundo.

Esta situación repite el patrón colonial de extracción de materias primas a las que sólo se agregaba valor en las metrópolis. Así, en el nivel de la información, los sectores sociales y zonas del mundo dominados, aparecen como datos crudos o configuraciones para ser analizados *en otro lado* para seguir siendo “in-formados” desde fuera. Sin embargo, la capacidad de operar en el mundo por medio de códigos y metalenguajes, es elementalmente humana y puede desarrollarse con provecho, especialmente si se toma la responsabilidad de generar lo necesario para mejorar la comprensión y el entendimiento de su situación y con ello, de su calidad de vida.

Por una nueva Cultura de comunicación

En la condición expuesta arriba, el patrón común de comunicación suele ser vertical y autoritario, pues las capacidades de escucha, en la relación de dominación y explotación, se ven seriamente disminuidas y desaconsejadas. Aprender a desarrollar una diferente cultura de comunicación que tenga por eje una política de escucha, reteje la condición antes negada o satanizada, de las diferencias como punto

central de la actividad comunicativa, de acción para la *coordinación de acciones* entre diferentes que mantienen sus diferencias, pero se ajustan y reorganizan por el proceso mismo de aprender a escucharse y a escuchar al otro.

El desarrollo de una cultura de comunicación, implica reconocer que ni el producto del conocimiento ni el producto de la comunicación pueden separarse de las formas sociales de organización en que fueron generados. Aquí debe reconocerse que la organización vertical y autoritaria de las relaciones sociales es la que convierte todas las diferencias en desigualdades. Al comunicarse y al conocer, sucede lo mismo.

Así, la parte central del cultivo de una nueva cultura de comunicación, comprende tres fases en que la CEC-L debe intervenir: primero *suscitar*, luego *contemplar* las diferencias para después *generar´tik* (Ver capítulo 7), es decir, producir una *nueva estructura* para la coordinación de las acciones dentro de un entorno rico en diferencias horizontales integrables.

Por ello, una tarea crucial de la CEC-L es la de organizarse:

a) Para suscitar las diferencias de sus componentes

Normalmente, las formas de organización cotidianas se empeñan en suprimir o reducir las diferencias, ajustadas ansiosamente al complejo de Procusto (Volkoff, 1984) ladrón del Ática antigua, quien después de robar a sus víctimas, las colocaba en un lecho y procedía a “ajustarlas”, mediante mutilaciones o alargamientos, al tamaño preciso de **su** cama, pues no podía tolerar las diferencias (Ver capítulo 7).

b) Para contemplar las diferencias así suscitadas

Una vez que se modifica la organización para poder suscitar las diferencias, el paso siguiente es garantizar que todas ellas puedan ser escuchadas y percibidas en todo su detalle.

La historia de los colores, escrita en la selva de Chiapas, a unos meses del levantamiento zapatista en 1994, nos dice algo al respecto:

Y, entonces, para no olvidarse de los colores y no se fueran a perder, buscaron modo de guardarlos. Y se estaba pensando en su corazón cómo

hacer cuando la vieron a la guacamaya y entonces la agarraron y le empezaron a poner encima todos los colores y le alargaron las plumas para que cupieran todos. Y así fue como la guacamaya se agarró color y ahí lo anda paseando, por si a los hombres y mujeres se les olvida que muchos son los colores y los pensamientos, y que el mundo será alegre si todos los colores y todos los pensamientos tienen su lugar.

Sub-Comandante Marcos (1994)

La inteligencia como la vida es una propiedad emergente y no un don divino que unos tienen y otros carecen. De hecho mientras más escuchamos y más contemplamos, aumenta la probabilidad de que una respuesta inteligente emerja frente a un problema.

Al examinar con atención la especificidad de los otros, nuestro sistema perceptivo se reacomoda, se reorganiza y termina por ser afectado para generar una mejor adaptación.

Por ello la necesidad de organizarnos para contemplar las diferencias que hemos podido hacer que surjan, en vez de promediarlas o diluirlas.

c) Para generar una estructura “nosotrificada”

De acuerdo al tipo *lajan-lajan ‘aytik*⁷ (Lenkersdorff, 1999), se trata de generar una nueva forma de gestión colectiva que se basa, precisamente, en la necesidad de suscitar y contemplar, y no sólo de “tolerar” las diferencias para seguir creciendo en inteligencia.

Por eso, el objetivo de esta fase de reorganización es precisamente acrecentar el proceso de “nosotrificación”, la construcción de un sentido superior del *nosotros* (en lengua tojolabal: *tik*) que está tejido precisamente de la diversidad que aportan los diferentes y en ello estriba su fuerza y su flexibilidad, otra manera de llamarle a su inteligencia o capacidad colectiva para resolver los problemas concretos. Esta es, precisamente, la posible aportación del desarrollo de ciberkultur@ al reto de la interculturalidad.

⁷ “Estamos parejos” en lengua tojolabal, es decir, “somos distintos, pero somos iguales porque somos sujetos” en la interacción lingüística y cultural. La comunicación, nos dice el autor, o es intersubjetiva, o no es comunicación. (Lenkersdorff, 1996: 32 y 77).

Por una nueva Cultura de conocimiento

Una de las más lejanas realidades que heredamos del proceso de colonización y que se ha introyectado en las sociedades que expulsan migrantes, es que **no se desarrollan estructuras sólidas para la creación de conocimiento**. El conocimiento es una dimensión elementalmente humana y opera como un bucle de retroalimentación positiva: una espiral que genera nuevas soluciones, innovaciones concretas que pueden hacer la vida mejor. El desarrollo de las CEC-L tiene por objetivo construir sistemas de información propios basados, por ejemplo, en la recuperación de la memoria del proceso migratorio en primera persona. Esto se puede realizar con dos tipos de técnicas.

- Una, mediante la reconstrucción de cartografías históricas —por períodos o generaciones—, que den cuenta de los soportes materiales históricamente utilizados para desarrollar la cultura y las representaciones de los migrantes en las zonas que fueron paulatinamente ocupando (González, 1995^b).

Esta técnica ha probado que, además de la información precisa que genera a partir de archivos documentales, testimonios orales, imágenes y mapas, produce una representación compartida completamente original de los cambios y mutaciones en el territorio físico y simbólico que como comunidad han vivido.

- Dos, la reconstrucción de los testimonios orales de varias generaciones de parentesco (González, 1995^a) o genealogías sociales (Bertaux, 1994), se ha mostrado como una herramienta útil para la reconstrucción retrospectiva de la memoria, totalmente desapercibida, que los migrantes han realizado en su diáspora.

Cuando hablamos de conocimiento local no nos referimos a conocimiento “científico”, sino a los diferentes tipos de relaciones que se pueden establecer colectiva y dialógicamente en las CEC-L.

Es decir, los materiales básicos de autoconocimiento que sirvan como fuerza social. De esta forma, una CEC-L de migrantes, integrada y distribuida desde el origen y en el nuevo destino, puede ser capaz de: organizar para producir su propia información —potenciada por las tecnologías—; generar una distinta auto representación y, por consi-

guiente, adquirir una nueva actitud frente al proceso de su diáspora; y, al mismo tiempo, asumir la misión de comunicar a la propia comunidad ampliada, los diferentes hallazgos y experiencias que le otorgan los dos tipos de visibilidad pública reconstruida.

Por un lado, al interior de la comunidad extendida que ya es de facto transfronteriza y transnacional, mediante diversas estrategias concretas de comunicabilidad de las nuevas concepciones, fruto del *conocimiento situado*, como exposiciones, muestras, boletines, escritos, puestas en escena, instalaciones, etc. Esta estrategia intra-comunitaria es de alta relevancia para otorgarle sentido y visibilidad social a la tarea de generar autoconocimiento. Por otro lado, con el diseño y el manejo adecuado de las herramientas de cómputo e Internet, la CEC-L es capaz de colocar en el ciberespacio, mediante páginas Web y blogs, parte de los resultados de sus pesquisas permanentes. Así, comienza a existir de otro modo en un espacio virtual que nació colonizado por otros y para otros. Son, en todo caso, los primeros pasos de la desocupación del territorio simbólicamente de la comunidad y de sus procesos antes de activarse como una CEC-L.

La metodología del trabajo de activación y facilitación del proceso de las CEC-L, se nutre de los desarrollos pedagógicos de Freinet (1971), Freire (1973), Vygotsky (1995), Wertsch (1998) y la etnografía del empoderamiento (Trueba y Delgado, 1991), cuyas importantes aportaciones no puedo desarrollar en este texto.

Trazo Quinto: bocetos todavía *muy* provisorios...

Poco que concluir. Actualmente el proyecto se encuentra en sus primeras etapas en las que se esboza y teje con diferentes colegas que trabajan por una parte, en la zona del TLCAN constituido por: los ejes Oaxaca y Colima-California, San Luis Potosí y Zacatecas-Texas; y, por la otra, en la zona de la Unión Europea: particularmente en el eje África del Norte-Sur de Europa (Marruecos/Argelia-España/Francia).⁸ Lo que se pretende es hacer un estudio comparativo de los procesos de cambio cognitivo y estructural que se verifican antes y durante la creación de

⁸ Colegas de Universidades y centros de investigación de Andalucía, Aragón, Catalunya, Murcia, Lisboa, París y otros en Oaxaca, Colima, San Luis Potosí, California y Texas comenzamos a preparar el camino para este posible proyecto.

una *comunidad emergente de conocimiento local* y distribuida en el espacio. Más adelante y en un segundo momento, se pretende que una CEC-L se teja con *otras* CEC-L de diversos orígenes y lugares, para construir los soportes materiales y cognitivos que generen conocimiento *glocal*. La migración, ya lo dijimos, es un proceso que opera a nivel mundial y a escala del propio sistema-mundo, pero la auto percepción que de ello tienen los migrantes, muchas veces no es ni siquiera local. El proceso migratorio, como cualquier otro proceso de la vida, no requiere del conocimiento de los migrantes para seguirlo viviendo y nutriendo. Lo que falta es aumentar las potencialidades de una *acción inteligente a través de redes* que sean capaces, una vez en proceso de reconstrucción de su propia autoestima colectiva y sus diversos grados de autodeterminación, cuando se vuelven generadores de la información y del conocimiento de su propio proceso. Entonces la vía para la interculturalidad, está trazada.

En México, hemos avanzado en el diseño de los instrumentos y de los procesos de facilitación para estimular las CEC-L⁹ y, por ahora, estamos empeñados en depurar, desarrollar y aclararnos teórica, metodológica y técnicamente el proyecto. Tal vez más adelante podamos comenzar en la zona de atracción de la Unión Europea. Por el momento, pensamos que el desarrollo de conocimiento local, —potenciado por las tecnologías y la estrategia de redes horizontales para el desarrollo de ciberkultur@—, puede ser una de las bases para mantener una necesaria interculturalidad tejida dialógicamente y de abajo para arriba, no *para los diferentes* que llegaron para quedarse, sino para todos los que tenemos que compartir este mundo global, que deja trancos los conocimientos locales. Una tarea ardua que, desde luego, solos y sordos jamás podríamos enfrentar

En este proyecto, vale parafrasear a León Felipe: “no se trata de llegar rápido y primero que nadie, sino de llegar todos juntos y a tiempo”.

Ya comenzamos a organizar la espiral —@— que cierra, abriendo, la palabra ciberkultur@.

⁹ La Universidad Nacional Autónoma de México financia desde 2005 la primera fase del proyecto que denominamos “Desde e-México hasta e- Conocimiento: de los centros comunitarios digitales a las comunidades emergentes de conocimiento local”, Proyecto PAPIIT .IN-312605.

PANTALLAS VEMOS,
SOCIEDADES NO SABEMOS



Introducción

En estas pocas líneas abordaré de manera provisional una relación específica entre un dispositivo tecnológico obscuramente contemporáneo —la pantalla— y su vínculo con la manera en que nos relacionamos con el mundo mediante el ejercicio de facultades, *elementalmente humanas* que conforman, junto con otras posibles, la **dimensión simbólica** de la existencia y devenir de nuestra especie.

Por un par de razones, el formato que elijo será el de plantear algunas preguntas dentro de ese espacio conceptual. Primero porque mi dedicación actual no está concentrada en el tema específico de las pantallas, como mediaciones tecnológicas omnipresentes, prefiero preguntar antes que declarar; y segundo, porque no obstante ello, una de las características dominantes de las tecnologías que pautan como casi ninguna otra las culturas contemporáneas pasa precisamente por y a través de las ventanas. Buscaré la forma de colocar algunas cuestiones sobre la eficacia relativa de la tecnología, entendida como un vector y no sólo como un dispositivo, sobre tres dimensiones centrales e interconectadas de la vida humana: la información, la comunicación y el conocimiento. Al cultivo dedicado y al desarrollo de éstas le llamo *cibercultur@* (González, 2008b).

Tecnologías, historias y sociedades

La relación entre tecnología y sociedad es una de las constantes del desarrollo de la especie humana. No son ni el uso de instrumentos ni el uso de lenguajes lo que nos distingue de otras sociedades de mamíferos superiores. Por el contrario, seguimos hasta el momento, siendo la única especie que para sobrevivir *además* de fabricar instrumentos, producimos

metainstrumentos, es decir, instrumentos que son diseñados precisamente para fabricar *otros instrumentos* (Cirese, 1984: 103-114).

El mismo principio se aplica a los lenguajes. Constatamos por la investigación etológica reciente (Reiss & Marino, 2001; de Waal, Freeman & Hall, 2005; Plotnik, de Waal & Reiss, 2006) que varias especies (delfines, monos y elefantes) desarrollan y utilizan lenguajes bastante complejos para coordinar sus acciones, pero la capacidad de usar lenguajes, no para nombrar el mundo, sino para nombrar *otros lenguajes* parece que sí es —hasta ahora— distintiva de los humanos que hemos desarrollado una sintaxis muy compleja como instrumento para organizar nuestra experiencia del mundo.

Esto circunscribe a numerosos lenguajes animales a la descripción de eventos en *el aquí y ahora*, que parece que no pueden referir eventos ausentes, ni en el pasado ni en el futuro.

Los animales no muestran evidencias de poder crear *mundos* posibles. No pueden por ello hacer arte, ni religión, ni filosofía, ni ciencia. Su lenguaje sólo puede operar sobre objetos al alcance de sus sentidos y su experiencia inmediata.

Meta-lenguajes y meta-instrumentos han hecho posible la supervivencia y desde luego el desarrollo y la complejización creciente de la sociedad humana.

Una piedra con características particulares *se convierte* en instrumento o herramienta cuando la usamos para partir un coco (que es más difícil de abrir a mano), para golpear más contundentemente a una presa, o bien cuando se reutiliza una varita como extensión del pico para alcanzar comida.¹

Sin embargo, a pesar de los retos cognitivos y antropológicos que algunos autores se plantean sobre el surgimiento mismo de la cultura, solamente los seres humanos producimos ese *tipo especial* de instrumentos (*meta*) que nos son esenciales para diseñar y fabricar *otros instrumentos*, y asimismo desarrollamos esos complejos lenguajes (*meta*) que utilizamos para *representar* no solo los objetos del mundo, sino *otros lenguajes, otros objetos simbólicos complejos*. Sin esas capacidades *creativas* sencillamente no existiríamos como especie.

El desarrollo histórico de estos lenguajes e instrumentos *de segundo orden* van completamente de la mano. Estos dos factores han intervenido

¹ Ver los usos de instrumentos en cuervos de nueva Caledonia: <http://media.newscientist.com/article.ns?id=dn2651>

Figura 1. Chimpancé joven jugando con su reflejo



Fuente: de Waal, Dindo, Freeman & Hall (2005, p. 11141).

y se han entrecruzado permanentemente en la resultante de todas las culturas de la humanidad. Sería difícil y quizás ocioso intentar saber cuál de los dos apareció primero. Sin embargo, los ejemplos de hombres primitivos o de animales que reconocen su imagen en superficies reflejantes, no tiene modo de compararse con la situación que vivimos de hecho en la creación y difusión de la tecnología contemporánea.

Nunca como hoy, en esta etapa del capitalismo mundial, conviene comprender a la tecnología como *un vector*. Esto es, como una *fuerza con dirección*, que tiene origen y destinos, y que genera desplazamientos de diferentes magnitudes, temporalidades e intensidades. Y no me refiero solamente al ámbito de la producción material, o de la organización social, sino especialmente al de las representaciones del mundo y de la vida.

Cada vez más nuestra vida cotidiana se ve rodeada y a veces saturada por dos dispositivos que han marcado el siglo pasado y marcan el ritmo del nuevo milenio: los botones y las inefables *pantallas*.

Recuerdo todavía la casa de mi abuela en Colima (800 Km. al oeste de la Ciudad de México), cuando de muy pequeño, a principios de los años sesenta, veía coexistir dos tecnologías para iluminar la casa: una, muy lejana de mi experiencia en la capital del país, con quinqués de petróleo que requerían una serie ritual de procedimientos para mantener iluminada una habitación, y otra completamente “natural” para mí, superpuesta por las paredes con cables que terminaban en un interruptor que simplemente con ser oprimido *iluminaba* sin residuos de humo o mayores aspavientos, todo el espacio. Desde luego que esos “botones” ayudaron a cambiar el modo de relación en casa de la abuela. Y así transformaron el sistema de abastecimiento de energía (poco a poco, conforme se extendió el uso y la adaptación de las casas y negocios a la electricidad, se extinguieron también los vendedores ambulantes de petróleo) y se reconfiguró el mobiliario y los instrumentos que dependían de ese flujo invisible de energía que “daba luz”, permitía escuchar la radio, oír música, licuar más rápido las salsas, batir masa para pasteles y hacer agujeros en la pared con más velocidad y precisión que con un *demodée* y manual berbiquí.

Desde la aparición de la luz eléctrica y su progresiva conquista de las habitaciones y espacios de trabajo, la producción de la vida cotidiana de la sociedad se modificó.

Apantallamientos

No tengo referencia precisa de cuándo comenzaron las pantallas de pequeñas dimensiones a multiplicarse en la vida. Pero sabemos que el inicio del siglo XX (en realidad desde 1896) comenzó a verse como “normal” la presentación de “vistas”, de películas con imágenes en movimiento por todo el país.

De escenas y secuencias ejemplares, poco después en las exhibiciones de cine se pasó a la narración de historias: unas fantásticas, otras de amor, otras de terror.

El universo abierto que podíamos imaginar en la lectura de libros, se comenzó a estandarizar por mediación de las pantallas. Sin lugar a dudas, la composición de la vida colectiva y en especial de las *representaciones* que nos hacíamos de ella, se comenzaron a transformar.

Tenemos pocos estudios específicos en México de la magnitud de las transformaciones culturales y sociales de esa interacción constantemente acelerada entre la tecnología detrás de esas enormes pantallas

Figura 2



La salida de la Fábrica,
Hermanos Lumiere, 1895



Georges Méliès
Viaje a la Luna, 1902

y los universos de representaciones del amor, de la maldad, del miedo, del humor, de la misma presencia de los otros (Gómez, 2005 y 2007).

Pero tenemos aún menos estudios sobre la forma en que las pantallas pequeñas, como dispositivos adicionales de retroalimentación visual nos acompañan en la vida cotidiana y tienen una eficacia cognitiva y perceptual escasamente documentada (Maass y González, 2005; Grodal, 1994 y Gorn, Chattopadhyay, Sengupta, and Tripathi, 1994, Hutchins y Alâc, 2004).

Las pantallas poco a poco, por su propia capacidad de representar gráficamente y mediar en movimiento los eventos y situaciones, se han vuelto casi omnipresentes en nuestra sociedad: en la vida laboral, en la academia, en la calle, en el mercado, en la seguridad pública, en los viajes, en las computadoras, en la comunicación entre pares, en la salud, la mediación de la pantalla es hoy en día, omnipresente.

La gente prefiere *mirar* los eventos virtualmente en las pantallas. Algo casi mágico, fascinante sucede con ellas. Como cuando alguien da una charla en un congreso y detrás de él hay una gran pantalla que transmite por televisión y webcasting la presentación. La mayor parte de la audiencia de ese auditorio, a pesar de estar enfrente del ponente, mira la imagen de la pantalla, como lo hacen los asistentes al fútbol cuando existe una megapantalla en el estadio. La capacidad de las pantallas para atrapar el *biotiempo* es asombrosa. Lo mismo en los teléfonos celulares que en las cámaras digitales, en las operaciones más detalladas

de la microcirugía, en los diagnósticos por resonancia magnética, en los teleporteros, y en la vigilancia del tráfico, en fin, en todas las esferas de la vida contemporánea, la mediación de las pantallas nos acorrala por todos lados. Las propias industrias de la cultura, con la modulación “apantallante”² del entretenimiento cambiaron sus criterios sobre la calidad y rentabilidad de sus productos: hoy en día no importa si sabe o no *cantar* bien, sino que la actriz por todos los medios posibles, *se vea bien* a través de las pantallas. Este rasgo fue uno de los varios hallazgos de nuestro trabajo colectivo sobre la relación entre telenovelas y sociedad en México (González, 1998).

En este estudio fuimos documentando el hecho de que dentro de una sociedad doméstica con una muy débil sociedad civil, en vez de los cafés o la prensa, el principal medio de metabolización de la vida colectiva, además de la religión, se volvió la televisión. Al convertirse ésta y su producto más importante, las telenovelas, en el principal medio para generar capital simbólico, poder “triunfar” en televisión significa la posibilidad de “triunfar” en otros formatos como el teatro, la música, el cine. Muchas voces famosas del mundo de la radio, ya no pudieron pasar a la etapa de la televisión: no dieron el *ancho* de presencia y atractivo visual requerido. Todas las versiones del *ciber-voyeur* y del Big-Digital-Brother se instalan en ellas. Nada de lo que he escrito hasta aquí es nuevo.

Podemos coincidir en lo general sobre la apabullante y apantallante presencia de las pantallas, pequeñas o enormes, funcionales o narcisistas, controladoras o placenteras: el tipo de *visibilización* de las relaciones sociales que esos dispositivos realizan en la vida social, no tiene ningún parangón en la historia. La televisión es una de ellas, quizá por ahora, la más importante en el establecimiento de una dieta cultural de las poblaciones.³

Preguntando avanzamos: información, comunicación y conocimiento

Pero desde el punto de vista que quiero proponer, conviene hacernos una tercia de preguntas: ¿qué le ha hecho este proceso tecnológico a

² Curioso el sentido en español de este término: “Apantallado, da. adj. Bobo, mentecato, parado”. Santamarina (1983:70).

³ Ver el interesante texto de Jara, y Garnica (2007) *¿Cómo la ves? La televisión mexicana y su público* donde reportan una larga experiencia histórica de años en el estudio cuantitativo y comercial de los televidentes en México.

nuestra capacidad para relacionar experiencias con códigos? ¿A nuestra capacidad para pensar relacionamente? No tenemos ni la menor idea. La forma en que nuestra *ecología de información* se ha modulado, amoldado y se sigue adaptando a esta *apantallización* del mundo no ha recibido la atención conceptual y empírica necesaria a pesar de que está sucediendo y avanzando. Lo mismo sucede cuando nos preguntamos ¿qué le ha hecho este proceso global a nuestra capacidad para coordinar acciones con otros? ¿Cómo ha afectado y está afectando nuestra *ecología de comunicación*?

Una de las más socorridas nociones que se usan en gran cantidad de estudios contemporáneos en estos menesteres es el de tecnologías de información y comunicación: las famosas “tic’s” que ya forman un lugar común utilizado recurrentemente en lugar de conceptos más precisos para describir aspectos el mundo “globalizado”. Desde el punto de vista de la investigación y desarrollo de *cibercultur@*, sostengo que ***toda tecnología de información y de comunicación es al mismo tiempo una tecnología de conocimiento***. Si no reconocemos y detallamos en el análisis preciso, la relación compleja que se establece siempre históricamente variable, entre la información y la comunicación con el conocimiento, dichos dispositivos potenciados particularmente por las pantallas, se convierten y operan como verdaderas ***tecnologías de desconocimiento***. Es decir, tecnologías de desubicación, de desterritorialización, de desorientación, de desinformación de la vida de nuestro ser social.

Ello interesa al menos **tres** dimensiones.

1. Cultura de Información

La primera se hace efectiva cuando enormes sectores de la población (justo como sucede en México) tienen una directa aversión y grandes dificultades para desarrollar pensamiento matricial y relacional. Un obstáculo formidable para poder representarse los procesos.

Es decir, una incapacidad para pensar relaciones *de transformación* temporal y genética de *estructuras de relaciones* donde se pueden entender las acciones, las interacciones y los fenómenos.

Los bajísimos resultados de las escuelas primarias y secundarias en materias como las matemáticas, así como el incremento exponencial de la matrícula en carreras de “humanidades” que suelen basar su vocación, no en el cultivo disciplinado del pensamiento mismo, sino en el terror

y la aversión a las matemáticas, son solo una expresión del subdesarrollo de nuestras culturas de información y mediante esta seria carencia, perpetuamos nuestra una percepción menos *simplista* del mundo (Ver capítulo 11).

2. Cultura de Comunicación

La segunda reside en nuestra *capacidad para coordinar acciones* cuando *no somos concientes* de que las formas sociales en que nos organizamos (que suelen ser altamente verticales y autoritarias) están *inscritas en el producto* mismo de la comunicación. Sufrimos con pasión el complejo de Procusto (Ver capítulo 7). Por el contrario, mientras más convivencia y esfuerzos por horizontalizar reflexivamente las relaciones, menos necesidad individual de sobresalir o dejarse apabullar por los demás.

3. Cultura de Conocimiento

La tercera: con serias carencias en estas dos *culturas* en nuestra formación temprana y tardía, sin la apropiación de las herramientas para desarrollar sistemas de información y comunicación autodeterminantes, a pesar de que la construcción de conceptualizaciones es elementalmente humana, la posibilidad de desarrollar una nueva y expansiva *cultura de conocimiento*, está poco más que desactivada o de plano, cancelada mientras no se perciba este problema.

¿Conocer o ser conocidos? Esa es la cuestión

Desde larga data la sociedad mexicana (y muchas otras que sufrieron y adoptaron el colonialismo como manera de adaptarse y ajustarse al orden de las cosas) ha desarrollado una vocación casi de hierro para servir como objeto de estudio, y correlativamente ha reprimido y desmantelado paulatinamente los soportes materiales y la apropiación de las disposiciones cognitivas para tales menesteres y mediante estos dos procesos, claramente ha afectado y reducido la capacidad de la sociedad mexicana para volverse *sujeto de conocimiento*. Desde luego que México no es un caso excepcional.

Muchos otros países de la llamada periferia del sistema mundial han sufrido “adaptaciones” similares a este invisible, pero eficaz proceso.

Dicho de otra manera, todavía no tenemos cabal cuenta de qué es lo que está pasando con esta tripleta de procesos interligados que conforman nuestras *ecologías simbólicas* al relacionarse, de maneras no inocentes con una *fuerza con dirección*, con un vector que además, tiene y genera, a título personal del que la domina, una clase de reconocimiento público (Bourdieu, 2001: 152) o *capital simbólico* descomunal. Ésta forma especial de capital es de tal magnitud, que hace, por ejemplo, que en el caso de la “capacitación tecnológica” que realizó el Estado mexicano con cientos de docentes del Programa Nacional de Educación a Distancia, los profesores ya capacitados se sientan “menos” que las computadoras y los decodificadores satelitales (González, 1999: 160). Un poco más recientemente verificamos rasgos de esa misma percepción y valoración en el *no uso* que los habitantes de todo el país hacen de los centros comunitarios digitales del Sistema e-México, que fueron diseñados e instalados para la “inclusión forzada” de todos los *pobres digitales*, miserables comunes y corrientes que siguen todavía sin “percibir” las bondades que tendrían de “accesar”⁴ ahora que ya todo está dispuesto por el e-gobierno, a la *Sociedad de la Información*. (Ver capítulo 10)

Parte de los efectos colaterales de esta interacción heterónoma del vector tecnológico con nuestras *ecologías simbólicas* (información, comunicación y conocimiento) estriba en que poco a poco el área de lo que no somos capaces ni de entender, ni de producir, ni por lo tanto de controlar, se hace más amplia y más lacerante. “Procesados por otros”, como bien dice Aníbal Ford (2000).

La capacidad colectiva de organizarse para utilizar las tecnologías como *plataformas generativas de conocimiento* es vista como utópica y prácticamente imposible.

Como dice el dicho popular: “*esas pulgas no brincan en nuestras camas*”.

En la cresta de esa ola se monta también la trampa de la “transparencia” y la “amigabilidad” de los dispositivos, de entre los cuáles, las pantallas son probablemente la interfaz más importante por su capacidad de interactuar con la visión, para que sólo apretemos un botón o

⁴ Flamante anglicismo tecnológico (*accessing*) para sustituir con “tecno-glamour” al simplón verbo español “acceder”.

activemos un comando, sin tener que preocuparnos por lo que suceda en esa *cajita negra*.

Si volteamos ahora un poco hacia la red de Internet, podemos ver que este proceso nos ha ido convirtiendo en meros consumidores pasivos de una tecnología que nos fue “vendida” como **LA herramienta** privilegiada para *acceder* al conocimiento y a la información, que otros (quienes sí los generan y se ocupan especialmente de invertir en ello) han realizado *sobre y para nosotros*. Pero no **con** nosotros.

Una curiosa división del trabajo con coordenadas geopolíticas precisadas y marcadas por la historia, pero también estimuladas por la incapacidad e impericia para generar políticas de Estado sobre la producción de conocimiento científico y tecnológico.

En la figura 3 observamos como en los últimos 30 años, la posición de México ha descendido comparado con otros países relativamente cercanos en 1970 pero, que a diferencia de lo que sucedió en nuestro país, sus políticas científicas dedicaron porcentajes más elevados a la generación de conocimiento.

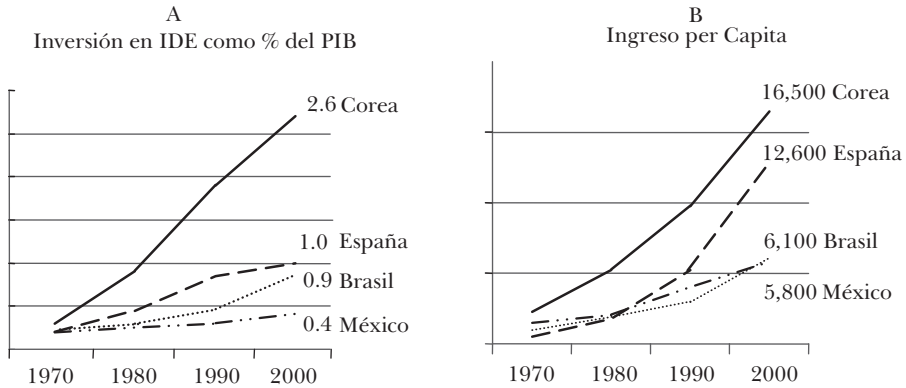
Con una claridad pocas veces constatada, este cambio parece estar altamente relacionado, a diferencia de lo que sucedió en México con las políticas científicas por las que aquellos países pudieron dedicar progresivamente porcentajes más elevados para la generación de conocimiento.

Es difícil no establecer una relación entre la inversión en políticas de desarrollo de conocimiento (investigación, educación superior, desarrollo tecnológico) y mejoras en el bienestar colectivo.

México, nos decían hace tiempo, ya es el *primer productor* mundial de televisores (es decir, de pantallas integradas en dispositivos tecnológicamente *tontos*).

“...la frontera norte de México se convirtió en la zona más importante de producción de televisores para el mercado norteamericano, en particular las ciudades de Tijuana, Mexicali (San Luís Río Colorado), Ciudad Juárez y Torreón que desarrollan una fuerte especialización en la cadena de producción de la electrónica de consumo, esto se demuestra con la presencia de trece grandes firmas productoras de televisores (Zenith, Daewoo, LG Electronics, Hitachi, Goldstar, Matsushita, JVC, Mitsubishi, Thomson, Sony, Philips, Sanyo y Samsung), estas empresas generan más de veinte mil empleos en las plantas ensambladoras, además de conformar una nutrida red de proveedores”. Merchant (2007: 18)

Figura 3. México, Brasil, España y Corea



(A) Inversión en investigación y desarrollo experimental (IDE) y
 (B) Crecimiento del ingreso *per cápita* (en dólares americanos por año)
http://www.ecienciaytecnologia.gob.mx/wb2/eMex/eMex_PECYT?page=20
 Fuente: Portal *e-Ciencia* (10-2007)

Gran “orgullo” para los mexicanos, sin embargo, todas esas marcas vienen de patentes de firmas extranjeras. El origen del vector tecnológico sigue siendo japonés o chino, norteamericano o europeo. El destino consumidor y desplazador de dicha fuerza somos (con muchos otros de la periferia) nosotros.

Parece que desempeñamos con celo inaudito dos papeles en esta tragicomedia de la globalización forzada: somos los ensambladores con mano de obra barata que nos sobra y por eso la exportamos en forma de flujos de trabajadores indocumentados que son uno de los dos pilares en que descansa la economía mexicana:

“los recursos de mexicanos que migraron al extranjero en busca de mejores condiciones de vida para ellos y sus familias se convirtieron en la principal fuente neta de divisas de la economía mexicana. Incluso, ya son superiores al saldo de la balanza comercial de hidrocarburos, cuyo ingreso neto (una vez descontado el gasto realizado por la importación de derivados del petróleo) fue en 2004 de 13 mil 439 millones de dólares, reveló la información oportuna sobre la Balanza Comercial de México durante diciembre del año pasado”. (Zúñiga y Cardoso, 2005)

Somos también los mejores consumidores conspicuos de esos dispositivos de todo tipo artillados con pantallas, como lo constata el enorme crecimiento del mercado de telefonía celular.⁵

Cibercultur@ y conocimiento

Así como se manifiesta este desnivel en el mercado, *mutatis mutandis* sucede lo mismo con la capacidad colectiva de dar respuestas de conocimiento a los problemas prácticos que enfrentamos como sociedad. Pese a toda la parafernalia y la difusión machacona y abrumante del aserto, es **completamente falso** que “tener más y mejores computadoras genera mejor educación”. Si no se cultiva y desarrolla esta *triple hélice* entre información, comunicación y conocimiento que llamamos *cibercultur@*, por la manera en que históricamente nos hemos relacionado con la investigación y desarrollo de tecnología, seguiremos encerrados en un callejón sin otra salida que el mercado para consumidores siempre dependientes.

Menudo reto el de desentrañar los resortes que muestren y expliquen cómo y a qué costos nos estamos relacionando con las millones de pantallas omnipresentes y su brillante circunstancia.

Desde la investigación y desarrollo de comunidades emergentes de conocimiento local⁶ estamos intentando dar algunas pistas y aprovisionarnos conceptualmente más densos para la confrontación de la pseudo teoría de las sociedades globalizadas por las “TICs”.

Estas comunidades emergentes se ocupan en desarrollar sus propios *sistemas de información y de comunicación* para generar *respuestas de conocimiento* frente a problemas concretos y significativos de su localidad (que paulatinamente podrán vincular con otras comunidades que padecen los mismos procesos de explotación, exclusión y desconocimiento): migración, pobreza, desempleo, contaminación, violencia, hambre, deterioro ambiental, agua y tantos más. No encontramos en la literatura corriente que trabaja la relación entre los pobres (digitales y no digitales) y las tecnologías de la “sociedad de la información” referencias

⁵ “México rebasa los 100 millones de celulares” en *El Economista*, <http://eleconomista.com.mx/tecnociencia/2013/07/02/mexico-rebasa-100-millones-celulares>

⁶ Ver el proyecto *Desde e-México hasta e-conocimiento. De los centros comunitarios digitales a las comunidades emergentes de conocimiento local* en www.labcomplex.net

que conciban esta crucial dimensión expropiada y sólo aparentemente perdida: el conocimiento.

El desarrollo de estas comunidades emergentes se concentra en facilitar una dinámica horizontal, cercana a la educación popular de Freire y otros, que les permite apropiarse colectivamente de la tecnología para generar una capacidad de narrarse y de construirse un “nosotros” autodeterminante (Lenkersdorf, 2008) y no derivado de imposiciones externas.

Así se inicia un proceso de empoderamiento a partir de una nueva y potenciada capacidad colectiva de narrar su pasado, de redefinir su presente y de rediseñar su futuro y mundos posibles mediante otras formas de narrarse y de visibilizarse, emanadas de su capacidad (antes no desarrollada) para generar y mantener sistemas de información y de conocimiento, primero local y posteriormente situado, cuando cada comunidad emergente se convierte en un nodo de una red que vincula a las demás comunidades emergentes.

Es nuestro turno como país y sociedad para reorganizarnos y hacernos cargo del cultivo y desarrollo actualizado de nuestras ecologías simbólicas.

Los instrumentos están puestos, sepamos aprovecharlo con toda la fuerza de la imaginación dialogada con otros.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL



- Adams, Richard, *El octavo día. La evolución social como autoorganización de la energía*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2001.
- ALADI, *La brecha digital y sus repercusiones en los países miembros de la ALADI*, ALADI/SEC/Estudio 157, 2003. (Rev 1, 30-7-06).
- Amozurrutia, José, *Informe de la Coordinación del Subsistema referencial del SICLAC*. Caracas, documento mimeografiado, 1994.
- Amozurrutia, José, “Hoja electrónica: hacia una cibernética de segundo orden”, en *Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Sociología*. Brisbane, Australia, 2002.
- Amozurrutia, José, A computer model for Luhmann’s key concepts, paper presented at the *IV World Conference on Sociocybernetics*. Corfu, Grecia, 2003
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión de naciones*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Aracil, Javier, *Introducción a la dinámica de sistemas*. Madrid, Alianza Universidad, 1983.
- Araujo, Joel Zito, *A negação do Brasil: o negro na telenovela brasileira*. Sao Paulo, Editora Senac, 2000.
- Arredondo Ramírez, Pablo y Sánchez Ruiz, Enrique, *Comunicación social, poder y democracia en México*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986.
- Arvizu, Claudia y Galindo, Alma, Análisis del uso en Internet del término “Cibercultura”. Ponencia en el 2º. *Congreso On-Line*, en http://www.cibersociedad.net/congres2004/index_es.html (consultado 12 02-2005).
- Auyero, Javier, “¿Por qué grita esta gente? Los medios y los significados de la protesta popular en la Argentina de hoy”, en *América Latina hoy*, Núm. 036, Universidad de Salamanca, España, pp. 161-185, 2004.

- Ayuntamiento de Zaragoza, *Ubuntu, Campaña por la convivencia intercultural*, DVD, 2005.
- Babbie, Earl, *The practice of social research*. Wadsworth, Belmont, 1997.
- Baechler, Jean, *Le pouvoir pur*. París, Callman-Lèvy, 1978.
- Baitello, Norval, *Ou animal que parou os relógios*. Anablume, Sao Paulo, 1997.
- Bakhtin, Mikhail, *The dialogical imagination*. University of Texas Press, Austin, 1996.
- Balandier, Georges, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*. Barcelona, Gedisa, 1994.
- Barja, Gover y Gigler, Björn-Sören, “Qué es y cómo medir la pobreza de información y comunicación en el contexto Latinoamericano”, en *Pobreza digital: las perspectivas de América Latina y el Caribe*, DIRSI-CRDI, 2006.
- Barnett, George y Salisbury, Joseph, “Communication and globalization: a longitudinal analysis of the international telecommunication network”, en *Journal of World-Systems Research*, Vol. 2, Núm. 16, 1996.
- Bateson, Gregory, “Información, codificación y metacomunicación”, en Alfred G. Smith (comp.), *Comunicación y cultura, 2. Semántica y pragmática*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1977
- Batteau, Bueno, Márquez y Pérez, *Diagnostico social de la penetración e impacto de las tecnologías de información en México. Modelos de la Política local para la apropiación de la Internet en México: Tres casos de estudio*, Universidad Iberoamericana & Wayne State University, México, Nov. 2003.
- Benassini, Claudia, *Entre la rutina y la innovación: los egresados de nuestra carrera*. México, Universidad Iberoamericana, 1994.
- Bernal Sahagún, Víctor M., *Anatomía de la publicidad en México. Monopolios, enajenación y desperdicio*. México, Ed. Tiempo Contemporáneo, 1974.
- Bertalanffy, Ludwig von, *Perspectivas en la teoría general de sistemas*. Madrid, Alianza Universidad, 1979.
- Bertaux, Daniel, *Destines personnels et structure de classes. Pour une critique de l'anthroponomie politique*. PUF, París, 1977.
- Bertaux, Daniel y Thompson, Paul. (Eds.), *Between generations. Family models, myths and memories*. Oxford University Press, New York, 1993.
- Bertaux, Daniel, “Genealogías sociales comparadas y comentadas” en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Vol. VI, Núm. 16/17, pp. 333-349, 1994.

- Bertaux, Daniel, "Historias de casos de familias como método para la investigación de la pobreza", en *Taller*. Buenos Aires, Vol. 1, Número 1, 1996.
- Bijker, Wiebe, Hughes, Thomas y Pinch, Trevor, *The social construction of technological systems*. Cambridge, MIT Press, 1987.
- Bonfil, Guillermo (Coord.), *México Profundo. Una civilización negada*. México, Grijalbo, 1990.
- Bonfil, Guillermo, *Nuevas identidades culturales en México*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Pensar la Cultura, 1993.
- Booth, Williams y Colomb, *The craft of research*. Second Edition. Chicago, The University of Chicago Press, 2003.
- Bourdieu, Pierre, "Genése et structure du champ religieuse", en *Revue Française de Sociologie*, Núm. XIV, París, 1971.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean Claude y Passeron, Jean Claude, *El oficio de sociólogo*. México, Siglo XXI, 1975.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Löic, *Respuestas: por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo, 1992.
- Bourdieu, Pierre, *The field of cultural production*. Cambridge, Polity Press, 1993.
- Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- Bourdieu, Pierre, "La imposibilidad de tener en la televisión un discurso coherente y crítico sobre la televisión", en: *Le Monde Diplomatique*. Abril, 1996.
- Bourdieu, Pierre, *La Distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus, 1998a.
- Bourdieu, Pierre, *Sobre la Televisión*. Barcelona, Anagrama, 1998b.
- Bourdieu, Pierre, *Contrafuegos 2: por un movimiento social europeo*. Barcelona, Anagrama, 2001.
- Bourdieu; Pierre, *Las estructuras sociales de la economía*, Buenos Aires, Manantial, 2001.
- Bystriina, Ivan, *Semiotik der kultur*. Stauffenburg, Tübingen, 1989.
- Calhoun, Craig, Lipuma, Edward y Postone, Moishe, *Bourdieu, Critical perspectives*. Cambridge, Polity Press, 1993.
- Callon, Michael, "Society in the making: the study of technology as a tool for sociological análisis", en Bijker, Hughes y Pinch, *The social construction of technological systems*. Cambridge, MIT Press, 1987.
- Caravantes, Antonio, *Origen y significado de la arropa*. <http://www.caravantes.com/arti03/arropa.htm> (consultado 18-02-2005).

- Carmi, Shai, Havlin, Shlomo, Kirkpatrick Shlomo, Shavitt, Yuval and Shir, Eran, "A model of Internet topology using k-shell decomposition", *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 104 (27): 11150, 2007.
- Carroll, Lewis, *A través del espejo: y lo que Alicia encontró allí*. Barcelona, Edicomunicación, Col. Fontana, 1998.
- Castelán, Roberto, *La fuerza de la palabra impresa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Castells, Manuel, *The informational city. Information technology, economic restructuring and the urban-regional process*. Oxford, Blackwell, 1994.
- Castells, Manuel y Borja, Jordi, *Local y Global: la gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid, Taurus, 1997.
- Castells, Manuel, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol.1 La sociedad Red*. Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Castells, Manuel, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol.3 Fin del Milenio*. Madrid, Alianza Editorial, 1999b.
- Castells, Manuel, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol.2 El poder de la identidad*. Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- Chaiklin, Seth, Hedegaard, Marianne y Juul, Uffe (Eds.), *Activity theory and social practice*, Denmark, Aarhus University Press, 1999.
- Chaiklin, Hedegaard y Jensen, *Activity theory and social practice*. Oxford, Alden Press, 1999.
- Chaney, David, *Lifestyles*. London, Routledge, 1996.
- Cirese, Alberto M., *Cultura egemónica e culture subalterne*. Palermo, Palumbo, 1976.
- Cirese, Alberto M., *Oggetti, segni, musei*, Torino, Einaudi, 1977.
- Cirese, Alberto M., "Cultura obrera, cultura popular y lo elementalmente humano", en *Comunicación y Cultura*, Núm. 10. Universidad Autónoma Metropolitana- Xochimilco, 1983.
- Cirese, Alberto M., *Segnicità, fabrilità, procreazione. Appunti etnoantropologici*. Roma, Università degli studi di Roma, 1984.
- Cirese, Alberto M., "Notas provisionarias sobre signicidad, fabrilidad, procreación y primado de las infraestructuras", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. 1, Núm. 1. Universidad de Colima, México, 1986.
- Cirese, Alberto M., "El poder de la computadora, o ¿cómo ordenar a un esclavo que no teme a la muerte?", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Vol. II, Núm. 6. Universidad de Colima, 1989.

- Cirese, Alberto M., "De algunas semi-lógicas operaciones semiológicas", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Vol. IV, Núm. 12. Universidad de Colima, México, 1992.
- Cirese, Alberto M., "Modelos de comportamiento y modelos teóricos", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II. Vol. I, Núm. 1, Junio. Universidad de Colima, México, 1995.
- Cleaver, Harry, "The Zapatistas and the electronic fabric of struggle", en <http://www.eco.utexas.edu/faculty/Cleaver/zaps.html>. 1998
- Cole, Michael, Engerström, Yrjö y Vázquez, Amelia, *Mind, cultura and activity. Seminal papers from the Laboratory of Comparative Human Cognition*. Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- Cole, Michael y Wertsch, James, "Beyond the Individual-Social Antinomy in Discussions of Piaget and Vigotsky" (<http://www.massey.ac.nz/~alock/virtual/col Levyg.htm>) (Mayo 2006).
- Conacyt, *Estadísticas básicas del Sistema Nacional de Investigadores*. México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000. En: <http://www.main.conacyt.mx/sin/sni0041.html>.
- Conacyt, *Indicadores del Sistema Nacional de Investigadores*. México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1995.
- Contreras, F., González, R. y Sierra, F. (Coords.), *Comunicación, cultura y migración*, Sevilla, Dirección General de Coordinación de Políticas Migratorias, 2003.
- Cortés, Carlos E., "La prensa en la videosfera: identidad o renuncia", *Signo y Pensamiento*, Vol. XVI, Núm. 30. Universidad Javeriana, Bogotá, 1997.
- Cremoux, Raúl, *¿Televisión o prisión electrónica?* México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Crovi, Delia y Francisco Hernández (Coords.) *Internet y televisión. Una mirada a la interculturalidad*. México, Universidad de Guadalajara y UAM, 2005.
- Crowley, David y Mitchell, David, *Communication theory today*. Stanford, Stanford University Press, 1994.
- Cueva, Agustín, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976.
- Czarniawska-Joerges, Bárbara, *Exploring complex organizations*. London, Sage, 1992.
- De la Peña, Sergio, *El antidesarrollo de América Latina*, México, Siglo XXI, 1981.

- De la Torre, Renée y Fortuny, Patricia, "La mujer en 'La Luz del Mundo'. Participación y representación simbólica", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. IV, Núm. 12. México, Universidad de Colima, 1991.
- De la Torre, Renée, "El péndulo de las identidades católicas", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II, Núm. 3, Junio. México, Universidad de Colima, 1996.
- De los Santos, Eliezer, "Diferentes y desiguales: la educación superior en México y los EUA", en *Avance y perspectivas*, Vol. 14, Julio-Agosto, 1995.
- De Olmos, Fray Andrés, "Tratado de hechicerías y sortilegios 1553". Ed. de Georges Baudet. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.
- De Waal, Freeman, and Hall, "The monkey in the mirror: Hardly a stranger" en *PNAS*, vol. 102, no. 32, pp. 11140-11147, 2005.
- Debray, Régis, *Cours de médiologie générale*. París, Gallimard, 1991.
- Debray, Régis, *Vie et mort de l'image. Une histoire du regard en Occident*. París, Gallimard, 1992.
- Del Río, Pablo, *Psicología de los medios de comunicación*. Editorial Síntesis, Madrid, 1996.
- Del Río, Pablo y Amelia Vázquez "Los futuros humanos desde el pasado: Genética Cultural y Diseño Cultural" en *CEPAOS Interdisciplinary Journal on Human Development, Culture and Education*, num.4, Vol I, May 2003.
- Delcroix, Catherine, *Ombres et lumières de la famille Nour*, París, Payot, 2001.
- Denning, Michael, *Cultural Front: The laboring of American culture in the twentieth century*. Verso, London, 1998.
- Downing, John, "Communications and power", en *et cetera: a review of general semantics*, 39.2 (Summer 1982), pp. 91-105.
- Dupaquier, Jaques y Laulan, Yves-Marie, *Ces migrants qui changent la face de l'Europe*, París, Harmattan-Institut Politique des Populations, 2004.
- Dupois, Xavier y Rouet, François, *Economie et culture: les outils de l'économiste à l'épreuve*. Francia, La documentation Française, 1991.
- Durkheim, Emile, *Las formas elementales de la vida religiosa*. Buenos Aires, Schapire, 1968.
- Eade, John (Ed.), *Living the global city. Globalization as a local process*. London, Routledge, 1997.

- Ellul, Jacques, *The technological society*. Toronto, Vintage, 1964.
- Enríquez Licón, Dora Elvia, *Colima en los treinta, organizaciones obreras y política regional*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- EZLN, *Documentos y comunicados*. Tomo I, México, Era, 1994.
- Featherstone, Mike (Ed.), *Global Culture. Nationalism, globalization and modernity*, London, Sage, 1990.
- Foerster, Heinz Von, *Understanding Understanding: Essays on Cybernetics and Cognition*. Springer Verlag, 2002.
- Ford, Aníbal, *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*. Buenos Aires, Amorrortu, 1994.
- Ford, Aníbal, *La marca de la Bestia*. Argentina, Norma, 1999.
- Ford, Aníbal, "Procesados por otros. Diferencias infocomunicacionales y sociocultura contemporánea", en Valderrama (2000) *Comunicación-Educación. Coordinadas, abordajes, travesías*, Siglo del Hombre, Bogotá, 2000.
- Ford, Aníbal, "Toma this. América Latina: contextos de la exclusión o de la domesticación", en *Diálogos de la Comunicación*, No. 65, 2002.
- Fossaert, Robert, *La société (I). Une théorie générale*. París, Seuil, 1977.
- Fossaert, Robert, *La société (II). Les structures économiques*. París, Seuil, 1978.
- Fossaert, Robert, *La société (VI). Les structures idéologiques*. París, Seuil, 1983.
- Fossaert, Robert, *El mundo en el siglo XXI. Una teoría de los sistemas mundiales*. México, Siglo XXI, 1994.
- Fossaert, Robert, "World Cities in a World System", en *Hérodote*, n°101, 2è trim, 2001.
- Foucault, Michel, *Microfísica del poder*. Madrid, Ed. de la Piqueta, 1978.
- Frazier, Bruno, Warrington, Robert y Friedrich, Craig "The miniaturization technologies: past, present and future, en *IEEE Transactions on industrial electronics*, Vol. 42, No. 5, 1995.
- Frederick, Howard, *Global communications and international relations*. Belmont, Wadsworth, 1993.
- Freinet, Célestine, *La educación por el trabajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- Freinet, Célestine, *Técnicas Freinet de la escuela moderna*, México, Siglo XXI, 1975.

- Freire, Paulo, *La educación como práctica de la libertad*, México, Siglo XXI, 1973.
- Fridman, Boris, “Consideraciones sobre el artículo 41 de la Ley General de Educación y las especificidades del niño sordo”, en *Boletín de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada*. México, Distrito Federal, 1996.
- Fridman, Boris, “La Comunidad Silente, una etnia ignorada”, en *Seminario de Teoría de la Frontera*. Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1997.
- Fuentes Navarro, Raúl, *La investigación de la comunicación en México*. Sistematización documental 1926-1986. México, Edicom, 1988.
- Fuentes Navarro, Raúl y Sánchez Ruiz, Enrique, *La comunidad desapercibida. Investigación e investigadores de la comunicación en México*. Guadalajara, Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación /Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1991.
- Fuentes-Bautista, Martha y Inagaki, Nobuya, “Wi-Fi’s Promise and Broadband Divides: Reconfiguring Public Internet Access in Austin, Texas”, *Government Information Quarterly*, Volume 23, Issues 3-4, 2006, pp. 404-434.
- Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 2005.
- Galindo, Jesús, *Análisis del discurso del estado mexicano*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1984.
- Galindo, Jesús, “Historia contemporánea y movimientos sociales”, en *La Universidad y la crisis en México*, documento mimeografiado, México, 1985.
- Galindo, Jesús, “El fuego y la espada: movimientos sociales y cultura política”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. V, Núm. 15. México, Universidad de Colima, 1993.
- Galindo, Jesús, “Historia de vida: Guía técnica y reflexiva”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. VI, Núm. 18. México, Universidad de Colima, 1994a.
- Galindo, Jesús, *Cultura mexicana en los ochenta. Apuntes de metodología y análisis*. México, Universidad de Colima, Colima, 1994b.
- Galindo, Jesús, “De comunicación y ciencia cognitiva”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. VI, Núm. 16/17. México, Universidad de Colima, 1994c.

- Galindo, Jesús, "Cultura de información, política y mundos posibles", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II, Vol. II, Núm. 3, Junio. México, Universidad de Colima, 1996.
- Galindo, Jesús, "El EZLN y la cibercultura", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II, Vol. III, Núm. 5, Junio. México, Universidad de Colima, 1997.
- Galindo, Jesús, "Cibercultura, ciberciudad, cibernsiedad. Hacia la reconstrucción de mundos posibles en nuevas metáforas conceptuales", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II, Vol. IV, Núm. 7, Junio. México, Universidad de Colima, 1998a.
- Galindo, Jesús, "Redes, comunidad virtual y cibercultura", en *Razón y Palabra*, Núm. 10, Año 3, Junio, 1998b. <http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/anteriores/mes10/galindo.htm>.
- Galindo, Jesús (Coord.) *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México, Pearson, 1998c.
- Galindo, Jesús, *Cibercultura. Un mundo emergente y una nueva mirada*. México, Instituto Mexiquense de Cultura/Conaculta, 2006.
- Galindo, Jesús y Lameiras, José (Ed.), *Medios y mediaciones*. Zamora, Colegio de Michoacán/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1994.
- Galindo, Jesús y González, Jorge, *Metodología y cultura*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- Galindo, Jesús y Luna, Carlos (Coords.), *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- Gamio, Manuel, *El inmigrante mexicano. Notas preliminares de Gilberto Loyo sobre la inmigración de mexicanos a los Estados Unidos de 1900 a 1967*, México, UNAM, 1969.
- García Canclini, Néstor, *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo, 1990.
- García Canclini, Néstor, *El consumo cultural en México*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.
- García Canclini, Néstor, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México, Grijalbo, 1995.
- García, Mario, *Desert immigrants. The Mexicanos of El Paso, 1880-1920*, New Haven, Yale University Press, 1981.
- García, Rolando, *Draught and man. (I) Nature pleads not guilty*. Oxford, Pergamon Press, 1981.

- García, Rolando, *From planning to evaluation. A systems approach to agricultural development projects*. Report 0431, Document of The International Fund for Agricultural Development. (mimeo), 1993.
- García, Rolando, *El conocimiento en construcción. De las formulaciones de Jean Piaget a la teoría de los sistemas complejos*, Barcelona, Gedisa, 2000.
- García, Rolando, “Las confusiones del caos y los malentendidos de la complejidad”, en *Educación superior: cifras y hechos*, Año 4, Num. 21 y 22. México, CEIICH, UNAM, 2004.
- García, Rolando, *Sistemas complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona, Gedisa, 2006.
- Gargani, Aldo (Comp.), *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana*. México, Siglo XXI, 1983.
- Gates, Bill, *Microsoft @-COMDEX-97, Remarks*. Las Vegas, Noviembre 16, en <http://www.microsoft.com/billgates/comdex97/comdex97.asp>, 1997
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*. México, Gedisa, 1987.
- Geyer, Felix, “What is sociocybernetics”, en RC51-ISA-<http://www.unizar.es/sociocybernetics/whatis.html> (Consultado 15-12-2004)
- Geyer, Felix, “The challenge of sociocybernetics”, en *Kybernetes*, 24 (4). MCB University Press, 1995.
- Gibson, William, *Neuromante*. Barcelona, Minotauro, 2001. (Cuarta reimpresión).
- Giddens, Anthony, *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Amorrortu 1989.
- Giménez, Gilberto, *Cultura popular y religión en el Anahuac*. México, EILA, 1976.
- Giménez, Gilberto, *Apuntes para una teoría de las ideologías*. México, Universidad Iberoamericana, 1977.
- Giménez, Gilberto, *Poder, Estado, discurso*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.
- Giménez, Gilberto, “Territorio y cultura”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II, Vol. II, Núm. 4, Junio. México, Universidad de Colima, 1996.
- Giménez, Gilberto, *La teoría y el análisis de la cultura*. México, Instituto Mexiquense de Cultura/Conaculta, 2005.
- Giménez, Gilberto, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México, ITESO/Conaculta, 2007.

- Glantz, Susana (Comp.), *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Gleick, James, *Caos. La creación de una ciencia*. Barcelona. Seix Barral, 1998.
- Goffman, Erwin, *Ritual de la Interacción*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.
- Gómez Arriola, Ignacio, “La ciudad desdentada. La destrucción de la fisonomía tradicional en la ciudad de Colima”, en *Palapa*, No. 1, Marzo, 1985.
- Gómez, Héctor, “Estratos de Tiempo y Velocidad. La comunicación que hemos conocido, la comunicación posible” en *Razón y Palabra*, 57, Junio-Julio, 2005. <http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/lo-gos/anteriores/n57/hgomez.html> (07-2007)
- Gómez, Héctor, *Todas las mañanas del mundo*, Tesis de Doctorado, Universidad de Colima, 2005
- González, Jorge A., “El teatro popular campesino como instrumento de comunicación”, en *Christus*, Núm. 510, 1978.
- González, Jorge A., *Dominación cultural: expresión artística y promoción popular*. México, EILA, 1980.
- González, Jorge A., *Sociología de las culturas subalternas*. Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1990.
- González, Jorge A., *Más (+) Cultura (s).. Ensayos sobre realidades plurales*. México, Col. Pensar la Cultura, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994a.
- González, Jorge A., “La transformación de las ofertas culturales y sus públicos en México. Una apuesta y una propuesta in-decorosas”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. VI, Núm. 18. México, Universidad de Colima, 1994d.
- González, Jorge A., “Coordenadas del imaginario” en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época 2, Vol. 1, Universidad de Colima, 1995.
- González, Jorge A., “Y todo queda entre familia. Estrategias, objeto y método para historias de familias”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II, Vol. I, Núm. 1, Junio. México, Universidad de Colima, 1995b.
- González, Jorge A. y Chávez, Guadalupe, *La cultura en México (I) Cifras clave*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Universidad de Colima, 1996.

- González, Jorge A., “Un (complejo) trompo a l’uña. Frentes culturales y sistemas autopoieticos. (Incurción reflexiva a la frontera)”, en <http://www.oocities.org/terrats/jovenes/texto1.htm> 1997a
- González, Jorge A., “Culture and communication research. (El programa cultura), en *Mexican Journal of Communication*. Vol. III. 1997d
- González, Jorge A., “Educación, tecnología y cultura: una propuesta de investigación exploratoria”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* Época II Volumen IV No. 7, junio 1998; pp. 153-164. Programa Cultura-Universidad de Colima. México, 1998.
- González, Jorge A., *La cofradía de las emociones (in) terminables. Miradas sobre telenovelas en México*. México, Universidad de Guadalajara, 1998b.
- González, Jorge A., “Tecnología y percepción social: evaluar la competencia tecnológica”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II Volumen V No. 9, junio 1999; pp.155-165 Programa Cultura-Universidad de Colima. México, 1999.
- González, Jorge A., “Frentes culturales: para una comprensión dialógica de las culturas contemporáneas”, en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Época II, Vol. VII, Núm. 14, Diciembre. Universidad de Colima, 2001b.
- González, Jorge A., *Cultura(s) y cibercultur@(s). Incurciones no lineales entre complejidad y comunicación*. México, Universidad Iberoamericana, 2003.
- González, Jorge A. (Coord.), Amozurrutia y Maass, *Cibercultur@ e iniciación en la investigación*, México, Conaculta, UNAM-CEIICH, Instituto Mexiquense de Cultura, 2007.
- González, Jorge A., “Grounding Cybercultur@: technology as a social vector and culture as symbolic ecologies. (A critical review of non-systemic misconceptions on information society and some other academic fashions)”. 7th. *International Conference on Sociocybernetics*, Murcia, 2007.
- González, Luis, *El oficio de historiar*. México, Colegio de Michoacán, 1988.
- González, Luis, *Pueblo en vilo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- González-Molina, Gabriel, “Noticieros televisados de la televisión comercial en México: los imperativos del raciocinio corporativo”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. I, Núm. 2, Febrero. México, Universidad de Colima, 1987.

- González-Molina, Gabriel, “Profesiones en trama: análisis de la producción de telenovelas”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Vol. II, Núm. 4/5. México, Universidad de Colima, 1988.
- González-Molina, Gabriel, *The production of Mexican television news. The supremacy of corporate rationale*. Tesis de doctorado. United Kingdom, Universidad de Leicester, 1990.
- González-Molina, Gabriel, *Realidad como noticiero*, México, Global Talent University Press, 2013.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la Cárcel*, (Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana). México, Era, 1981-1984.
- Grödal, Torben, *Cognition, emotion and visual fiction*, Copenhagen, University of Copenhagen, 1994.
- Grossberg, Lawrence, Nelson, Cary y Treichler, Paula (Eds.), *Cultural Studies*. London, Routledge, 1992.
- Gruzinski, Serge, *La colonización de lo imaginario*. México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Gruzinski, Serge, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a “Blade Runner” (1492-2019)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Guyaux, Anne, Delcroix, Catherine, Rodríguez, Evangelina, Randane, Amina, *Double mixte. La rencontre de deux cultures dans le mariage*, París, Contradictions/L’Harmattan/ADRI, 1992.
- Hale, Constance (Ed.), *Wired style. Principles of English usage in the digital age*. San Francisco, HardWired Books, 1996.
- Hall, Nina (ed.), *The new scientist guide to chaos*. United Kingdom, Penguin Books, 1992.
- Hannerz, Ulf, *Transnational connections. Culture, people, places*. London, Routledge, 1996.
- Hareven, Tamara, *Family time and industrial time*. Cambridge, University of Cambridge Press, 1982.
- Hinkelammert, Franz, *El realismo en política como arte de lo posible*. Santiago: FLACSO, 1984.
- Holland, John H., *El orden oculto. De cómo la adaptación crea la complejidad*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Holloway, John (Ed.), *Zapatista! Reinventing Revolution in México*. London, Pluto Press, 1998.
- Hopehayn, Martín, “Educación, comunicación y cultura en la sociedad de la información: una perspectiva latinoamericana”, *Revista de la CEPAL*, Núm. 81, Diciembre, pp. 175-193, 2003.

- Hunter, James, *Culture wars. Struggles to define America*. New York, Basic Books, 1991.
- Huntington, Samuel, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. México, Paidós, 2000.
- Hutchins, E. y Alâc, M. "I See What You Are Saying: Action as Cognition in fMRI Brain Mapping Practice", in *Journal of Cognition and Culture*, Vol. V4, No. 3, pp. 629-661, 2004).
- Ibáñez, Jesús, *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Santiago de Chile, Amerinda, 1991.
- Jara, Rubén y Garnica, Alejandro, *¿Cómo la ves? La televisión mexicana y su público*, México, Ibope, 2007.
- Kamal, Amina, "Gusanos sobre palo" en *Acercando orillas. Historias de vida, I, Concurso de narrativa sobre experiencias migratorias en Zaragoza*, coordinado por Carmen Gallego, Concejería de Acción social y Cooperación al desarrollo, Ayuntamiento de Zaragoza, 2005.
- Karam, Tanius (Comp.), *Mirada a la ciudad desde la comunicación y la cultura*. México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2005.
- Kosko, Bart, *Heaven on a chip. Fuzzy visions of society and science in the digital age*. New York, Three River Press, 2000.
- Kossick, Robert, *E-Government in Mexico. Current Developments & Future Challenges*, CIDE, 2003.
- Landow, George P., *Hipertexto. La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*. Barcelona, Paidós, 1995.
- Lenkersdorf, Carlos, *Los hombres verdaderos. Voces y testimonios tojolabales*. México, Siglo XXI, 1999.
- Lenkersdorf, Carlos, *Conceptos tojolabales de filosofía y del altermundo*. México, Plaza y Valdés, 2003.
- Lenkersdorf, Carlos, "The Maya-Tojolabal perspective of tradition", en Wiedenhofer, 2007.
- Lenkersdorf, Carlos, *Aprender a escuchar. Enseñanzas maya-tojolabales*, México, Plaza y Valdés, 2008.
- Lennox, Annie, "Keep young and beautiful", en *Diva*, Arista, CD #18704, 1992.
- Levy, Pierre, L'universel sans totalité, essence de la cyberculture, en <http://empresa.portoweb.com.br/pierrelevy/pierreluniversel.html> (consultado el 5 de marzo de 2005)
- Levy, Pierre, *Cibercultura. La cultura en la sociedad digital*, Barcelona, Anthropos y UAM, 2007.

- Linton, Simi, *Claiming Disability. Knowledge and identity*. New York, New York University Press, Cultural Front Series, 1998.
- Littlejohn, James, *La estratificación social*. Madrid, Alianza, 1975.
- Litwin, Edith (Comp.), *Tecnología educativa. Política, historias, propuestas*. Buenos Aires, Paidós, 1995.
- López-Claros, Augusto, *The Latin America competitiveness review 2006: Paving the way for regional prosperity*, Geneva, Switzerland, World Economic Forum, 2006. (http://www.weforum.org/pdf/Latin_America/Review.pdf)
- Lotman, Juriij, *Semiótica de la cultura*. Madrid, Cátedra, 1979.
- Lozano, José Carlos (Ed.), *Anuario de investigación de la comunicación* Consejo Nacional de Enseñanza e Investigación de las Ciencias de la Comunicación (I). México, Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación de las Ciencias de la Comunicación, 1994.
- Luft, Sebastian, "Husserl's Phenomenological Discovery of the Natural Attitude", en *Continental Philosophy Review*, April, vol. 31, no. 2, 1998.
- Lull, James, Medios, *Comunicación, Cultura, Aproximación Global*. Argentina, Amorrortu Editores, 1995.
- Lull, James y Hinerman, Stephen, *Media scandals. Morality and desire in the popular culture marketplace*. Cambridge, Polity Press, 1997.
- Lull, James, "La veracidad de los Estudios Culturales", en *Comunicación y sociedad*, Núm.29, Enero-Abril, Universidad de Guadalajara, 1997.
- Lull, James, (Ed.), *Culture in the communication age*. Routledge, London, 2001.
- Maass, Margarita, *El Laboratorio de Investigación y Desarrollo en Comunicación Compleja : una propuesta de pensar la complejidad*, en http://www.unam.mx/ceiich/complex/labcc/d_progf.html, 2003
- Maass, Margarita, *Radio, televisión e Internet: la eficacia del vector tecnológico en las ecologías simbólicas de tres generaciones de mexicanos del siglo XX*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. México, Universidad Iberoamericana, 2004.
- Maass, Margarita y González, Jorge A., "Technology, global flows and local memories. Media generations in global México", en *Global Media and Communication*, Volume 1 (2). London, Sage, 2005
- Maass, Margarita y González, Jorge, "De memorias y tecnologías: radio, televisión e Internet en México" en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Vol. XI, No. 22, Universidad de Colima, pp. 193-220, 2005.

- Maciel, David (Comp.), *La otra cara de México: el pueblo Chicano*, México, Ediciones El Caballito, 1977.
- Marcuello, Chaime (Comp.), *Sociocibernética. Lineamientos de un paradigma*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.
- Marina, José Antonio, *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona, Anagrama, 1998.
- Mármora, Lelio, *Las políticas de migraciones internacionales*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Márquez Chang, María Teresa (2002) *Estilo tecnológico. Los ingenieros rancheros de Colima y su tecnología hecha y hablada*, Tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas, UAM-I, México
- Martiarena, Oscar, *Michel Foucault: historiador de la subjetividad*. México, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Estado de México/ El equilibrista, 1995.
- Martín-Barbero, Jesús, *De los medios a las Mediaciones*. México, Gustavo Gili, 1987.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, *La ideología alemana*. Montevideo, Pueblos Unidos, 1958.
- Mattelart, Armand, *La cultura como empresa multinacional*, México, Era, 1974.
- Mattelart, Armand, *Frentes culturales y movilización de masas*. Barcelona, Anagrama, 1977.
- Maturana, Humberto y Varela, Francisco, *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano*. Madrid, Debate, 1990.
- Maturana, Humberto, *La realidad: ¿objetiva o construida? Fundamentos biológicos de la realidad*. México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Anthropos, 1995.
- Maturana, Humberto, *La realidad: ¿objetiva o construida? Fundamentos biológicos del conocimiento*. México, Universidad Iberoamericana/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Anthropos, 1996.
- Maturana, Humberto, *A ontologia da realidade*. Universidad Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, 2001.
- Mauss, Marcel, *Introducción a la etnografía*. Madrid, Kairos, 1974.
- Mauss, Marcel, *Sociología y antropología*. Madrid, Tecnos, 1979.
- Mercado, http://www.mercado.com.ar/mercado/verseccionesclave.asp?id_edicion=1017&id_nota=18&id_producto=1, (consultado el 30-03-05)

- Merchant, Marco Antonio, El comercio exterior manufacturero y los procesos de producción internacionalizados en México, ponencia presentada en *la IX Reunión de Economía Mundial*, Madrid, 2007. <http://www.uam.es/otros/ixrem/Comunicaciones/12-07-%20MER-CHAND.pdf> (10-2007)
- Merton, Robert, "Foreword" a Ellul, *The technological society*, op. cit. 1964
- Mia, Irene y Dutta, Soumitra, *The Global Information Technology Report: connecting to the networked economy*, World Economic Forum, Palgrave MacMillan, 2007.
- Mier, Rymundo y Piccini, Mabel, *El desierto de los espejos. Juventud y televisión en México*. México, Plaza y Valdés/Universidad Autónoma Metropolitana -Xochimilco, 1987.
- Monsiváis, Carlos, "De México y los chicanos, de México y su cultura fronteriza", en: Maciel (1977) p.1-19, 1977.
- Monsiváis, Carlos y Bonfil, Carlos, *A través del espejo. El cine mexicano y su público*. México, Ediciones El Milagro/Instituto Mexicano de Cinematografía, 1994.
- Moore, Henrietta (Ed), *The future of anthropological knowledge*. London, Routledge, 1996.
- Morin, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, Gedisa, 1995.
- Muchemleud, Robert, *Culture populaire et culture des élites*. París, Flammarion, 1976.
- Negroponte, Nicholas, "On digital growth and form" en *Wired*, 5.10. 1997
- Negroponte, Nicholas, *Ser digital*. México, Océano, 1996.
- Nelson, Cary, *Manifiesto of a tenured radical*. New York, New York University Press, 1997.
- O'Gorman, Edmundo, *El proceso de la invención de América*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Orozco, Guillermo (Coord.), *La investigación de la comunicación en México. Tendencias y perspectivas para los noventa*. México, UIA, 1992.
- Oseguera Parra, David, "La cocina colimense: el menú, muestrario de la cultura regional", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Época II, Vol. I, Núm. 2. Dic. Universidad de Colima, 1995.
- Paetau, Michael, "Media technology and the structural change of knowledge societies", Paper presented at *7th. International Conference on Sociocybernetics*, Murcia, 2007.

- Pellegrino, Adela, *Migration from Latin America to Europe: Trends and Policy Challenges*. International Organization for Migration, Migration Series, No. 16, 2004.
- Penrose, Roger, *La nueva mente del emperador. En torno a la cibernética, la mente y las leyes de la física*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Pérez-Salazar, Gabriel, *Análisis crítico del sistema nacional e-México: la estrategia web del gobierno federal para la reducción de la brecha digital*, Tesis, Maestría en Comunicación, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2004.
- Piaget, Jean, *Biología y conocimiento* (3ª Ed.) México, Siglo XXI, 1969.
- Piaget, Jean, *Les formes elementaires de la dialectique*. París, Gallimard, 1980.
- Piaget, Jean y García, Rolando, *Psicogénesis e historia de la ciencia*. México, Siglo XXI, 1982.
- Piedras, Ernesto, *El mercado móvil en números*, (www.the-ciu.net) (15-05-07)
- Pimientel, Ken y Teixeira, Kevin, *Virtual reality. Through the new looking glass*. New York, Intel/Windcrest, 1993.
- Piscitelli, Alejandro, *Ciberculturas en la era de las máquinas inteligentes*. Buenos Aires, Paidós, 1995.
- Plotnik, de Waal & Reiss, "Self-recognition in an Asian elephant". *PNAS*, vol. 103, no. 45, pp. 17053-17057, 2006.
- Podgorecki, Adam, Alexander, Jon & Shields, Rob (eds.), *Social engineering*. Ottawa, Carleton University Press, 1996.
- PNUD-Chile, *Las nuevas tecnologías. ¿Un salto al futuro?*, Santiago de Chile, PNUD, 2006.
- Prigogine, Ilya, *Order out of chaos*. New York, Constable, 1984.
- Prigogine, Ilya, *El fin de las certidumbres*. Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996.
- Quintanilla, Susana, "Arturo Rosenblueth y Norbert Wiener: dos científicos en la historiografía de la educación contemporánea", en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, Vol. 7, núm. 15, 2002.
- Reiss, Diana y Marino, Lori, "Mirror self-recognition in the bottlenose dolphin: A case of cognitive convergence", en *Proceedings of the National Academy of Sciences*, Vol. 98, No. 10, 2001.
- Reyes Heróles, Jesús, *El liberalismo mexicano (III) la integración de las ideas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

- Rizo, Marta, Explorando la Cibercultura. Apuntes desde la teoría Cibernética, ponencia presentada en el 2º. Congreso On-Line *¿hacia qué sociedad del conocimiento?*, en http://www.cibersociedad.net/congres2004/index_es.html (consultado 12 02-2005).
- Robinson; Scott S, “Después de e-México: una propuesta”, en *Política, etnicidad e inclusión digital en los albores del milenio*, México, UAM - Porrúa, 2006.
- Robinson; Scott S. y Labardini; Adriana, *Cybercafes in México. Reconfiguring digital inclusion: proposals for the next sexenio*, Documento de trabajo, CIDE, 2005.
- Rodrigo Alsina, Miquel, *Comunicación intercultural*, Barcelona, Anthropos, 1999.
- Rogers, Everett y Svenning, Lynne, *La modernización entre los campesinos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Rogers, Everett y Shoemaker, Floyd, *La comunicación de innovaciones. Un enfoque transculturalista*. México, Herrero, 1974.
- Rojano, Teresa, “Incorporación de entornos tecnológicos de aprendizaje a la cultura escolar: proyecto de innovación educativa en matemáticas y ciencias en escuelas secundarias públicas de México”, *Revista Iberoamericana de Educación* - Número 33 Organización de los Estados Iberoamericanos (<http://www.rieoei.org/rie33a07.htm>) (Julio 2007)
- Roldán, Josefina, “Discriminación en el adulto mayor”, *Actas del Congreso de Geriatría y Gerontología*. Buenos Aires, en, <http://psicomundo.com/tiempo/seexpresan/discriminacion.htm>
- Romano, Vicente, *Desarrollo y progreso. Por una ecología de la comunicación*. Barcelona, Teide, 1993.
- Romano, Vicente, *El tiempo y el espacio en la comunicación. La razón pervertida*. Guipúzcoa (España), Argitaletxe, 1998.
- Rosenblueth, Arturo, Wiener, Norbert y Bigelow, Julian, “Behavior, purpose and teleology”, en *Philosophy of Science* 10, 1943.
- Salomon, Gavriel (Ed.), *Distributed cognitions. Psychological and educational considerations*. New York, Cambridge University Press, 1997.
- Sánchez Ruiz, Enrique, *Para comprender los medios de difusión: una propuesta teórico metodológica*. México, Universidad de Guadalajara, 1991.
- Santamarina, Francisco, *Diccionario de mejicanismos*, México, Editorial Porrúa, 1983.
- Sar, Ariel, “La Brecha del Conocimiento y la Brecha Digital” ponencia presentada en el *Simposio sobre la Sociedad de la Información*, Córdoba, Argentina, 2004.

- Sartori, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid, Taurus, 1998.
- Schiller, Herbert, *Cultura \$.A.*. Guadalajara, Centro de Estudios de Investigación de la Comunicación, Universidad de Guadalajara, 1993.
- Schlesinger, Philipp, “Repensando la sociología del periodismo”, en *Estudios sobre las culturas con temporáneas*, Vol. IV, Núm. 13/14. México, Universidad de Colima, 1992.
- SEP [Secretaría de Educación Pública], “Entrega programa ‘Redondeo 2005’ 80 millones de pesos para equipamiento tecnológico de escuelas públicas”, en http://www.sep.gob.mx/wb2/sep/sep_Bol0920505 (consultado 25-05-2005).
- Serrano, Pablo, “Colima en el ventarrón de la revolución-reforma”, en *Barro Nuevo*, Año 5, 3a. época, No. 15, 1994.
- Serrano, Pablo, *Los Tratados de Bucareli y la rebelión delahuertista*, México, INEHRM, 2012.
- Servaes, Jan, “Comunicación para el desarrollo: tres paradigmas, dos modelos”, en *Temas y Problemas de Comunicación*, Universidad Nacional de Río Cuarto AÑO 8. Vol. 10. <http://www.infoamerica.org/selecciones/articulo2.htm> (consultado en 15-03-2005)
- Seyer, Philipp, *Understanding hypertext. Concepts and applications*. Pennsylvania, Windcrest Books, 1991.
- Sierra, Francisco, “Utopía e ideología en el pensamiento de Ernst Bloch” *A Parte Rei, Revista de Filosofía* N° 2, febrero, en <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/page4.html> (consultado en 15-03-05)
- Signorelli, Amalia, “Cultura popular y cultura de masa. Notas para un debate”, en: Giménez (2006), *Teoría y análisis de la cultura*, pp. 303-312, 1982.
- Silvers, Robert (Ed.), *Hidden histories of science*. New York, The New York Review of Books, 1995.
- Singh, Jagjit, *Teoría de la información, del lenguaje y de la cibernética*. Madrid, Alianza Universidad, 1979.
- Smith, Alfred G. (comp.), *Comunicación y cultura, 1. La teoría de la comunicación humana*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1976
- Smith, Alfred G. (comp.), *Comunicación y cultura, 2. Semántica y pragmática*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1977.
- Smith, Louis, “B. F. Skinner (1904-1990)”, en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada*. París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación, vol. XXIV, num. 3-4. 1994.

- Sokal, Alan, "Transgressing boundaries: towards a transformative hermeneutics of quantum gravity", en *Social Text*, 46/47, Duke University Press, 1996.
- Sokal, Alan y Bricmont, Jean, *Imposturas intelectuales*. Buenos Aires, Paidós, 2001.
- Spradley, James, *Participant observation*. New York, Holt, Reinhart & Winston, 1980.
- Story, Dale, *Industria, Estado y política en México. Los empresarios y el poder*. México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.
- Suárez-Orozco, Marcelo y Carola, *Trans-formations: immigration, family life and achievement motivation among Latino adolescents*. Stanford, Stanford University Press, 1995.
- Sub-Comandante Marcos, *Historia de los Colores*, Comunicado del 27 de octubre, <http://palabra.ezln.org.mx/> (Julio 2006)
- Talanquer, Vicente, *Fractus, fracta, fractal. Fractales, de laberintos y espejos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Tapia, Jesús (Coord.), *Las realidades regionales de la crisis*. México, Colegio de Michoacán, 1993.
- Terceiro, José B. y Matías, Gustavo, *Digitalismo. El nuevo horizonte socio-cultural*. España, Taurusesdigital, 2001.
- Thomas, Hughes, Pynch, Trevor y Bijker, Wiebe, *The social construction of technological systems*, Boston, The MIT Press, 1987.
- Thomas, Keith, *Religion and the decline of magic*. United Kingdom, Penguin Books, 1984.
- Thompson, John B., *Los media y la modernidad: una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona, Paidós, 1998.
- Tinajero, Ezequiel, "Internet y computadoras en educación: una visión sociocultural" en *Apertura*, Vol. 6, Núm. 4, Universidad de Guadalajara, México, pp. 90-105, 2006.
- Toledo, Víctor M., *La paz en Chiapas. Ecología, luchas indígenas y modernidad alternativa*. México, Ediciones Quinto Sol y UNAM, 2000.
- Toledo, Víctor M., *Ecología, espiritualidad y conocimiento. De la sociedad del riesgo a la sociedad sustentable*. México, Universidad Iberoamericana-Puebla, Programa de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente, 2003.
- Tomlinson, Ray, "The First Network Email", en <http://openmap.bbn.com/~tomlinso/ray/firstemailframe.html> (Consultado en 15-02-2005)

- Tompkins, Jane, *Sensational designs. The cultural work of American fiction, 1790-1860*. Oxford, Oxford University Press, 1985.
- Trueba, Henry, *Latinos unidos. From cultural diversity to the politics of solidarity*. Lanham-New York, Rowman & Littlefield, 1998.
- Trueba, Henry, «Las voces de las mujeres mexicanas inmigrantes en California central: etnografía crítica y ‘empoderamiento’», en *Estudios sobre las culturas contemporáneas* Época II, Vol. VI, Núm. 9: 89-111, 2000.
- Trueba, Henry y Delgado-Gaytán, Concha, *Crossing cultural borders: education for immigrant families in America*. Basingstoke, United Kingdom, The Falmer Press, 1991.
- UNDP, *Human Development Report 2001 Making new technologies work for human development*, New York-Oxford, Oxford University Press, 2001.
- United Nations, *Core ICT Indicators. Partnership on Measuring ICT for Development*, Beirut, UN-ESCWA, 2005.
- Varela, Francisco, Thompson, Evan y Rosch, Eleanor, *De cuerpo presente: las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Barcelona, Gedisa, 1992.
- Varela, Francisco et al. (Eds.), *Naturalizing Phenomenology: Issues in Contemporary Phenomenology and Cognitive Science*. Stanford, Stanford University Press, 2000.
- Varios Autores, “El Estado y la televisión”, *Nueva Política*, Vol. 1, Núm. 3, Jul-Sept, 1976.
- Varios Autores, *Anuario estadístico. Licenciatura en Universidades e Institutos Tecnológicos*, México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, 1994.
- Varios Autores, *Los rasgos de la diversidad. Un estudio sobre los académicos mexicanos*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1994.
- Varios Autores, *Anuario estadístico. Licenciatura en Universidades e Institutos Tecnológicos*, México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, 1995.
- Varios Autores, *Anuario estadístico. Población escolar de Licenciatura en Universidades e Institutos tecnológicos*, México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, 1999.
- Varios Autores, *Anuario Estadístico. Población escolar de Postgrado en Universidades e Institutos tecnológicos*, México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, 1999.

- Verdú, Vicente, *El planeta americano*. Anagrama, Barcelona, 1996.
- Villatoro, Pablo y Silva, Alisson, *Estrategias, programas y experiencias de superación de la brecha digital y universalización del acceso a las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC). Un panorama regional*, Santiago de Chile, UN-CEPAL Serie Políticas Sociales, N° 101, 2005.
Disponibile en Internet: <http://www.cepal.org/>
- Volkoff, Vladimir, *Elogio de la diferencia. El complejo de Procusto*. Barcelona, Tusquets, 1984.
- Von Foerster, Heinz, *Semillas de la cibernética*. Barcelona, Gedisa, 1991.
- Vygotsky, Liev, *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires, Paidós, 1995.
- Wacquant, Lóic, "Critical Thought as Solvent of Doxa", en *Constellations* Volume 11, No 1. Blackwell, 2004
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial (I). La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. México, Siglo XXI, 1979.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial (II). El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*. México, Siglo XXI, 1984.
- Wallerstein, Immanuel, "Social change? Change is eternal. Nothing ever changes", en *III Congreso Portugués de Sociología*. Lisboa, 1996.
- Warschauer, Mark, "Demistifying the digital divide", in *Scientific American*, August, 2003.
- Werscht, James, Del Río, Pablo y Álvarez, Amelia (Eds.), *Sociocultural studies of mind*. Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- Werstch, James, *Mind as action*. Oxford, Oxford University Press, 1998.
- White, Robert, "Análisis Cultural en la Comunicación para el desarrollo. El rol de la dramaturgia cultural en la creación de una esfera pública", en *Dia-logos de la Comunicación*. México, Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social, No. 34, Septiembre, 1992.
- White, Robert, "Media reception theory: emerging perspectives", paper presented in *Le programme pluriannuel en sciences humaines Rhone-Alpes: société et communication*. Lyon, France, 1991.
- Whittle, David, *Cyberspace: the human dimension*. New York, W.H. Freeman and Company, 1996.
- Wiedenhofer, Siegfried, *Tradition and theories of tradition: an international discourse*, Vancouver, University of British Columbia Press, 2007.

Zacon, Robert, *Internet timeline* v4. 11, 1993. <http://www.zakon.org/robert/internet/timeline/>

Zúñiga y Cardoso, "Aumentaron 24% en 2004 las remesas de mexicanos en el extranjero", *La Jornada*, <http://www.jornada.unam.mx/2005/02/01/index.php?section=economia&article=023n1eco>, 2005.

Otros títulos de la colección

Estado de salud de migrantes mexicanos

Guillermina Yankelevich Nedvedovich

La empresa pública en México y en América Latina: entre el mercado y el Estado

Guillermo Guajardo

Alejandro Labrador (coordinadores)

Buena Vida, Buen Vivir: imaginarios alternativos para el bien común de la humanidad

Gian Carlo Delgado Ramos (coordinador)

América y el Caribe en el cruce de la modernidad y la colonialidad

José G. Gandarilla Salgado (coordinador)

La Filosofía de la Liberación, hoy. Nuevas sendas de reflexión. Tomo II

José G. Gandarilla Salgado

Jorge Alberto Reyes López

(coordinadores)

Geografías médicas. Orillas y fronteras culturales de la medicina (siglos XVI y XVII)

José Pardo-Tomás

Mauricio Sánchez Menchero (editores)

Ocho religaduras sociológicas: de cuerpos y signaturas

Maya Aguiluz Ibargüen

El maíz en peligro ante los transgénicos. Un análisis integral ante el caso de México

Elena R. Álvarez-Buylla

Alma Piñeyro Nelson (coordinadoras)

Esta obra sostiene que toda tecnología de información (I) y comunicación (C) es simultáneamente una **tecnología de conocimiento (@)**. Si no se asumen estas dos primeras dimensiones (I+C) con sus relaciones de interdefinibilidad en la *construcción de conocimiento (I+C+@)*, entendido éste como el proceso de cambio entre estructuras cognitivas *menos diferenciadas* hacia otras *más diferenciadas*, dichas tecnologías se convierten en formidables **tecnologías de desconocimiento**.

Es por esta razón que la tríada (I+C+@) no puede ser separada, salvo por motivos de análisis, en el entendimiento científico de esta dimensión simbólica de la existencia social.

Estas tres *capacidades* elementalmente humanas, pueden desarrollarse, pueden “cultivarse” para lograr mayores grados de autodeterminación frente a problemas concretos, muy específicos, pero concebidos como lejos de una posible solución basada en el desarrollo y construcción de conocimiento. A esta configuración le llamamos **cibercultur@**, porque lejos de solamente designar el “universo de lo que acontece entre las computadoras”, el vocablo **ciber** refiere a la capacidad de dirigir, de gobernarse, de construir respuestas y salidas inteligentes frente a problemas en apariencia insalvables.

La arroba (@) por su figura similar a un caracol, a un bucle de retroalimentación positiva, sirve para delinear gráficamente el interés por estas modulaciones recientes relacionadas con las tecnologías digitales y la comunicación mediada por computadoras frente al desarrollo de formas creativas de cognición colectiva.

De ninguna forma se pretende que esto sea una panacea para enfrentar el futuro posible que en múltiples situaciones ya nos rebasa y se nos escapa por todos lados.

Este libro aspira a colaborar en la recolocación de una teoría y una práctica que permita enfrentar estos retos, que tanto en México como en América Latina y en toda la geopolítica contemporánea, son y continuarán siendo absolutamente estratégicos.

unam
donde se construye el
futuro



ISBN: 978-607-02-6670-6



9 786070 266706